

CUANDO SE QUIEREN TENER TODOS LOS PLACERES
DE LA VIDA, EL PRECIO PUEDE SER LETAL

MARTINA COLE

TRAICIÓN



de

Una nueva obra, poderosamente adictiva, de
de la novela negra británica

Lectulandia

Cynthia Tailor es una mujer envidiable para todo el mundo. Es atractiva y elegante. Tiene un devoto marido, una casa de ensueño y dos encantadores hijos. Sin embargo, se siente profundamente infeliz con su suerte. Siempre tuvo la ambición de gozar del máximo de los placeres de la vida y se ha propuesto conseguirlo, cueste lo que cueste y caiga quien caiga, sin importarle cómo pueda afectarle a su entorno familiar. Pero las ambiciones pueden resultar peligrosas cuando éstas se topan con la mafia y la policía, cuando el medio en el que se desarrollan es el de los bajos fondos sociales.

Lectulandia

Martina Cole

Traición

ePub r1.0

Titivillus 29.01.2017

Título original: *The faithless*
Martina Cole, 2011
Traducción: Fernando González Corugedo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi Freddie Fling Flang.
Te quiero, cariño.
Dolly R...
Besos

Prólogo

«¿No es fantástico florecer bien muerto?».

Leslie Sarony

(Título de canción)

2009

- **N**o creas que vas a hacerme escuchar toda esa mierda, Gabriella. Estás equivocada, *muy* equivocada. ¡Utiliza esa maldita cabeza, muchacha! Yo quería a ese niño con toda mi alma... y, en cuanto a tu hermano... no me creo ni una palabra... deben de haberse confundido de persona.

Pero Gabby veía el miedo en los ojos de su madre y comprendió que era verdad. Hasta el último detalle.

—Hoy me encontré con una vieja amiga tuya, Jeannie. Por eso lo sé todo; me contó *todo* acerca de la casa de Ilford.

Vio cómo su madre hacía funcionar la cabeza intentando descubrir exactamente qué quería decir, casi podía oír su cerebro dando vueltas intentando encontrar una mentira para escapar de lo que ambas sabían que era verdad.

—¿Qué demonios has tomado esta vez?, ¿eh? ¿Con qué coño te has colocado para que me salgas con esa mierda, Gabriella?

Gabby se dio cuenta de que había cogido una pesada figura de bronce bastante grande. Un gato. Al sostenerla en las manos aún cicatrizando notó cuánto pesaba. Su madre no dejaba de hablar. El mundo según Cynthia Taylor, quien, junto al mismo Dios, era casi omnipotente respecto a las vidas de su familia y gobernaba a cuantos la rodeaban con látigo de hierro. Veía la boca de su madre moverse constantemente, pero ya no lograba oír lo que decía; de lo único que tenía conciencia era de un ruido chirriante en sus oídos. Y entonces la golpeó.

Alzó la estatuilla de bronce por encima de la cabeza y golpeó a su madre en plena cara con todas las fuerzas que pudo reunir, disfrutando de la sensación de completa venganza. Ahora estaba plenamente decidida, decidida a cerrarle la boca a su madre de una vez por todas.

Cynthia cayó de costado sobre el sofá de cuero blanco. Las salpicaduras de sangre que brotaron del rostro de su madre formaron una especie de neblina carmesí. Gabby la golpeó otra vez, y otra vez, y otra, y cada golpe iba calmando los erráticos latidos de su corazón.

Contempló desde arriba el cuerpo ensangrentado y, por primera vez desde hacía años, se sintió casi en paz. La cara de su madre estaba irreconocible, era un profundo amasijo rojo que bombeaba sangre a un ritmo alarmante.

Gabby contempló a la mujer a la que llevaba odiando casi toda su vida. Después

se sentó en la silla con respaldo de lamas que su madre estaba convencida de que era una valiosa antigüedad, hundió la cara entre las manos ensangrentadas y lloró.

LIBRO I

Largo y difícil es el camino
que del Infierno conduce a la luz.

El Paraíso perdido (1667)

JOHN MILTON, 1608-1674

Pues el amor por las riquezas
es la raíz de todo mal.

TIMOTEO I, 6: 10

Capítulo uno

1984

- **V**enga, Jimmy, tómate otra. Que lo estoy celebrando.

Jimmy Tailor sonrió; tenía una manera de ser complaciente de la que algunos se aprovechaban. Era un hombre grande, grande en todos los aspectos: más de uno ochenta y con un buen cuerpo. Antes de casarse había sido culturista y todavía conservaba restos de su físico de entonces.

—No, mejor me voy a casa, Cynthia me está esperando.

Era viernes por la noche y sus amigotes pensaban tomarse unas cuantas pintas de cerveza más antes de reunirse más tarde con sus mujeres o sus novias en un bar de vinos del West End. Le habría encantado ir con ellos, pero sabía que Cynthia no querría ir.

—Joder, Jimmy, demonios, que estás casado, colega, no pegado por la cadera como un siamés.

Eso le dijo Davey Brown, su mejor amigo. Davey consideraba que Jimmy era un blando y que tendría que ponerse firme con Cynthia, pero es que Davey no la entendía. Ni nadie, al parecer, nadie que no fuera él. Sonrió, pero era una sonrisa tensa.

—Tenemos que ahorrar, con esto de la pequeña Gabriella y tal.

—Claro, colega, vete por tu cuenta. —Davey pareció haberse arrepentido de inmediato de su pinchazo.

Jimmy se marchó del pub unos minutos más tarde, de mala gana, si hay que ser sinceros, aunque todavía de peor gana se hubiera quedado allí. Echó a andar calle adelante, sintió el golpe del frío tensarle la piel de la cara, se subió el cuello del abrigo y se encaminó con calma hacia su casa.

Capítulo dos

Cynthia Tailor estaba satisfecha de su labor. La casa estaba preciosa y tenía aire festivo, tal y como tenía que estar una casa durante las navidades: desde el abeto perfumado, decorado de una forma que a ella le parecía de buen gusto —nada de espumillones ni lucecitas de colores—, hasta los regalos perfectamente envueltos que se apilaban debajo. Aquel ambiente no podía ser más distinto del de la casa en que se había criado, con el polvo, el olor a beicon frito y las guirnaldas baratas y chillonas. Sintió un estremecimiento interior al pensar en la casa de su madre. Había logrado escapar de esa vida y no pensaba volver a ella de ninguna de las maneras.

La sala de estar de Cynthia estaba pintada de un crema pálido y la alfombra era una Axminster bien gruesa. Había costado un potosí, pero quedaba preciosa entre aquellas paredes y las lujosas cortinas de terciopelo marrón chocolate de las ventanas. Sabía que su casa era preciosa, y no se cansaba nunca de limpiarla ni de mejorarla. Para ellos aquel era el primer peldaño de la escalada; a partir de allí seguirían subiendo, ganarían dinero al venderla e irían teniendo casas cada vez más grandes y mejores. Suspiró de satisfacción al pensarlo.

James era un hombre decente, un aburrido para ciertas cosas, pero con su trabajo de administrativo de cuentas en la City nunca iban a tener problemas de dinero. Y ahora estaba a la espera de ciertas buenas noticias sobre un ascenso inminente. Cynthia se crió en un polígono de viviendas protegidas de Hackney, y desde muy temprana edad tenía muy claro que no se quedaría allí ni un minuto más de lo imprescindible. Y ahí estaba ahora, en un precioso adosado de Ilford y con todas las probabilidades de seguir prosperando y ascendiendo.

Entró en la cocina y echó un vistazo a la cacerola que tenía cociendo en su flamante placa de inducción. La cocina parecía salida de una revista, toda de armaritos blancos y fregaderos de acero inoxidable. Era marca Hygena, y ya sabía que era demasiado buena para la casa, pero la consideraba una inversión. James se había asustado del precio, pero había acabado por convencerlo. Al final siempre se rendía ante sus argumentos; al fin y al cabo, era ella la que estaba encerrada allí todo el santo día, y tenía derecho a rodearse de las cosas que quería... (por lo menos eso pensaba ella). Y tenía sus sistemas para asegurarse de que James tuviera claro quién mandaba allí bajo *aquel* techo.

Oyó que su hija lloraba y con un suspiro salió de la cocina y se encaminó escaleras arriba.

Gabriella era una lata, y esa era la única lata en su vida, perfecta en todo lo demás. Ya tendría que aguantar limpia toda la noche. Ningún otro niño de la escuela de Gabriella seguía mojando la cama, así que ¿por qué su hija iba tan retrasada?

Fue al cuarto de la niña. Estaba decorado tal y como debe estarlo el cuarto de una niña, con sus paredes rosa claro y una alfombra de color crema. A Cynthia le encantaba aquel cuarto. Ella se había criado en un piso y había tenido que compartir

la habitación con su hermana. Era un cuarto destartado, frío y húmedo y se había sentido a disgusto hasta el último segundo que tuvo que pasar allí.

La lucecita de noche empotrada lanzaba un suave resplandor rosa por la habitación. Se arrodilló junto a la cuna de su hija y la miró.

—¿Qué te pasa, Gabriella?

En los ojitos azules se veía una súplica, y supo de inmediato que su hija había vuelto a mojar la cama.

—Ooh, Gabriella, pero ¿por qué no me llamas para que te lleve al baño? —Sacó a la niña de la cuna con un profundo suspiro y se puso a cambiarla sin una palabra más.

Gabriella se dejó desnudar, lavar y poner un pañal nuevo sin decir tampoco una palabra. Pese a lo pequeña que era, notaba la tensión que se había apoderado del cuarto. El silencio de desaprobación y la seguridad de haber hecho algo malo bastaban para mantenerla quieta. Sabía que mamá estaba enfadada y sabía que era mejor no enfadarla más.

Diez minutos después Gabriella volvía a estar sola en la cuna, así que cerró los ojos para intentar volver a dormirse otra vez.

Capítulo tres

Jimmy entró en casa mientras su mujer metía en la lavadora la ropa de cama y el pijama de su hija.

—Esa comida huele bien, Cynth.

Cynthia no contestó. Eso sabía hacerlo: ignorar a alguien así sin más, hacer que se sintiera un extraño en su propia casa. Y eso a Jimmy le ponía de los nervios. Venía de una familia de lo más ruidosa, bullanguera, feliz... aunque Cynthia ya no le permitía seguir viéndolos. Pero Jimmy no estaba acostumbrado a largos silencios que parecían sugerir algún tipo de acusación aunque no llegara a decirse nada. Y Jimmy no sabía muy bien cómo enfrentarse a ellos. Dio media vuelta con brusquedad, volvió al pasillo y se quitó el abrigo. Lo colgó *bien colgado*, asegurándose de que no quedase. No estaba muy seguro de qué falta hacía tanto cuidado para dejarlos encerrados en el armario que estaba de cualquier manera debajo de la escalera, pero bueno, Cynthia lo quería todo perfecto, así que él lo hacía y ya estaba; a la larga era mucho más fácil.

Entró en la sala y comprobar el esfuerzo de Cynthia le hizo sonreír. La habitación tenía un aspecto encantador y se recordó a sí mismo lo afortunado que era por tener una esposa como aquella. Y no solo era preciosa, además era puro sexo ambulante. Aquellos tremendos ojos azules y aquel cabello abundante de color oro hacía que todos girasen la cabeza a su paso. Sabía muy bien que muchos hombres le envidiaban aquella mujer espléndida. Fueran donde fuesen, los hombres la miraban, y ella notaba esas miradas, y él sabía que las notaba. Y a ella le gustaba porque era una demostración de que su atractivo seguía allí, incluso después de haber sido madre. Y para Cynthia era importante saberse deseada. No porque el sexo fuera su máxima prioridad, por desgracia, sino porque le gustaba el poder que el sexo le otorgaba. Era una mujer extraña: fría incluso con su hija. Solo sonreía cuando la niña hacía lo que ella quería, cuando se portaba como consideraba que debía comportarse una niña. Así que, igual que él, la pobre Gabby tenía que portarse tal y como Cynthia pensaba que tenía que comportarse una hija y no hacerse notar. En su mujer la realidad no tenía cabida, y eso a él le preocupaba de verdad. Cynthia sustentaba dos convicciones: que ella tenía razón y que el resto de los habitantes del planeta estaban equivocados.

Pero ahora tenía que darle una mala noticia, y la verdad es que no le apetecía nada. Nada de nada. Independientemente de cómo lo plantease, la verdad es que le daba miedo; tenía un mal genio tremendo que podía estallar en cualquier momento, y cuando lo hacía se ponía como loca. La mayor parte del tiempo *representaba* su papel de señora bien educada, eso tenía que reconocerlo. Era la perfección personificada... hasta que la sacabas de quicio porque decías algo que no quería oír. Entonces soltaba tacos como un camionero y se cabreaba como un irlandés. Porque, claro, su familia *era* irlandesa, aunque ella no presumiera del tema.

Echó un vistazo al televisor, pero no lo encendió. Cynthia pensaba que ver la tele todo el tiempo no era propio de gente bien *educada*. Se podía ver una buena película,

o un buen documental, y las *Noticias de las diez*, naturalmente. Pero los concursos y los programas de humor no pasaban su censura. Los consideraba vulgares, y las cosas vulgares eran lo que más le sacaba de quicio.

No era fácil estar casado con ella, y aunque siempre se decía que había sido una suerte que una chica como ella lo hubiera elegido a él, cada vez era más difícil sostener ese convencimiento. Estaban superagobiados en todos los sentidos; había que calcular hasta el último medio penique, y aunque valoraba mucho la capacidad de su mujer como ama de casa, no se le olvidaba que estaban deudas hasta el cuello. No es que Cynthia no se las arreglase bien con el dinero, que sí que se las arreglaba, pero no podía evitar pensar que vivirían mucho mejor si no tuviera aquella incontrolable necesidad de ser lo que no era. Tenía unas exigencias tan tremendas que, aunque sabía que lo único que ella quería era la prosperidad familiar, muchas veces le parecía que estarían mucho mejor si emplease el dinero en otras cosas, como salir por ahí alguna noche o pasar un día junto al mar, y no solamente en cosas que a ella le parecían necesarias para la casa. La suya era la mejor de la calle, pero eso a ella no le bastaba. Y ahora él se daba cuenta de que nunca jamás estaría satisfecha. Solo la cocina había costado una puta fortuna, y las alfombras, y las cortinas, todo pagado a plazos semanales, eran otro sumidero que se tragaba sus recursos.

Ahora estaba obsesionada con la Navidad, y ya había hablado de poner un ganso y todo tipo de extravagancias caras. Comprendía que ella solo buscaba darles lo mejor a todos, pero aquello había que pararlo. Tenía que comprender que no se podía seguir así.

Cynthia entró en la sala deslizándose sin hacer ruido, como si se hubiera materializado en el puro aire. Aquel silencio era lo que le había atraído de ella; la había encontrado tan contenida... y a la vez tan vulnerable... Aunque *ahora* ya no seguía creyéndolo, claro. Cada vez era más difícil convencerse de que era diferente de lo que de verdad era. Una abusona. Ya le había avisado su madre, pero él no se mostró dispuesto a escucharla. Ojalá lo hubiera hecho. Pero, tomo también decía la vieja, la perspicacia era estupenda.

Cynthia estaba de pie ante él, con la cabeza levemente inclinada y aquella sonrisita suya en la cara.

—Estoy fregando los platos.

Él suspiró profundamente y respondió con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—¿Te encuentras bien?

—No del todo —suspiró otra vez—. Se lo dieron a Brewster.

Vio que la cara de Cynthia se congelaba, y que sus ojos no reflejaban ni un atisbo de compasión por él —eso habría podido sobrellevarlo—, sino asco. Un asco velado, pero que pudo notar perfectamente. Sabía muy bien lo que estaba pensando. Intentó explicarse, hacerle cambiar de pensamientos, pero no sirvió de nada.

—Y tú les dejaste, supongo.

Seguía allí plantada, solo que ahora la espalda se le había puesto rígida y lo miraba como si él lo hubiera hecho todo deliberadamente. El cuerpo se le fue quedando sin aire, como si le hubieran dado un pinchazo. Y eso era lo que se había estado temiendo.

—No puedo obligar al jefe a que me dé el puesto, Cynth. Juega limpio, cariño.

Cynthia suspiró con fuerza y su cara adoptó una rígida máscara de resignación.

—Por supuesto, claro, quiero decir, ¿por qué iba a dártelo a ti, eh? No vas a prenderle fuego al puto local, ¿verdad? ¿Sabes cuál es tu problema? Que eres un débil. Más débil que un puto gatito recién nacido.

Y entonces se marchó de la habitación llevándose consigo su animosidad. Y el silencio fue como un bálsamo para un espíritu torturado.

Willy Brewster era cinco años más joven que él, y era una verdadera dinamo. A Jimmy le caía bien, era imposible que no fuera así. Era simpático, listo y popular; con su energía y su ingenio daba vida a todo el local. Jimmy no era así, y no reprochaba a Willy que fuese lo que él no era.

Salió de la cocina sintiéndose mejor después de decir las cosas en voz alta. De decírselas a ella.

Cynthia estaba plantada ante el fregadero. Con los hombros hacia delante y las manos aferradas al fregadero de acero inoxidable con tanta fuerza que los nudillos se le habían quedado blancos. La cabeza colgando y mordiéndose el labio, lo notó. Podía casi notar físicamente las oleadas de odio que emanaban de ella. En ese momento la miró y le dio mucha pena porque sabía bien que en su naturaleza había una tremenda falla. Era una mezcla de asco por sus comienzos en la vida y de una codicia que le hacía envidiar a cuantos andaban en su órbita. Nunca estaría satisfecha, porque eso iba contra su naturaleza. Era una faceta suya que él aborrecía, pero que al mismo tiempo le daba pena. Comprendía que nunca en su vida había tenido un día de completa felicidad porque estaba permanentemente convencida de que el resto del mundo conocía el secreto de la felicidad pero que a ella siempre se le escaparía. Y sin embargo, con que con una sola vez que se sintiese contenta con lo que tenía, estaba seguro de que conseguiría lo que anhelaba. Bastaba con que entendiese que la felicidad no tiene nada que ver con cocinas caras, ropa de marca o ser más adinerada que los vecinos.

Le puso la mano en el hombro con suavidad; deseaba que se volviera hacia él y bajase la guardia por una vez. Notaba el calor de su cuerpo a través de la fina tela del vestido, y cuando al fin se volvió hacia él, notó que se le expandía el corazón. Le pasó un brazo por la fina cintura para estrecharla contra sí, para reconfortarla, pero ella lo apartó con una fuerza increíble en aquella figura delgada.

—Puto mierda inútil.

Le escupió las palabras con furia, y el vitriolo que rezumaban lo dejó atónito, como siempre que ella dejaba asomar aquella faceta de su personalidad. Aunque, por supuesto, delante de los vecinos nunca soltaba tacos, se consideraba por encima de

eso. Pero en privado era como si las palabrotas representaran un alivio para su agresividad creciente. Cuando se enfadaba con él o con la pequeña Gabby, siempre echaba mano del repertorio.

—Te das cuenta de lo que significa eso, ¿no?

Ahora lo miraba a los ojos y pudo notar un primer destello de miedo en medio de la rabia y el asco.

—Escucha, Cynthia, no vamos a pasar hambre.

Lo apartó de ella, suspiró y meneó la cabeza con aire triste.

—No —dijo—. No, tienes razón, no pasaremos hambre, pero, claro, tampoco viviremos a lo grande, ¿no crees? Iremos tirando como podamos, mirando el céntimo en cada compra. Estirando la paga aquí y allá, quitándole a uno para pagarle al otro. Yo ya crecí viviendo así, sin poder hacer nunca nada de nada... Sin poder hacer nunca lo que quieres cuando quieres. Es como admitir que soy una fracasada... —Se apartó de él y pareció que el cuerpo entero se le encogía como si la enormidad de lo que iba diciendo la hubiera roto de algún modo—. Que no soy nadie, que nunca seré nada ni nadie, eso es lo que todo esto significa para mí.

Jimmy miraba a su esposa con el corazón destrozado. Era incapaz de comprender por qué estaba tan desquiciada. Él se preocupaba por ella, cuidaba de la familia.

—Te equivocas, Cynthia. Tenemos una buena vida. El problema es que para ti nunca nada es suficiente, ¿sabes? Siempre quieres tener más de lo que tienes. No tendrías que haberte casado conmigo. Nunca. Yo no puedo darte lo que quieres.

Al final se lo había dicho. Al final le había dicho lo que pensaba de verdad.

Cynthia se rio con una risita despectiva. Luego se volvió otra vez hacia él y le dijo, en tono tranquilo:

—Bueno, por lo menos eso lo has entendido.

Por una décima de segundo creyó que iba a llevarse un buen golpe y, en el fondo de su corazón, supo que nadie reprocharía a Jimmy que lo hiciera. Pero lo que hizo, en cambio, fue dejar los brazos colgando y apretar fuerte los puños, como para contenerse.

—Puede que tengas razón, pero ¿sabes una cosa, Cynthia? No hay nadie en el mundo que pueda darte lo que quieres, porque para ti nunca será suficiente. Tú quieres, quieres y quieres, y luego, en cuanto lo consigues pierdes todo el interés y te centras en querer otra cosa. Bueno, pues ahora que ya sabes qué es lo que hay, ponme la cena.

Nunca le había hablado así, ni una sola vez desde que ella le había tirado los tejos, y en ese preciso instante se dijo que iba a asegurarse de que nunca más volviera a hablarle de ese modo. Pero estaba atrapada, atrapada en aquella casa, con aquella cría y con su apellido. Y, por si eso no era suficientemente malo, tenía la terrible sensación de que estaba embarazada otra vez.

Capítulo cuatro

- ¡Vamos, Cynthia, joder! Anímate, mujer.

Mary Callahan contempló el gesto reconcentrado de la cara que tenía delante y controló las ganas de sacudir a su hija. No sabía de dónde le venía el mal gesto. Cynthia miraba por encima del hombro a cuantos la rodeaban, y lo hacía desde que supo sentarse derecha.

En cambio Gabby, bendita sea, era la antítesis de su madre. Con aquella aureola de pelo rubio y aquellos enormes ojos azules era como un angelito. Una niña preciosa, cariñosa, aunque Mary sabía que su madre no correspondería a su cariño. Hacía años que Mary había aceptado que su hija Cynthia tenía capacidad para muchas cosas, pero que el amor no era una de ellas. Así que aquel pobre bobo al que había cazado y al que todavía tenía atrapado por los huevos... Mary no defendía la violencia contra las mujeres, pero si había un hombre que hubiera debido darle un buen bofetón a su parienta, ese hombre era Jimmy. Cynthia lo trataba a punta de látigo, y él la dejaba, pobre idiota.

Mary echó una mirada a su casa: estaba destartalada, qué duda cabe, pero de lo más limpia. Creía firmemente que una casa era para vivirla, no solo para que la admiraran las putas visitas. Nada que ver con la choza de su hija, que se comportaba como si la jodida familia real estuviera siempre a punto de llegar. La casa de Cynthia parecía la puta biblioteca, tenías la impresión de que había que cuchichear, arrastrar los pies, comportarte como si cualquier ruido fuera contra la ley.

Interiormente sacudió la cabeza con tristeza: su hija no llegaría a disfrutar en toda su vida de un día de verdadera felicidad, no estaba hecha para disfrutar. Aunque eso no quería decir que la pequeña Gabriella no fuera a ser feliz. Claro que no, si de algún modo Mary podía evitarlo, y especialmente en Navidad. Se volvió hacia su nieta y le dijo en tono alegre:

—Venga, Gabby, vamos a ver qué te ha traído Santa Claus, ¿quieres?

La niña corrió a su lado, toda nerviosa, preocupada como siempre de que su madre la hiciera pararse en seco y le diera una leccioncita sobre cómo *deben* comportarse las señoritas.

A Mary Callahan se le caía la baba con su nieta. Era una preciosidad. Era oro puro, tan bonita como un cuadro y encima con un carácter encantador. Era incapaz de entender cómo Cynthia había podido crear aquella preciosidad, pero así había sido, y ella rezaba a diario para que las críticas constantes de su hija no acabaran por destruir la confianza de la niña.

Los ojos de Gabby relucían de felicidad sentada delante del árbol de Navidad de plástico. Le encantaba aquella casa, con el espumillón brillante por todas partes, el olor a cigarrillos que permeaba cuanto había alrededor. Le encantaba toda la «experiencia abuela Mary». Y el ruido constante: la tele siempre puesta, igual que la radio en la cocina y el tocadiscos en el piso de arriba. Una mezcla de olores y

sonidos. Y siempre estaba llena de gente, siempre había risas y, cualquier pequeña discusión iba de buen rollo, no como en su casa. Sabía que a su madre *le gustaba* dejarla allí algunas veces y sabía, en lo más profundo, que su madre la dejaba allí por razones equivocadas, pero a Gabriella Taylor le bastaba con estar allí.

Mary Callahan fue a la cocina tras su hija preguntándose por qué iba a hacer la pregunta que sabía seguro que a su hija le sentaría mal.

—¿Tienes la menor idea de la suerte que tienes, Cynthia? Ese hombre tuyo te tiene en un altar, y si pudiera pondría el mundo entero a tus pies. Pero tú andas siempre con una cara que parece un jodido fin de semana con lluvia en Margate. ¿Qué es lo que te pasa?

Cynthia rechinó los dientes, fastidiada.

—Déjalo estar, mami, ¿quieres? No sabes de la misa la media.

—Entonces cuéntamelo tú, nena, igual puedo ayudarte en algo. —Era una súplica, y ambas lo sabían.

Cynthia se sintió tentada de volverse hacia su madre y echarse en sus brazos. Sabía que, después de todo, se sentiría aceptada, envuelta en el amor de su madre. Pero no era capaz de hacerlo. Jamás admitiría ante nadie, y menos ante la mujer que tenía delante, que había fracasado. Que había cometido un error lamentable. Se había casado con un hombre al que nunca había amado a cambio de que le diera una vida digamos decente y por el que actualmente ya no sentía el menor respeto y no digamos ya cualquier afecto. Se había desentendido de ella de la peor manera y ahora estaba asustada pensando qué les depararía el futuro.

Lo peor de todo era que sabía que su madre pensaba que esas sensaciones suyas no estaban justificadas. Consideraba que James era fantástico en todo. Como todo el mundo. Todo el mundo lo consideraba un santo por aguantarla *a ella*, y eso le dolía. La miraban por encima del hombro por haber intentado tener una vida mejor, una vida decente. Eso era lo que James Taylor le había prometido, pero no había cumplido su promesa. O por lo menos eso le parecía a ella, desde luego. Así que se plantó una sonrisa falsa en la cara.

—No es nada en particular, mami, solo estoy un poco cansada.

Una sonrisa inundó de golpe el rostro de Mary Callahan.

—Estás embarazada otra vez, ¿verdad?

Cynthia cerró lentamente los ojos y asintió:

—Sí, me parece que sí. Vaya puta suerte.

Mary la estrechó contra sí, aunque ella no le devolvió el abrazo.

—De eso va la vida, Cynthia. De tener hijos e ir viviendo lo mejor que puedas. Hay millones de mujeres que hacen eso mismo todos los días. —Se rio y dijo, cariñosa—: Y tú lo tienes más fácil que la mayoría, Cynthia, cariño.

—Bueno —dijo Cynthia encogiéndose lánguidamente de hombros—, puede que sea así, mami, pero yo quiero tener algo más que eso. No me conformo con lo de bonito y barato, y no pienso quedarme solo con eso.

Mary se sintió herida por las palabras de su hija, que supo dirigidas directamente contra ella y la vida que llevaba. Daban a entender que había fallado en algo, que los Callahan no eran ricos ni importantes, no lo bastante para su hija mayor. Ardió en deseos de estampar una bofetada en aquella cara bonita, pero no lo hizo porque sabía que sería inútil. Tendría un instante fugaz de satisfacción, pero al mismo tiempo la seguridad de que no podría ver a su nieta. Adorada hasta que su hija volviera a tener necesidad de descansar un poco de la pobre niña. De manera que Mary tomó aliento y dijo, así como sin darle importancia:

—Tienes más de lo que tiene la mayoría de las mujeres. Tu problema es que quieres que te sirvan el mundo entero en una bandeja. Bueno, pues como siempre decía mi madre, ya que tienes la cama, más vale que te acostumbres a dormir en ella.

Cynthia contempló la cocina como si fuera el vertedero del barrio y replicó:

—Bueno, tú de eso sabes mucho más que yo.

Mary sintió tantas ganas de aplastarle las gracias de un buen puñetazo que casi notó el sabor del golpe. Pero lo que hizo fue decirle con tanta tranquilidad como pudo:

—¿Sabes una cosa, Cynth? Cualquiera día de estos vas a ir demasiado lejos conmigo, y cuando lo hagas...

Apuntaba con el dedo a la cara de su hija mientras notaba que la rabia le inundaba por dentro.

—¡Abuela Mary! ¡Está aquí el abuelo!

Gabby había entrado corriendo en la cocina rebosante de emoción. Después de la abuela Mary, el abuelo Jack era lo mejor que había en el mundo.

Mary respiró hondo para apaciguar su enfado antes de volverse hacia Gabby y decirle con una jovialidad forzada:

—¡Ah, sí, claro que sí! ¡Estará muy contento de verte, jovencita! Pero Gabby notó la tensión que reinaba en la pequeña cocina y, como siempre, se asustó. Odiaba ver que su madre se ponía así, con cara de enfado y la boca apretada. Ojalá su madre se riera un poco más: tenía una risa preciosa, tan preciosa como su cara.

—Será mejor que te des prisa, mami, será mejor que llegues pronto a casa después del pub. Sería la puta primera vez que te pasa, ¿eh? —Cynthia no había podido resistirse a soltar otra pulla.

—Ay, siempre serás una píldora amarga, muchacha. Por lo menos tu padre *quiere* llegar a casa; seguro que es más de lo que se puede decir del pobre Jimmy. —Mary supo que aquello era un golpe bajo, pero no pudo callarse; había veces que Cynthia la llevaba al límite. El mismo Job hubiera tenido que esforzarse para conservar la paciencia con su hija.

Capítulo cinco

A Jimmy Tailor le caían bien todos sus parientes políticos. La verdad es que andaba emocionado por poder pasar las Navidades con ellos... Cualquier cosa era mejor que la cena en silencio que habrían tenido en su casa, con Cynthia lanzándole por encima de la mesa aquellas miradas suyas llenas de superioridad y desprecios. Allí por lo menos lo pasaría mejor, igual que Gabby. A Jimmy le caía especialmente bien Celeste, la hermana menor de su mujer. Era una chica realmente agradable, no tan guapa como Cynthia pero de todas formas, muy atractiva. Tenía un carácter amable, además de un corazón generoso, y por eso tenerla cerca era una verdadera alegría.

—Hola, Jimmy. Tienes buen aspecto.

Sonrió complacido. Celeste siempre se alegraba de verlo.

—Tú también, cariño. La verdad es que estás maravillosa.

Casi se puso resplandeciente de puro placer al oír el cumplido. Jimmy nunca lograría comprender la animosidad de su esposa contra su hermana. Superaba su capacidad de comprensión. Ni una sola célula de su cuerpo atesoraba celos, de manera que nunca pudo comprender la tremenda envidia que traslucían los ojos de su esposa cada vez que los posaba en su hermana pequeña.

—No le des coba; ya tiene la cabeza bastante inflada tal como la tiene. —Notó la malevolencia en la voz de su mujer.

Celeste sonrió a su hermana y dijo con tono dulce:

—De eso lo sabes todo, Cynth. ¡Me extraña que puedas salir alguna vez de la jodida casa!

Hubo risas generales. Cynthia los miró reírse a sus expensas. No soportaba que aquella gente fuera su familia, que fueran de su misma sangre, que los necesitase; no soportaba que fueran las únicas personas que la conocían de verdad. Aquella casa era el último sitio en el que hubiera querido pasar la Navidad, pero tampoco estaba dispuesta a desperdiciar una oportunidad de quedar por encima de ellos y mirarlos de arriba abajo.

—Ja, ja. ¡Qué jodida juerga! ¿Por qué vienes tan arreglada?

Celeste volvió a sonreír; tenía siempre tan buen carácter que a Cynthia le entraron ganas de pegarle.

—¿No querrás decir por *quién*? ¿No se lo has dicho, mami?

Mary hizo aletear la mano con fingida discreción.

—¿Por qué iba a decírselo? La noticia es cosa tuya.

—Venga, Celeste, suéltalo ya —dijo Cynthia con tono de aburrimiento, como si cualquier cosa que tuviera que ver con su hermana no estuviese a su altura, lo que, por lo que a Cynthia respectaba, resumía con bastante precisión sus opiniones sobre Celeste y sus excusas sobre su vida.

—Estoy saliendo con Jonny Parker desde hace un par de meses.

Mary observó a Cynthia para ver cómo digería aquella pequeña información y notó la impresión al darse cuenta de lo que aquella declaración significaba de verdad en términos reales.

—Es demasiado mayor para ti.

Celeste soltó una risa sonora, feliz, una risa natural que la hacía parecer más guapa de lo que realmente era. La chica tenía también los llamativos ojos azules y el pelo rubio de los Callahan, aunque le faltaba el tremendo atractivo de la hermana, así que tal vez fuera una imitación desvaída de su belleza, pero la de Celeste le salía de dentro, de su manera de ser. Tenía una maravillosa apetencia por la vida y creía con toda sinceridad que todo el mundo era tan bueno y amable como ella, y que si tratabas a la gente amablemente, la gente haría lo mismo contigo.

—¿Qué estás diciendo, Cynthia? Tiene veintisiete años, y yo diecinueve. Ocho años no son gran cosa ahora, ¿no? No es como si él tuviera veintiuno y yo trece. Es un tío encantador, Cynth, y me trata como a una reina.

Cynthia puso una sonrisa forzada: su hermana no podía saber lo mucho que aquella noticia la afectaba en realidad.

—Bueno, pues asegúrate de que sigue tratándote así de bien, ¿vale?

Celeste asintió feliz, y Cynthia vio que su cara mostraba un placer auténtico. Se volvió hacia su padre.

—¿Y a ti qué te parece, papá?

Jack Callahan se encogió de hombros. Andaba ya medio perdido, pues se había pasado la mayor parte del día en el pub del barrio. Estuvo unos cuantos segundos intentando enfocar a su hija mayor y al final dijo en tono conciliador:

—¿Qué quieres que piense? Es un tipo de lo más cabal, y se ve a la legua que la tiene en un pedestal. ¿Sabes que ha comprado el local de apuestas de la calle mayor? Es un caballo ganador, ese tío. Ya es dueño de un par de pubs. ¡Esta muchachita se dará la gran vida si sabe jugar bien sus cartas!

—¡Oh, papá!

Celeste se había puesto colorada de vergüenza al escuchar las palabras de su padre, y todos se echaron a reír al ver el apuro que le producía ser el centro de atención, aunque supieran que en realidad estaba encantada.

—¡Gabby puede ser tu dama de honor, sería una ayudante preciosa! —exclamó Mary en voz bien alta, y observó atentamente a su hija mayor; si Celeste decidía instalarse con Jonny Parker, y cada vez parecía más probable que ese fuera el caso, Cynthia tendría que aceptarlo lo antes posible. Cynthia y Jonny habían tenido una historia, aunque eso no lo supiera Celeste, pero Mary sí que sabía que Cynthia se había encaprichado de él hacía unos años. A él no le pareció mal en un principio — como a cualquier tío al que ella mirase con aquella preciosa carita—, pero enseguida se dio cuenta de que Cynthia era más que cara de mantener y cortó con ella tan deprisa que Cynthia se quedó dándole vueltas.

Y ahora la madre confiaba en que Cynthia no se sintiera impulsada a ilustrar al

respecto a su hermana pequeña. No es que Celeste fuera su mayor preocupación, pero Mary sospechó al ver su reacción que Cynthia nunca había olvidado del todo a Jonny. Y, por mucho que su hija mayor la irritara, tampoco le gustaría verla sufrir. Y, por encima de todo, quería evitar que su hija pequeña pusiera en peligro su felicidad por culpa de los celos de Cynthia.

Y desde luego que tendría celos, porque Jonny Parker salía mucho por ahí y eso significaba que Celeste saldría con él.

Mary Callahan miró a su nieta, la niña de sus ojos, y se preguntó, en medio del resplandor de su árbol de Navidad, qué les depararía el futuro a todos los presentes.

Conociendo a su hija mayor como la conocía, sabía que la vida de su hija pequeña podía verse destrozada en un instante.

Pero si eso llegaba a suceder, ella se tomaría venganza en un abrir y cerrar de ojos porque, si las cosas iban a mayores, la pequeña ganaría sin despeinarse. Cynthia había tenido su oportunidad con Jonny Parker hacía ya muchas lunas, y no había sabido jugar bien sus cartas. Ahora el chico era una buena pieza de caza y su Celeste era bien recibida por él. Si Cynthia sentía la necesidad de cuestionar ese asunto, Mary estaba bien dispuesta a dejar las cosas claras. Cynthia necesitaba una llamada de atención, y puede que saliera de ahí.

Mary tenía dos hijas, y quería a las dos, a cada una a su manera, pero no iba a permitir que una pisotease a la otra.

Capítulo seis

- ¡E s tan guapo, Cynth!

A Mary no le sorprendió que su hija no le contestase, era lo que solía hacer, pero algunas veces, como ahora, resultaba irritante. Los miraba a todos por encima del hombro pero no por eso dejaba de encasquetarles los niños a los abuelos regularmente.

—Es la viva imagen de Jimmy, pero también veo que tiene algo de ti.

Cynthia sonrió, aunque no era una verdadera sonrisa. Se limitaba a reproducir los gestos.

—Nos encanta tener en casa al pequeño Jimmy júnior.

—James, mamá, y siempre será James. —La hija se lo dijo como si fuera un asunto de vida o muerte. Y para ella así era.

—Bueno, es cosa tuya, cariño. Al fin y al cabo es tu hijo.

Cynthia asintió con la cabeza.

—¿Podrías quedarte unos días más con Gabriella, justo hasta que pueda organizarme?

Mary asintió en silencio. Llevaba ya casi seis semanas ocupándose de Gabby, y salvo porque Jimmy asomaba por allí la mayoría de las tardes para ver a su hija, bien hubiera podido ser huérfana, porque Cynthia no se ocupaba de ella para nada.

James rio.

Junior tenía ya un mes y daba la impresión de que Cynthia iba a comportarse con ese niño igual que hacía con la pobre Gabby. Lo alimentaba, lo cambiaba y lo bañaba, lo tenía con un aspecto imaculado y recibía todos los cuidados diarios —los visibles, esto es—, pero jamás lo cogía en brazos si no era imprescindible. Cynthia cumplía con lo que se esperaba de ella. Daba miedo tener que admitir que la madre de ese niño, es decir, su hija, no sentía ningún amor verdadero por él. Porque sabía muy bien que era así. No le importaba de verdad ninguno de sus hijos. Era como si la capacidad de amar le fuera ajena. A Mary le habría encantado saber cómo impedir aquello, cómo hacer ver a su hija lo equivocada que estaba. Explicarle que veía cómo era, cómo era su vida, su matrimonio y sus lamentables intentos de ser una verdadera madre. Jamás consolaba a sus hijos o jugaba con ellos, jamás les demostraba amor o instinto maternal. Les proveía de comodidades, eso sí, pero siempre mantenía las distancias de alguna manera. Siempre parecía estar en la periferia de sus vidas, nunca en el centro, como tendría que ser.

Cynthia siempre había sido un témpano, jamás logró captar el significado de la felicidad. Parecía que esa felicidad siempre se le escapaba de algún modo, y Mary se preguntaba a veces si no sería por su culpa. Pero lógicamente sabía que no por algo que ella hubiera hecho, porque al principio había querido a Cynthia tanto como a Celeste. Quiso a las dos niñas con una pasión profunda y constante desde el mismo momento de dar a luz. Pero Cynthia siempre había mantenido aquel muro a su

alrededor y nada de lo que Mary intentó pudo abrir brecha en él. Así que acabó por aceptar la personalidad de su hija, aceptar que no estaba hecha para grandes demostraciones de afecto, que incluso la incomodaban, la molestaban. Cynthia siempre había mantenido sus propias normas, y para Mary, que era una persona auténticamente cariñosa, fue duro sentir la distancia que imponía su propia hija incluso desde pequeña. Y a partir de entonces Cynthia se convirtió en una niña a la que era difícil querer, querer de verdad. Había veces en que a Mary hasta le desagradaba, y ahora se preguntaba si sería por eso por lo que su hija era un caso tan perdido. Había intentado comprender la personalidad de su hija, pero, si era sincera, el tema le superaba. Cynthia nunca había sido una niña fácil, ni era tampoco una mujer fácil.

Pero ahora la lejanía de su hija, su absoluta indiferencia hacia su propio hijo la tenía preocupada de veras. Ya sabía que no podía hacer nada al respecto, porque aparentemente Cynthia era una madre perfecta, así que ¿quién la iba a creer? Pero a Mary le preocupaba que algún día sus nietos sufrieran por esa falta de auténtico amor maternal.

Jimmy se esforzaba por compensarlo, lo sabía porque lo veía día tras día, y deseó poder decirle que comprendía lo que estaba pasando. Pero comentar en voz alta sus preocupaciones equivaldría prácticamente a una traición, sería criticar a su propia sangre, a la carne de su carne, y eso, simplemente, no podía hacerlo. Sería distinto si Jimmy acudiera a ella y se lo comentara de viva voz, pero sabía que nunca llegaría a hacerlo. Cynthia lo tenía totalmente dominado.

—¿Te encuentras bien, Cynth? Te veo bastante apagada, cariño.

Cynthia miró a su madre a los ojos, unos ojos de un azul profundo que su hija había heredado, y le dijo con verdadera perplejidad:

—¡Pues claro que estoy bien! ¿Por qué no iba a estarlo?

Mary sonrió con tristeza. Para ella todo aquello era difícil, realmente difícil, y no sabía cómo se suponía que debía resolverlo.

Capítulo siete

Jimmy recorrió la cocina con la mirada para asegurarse de que no había ni una taza fuera de su sitio. Quería que Cynthia llegara de casa de su madre y se encontrara con todo impecable y con una buena comida. Hasta había cocinado. Ardía en deseos de verla, a ella y a su hijo, recién nacido, por supuesto. Y confiaba en que su hija viniera también con ellos.

Jimmy notó que temblaba, y le pareció *terrible* ponerse tan nervioso por algo tan normal. Su mujer solo había ido de visita a casa de su madre... no es que hubiera pasado nada tremendo. Pero últimamente andaba tan alterada que hasta preparar una taza de té era como llevar a cabo una operación militar. Quería mucho a su bebé y adoraba a su hija, pero Cynthia hacía que todo fuera complicado y no se sintiese capaz de disfrutar de estar con la familia. Odiaba ser tan débil y sabía que *ella* odiaba saberlo tan débil. Pero no sabía cómo enfrentarse a ella, nunca había sabido cómo enfrentarse a nada. Era su mayor problema.

Era del tipo de personas que harían lo que fuese para mantener la paz. Eso era precisamente lo que siempre había querido, paz y tranquilidad. ¿Cómo es que todo había salido tan mal? ¿Cuándo se dio cuenta de que su vida era una farsa, que todo el mundo sabía desde mucho antes que él que su mujer era una pesadilla?

Cuando oyó que el taxi se detenía delante de la casa, salió al vestíbulo y rezó en silencio para que su mujer llegase de buen humor, por una vez. Que entrase en casa con una sonrisa en la cara y le dijera lo mucho que lo había echado de menos.

Pero no es que tuviera muchas esperanzas.

Capítulo ocho

Jack Callahan estaba viendo *Rainbow* con su nieta en el regazo. Adoraba a aquella niña y le fastidiaba tener que devolverla a casa de su madre. No es que pensase que Cynthia fuera rara, pensaba que era una jodida demente. Y nunca se callaba sus opiniones, para desconsuelo de su esposa.

—Escucha, Mary, el problema de Cynthia es que está obsesionada consigo misma, que siempre lo estuvo y siempre lo estará. Y contra eso no puedes hacer nada, así que olvídate, ¿quieres?

Mary no contestó a su marido; sabía por experiencia que lo que acababa de decir era todo lo que iba a decir sobre el tema. A diferencia de ella, Jack nunca hacía concesiones a su hija mayor; al contrario, de hecho, estaba encantado de denigrarla siguiendo una pauta de casi una vez por hora. No tenía tiempo que dedicar a Cynthia, y como tampoco ella lo tenía para él, era un acuerdo mutuo muy cómodo. Pero a Mary le dolía, porque quería a su familia y le sentaba fatal que su hija mayor lo arruinase todo con aquella personalidad tóxica. Había dejado con ellos a aquella pobre criatura, y por mucho que la quisiera sabía que Cynthia preferiría tener a su hija en casa con ella y con su bebé. Pero Cynthia nunca había querido a Gabby de verdad, y Mary sabía que era mejor no darle muchas vueltas. Porque aquello hería sus sentimientos, hería sus entrañas.

Gracias a Dios que tenía a su hija pequeña para distraerle la mente. Celeste acababa de llegar del trabajo y resplandecía de felicidad, como siempre. Mary le respondió con otra amplia sonrisa, miró a su hija menor y dijo muy segura:

—¡Te veo feliz!

Celeste le devolvió la sonrisa y Mary decidió que por lo menos aquella niña sería como es debido. Era la antítesis de su hermana mayor, no tenía recovecos. Lo que veías era lo que había.

—Estoy muy bien, mami. Veo que Cynthia todavía no se ha llevado a casa a la pobre Gabby.

Mary negó con la cabeza.

—Creo que todavía está un poco cansada después del parto del pequeño Jimmy.

Celeste frunció el ceño y muy teatralmente hizo una perfecta imitación de su hermana mayor:

—¿No querrás decir *James*, mami?

Se rieron a dúo. Cynthia no soportaba que llamasen «Jimmy» al niño. Había dado a luz a James y su nombre era James, y no había más que hablar.

—¡Sí, James! Como si alguien fuera a llamarlo así alguna vez...

Celeste dejó de reír y dijo muy seria:

—Cynthia lo llamará así, mami, ya sabes cómo es.

—Es verdad. Como en todo lo referente a los niños, nosotras solo podremos hacer lo que ella quiere.

Las risas se acabaron por completo, incluso las fingidas. Se habían reído muchas veces de Cynthia y sus aires, hasta se habían burlado —a sus espaldas, por supuesto—, pero de repente era como si hubieran decidido dejar de jugar el juego, como si se hubieran dado cuenta de que, en realidad, no tenía realmente nada de divertido. Para que Mary pudiera ver a sus nietos, tenía que seguir estrictamente las normas de Cynthia, igual que todos. Utilizaba a sus niños como arma. Y los demás la dejaban, lo *permitían*, porque sabían que si ellas no vigilaban desde la retaguardia, los niños no tendrían nada.

—¿Crees que alguna vez llegará a sentirse bien, mami? Porque a mí me parece que se siente más desgraciada cada día.

Mary hizo aletear una mano con fastidio.

—No será feliz nunca, Celeste, está en su naturaleza.

—Bueno, puede ser que sea así, mami, pero por lo menos tiene un marido y una familia que se preocupa por ella.

—Bueno —sonrió Mary con tristeza—. Al menos de momento, ¿eh, cariño?

Jack Callahan, que había escuchado la conversación sin atender demasiado, miró a su mujer y a su hija y meneó la cabeza un tanto incrédulo. Señaló con un gesto a Gabby, que seguía con los ojos clavados en la televisión, y dijo en tono fuerte:

—Mira a esta pequeña, ¿vosotras preferiríais que volviera a su casa con ese bicho?

Celeste suspiró profundamente tras las palabras de su padre.

—Me parece que deberías pensar un poco más lo que dices delante de la niña, papá, ¿sabes?

Jack Callahan soltó una fuerte carcajada, sorprendido de la estupidez de su hija en lo concerniente a la hermana mayor, y dijo algo más:

—¡Venga, no me jodas! Como si esta pequeña no supiera de qué va la cosa. ¡Si se pasa media vida con nosotros, joder! Con lo pequeña que es y ya sabe perfectamente lo que da de sí esa puta.

Mary Callahan movió la cabeza con exasperación, miró a su marido y dijo muy seria:

—¿Quieres dejar de llamar *puta* a tu hija de una vez?

Jack Callahan tomó aliento con fuerza, lo exhaló ruidosamente y dijo en un tono sumamente tranquilo:

—Y vosotras, ¿dejaréis de joder alguna vez? La niña sabe que aquí conmigo está segura. Porque su padre, que Dios le perdone, le tiene tanto miedo a su madre como todos los demás. Bueno, yo no, y le dije, menudo jodido, el pobre, le dije que si tenía algo de hombre, tenía que darle de palos todos los días. A las mujeres como Cynthia les hace falta. Son como un veneno, y tienes que atarles corto desde el principio. Nos mira por encima del hombro a *todos* los que tiene alrededor. Si tuviera un poco de puto sentido común, la dejaría, y ¿sabéis qué? Si lo hace, yo seré el primero en estrecharle la mano.

Celeste miró a su madre y se encogió de hombros con resignación. Y entonces Jack Callahan soltó la bomba.

—Y tú, Celeste, más te vale que te cubras las espaldas, acuérdate de lo que te digo, no le gusta mucho la que andáis liando tú y Jonny Parker. Yo, mientras deje aquí a la pequeña con nosotros, me tragaré lo que haya que tragarse, pero te lo digo también ahora: no me fiaría de ella mientras ande alrededor.

Gabby levantó la vista hacia su abuelo y sonrió feliz. Sabía que siempre la defendería. Pese a lo pequeña que era, sabía en lo más profundo que su mamá no la quería tanto como debería. Solo se sentía querida de verdad, cuidada de verdad, cuando estaba con su padre o con sus abuelos. Ya sabía que su papá se ponía demasiado nervioso con su madre como para fiarse completamente de él. El abuelo, en cambio, lucharía por ella con todas sus fuerzas. Era una sensación agradable estar arrebujada contra él porque sabía que ese hombre era la única persona de su pequeño mundo que no le tenía miedo a su mamá.

Capítulo nueve

Jimmy contemplaba a Cynthia arrodillada ante el altar, dispuesta a recibir la sagrada comunión, y se preguntó cómo había acabado de aquella manera. Eran como desconocidos. Ella lo evitaba siempre que podía, dormía en la habitación de invitados, y él trataba de convencerse de que eso facilitaba el cuidado de su hijo. Cynthia se encogía de hombros ante cualquier intento de hablar de su situación financiera, que, gracias a ella, era espantosa; sin embargo, no dejaba de gastar dinero a un ritmo alarmante.

Mirándola así, desde cierta distancia, comprendió por qué se había enamorado de ella. Seguía siendo guapísima y su cuerpo apenas había cambiado con el parto. Si acaso, todavía estaba más atractiva. Había ensanchado un tanto y todas sus curvas estaban donde tenían que estar. Pero ahora la conocía perfectamente y eso, puestos a ser sinceros, significaba que él sabía que por dentro no tenía la más mínima belleza. La verdad era que, en cuanto a personalidad, era de lo más fea. Fea y odiosa. Insatisfecha de su vida en todos los aspectos posibles. Y de él. Le decía una y otra vez y otra lo aburrida, desencantada y completamente desilusionada que estaba de él y de la vida que había intentado procurarle. Y hacía que se sintiese como si cualquier cosa que intentara hacer por ella careciera de sentido.

Ahora, al verla recibir la hostia de la sagrada comunión y mirar el Cristo crucificado en lo alto, tuvo ganas de cruzarle la cara. Desde luego que no lo iba a hacer nunca, sabía que era incapaz de semejante despliegue emocional, al menos en público. Pero sí que hervía en su interior y se imaginó abofeteándola en la cara una y otra vez. Oh, cuánto soñaba con eso, cómo soñaba con ponerla firmemente en su sitio. Pero no sabía cómo.

Esperó a que volviera al banco junto a él y entonces se arrodilló y pidió a Dios que le diera fuerzas. Fuerza para luchar contra aquella esposa suya, fuerza para luchar por sus hijos, porque sabía que, si él no andaba con cuidado, aquella mujer les haría daño a ellos, igual que se lo había hecho a él.

Capítulo diez

Jonny Parker miró a Celeste, que regresaba a la mesa y se sentaba, y se preguntó cuánto había cambiado su vida al conocer a aquella chica. Era encantadora, realmente encantadora. No tenía que ver con su físico —aunque desde luego esa noche era la más bonita del pub— sino que era encantadora *por dentro*. No había en ella el menor atisbo de mala idea. Y a él le encantaba que siempre viera lo mejor de todo el mundo, incluida la sanguijuela de su hermana. ¡Con esa sí que había escapado por poco!

Todos aquellos años estuvo cegado por la belleza de Cynthia, pero claro, lo mismo les pasaba a un montón de hombres. Pero ella se mostró siempre fría, así que tuvo que soltar la presa; al final se fue con un hombre que ella supuso que le daría la vida que anhelaba. Por desgracia, resultó que había metido bien la pata al respecto, y ahora estaba atada a aquel pobre cabrón para lo bueno y para lo malo. Pero ese no era problema suyo, la había borrado de su memoria. Su amor por Celeste era algo completamente distinto. De todas las mujeres que había conocido, con las que había follado y a las que había abandonado, era la única que había logrado conservar su atención, su interés, lo había mantenido cautivado. La amaba con todas las fibras de su ser. Lo único que le molestaba era haber estado con su hermana antes, que Cynthia siguiera formando parte de su vida, porque estaba allí presente le gustase o no. Y no le gustaba. Ni una pizca.

Ahora se estaba haciendo un nombre, digamos que se estaba convirtiendo en un jefe, iba siendo importante para la gente importante. Podría darle a Celeste una buena vida, una buena casa, un bienestar cuando y como lo necesitara. También sabía que Celeste era la clase de chica que apreciaría algo así, y lo recibiría con gusto. No ocultaba ningún tipo de intenciones, se limitaba a amar la vida como era. Y por eso la amaba él.

Su madre era la reina de los dramas. La quería, naturalmente, pero sabía que él no podría vivir con todo aquello. Celeste era una mujer auténtica, inocente y modesta como era. Jonny sabía que ella nunca se daría cuenta de lo maravillosa que realmente era. Sabía también que Cynthia, la hermana mayor, nunca aceptaría que él hubiera elegido a Celeste en vez de a ella. Pero lo había hecho, y nunca se iba a arrepentir de esa decisión. Aunque Cynthia seguía incomodándole, para ser sinceros. De algún modo sabía que Cynthia les haría pagar su felicidad. No sabía cómo, ni por qué, pero sabía que Cynthia se lo cobraría con creces. Era su modo de ser. Él se había enamorado de Cynthia, sexual y mentalmente, durante una temporadita, pero no quiso nunca que Celeste lo supiera. Cynthia era puro veneno, no era una persona con la que alguien en sus cabales mantuviese una relación. Y era peligrosa, porque no le importaba de verdad nada ni nadie excepto ella misma. Y él había comprendido de la noche a la mañana de qué modo una persona te podía cambiar la vida, y no a mejor, sino a peor. Porque eso es lo que hacían las personas como Cynthia: contaminaban

todo el entorno y se aseguraban de que todo y todos cuantos los rodeaban se fastidiasen tanto como ellas.

Por entonces él ni hubiera soñado que un día conocería a la hermana y se enamoraría tan profundamente de ella. Para ser sinceros, si aquella primera noche hubiera sabido su parentesco, se habría largado de allí. Pero no sucedió así. La había *conocido* y se había enamorado de ella. Y ahora no podía ni imaginarse estar sin ella. Si Cynthia causaba alguna complicación, la que fuera, si convertía su relación con Celeste en algo problemático, lo que fuera, la borraría de la faz de la tierra tan contento. Porque, al contrario que Celeste, él conocía a la Cynthia *auténtica*, y no tenía la más mínima intención de excusarla.

Ya una vez había estado a punto de clavarle sus garras y nunca más le permitiría volver a hacerlo.

Capítulo once

- **V**enga, Cynth, vamos a salir un par de horitas. Tu madre estará feliz de tener a los niños.

Cynthia miró a su marido y ahogó el impulso de hacerlo desaparecer de una vez por todas. Se vio a sí misma cogiendo un cuchillo del bloque de madera que tan carísimo le había costado y atravesándolo con el de deshuesar. Sabía que nunca llegaría a usar ese cuchillo de otro modo; al fin y al cabo, ¿cuándo iba a tener necesidad de deshuesar una pieza de carne? Era un cuchillo pasado de moda que no iba a utilizar nunca, lo mismo que tampoco emplearía la mayor parte de los otros cuchillos del juego. Los había comprado porque eran caros y le darían caché si alguien visitaba su cocina. Pero a veces, como ahora, sentía que podría utilizar tan contenta un par de cuchillos de esos contra su legítimo esposo.

Cada vez estaba más preocupada porque él no tenía ni idea de las muchas deudas que había contraído. Él no entendía lo difícil que a ella le resultaba querer cualquier cosa nueva, porque él era incapaz de ganar dinero suficiente para mantenerlos a flote. ¡Oh, qué injusto era eso! Allí estaba ella, cargada con dos criaturas, una casa con una cocina que costaba más que su coche y un marido que nunca iba a llegar arriba en su mundo porque no tenía el puto cerebro para aspirar a más. Y ahora tenía que cargar con aquel imbécil que en realidad nunca le había gustado de verdad y al que, para ser totalmente sincera, ni siquiera había querido pero que hasta hacía muy poco creía que iba a darle la vida que anhelaba. La vida que *se merecía*, porque, después de todo, ella era una mujer muy guapa y muy lista y se había propuesto buscarse un hombre que estuviera segura de que le daría lo que quería: una vida de lujos y comodidades.

Pero ahora, al parecer, resultaba que se había sacrificado por un hombre sin verdadera ambición, que se conformaba tan contento con permanecer en el peldaño de debajo de la escalera de la vida. Que pensaba de verdad que un hijo les traería la felicidad, ¡y que tener un segundo hijo los convertía en una especie de familia! Y tal vez lo hubieran sido si el hombre hubiera desarrollado su auténtico potencial. Pero no lo había hecho, James le había mentado, le había dicho que se convertiría en alguien importante, le había prometido que pondría el mundo a sus pies. Y en vez de eso le había fallado espectacularmente, mientras que su hermana pequeña se había agenciado un jodido jefe de verdad. Y uno por el que en realidad *ella* también se había sentido atraída. Cómo era posible que la jodida Celeste, esa jodida idiota, sin el menor sentido común, esa idiota descerebrada anduviera pavoneándose por ahí con Jonny Parker como si fuera una mujer importante o algo parecido. ¡Celeste! Otra jodida hipócrita, con el cerebro de un mosquito. Que de verdad no tenía una personalidad que suscitase algún interés ni tampoco físico, en realidad. Por lo menos nada como para explayarse.

Cynthia se miró en el espejo del dormitorio. Se vio como la vería un desconocido, se miró sin deformación alguna y comprendió que todavía tenía muy buen aspecto.

Había sido afortunada, porque la mayoría de las mujeres que habían dado a luz dos hijos tenían exactamente el aspecto de mujeres que habían parido dos hijos. Pero ella no: no le quedaba ni una marca. Y eso le gustó, porque sabía que tendría que ponerse a buscar otro marido por ahí en algún momento.

Porque no contemplaba seguir con aquel matrimonio, no contemplaba seguir malgastando su vida con alguien tan lamentable como James.

Capítulo doce

Celeste estaba más feliz que nunca desde que Jonny le había pedido que se casara con él. Y resultaba evidente para cuantos la conocían. Estaba emocionada de verdad ante la dirección que había tomado su vida. Miró a Jonny sentado a la mesa del comedor de su madre y notó la felicidad que crecía en su interior. Su amor por Jonny era tan sólido que parecía que pudiera sujetarlo entre las manos.

Sabía que Jimmy estaba emocionado por ella; la verdad es que era un hombre realmente agradable, desde luego que demasiado bueno para su hermana, aunque no es que él lo hubiera dicho nunca en voz alta. Pero de alguna manera Cynthia te hacía pensar las peores cosas de ella. Era como si solo estuviera allí para resultarte desagradable. Dejaba a sus hijos allí, en casa de sus padres, a veces durante semanas. No es que a ella le importase; en realidad tanto Celeste como su padre y su madre estaban realmente más felices con los niños allí, porque lo cierto es que a Cynthia no parecían importarles gran cosa, la verdad.

Ahora, sin embargo, con todos sentados en torno a la mesa para el almuerzo del domingo, Celeste sintió una repentina lástima por Cynthia, lo que era un sentimiento nuevo para ella. Siempre había tenido la sensación de estar en cierto modo por debajo de su hermana, porque en muchos aspectos era difícil estar a su altura como persona. Para empezar, Cynthia era tan guapa como una estrella de cine, una mujer bandera, un auténtico cañón. Había resultado difícil crecer a su sombra, ser una versión aguada de su hermana. La gente le hablaba a menudo de la cara preciosa y la figura perfecta de su hermana y nunca se daban cuenta de lo duro que le resultaba que nunca se refiriesen a *ella* de ese modo. Era como si Celeste no existiera para ellos. Pero, para ser justos, la chica había entendido perfectamente por qué todos destacaban a Cynthia.

Ahora las cosas eran muy diferentes. Ahora que Jonny la quería como la quería, y con aquella vida suya tan estupenda, Celeste tenía por primera vez en su vida la sensación de poder sentir compasión por su hermana. Porque, en cualquiera de los casos, sabía ya que su hermana no era feliz en absoluto, que era desesperadamente infeliz, y eso la entristecía. Al fin y al cabo Cynthia no dejaba de ser su hermana, seguía siendo de su misma carne y su misma sangre. Y ella *quería* que fuera feliz de verdad. Quería que su hermana fuera tan feliz como lo era ella, quería que —por una vez— su hermana exhibiera en su cara una sonrisa que no resultara forzada.

Cuando Celeste miró a Jonny y vio su cara guapa resplandecer al observarla cuando miraba a la pequeña Gabby, toda gestos nerviosos y tensión, se preguntó cómo era posible que alguien pudiera parir una criatura y luego no preocuparse de ella para nada. De golpe le quedó claro que a su hermana no había nadie que le importara, y menos que nadie su hijita.

—¿A ti qué te parece, Celeste? —La voz de Cynthia sonó débil, pero la pregunta

iba en serio. Todos los de la mesa se quedaron callados. A todos les interesaba la respuesta.

Celeste se encogió de hombros, en plan lánguido, incómoda como siempre que era el centro de atención.

—La verdad es que no gran cosa, Cynth, por lo menos ninguna cosa que te vaya a interesar.

—Escucha, Celeste —sonrió Cynthia—, si alguna vez tienes una idea original en la cabeza, se te morirá de puta soledad. —Se rio de su propia gracia con una carcajada fuerte, áspera.

Celeste no pudo aguantarse y soltó, fuerte y sincera:

—Si no te andas con cuidado, serás tú la única que se morirá de soledad, Cynth.

Cynthia miró alrededor de la mesa y vio el asombro que las palabras de su hermana habían pintado en todas las caras, un asombro seguido rápidamente de risas sinceras, de modo que en ese momento comprendió lo que todos pensaban de ella.

—¡Ahí lo tienes, Cynth! La verdad duele, ¿verdad, muchacha?

El padre la miraba con tal asco que comprendió perfectamente lo poco que les gustaba en realidad a los miembros de su familia. Para ella fue un auténtico mazazo porque siempre había tenido la sensación de que era mejor que ellos en la mayoría de las cosas, y creía que ellos pensaban lo mismo. Echó una mirada a su marido y vio el triunfo en sus ojos, incluso aunque no la estuviera mirando directamente, y entonces comprendió que si no se andaba con cuidado acabaría marginada por su propia hermana.

Ella era la hermana mayor, *era ella* la que había conseguido salir de aquel estercolero, y *era ella* la que había sabido progresar. Y seguiría mejorando su situación porque no habría manera de obligarla a conformarse con algo que no fuera lo mejor.

Capítulo trece

-¡Oh, por todos los santos, James! ¿Eres estúpido o qué?
Jimmy miró a su esposa y se preguntó, no por primera vez, cómo era posible que hubiera acabado atado a una mujer con la que no tenía en común nada en absoluto. En realidad en algún lugar de su corazón sabía que ella no tenía nada en común con ninguna otra persona en este mundo. Era un caso único, un completo enigma. No le caía bien a nadie. En otros tiempos eso lo entristecía; solía pensar que era porque no la comprendían y la veía como alguien a quien él podía proteger. Ahora, sin embargo, ya sabía que si alguien necesitaba protección, ese era él... él y sus hijos. Se había casado con una abusona, una abusona emocional, y ya no podía seguir fingiendo otra cosa. Los últimos meses le habían mostrado lo que de verdad era su vida, y no era agradable. Acabó por admitir en su fuero interno que no *tenía* una vida propia de verdad, que no tenía nada que se pareciera remotamente a una vida de verdad. Todo lo que tenía era a Cynthia, sus caprichos y sus cambios de humor. A él lo había dejado sin nada: sin dignidad, sin amor propio, sin hijos.

Tampoco se le escapaba la reacción de Cynthia frente al futuro marido de su hermana. Cynthia estaba casi enferma de celos ante la evidente felicidad de su hermana, y a pesar de que él sentía a veces auténtica aversión por su esposa, a pesar de que no soportaba aquella frialdad y aquella absoluta falta de cariño por cuantos la rodeaban, todavía quedaba en él una parte que anhelaba sentir su afecto. Sentir una mirada como las que dirigía a Jonny Parker. Pero sabía que eso no sucedería nunca.

Vivían en aquel carísimo mausoleo, y lo más triste de todo era que aquella casa que él había comprado porque a ella le gustaba tanto era ahora su prisión. No podían venderla, no podían recuperar el dinero, porque ella había gastado tales cantidades en esa casa que intentar venderla ahora significaría que perderían miles de libras en la operación. Aquella carísima cocina, que él sabía desde el primer momento que era demasiado buena para un adosado en Ilford, había costado el equivalente a una segunda hipoteca. Así que si añadía a eso las alfombras, las cortinas, los armarios vestidos, el cuarto de baño con la bañera de hierro colado y la calefacción central nueva flamante, resultaba que estaban empeñados hasta las cejas.

—No, Cynthia, no soy idiota. Sí que lo *fui*, desde luego, cuando te dejé pedir dinero prestado como si nos lo regalasen. Pero quería que fueras feliz, y *tú* solo eras feliz cuando gastabas dinero. Bueno, pues ahora no podemos vender este muerto y sacarle algún beneficio porque la cocina de diseño y ese cuarto de baño que costó toda la deuda del estado no han revalorizado ni un puto céntimo la casita. Sigue siendo un simple adosado en Ilford, en Essex. Y todavía nos falta por pagar una parte. De manera que, gracias a ti y a tus putas exigencias, seguiremos aquí instalados cuando cumplamos los putos setenta.

Cynthia miró a su marido y sintió crecer el odio en su interior. Miró aquel cuerpo debilucho, aquellos ojos claros, aquel pelo castaño indefinido y aquel cuerpo ya fofo.

En otro tiempo lo encontraba guapo. Ahora lo único que veía en él era su inutilidad, su inutilidad y su debilidad. Y tenía la sensación de que su vida estaba acabada. Se había atado a un hombre que nunca jamás llegaría a ser ni remotamente importante para ella, ni para ninguna otra persona, puestos a decirlo todo. Tenía dos hijos, dos niños la mitad de cuyos genes procedía de ese hombre, dos niños que, si no se andaba con cuidado, se harían mayores y serían tan inútiles y mediocres como él.

—Tenemos un seguro, ¿no es así? Bien que me aseguré de ello. ¡Usa esa jodida chola por una vez en tu vida!

Jimmy miró a su mujer y se sintió embargado por la desesperanza. La vida no podría ser nunca peor que aquello, ¿o sí? Sus hijos vivían en casa de la abuela y su hogar era un campo de batalla permanente porque su mujer ya no ocultaba su desdén por él. Ganaba un salario más que bueno, pero seguía sin ser suficiente para todo lo que debían. Le había permitido hacer lo que quería, se había apartado mientras ella los iba hundiendo más y más en las deudas. No había sido lo bastante hombre para plantarse, la verdad es que ni siquiera había intentado controlar todo aquel gasto. Pero ahora que ella ya sabía que no iba a acabar siendo el jefe de los jefes, lo trataba como a una basura. Como a un don nadie. Y eso dolía.

Capítulo catorce

—¡Oh, Celeste! ¡Estás fantástica con esa ropa, nena! Estoy muy orgulloso de ti.

A Jonny le entusiasmó el traje que su novia había elegido para la fiesta de compromiso. No era barato pero, para ser ecuanimes, tampoco era algo excesivamente caro. Era justo igual que Celeste en muchos aspectos: discretamente hermoso.

—¿De verdad que te gusta, Jonny?

Jonny le dirigió una sonrisa de felicidad y Celeste contuvo el aliento. Era un hombre tan guapo, con un espeso pelo oscuro y unos ojos azul oscuro, buena planta y siempre bien vestido. Celeste se preguntaba cada día cómo podía haber tenido la suerte tremenda de que se fijara en ella.

Gabby la cogió de la mano e hizo que se riera, encantada:

—Tú no tienes que preocuparte. Tú serás la primera dama de honor.

Jonny levantó a la niña en brazos y la lanzó por el aire. Gabby chilló encantada y cuando la devolvió al suelo le dijo, feliz:

—¿Yo podré vivir con vosotros dos cuando os caséis?

Celeste miró a los ojos de Jonny y vio reflejarse en ellos la tristeza de los suyos. Se arrodilló y abrazó con fuerza a su sobrinita.

—Podrás quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras, ¿vale?

Gabby asintió muy seria, comprendiendo que no la estaban invitando a un largo período de tiempo. Pero en su corta vida ya había aprendido que las personas vienen y van. Y que muchas veces se olvidan de ti. Una cosa que había aprendido era que al final todo el mundo acababa por olvidarse de ti; así era la vida real, así era como funcionaba todo. Pero le dolía, porque nada le gustaría más que entrar a formar parte de la vida de su tía. Le encantaría ser parte de algo que a ella le parecía que iba a durar mucho, mucho tiempo.

Sabía que su papá la adoraba, pero ahora ya nunca iba a buscarla a casa de la abuela, y mamá nunca *jamás* iba a verla, nunca le dedicaba nada de tiempo.

Era como si hubiera hecho algo malo y su madre la castigase por ello. Pero no había hecho nada... había procurado con todas sus fuerzas ser una niña buena. Había intentado con todas las fuerzas que tenía hacer que su mamá volviera a quererla, pero no, no había modo, manera ni forma de que algo funcionase. Para ella era difícil, porque no sabía qué era lo que tenía que hacer. No sabía qué hacer para que su mami la quisiera. No sabía por qué su mami no la quería.

La abuela sí que la quería, de eso sí que estaba segura. Porque, le pasara lo que le pasase, siempre acababa en casa de la abuela, lo que era extraño porque, según decía mamá, la casa de la abuela era un sucio agujero de mierda donde no dejaría vivir ni a un perro si lo tuviera. Gabby suponía que por eso a ella no le dejaba tener un perrito, aunque le encantaría tener uno. La casa de la abuela no estaba tan limpia como la de su mamá, pero allí se encontraba mejor que en la de mamá porque allí no tenía que

estar todo el tiempo portándose lo mejor que sabía. Y lo más agradable de todo es que en casa de la abuela nunca mojaba la cama. El abuelo decía que era porque allí podía dormir en paz sin que su madre vigilase hasta su último movimiento. Su abuelo también decía que su madre era una zorra estirada, que necesitaba que la atasen corto, y que su padre era un chaval encantador pero que le hacía falta aprender a ponerse duro y no dejar que su mujer le pisoteara como a una alfombra de segunda mano. El abuelo era muy gracioso.

Al ver a su tiita riendo y sonriendo, se sintió reconfortada. Quería mucho a la tiita Celeste y quería al tío Jonny, y se preguntaba por qué a su mamá no le gustaban tanto. Tenía una vaga idea de que era por algo relacionado con el tío Jonny. Su mami siempre intentaba atraer la atención del tío Jonny, pero estaba segura de que él, como la mayoría de la gente, no quería nada especial de su madre. Y eso también lo entendía, porque a ella tampoco le gustaba ser foco de la atención de su madre, porque si lo eras no bacía más que lamentarse y quejarse.

Gabby apartó aquellos pensamientos que le perturbaban y trató de centrarse en la felicidad absoluta de estar con su tiita. Tenía muchos pensamientos que la inquietaban, y no sabía qué se suponía que debía hacer para espantarlos. Puso una gigantesca sonrisa forzada en aquella carita encantadora y sintió un impulso repentino de echarse a llorar porque los momentos como aquel, los momentos buenos de verdad, solo servían para hacerla más consciente de la tristeza que llevaba dentro, aquella tristeza que siempre estaba allí.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Celeste se arrodilló ante su sobrinita al ver que tenía lágrimas en los ojos y dijo con voz entrecortada:

—¿Por qué lloras, tontita? Estás con tu familia, cariñito, con la familia que te quiere.

Pero Gabby no podía decirle a su tía que eso era precisamente lo que le pasaba. Que por eso se sentía tan triste. Con aquella parte de la familia se sentía querida y protegida, y siempre estaba aterrorizada pensando que aquello pudiera acabarse algún día.

En ese momento Gabby comprendió que no quería volver a su casa nunca más. Allí era muchísimo más feliz.

Capítulo quince

- **N**o te los vas a llevar, Cynth. Y se acabó.

Cynthia miró a su padre y lanzó un fuerte suspiro. Todos sabían que no tenía la menor intención de llevarse a los niños a casa con ella. Era un juego al que jugaban con demasiada frecuencia; Cynthia fingía un gran interés maternal y sus padres fingían que trataban de convencerla de que no se llevase a los niños de regreso a su casa. Era algo tedioso, pero todos lo consideraban un mal necesario. Cynthia podía volverse a su casa contenta de saber que más o menos lo había intentado y convencida de que sus padres se quedarían desolados si les impedía cuidar a sus hijos. Era una situación en que solo había ganancias, desde su punto de vista.

Mary se unió a la discusión.

—Mañana pensaba llevar a Gabby conmigo al mercado, y luego iremos a que le tomen medidas para el vestido de dama de honor. Así que, la verdad, no es buen momento, a no ser que quieras encargarte tú de todo eso.

Cynthia negó con la cabeza como si su madre le hubiera pedido que hiciera algo absolutamente espantoso.

—¡No, gracias! —exclamó—. ¡Como si no tuviera bastante que hacer!

Esa era otra parte de la ficción: que Cynthia tenía una vida muy atareada, que siempre y de algún modo estaba demasiado ocupada para hacer las cosas normales que hacían las demás mujeres, como llevar a su hija a que le probaran el vestido de dama de honor. Y, sin embargo, aquella era la mujer que no aceptaría un puesto de trabajo aunque su vida dependiera de ello.

—Entonces estarán bien aquí, mami, si tú estás segura.

Mary Callahan apenas pudo ocultar el sarcasmo en el tono al replicar como si tal cosa:

—¡Oh, pues claro que sí, Cynth!

Cynthia echó una mirada al hogar en el que había crecido, a la pintura desgastada y al empapelado pasado de moda y sintió un escalofrío por dentro. ¿Cómo aquellas personas habían podido engendrarla a ella? Era una pregunta que la tenía perpleja desde siempre y que siempre la seguiría teniendo así. Llevaba toda su vida preguntándose cómo era posible que hubiese crecido en aquel cuchitril y sin embargo se las hubiese arreglado para aprender el modo de vestirse adecuadamente, la forma correcta de comer y vivir. Toda su infancia había sido puro descuido; le resultaba incomprensible haber logrado crecer y ser tan refinada. Estaba convencida de que en lo más profundo de su árbol genealógico tenía que haber habido alguien como ella y que, generaciones más tarde, esos genes buenos habían reaparecido en ella.

Cynthia miró a su hija y vio que su carita reflejaba su propia belleza. Era una niña muy guapa, es cierto, pero se parecía demasiado a aquel ganado. Se contentaba con nada, era feliz comiendo porquerías y pasándose la vida delante de la tele.

Incluso la casa olía —olía a todos aquellos cubos de basura desbordantes, los

ceniceros llenos, platos sucios y sándwiches de beicon— a todo lo que nunca pudo soportar de crecer allí. Y aquello nunca cambiaba: el olor de las camisas de trabajo de su padre y el perfume barato de su madre parecían permear las propias paredes. Y luego estaba la chimenea de gas, que petardeaba toda la noche y dejaba residuos en las paredes y las puertas, y el ruido constante de la radio o la televisión, y la falta de conversaciones de verdad que no versaran sobre algún conocido, jamás sobre lo que pasaba en el mundo. Era como estar atrapado en una novela por entregas, salvo que la gente de los seriales tenían sus personalidades y en aquella familia nunca sucedía nada que tuviera el menor interés. Su madre ya era lo bastante mala de por sí: se pasaba la santa vida fumando aquellos pitillos, tomando té y esperando a que llegase la hora del siguiente episodio de *Coronation Street*. Su madre sabía más de Emily Bishop que de su propia familia.

Y ahora su hermana andaba por ahí dándose las de gran señora con un hombre que era un figura de verdad, un tío que ganaba pasta. Era muy injusto. Ojalá ella hubiera aprovechado su palmito, hubiera esperado un poco, hubiera mantenido sus opciones abiertas. Pero en aquellos momentos se sentía tan *segura* de su James... Y ahora mira dónde estaba: encerrada en un círculo vicioso de deudas, con dos críos colgados del cuello. Si James hubiera cumplido con su parte del negocio, ahora tendría una niñera, o por lo menos una *au pair*, que le descargase del trabajo más gordo. Cerró los ojos de pura frustración. Tenía que idear un modo de librarse de la casa y agenciarse una buena cantidad de libras. En cuanto hubiera arreglado *eso*, volverían a ir sobre ruedas. Si lo dejaba en manos de James, seguirían metidos en aquella porquería de calle cuando les llegase la hora de cobrar la pensión. Eso si es que podía aguantarlo tanto tiempo.

Y encima ahora estaba Celeste, a punto de cazar a un hombre que era evidente que iba a triunfar. Era como una patada en la boca.

Su padre abrió una pierna y soltó un sonoro pedo, y ella frunció los labios porque sabía que iba por ella. Su padre disfrutaba viéndola incómoda ante lo que consideraba comportamientos de mala educación. Si no fuera porque los próximos días iba a estar tan ocupada, se llevaría a Gabriella solo para darle una lección al viejo.

—Oye, Cynth, ¿no quieres quedarte a tomar el té? Va a venir Jonny, y puede que venga también Jimmy. Será una agradable reunión familiar.

Su madre se lo dijo sonriente y Cynthia comprendió que se lo decía sinceramente. Aun así, iba a rechazar la invitación porque ver a Celeste y a Jonny juntos la haría sentirse todavía más deprimida de lo habitual.

—Me gustaría, mami, pero tengo que hacer... —La voz le quedó arrastrando y forzó una sonrisa—. Tal vez otra noche, ¿vale?

Mary asintió preguntándose, en primer lugar, por qué se habría molestado en preguntárselo a Cynthia. Mary Callahan veía perfectamente que esa hija suya estaba reconcomida por los celos que tenía de Celeste y Jonny, y también sabía por qué, aunque no sacaría el tema delante de su marido. Porque a él le habría encantado

ponerse a despotricar y utilizar aquello como una nueva estaca con que darle a su hija. La verdad es que era extraño, porque Cynthia siempre había sido su favorita... bueno, hasta los trece años. A partir de entonces, aquellos aires que se daba y de los que tanto se reían y aquellas pretensiones de comportarse como la señora de la mansión dejaron de resultarles divertidos. Jack se dio cuenta de pronto de que su hija se avergonzaba de ellos. No solo eso, sino que los despreciaba. Los despreciaba y no quería tener nada que ver con ellos. Solo seguía siendo católica porque las monjas le habían inculcado profundamente la religión y porque sabía que eso sería lo único que la haría romper del todo con sus padres. Jack Callahan sería un montón de cosas, pero era un católico devoto, y jamás toleraría que su hija diera la espalda a su religión. Y Cynthia, pese a todos los aires y humos que se daba, ocultaba un miedo profundo a que le cerraran la puerta en las narices de una vez para siempre. Mary lo veía claramente. Y, en el fondo, la chica los necesitaba a ellos más que ellos a ella.

Cynthia vio pasar un fugaz atisbo de tristeza por el rostro de su madre y se levantó para ponerse el abrigo; no quería ni necesitaba su compasión. Que no se conformase con menos de lo que se merecía no significaba que fuera una mala persona. En su código personal eso la convertía en una ganadora, en una luchadora, en una superviviente. Ella nunca se conformaría con vivir en un piso de protección y con un modesto bienestar, eso sí que lo tenía más que decidido. Arreglaría los problemas financieros que tenían y dejarían atrás todo aquello.

Gabby suspiró profundamente cuando su madre se fue. Porque su madre, con su simple presencia, hacía que el aire fuera más difícil de respirar, aunque hasta entonces Gabby no hubiera comprendido la fuerza que tienen algunas personalidades.

Eso era algo que solamente ahora empezaba a entender del todo bien.

Capítulo dieciséis

Jimmy estaba cansado, y se le notaba. Gran parte del cansancio se debía a estar casado con Cynthia: lo había ido desgastando hasta dejarlo en nada. Una de sus penas era que ya ninguno de sus amigos fuera a visitarlo. Cynthia habría podido preparar alguna comida estupenda, servirles un buen vino, pero el carácter de su mujer impedía que alguno de ellos ardiera en deseos de pasar un tiempo en su compañía. Ella solo se molestaba por personas que consideraba que tenían clase, personas que consideraba que estaban por encima. Por desgracia esas eran precisamente las personas que mejor veían sus pretensiones, como a través de un cristal, se daban cuenta mucho más deprisa que los que eran como ella. Como diría su abuela cuando era un chaval, esa mujer no era ni carne ni pescado, así que no encajaba bien en ningún sitio.

Ahora estaba sentado bien calentito en un pub de la calle Dean y se preguntaba por qué no iba a ese sitio más a menudo. Era un sitio estupendo, lleno de gente, lleno de risas. Estaba con Jonny Parker y sus colegas y se lo estaba pasando fantásticamente, de verdad; le gustaba Jonny y le gustaban los colegas de Jonny. No lograba entender aquel odio casi patológico que le tenía Cynthia, a él y a todo su mundo. Jimmy sabía que Jonny tenía un poco de chuleta, pero eso era asunto suyo y no algo de lo que tuviera que preocuparse él. Se endilgó otro whisky escocés y notó su amoroso calorcito bajando hasta la barriga.

—¿Cómo andamos, Jimmy, muchacho?

Jonny le sonreía, pero Jimmy notó su preocupación.

—Estoy muy bien, Jonny, ando pensando, colega. La bebida tiene ese efecto.

Jonny se sentó a su lado, se inclinó sobre la mesa, cogió su copa y le dio un trago. Encendió un pitillo e hizo un gesto despreocupado con la mano para pedir otra ronda de copas al de la barra. Aparecieron solo unos minutos después. Jimmy quedó muy impresionado: era como si Jonny fuera el dueño del local, y así había sido toda la noche.

—Oye, Jonny —dijo uno de sus colegas—, ¿has oído lo de Mickey el Negro?

Jonny asintió.

—Sabía lo que se buscaba —dijo en plan indiferente—. Ya lo avisé, pero no quiso escucharme. Se llevará sus dieciocho, y eso con suerte.

Todos los hombres que estaban en la mesa asintieron muy sensatamente, la conversación se había puesto seria de repente.

—Toda la culpa es de su mujer —metió baza alguien—. Ese jodido «quiero esto, quiero eso, quiero lo otro». Esa tía es capaz de gastarse la pasta como un ruso de esos, un oligarca, ¡o como se diga! Por ahí se avivó la pasma, con un puto BMW a la puerta de casa, los críos en un colegio privado y él ni una jodida libra a su nombre. Tenía que acabar llamando la atención, para mal.

Jonny volvió a asentir.

—Hace cinco años, la primera vez que se ganó un buen fajo, y entonces trabajaba *para él*, yo no era más que un crío, pero le dije: cómprate unas casas, alquílalas, hazte con una tienda o un café, algo para que dé a entender que ganas pasta. Pero ya lo conocéis, aunque no le fue tan mal porque tenía unos cuantos pasmarotes en nómina. Los que le capturaron fueron los de la brigada criminal, no esos jodidos del puesto del barrio.

Jimmy escuchaba asombrado la conversación de aquella gente.

—Últimamente los de la criminal están por todas partes. Hay alguien en algún sitio que se está sacando una jodida tajada con esa gente, no sé, o bien se marcan un pase para hacer sus negocios sucios o se cobran una buena renta. En cualquier caso, hay algún chanchullo montado.

Jonny se rio con una risa sarcástica.

—Bueno —dijo—, sea lo que sea, yo no quisiera estar en su pellejo cuando todo eso salga a flote. Y saldrá. No puedes ocultar algo así durante mucho tiempo. Alguno acabará por darse un tropezón. Es la ley de la calle.

Trevor Carling, un hombre bajito de pelo oscuro y ojos de un azul violeta oscuro, se inclinó hacia delante y dijo en tono normal:

—Espero que me den el primer turno con ese jodido mamón. Lo voy a tener gritando durante días... y en una hora tendré a ese chulo suplicándome una muerte rápida.

Todos los demás se rieron y Jonny sonrió y dijo:

—¡Joder, Trevor, demonios! ¡Tú afilarías a tu abuela si te debiese uno de cinco!

Trevor se rio de buena gana y levantó los ánimos de nuevo al decir:

—No, quiero mucho a mi abuela, pero además, para empezar, ¡es demasiado lista para prestarme dinero a mí!

Jimmy volvió a sentarse en la silla, sorprendido por la conversación que mantenían y bastante asustado de aquellos hombres que lo habían admitido en su compañía y que hacía solo unos minutos le habían gustado y hasta los había admirado.

Jonny se dio cuenta de la reacción de Jimmy ante tanta charlatanería y le pasó el brazo por los hombros. Luego les guiñó un ojo a los que le rodeaban y dijo, bien fuerte:

—¡Basta! Este será mi cuñado dentro de nada y es más estrecho que un guateque de guardias.

Trevor se inclinó hacia Jimmy y le dijo con una risita:

—Ay, hijo, acuérdate de aquel eslogan de cuando la guerra: «hablar a lo loco cuesta vidas».

Era una advertencia seria y Jimmy lo entendió.

—No dirá ni una palabra, este Jimmy es de fiar.

Jimmy vio que tras aquellas simples palabras de Jonny era aceptado sin un murmullo. Y pensó también que ahora comprendía por qué a Cynthia le molestaba

tanto el pretendiente de su hermana. Jonny Parker era un triunfador, y hasta Jimmy, que era tan obtuso como el tarugo del cuento, era capaz de darse cuenta. Y también era evidente que Celeste iba a triunfar con él y que eso era lo que no dejaba dormir a Cynthia por las noches.

Jimmy comprendió entonces que Jonny Parker no iba a llevarse ningún chasco de allí a poco. Era demasiado espabilado para eso. También se dio cuenta de que el tipo le caía bien, incluso a pesar de que en aquellos últimos momentos lo hubiera dejado sorprendido. Aun así, fuera como fuera, Jonny Parker era un buen tipo.

Capítulo diecisiete

-¿Estás bien, Jimmy?

Jonny Parker se reía mientras Jimmy vaciaba el estómago en el aparcamiento. Le frotó la espalda y cuando le remitieron los vómitos abrió el maletero de su Mercedes y sacó una botella de agua.

—Aquí tienes, colega, métete esto, te encontrarás mejor.

Jimmy se bebió el agua fría, agradecido.

—Normalmente nunca bebo tanto.

Jonny se rio, encantado.

—Eso espero, joder, que no, porque tu hígado estaría suplicando por un trasplante.

Jimmy sonrió y Jonny se preguntó cómo aquel hombre grandote, que en tantos aspectos era un verdadero zoquete, había cargado con alguien como Cynthia. Pero ya sabía la respuesta a su propia pregunta: Cynthia estaba muy buena y además se gastaba aquellos aires altaneros que atraían a los hombres. Jimmy había caído en sus redes igual que tantos otros hombres caían en las de cualquier zorra de marca; y hasta que no estaban bien casadas y seguras no enseñaban la patita. Jonny tenía razones para saberlo: su madre había sido una rompepelotas y su padre, uno de los jefes por derecho propio, un tipo duro, nunca había conseguido ser lo bastante duro como para ponerla en su sitio. La mujer nunca dejó de instilarle su veneno en los oídos todo el día, y día tras día, y un tratamiento así acaba por derribar al más duro de los hombres. Aquel pobre bobo no tenía ni la menor esperanza.

Jimmy se sentó en el bordillo, respiró hondo unas cuantas veces y finalmente el mundo volvió a quedar enfocado y eso le hizo sentirse un poco agradecido, al menos.

—Lo cierto es que he disfrutado de verdad esta noche, Jonny, pero creo que sería mejor que lo de las *strippers* lo mantuviéramos en secreto, ¿ya sabes a qué me refiero!

—Bueno, yo no pienso ir contándolo a voces, colega. Celeste es una chica comprensiva, pero ¿no creo que tan comprensiva! —Jonny encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza antes de instalarse junto a Jimmy en el bordillo sucio.

—Celeste es una chica encantadora; con ella te has marcado un buen tanto, Jonny.

—Ya lo sé. Si no fuera así, no me casaría con ella.

Jimmy suspiró profundamente.

—Es muy buena, Celeste tiene muy buen corazón. Mi Gabriella la adora, lo que es estupendo porque se pasa más tiempo con ella que con su madre.

Jonny notó la amargura en el tono de voz de Jimmy y sintió cierta vergüenza ante la debilidad del pobre hombre.

—Bueno, Jimmy, muchacho, todo eso no es asunto mío, ¿no?

Jimmy negó con la cabeza; valoraba el tacto de Jonny, pero el alcohol le había pasado factura y tenía ganas de hablar con alguien. *Necesitaba* hablar con alguien,

decirlo todo en voz alta, y sabía que Jonny le escucharía y no se lo tendría en cuenta.

—Ya lo sé, Jonny, pero esta noche me he dado cuenta de lo mucho que me he perdido. Toda la pandilla riéndose y tomando unas copas juntos. Echo de menos eso. No es que alguna vez haya hecho algo como lo de esta noche, pero sí que solía encontrarme con los colegas por el West End después del trabajo, ya sabes. Pero ahora ya no, claro, Cynthia me tiene controlado el maldito horario. Se conoce mis movimientos mejor que yo, y además no va bien el negocio, ni siquiera prospera, a decir verdad. No tengo lo que hay que tener para hacer política de despacho. Doy la enhorabuena a unos tipos más jóvenes que yo cuando los ascienden por delante de mí. Mis hijos viven en casa de sus abuelos. No de *mis* padres, a los que no les deja ni ver a los críos. Y no sé cómo ha podido pasarme todo esto. No sé cómo manejarlo como se debería.

Jonny tiró el cigarrillo a la calle y encendió otro inmediatamente. Sentía verdadera pena por aquel hombre, aun a pesar de que no podía evitar tener la sensación de que la situación era responsabilidad exclusivamente suya. A él lo había criado una mujer que era como Cynthia, había visto el daño que personas así podían causar a los hombres que tenían la suficiente mala suerte para enamorarse de ellas, podía entender la difícil situación en que se encontraban. Y él mismo había estado recibiendo ese trato de Cynthia cuando se enamoró de ella y de su atractivo cuerpo durante un tiempo. Pero, al contrario que James Taylor, había descubierto cómo era antes de que la cosa fuera irremediable. Siempre tenía presente el ejemplo de su padre, y sabía que una gran parte del atractivo de Celeste se debía precisamente a que era absolutamente opuesta a Cynthia. También sabía que con ella no tendría que batallar por la supremacía en la relación y que podía limitarse a amarla y cuidar de ella. Y que eso para ella sería más que suficiente y le sería fiel hasta el día de su muerte.

—Mira, Jimmy, ya sé lo que hay, pero esto tienes que arreglarlo tú por tu cuenta. Tienes que plantarte y dejarle claro quién manda.

Jimmy se echó a reír al oírlo, era casi como si la conversación le resultase graciosa.

—¡Eso es más fácil de decir que de hacer, Jonny! Porque ella tiene una forma de decir las cosas que te hace creer que lleva razón. Tenemos muchas deudas y se gasta el dinero como si fueran papeles, y cuando hablamos del tema siempre acaba pareciendo que soy yo el que está equivocado. Me convence de que el problema no es que, por su culpa estemos contrayendo deudas, para empezar, sino que yo soy *incapaz* de pagar dichas deudas.

Jonny sabía exactamente adonde quería llegar Jimmy, hubiera podido escribirle el guión.

—Bueno, Jimmy, muchacho, pues o pagas esas deudas, aunque mi experiencia me dice que seguirá contrayendo más, o le paras los pies y le pones el freno de una vez por todas.

Jimmy no le contestó. Jonny dijo entonces en tono calmo:

—Hay una tercera opción, Jimmy.

Jimmy levantó la mirada.

—¿Y cuál es, Jonny?

—Podrías hacer un poco de trabajo extra. Se te da bien trabajar con el dinero de otros, y a mí me iría bien un contable creativo, ¿captas por dónde voy? —Al decir aquello, Jonny sintió que había metido la pata. Le echó la culpa al whisky. El escocés siempre le ponía sentimental.

—¿De verdad, Jonny? ¿Podría sacar un buen dinero de ahí? Quiero decir, ¿dinero de verdad?

Jonny se dio cuenta de que había hecho realidad las oraciones de aquel hombre. Y lo arrastró a su terreno.

—Si eres capaz de ocultar un buen porcentaje de mis ganancias y seguir haciendo que la cosa parezca legal, eres toda una inversión, colega. Pero antes de que vayas a tomar una decisión apresurada, recuerda que estarás burlando la ley, y que si alguna vez nos pillan, puede que lo pagues tú en la trena. Así que se espera de ti que mantengas la boca cerrada y cumplas con lo que te caiga sin piarle a nadie, y especialmente sin piar ante la pasma. Yo trabajo para algunos pesos pesados, así que piénsate muy bien dónde te vas a meter. Porque si das un paso fuera de la raya te borrarán de la faz de la tierra. Tengamos o no relaciones familiares, si jodes la marrana yo mismo iré a por ti.

Jonny confiaba en que aquel aviso, acompañado como iba de una amenaza y la promesa de los problemas que acarrearía, bastaría para disuadir a Jimmy Tailor y le haría ver que esa no era vida para alguien como él.

Jimmy, sin embargo, veía a aquel hombre como su salvador, y veía la oportunidad de obtener unas buenas ganancias haciendo justamente lo que sabía hacer mejor: trabajar con dinero. En su desesperación, Jimmy creía que si trabajaba para Jonny Parker nada malo podía sucederle ya. Al fin y al cabo, él solo le llevaría las cuentas; no era como si se implicase completamente en el negocio. Se olvidó muy convenientemente de las conversaciones que había escuchado un poco antes esa misma tarde, eligió olvidar también que esas eran las personas de cuyo dinero iba a ser responsable. Lo único que veía era que aquello era una puerta de salida para afrontar las enormes deudas en las que estaban metidos y se imaginó la cara de Cynthia cuando comprendiera que él había acabado arreglándolo todo.

—Gracias, Jonny. Pero no me hace falta pensármelo. Me sentiría muy honrado de ponerme a trabajar para ti. No te arrepentirás. Trabajaré hasta dejarme las pestañas. Veinticuatro horas los siete días, si hace falta.

Jonny levantó la mano para detener la verborrea excitada de Jimmy. Se le vino a la cabeza que Jimmy no debía estar exactamente *au fait* de lo que suponía exactamente aquel trabajo, y también era consciente de que tendría que comprobar las habilidades de aquel hombre antes de darle cualquier cantidad de dinero real con el

que trabajar.

—Espérate un momento, Jimmy, muchacho. Tienes que seguir con tu trabajo de ahora, colega, esa es tu tapadera para el futuro. El señor don Respetable y todo el rollo. Lo de maquillar mis números lo harás en tu tiempo libre y te lo guardarás bien guardado; no se lo comentes ni a Cynthia hasta que esté todo hecho. Te tendré a prueba dos meses, a ver si eres capaz de hacer el trabajo como yo quiero que se haga y para ver si sabes apañártelas con todo lo que rodea el trabajo. De ese modo los dos podremos decidir si es o no es lo que ambos queremos. ¿De acuerdo?

Jimmy asintió entonces como si por fin hubiera comprendido la situación y Jonny Parker se preguntó cómo coño iba a arreglarse aquel idiota para manejar la tensión que aquel mundo nuevo del que entraba a formar parte iba a descargar sobre sus anchas espaldas. Pero ahora el daño ya estaba hecho y Jonny solo podía asegurarse de mantener los ojos bien abiertos ante la situación.

¡Como si no tuviera ya bastantes cosas que hacer, joder!

Capítulo dieciocho

1988

Cynthia estaba más que fastidiada, pero controló el malhumor tal y como había aprendido a hacerlo en esos últimos dos años. Ver a Celeste con su casa sin adosar y aquel cochecito deportivo tan llamativo ya era bastante mal rollo, pero lo que de verdad la reconcomía era aquella permanente sonrisa de satisfacción en su cara de luna.

Cynthia había logrado por fin irse con su familia de la casa de Ilford, tras asegurarse de que recuperaban todo el dinero invertido en ella. No es que alguna vez le hubiera explicado a nadie los detalles grandes o pequeños de esa historia, ni siquiera ese bobo de James estaba al corriente de todo lo concerniente al tema. Él no tenía capacidad para comprender su lógica, porque él, además, era como todos los *malos*, y ahora, una vez dicho y hecho todo, *era también uno de esos malos*, aunque de los menos importantes. Estaba convencido de que nunca había que infringir la ley públicamente. Eso atraía de inmediato la atención de la pasma sobre tu persona y empezaban a fijarse en ti con más interés del que era conveniente. Y aunque la familia no nadara exactamente en la abundancia, sí que estaban en una posición mucho mejor desde el punto de vista financiero de lo que pensaban que iban a estar; y todo gracias a ella, por supuesto. Aquel capullo habría vendido todo perdiendo dinero y no habría podido librarse nunca de las deudas. Pero, viendo que ahora les entraban unas cuantas libras extra —por cortesía del marido de Celeste, el grande y poderoso Jonny Parker—, tenía que andarse con ojo aquellos días, porque cada vez se le hacía más y más difícil guardarse las opiniones para sus adentros.

Ahora, al entrar en el restaurante para celebrar otra fiestecilla más que cara, una pluma más en el sombrero de Jonny Parker, Cynthia notó que no le sería difícil ponerse a gritar de pura frustración.

Se miró de refilón en el espejo, con la seguridad de ser sin duda la mejor vestida y la más guapa de todas las mujeres del local. Eso no era difícil, la competencia no era exactamente de nivel *Vogue*. Sonrió ante el símil. Cuando llevaba el jersey y el maquillaje adecuados, podía parar en seco un camión con remolque. Aun así, sabía que para Jonny Parker era como si fuese invisible. Le dirigía la palabra, era correcto con ella, pero sabía que la miraba sin el menor atisbo de interés.

Ella, en cambio, era siempre consciente de la presencia de Jonny, que tenía precisamente eso: presencia. No tenía nada de extraño que le fuera todo tan bien en su terreno, porque tanto hombres como mujeres se sentían atraídos por él. Era carismático, peligroso, y estaba mucho más al tanto de todo que la gente que le rodeaba. A James nunca había podido sonsacarle de qué iba el juego, porque, por mucho que le apretase, por mucho que se inventase, él no estaba dispuesto en

ninguna circunstancia a explicarle el alcance de los negocios de Jonny. De hecho no le decía absolutamente nada. Era otro que se lo estaba creyendo más de la cuenta: desde que había empezado a trabajar con Jonny a tiempo completo, cada vez se pasaba más de listo, más de lo que le convenía.

Cynthia se sentó a la mesa al lado de su hermana, consciente de que estaba mucho más guapa que ella, y ser consciente de eso fue como un bálsamo. Vio como muchos hombres iban repasándola en silencio con la mirada. Llevaba puesto un vestido liso de seda negra que hasta que se lo enfundó parecía un andrajo pero luego fue abrazando sus amplias curvas de un modo que resultaba casi obsceno. Pero justamente ese era el punto: se comportaba como si no tuviera ni idea de su aspecto y así disfrutaba más con las reacciones de las mujeres que con las de los hombres. Sabía que todas la envidiaban: dos hijos y todavía estaba mejor que cualquiera de ellas. Esbozó una sonrisa tensa cuando su hermana sirvió una copa de vino blanco para cada una.

—¿Qué te parece el restaurante de Jonny, Cynth? Es encantador, ¿verdad? Realmente con clase.

Cynthia asintió y se obligó a responder a su hermana.

—Bonito, Celeste, realmente elegante.

Celeste sabía que su hermana hacía comedia, pero no le importaba; después de todo, eso era mejor que matar a alguien, y Cynthia era más que capaz de una cosa así. Para Cynthia una buena pelea eran puros gajes del oficio, y a veces hasta resultaba cansado. Celeste creía firmemente en la vida tranquila. Era incapaz de entender la necesidad que sentía su hermana de hacer un drama de todo. Ella también tenía una boca y sabía decir las cosas de modo que no resultasen hirientes porque sí aunque atesorasen una dosis de verdad. Así justificaba ella lo que decía. Y era una verdadera lengua viperina: podía destrozar la reputación de cualquiera con sus insinuaciones.

No se callaba sus opiniones sobre cómo educar a los hijos, o sobre cómo debían comportarse las mujeres como madres y como esposas, a pesar de que nunca se molestase en aplicarlo con sus propios hijos. Tenía opiniones sobre todos y sobre todo, pero era incapaz de verse a sí misma ni de darse cuenta de cómo la percibían los demás. Si se hubiera enterado de lo poco que gustaba a hombres y mujeres, habría quedado realmente sorprendida, aunque Celeste ya sabía que lo que opinasen las mujeres nunca le había importado nada. Pero sí que era consciente de que su hermana daba por hecho que todos los hombres con los que se cruzaba la encontraban tan fascinante como ella misma pensaba que era. Se quería mucho a sí misma, desde luego, y era una lástima que ese amor no se extendiese al resto de las personas que formaban parte de su vida, pues tal vez entonces fuese una persona más feliz. Aun así Celeste era lo bastante lista como para guardarse esos pensamientos para sí: sabía que ella le caía bien a todo el mundo porque no expresaba en voz alta la mayoría de los pensamientos que se le venían a la mente. Ya de muy jovencita había aprendido que no guardárselos solo te traía quebraderos de cabeza.

Cynthia, por su parte, consideraba que por derecho divino podía decir las cosas como eran del modo más cruel y despectivo. A ella no le importaba que alguien se lo tomase a mal: le encantaba incomodar a la gente, le encantaba ir dejando aquellas vibraciones negativas por dondequiera que fuese. Pero aquello dejaba a todos con un mal sabor de boca y ahora Cynthia ya era básicamente una *persona non grata* para prácticamente todos los que se movían en su órbita.

—Para serte sincera, no comería aquí si tú no fueras mi hermana. Es demasiado ostentoso para mi gusto.

Celeste le respondió amablemente, como siempre:

—Bueno, pues parece que a la gente le está gustando, Cynth, así que creo que nos irá bien.

Celeste se lo dijo sonriendo y Cynthia se sintió invadir por la rabia al ver a su hermana como beneficiaria de todo aquel dinero y prestigio. Como esposa de un hombre de posibles, siempre gozaría de un gran respeto general, y ese respeto es lo que Cynthia anhelaba por encima de cualquier otra cosa. Ese respeto era lo que le habría permitido llevar la vida que se merecía, la vida que tendría que haber exigido. Pero lo único que le habían dado era aburrimiento, una creencia firme en el poder de una buena póliza de seguros y esperanzas de que el mamón con el que había cargado la palmará joven. Si fuera por ella, James ya habría tenido un infarto y entonces podría volver a empezar de nuevo. Y esta vez lo haría como es debido, y con la perspicacia que hubiera deseado tener desde el inicio.

—Bueno, Celeste, la gente siempre se siente atraída por lo que es nuevo y diferente, aunque todo se pase deprisa. De todos modos, para serte justa, creo que ha hecho un buen trabajo.

Se le notaba la pura envidia y Celeste se sintió profundamente triste por aquella hermana suya que solo con que se relajase y dejase de querer lo imposible disfrutaría de su vida como cualquier otra. Celeste sonrió otra vez y abrazó a su hermana contra sí sin previo aviso.

—Gracias, Cynth. Si a ti te gusta, tiene que estar muy bien.

Cynthia se enorgulleció con el elogio, se sintió magnánima y dijo, amable:

—Lo estás consiguiendo, Celeste, así que no dejes que nada se interponga demasiado en tu camino.

—No me dejaré. Y gracias por venir, para mí significa mucho.

Cynthia estaba emocionada al ver que su hermana la tenía por la vara de medir el éxito de las nuevas empresas de su marido. Un nuevo bálsamo para su alma torturada. Pero sentía que quien tenía que estar disfrutando de todo aquello era ella y no su hermana menor. Si se hubiera dado cuenta de la realidad de la situación unos años antes, no lo habría dejado escapar bajo ninguna circunstancia...

A Cynthia ni se le pasaba por la cabeza que en realidad su hermana estaba al tanto de todo lo que la reconcomía, y Celeste era lo bastante lista como para guardarse esa información en su generoso pecho. Jonny nunca le había dicho ni una palabra —ni se

la diría, era una persona demasiado considerada—, pero a Celeste le llegaban las habladurías. Le *molestó* en algún momento que su hermana hubiera estado allí antes que ella, pero ahora sabía en lo más profundo que Jonny la amaba a ella, que la amaba *de verdad*, y ella era lo bastante mujer como para aceptar aquella verdad. Lo único que le preocupaba era que su hermana sabía perfectamente cómo estaban las cosas y por consiguiente se sintiera humillada al darse cuenta de que Celeste lo sabía todo y no le importaba. A las personas como Cynthia era mejor decirles lo que querían oír, era más fácil. Si alguna vez llegaban a verse a sí mismas como las veían los demás, no podrían resistir semejante carga. Vivían encerradas en sus pequeños mundos propios y eso era lo que les convertía en la clase de personas que eran.

Jonny Parker se acercó decidido a la mesa que ocupaba su encantadora Celeste, sintiendo como siempre su magnetismo. Valía tanto como cincuenta mujeres juntas de las que poblaban su mundo.

—¿Lo pasas bien, nena?

—¡Oh, sí, Jonny! ¡Es maravilloso!

Jonny miró a Cynthia a los ojos y le dijo serio:

—Ella escogió toda la decoración, toda una estrella, ¿eh?

Esa noche Jonny quería tener su primera conversación con ella sin tapujos, y quería que fuera delante de su Celeste. No tenía nada que ocultar y quería que eso quedase bien claro.

Cynthia sonrió con afectación y le contestó:

—Eso explica muchas cosas, Jonny.

El insulto era evidente, y él se percató. Para ser más precisos, Celeste lo entendió pero, como siempre, prefirió ignorar las implicaciones. Jonny la quiso aún más por ser tan amable y por no ver nunca más que el lado bueno de las personas, incluida aquella mema de hermana.

Cynthia miró a Jonny con aquellos ojos tan cargados de maquillaje; parecía que se lo pudiera comer. Cada vez que lo veía, es que se daría de bofetadas. Lo que hubiera podido tener se evidenciaba en cada uno de los movimientos de Jonny. Y lo quería para ella más que nunca. ¡Si hubiera sabido que aquel hombre iba a conseguir lo que había conseguido, y en semejantes cantidades, nunca lo habría dejado escapar de sus garras! Por desgracia, había pensado que no era más que un jodido ambicioso y nunca hubiera creído que iba a conseguir algo. Eso demostraba lo equivocada que podía estar una chica. Pero Cynthia no pensaba rendirse; seguía creyendo que podía cambiar el futuro y deseaba con todas sus fuerzas volver a atrapar a Jonny Parker. Pensaba que si luchaba con suficiente tenacidad, lo cazaría. Después de todo, ¿a quién se enfrentaba? A su hermana Celeste, que no era exactamente una pieza dura de roer para ella. Era una pardilla, una pardilla novata.

Jonny observaba cómo los pensamientos iban alterando la expresión del rostro de Cynthia, y pudo leer esos pensamientos. No tenía la menor intención de darle a esa zorra maligna lo que quería, lo que estaba esperando. Era cierto que alguna vez había

sentido algo por ella, bueno, al menos por su cuerpo, que era espectacular, y que lo que le prometía y acabó dándole había sido de lo mejor de lo mejor. Pero la cosa no duró. Ella esperaba demasiado por demasiado poco. Tenía un gran polvo, pero también es cierto que a ello había contribuido el hecho de que él había sido el primero e igualmente que ella quería lo que *pensaba* que él podía ofrecerle. Cynthia era como un robot: se hubiera follado una mesa si creyera que le daría lo que quería. Y gracias a la suerte, se percató de eso enseguida, visto lo serio del dilema. De hecho, ahora agradecía de cojones cualquier oportunidad de mantenerse lo más alejado posible de ella. Haber conocido a su hermana pequeña y haberse enamorado de ella le parecía ahora una compensación merecida. Era como si Jesucristo mismo le proporcionara una compensación.

—Vamos, Celeste, vamos a reunimos con nuestra clientela. —Dijo aquello con arrogancia suficiente para que Cynthia se percatara de que era una pulla que apuntaba directamente a ella.

Cynthia se quedó mirando cómo su hermana se marchaba con el hombre de *sus* sueños. Si la vida fuera realmente justa, la cosa tendría que ser justo al revés: tendría que ser ella la que fuera el caramelo del perro. No su hermana pequeña. Era como si el mundo se hubiera vuelto loco y su hermanita se las hubiera arreglado para que le dieran pista libre, le hubieran permitido ser alguien importante. Celeste, que no era una don nadie, no era nada, era en realidad la que se quedaba con las sobras.

Tras pasar delante de todos, llegó James y se sentó a su lado. Se dio cuenta de que estaba como un pavo real, encantado de estar metido en todo aquello. Disfrutando de toda la experiencia. La ponía enferma. Tan agradecido, y por nada.

—¡Qué gran noche, Cynth! Y ya sabes que ahora tengo parte en el negocio, ¿no? Si jugamos bien nuestras cartas, esto puede ser el principio de algo grande.

Estaba todo ufano, entusiasmado con todo aquel telar, como diría su madre. Pero para ella ese hombre no era más que un préstamo sobre lo que digamos que iba a ser la pensión de su hermana. Tenía una participación minoritaria en lo que algún día sería un negocio muy lucrativo. Después de todo, ¿quién iba a ganar dinero de verdad con todos esos restaurantes y pubs y clubes nocturnos? La jodida Celeste, justo ella. Con *su* noventa y ocho por ciento de participación frente al dos por ciento de Cynthia. ¡Un dos por ciento de cien! ¡Y a su marido eso le parecía algo que había que celebrar! Cuando el resto iba a ser de Celeste. Iban a ser las ganancias de su hermana. Celeste, que no sabría ni librarse de una bolsa de papel mojado. Que era de tanta utilidad como un jodido muro anti incendios de chocolate. Que, si la pasma aparecía por el local, no sabría qué responder a sus preguntas, no sabría cómo proteger a los suyos. ¡Y *ella* era la que iba a ganar más dinero! Era insultante, joder, y allí estaba Jimmy, *su* marido, sacando pecho porque Jonny Parker se había dignado concederle un mínimo porcentaje. ¡Eso era más fácil que pagarle un sueldo como es debido! Eso lo sabía ella muy bien, aunque aquel jodido asesor financiero, aquel don Sabelotodo ni lo entendiese. Le daba hasta asco que su James, su marido, se quedase encantado

con *tan poco*. Que permitiera que Jonny Parker le insultara y que ni se percatara de lo que realmente pasaba, algo que a ella la indignaba. Era obvio que lo que le ofrecían era una miseria —y ella estaba más que convencida de que era eso y nada más— y allí lo tenía, casi poniéndose de rodillas de agradecimiento, y eso era lo que más rabia le daba de todo.

Tendría que haber sido al menos un cincuenta cincuenta. Si su James recibía una participación, se la habría ganado seguro, pero Jonny Parker, siendo lo que era, jamás le daría a nadie lo que de verdad se merecía. Eso significaba que a su marido le estaba robando, otra razón para sentirse maltratada. Para hacerle creer que los timaba, que los tomaba por unos panolis. Y al fin y al cabo era su James el que daba *legitimidad* a esas personas. Él era el del dinero, y darse cuenta de eso le hizo sentirse mucho mejor. Le permitió creer que todas las cosas odiosas que sentía y pensaba sobre el asunto tenían de hecho algún tipo de base.

Al mirar a su alrededor, vio a la gente pavoneándose en torno a su hermana y a Jonny Parker y empezó ya a preguntarse cómo podría hacerlos caer del pedestal y, lo más importante, cuándo.

Sabía que no le sería difícil bajarlos de allí sin pensárselo dos veces, bastaba con abrir la boca ante las personas adecuadas y en el momento adecuado. Todavía no sabía lo suficiente. Pero acabaría por saberlo. Aguardaría su momento y descubriría lo que necesitaba saber. Y luego los bajaría de allí, ya lo creo, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Capítulo diecinueve

- **D**éjalo ya, Cynth. Estamos ganando un buen sueldo. Nos da más de lo que nos daría nadie. —Jimmy miró a su mujer poner los ojos en blanco de manera dramática y menear la cabeza como si no pudiera creérselo.

—Hum, solo tú eres capaz de decir algo tan absolutamente estúpido. ¡Ellos son los que ganan una buena pasta, no nosotros! Nos están utilizando como cabrones. Puede que tú te conformes con lo de «que los jodan a todos», pero yo no.

Jimmy miró a su mujer y, por primera vez en muchos años, supo que tenía que discutirlo, que hacer que recuperara el buen sentido. Sabía que si no se andaba con cuidado aquella mujer iba a fastidiar la jugada de una vez por todas. Aquello llevaba mucho tiempo cociéndose y sabía que le tocaba cortar de raíz aquella rabieta antes de que prosperara. Se estaba volviendo demasiado irritante hasta para él. Ojalá aquella mujer entendiese que su mundo era el de la gente corriente, pero sabía muy bien que eso nunca sería así. Por lo que ahora, finalmente, tendría que pararle los pies.

Jonny Parker ya había dicho otro tanto y, para ser justos con él, la cosa tenía sentido. Cynthia era un riesgo, y él lo sabía mejor que nadie. Tenía una lengua que resultaba más que peligrosa, y además nunca sabía cuándo tenía que *cerrarla de una puta vez*. Sabía también que si no le paraba él los pies, Jonny se aseguraría de que algún otro hiciese el trabajo sucio. Todos estaban bien metidos en harina y él no tenía el más mínimo interés en que lo dejaran de lado porque su mujer fuera incordiando por su cuenta.

—Si quisieras verlo, sabrías que estamos ganando dinero en serio. Nos llevamos un porcentaje de todo, Cynth. ¿En qué otro sitio nos iban a dar eso, eh?

Cynthia soltó una risita despectiva, como si fuera tonto de remate, y luego le gritó, rabiosa:

—¡Oh, a ver si te espabilas, James, por favor, joder! ¡Menudo zopenco estás hecho! No ganamos una jodida mierda en comparación con esos, ¡pareces un jodido chiste malo!

—No empieces, Cynth, esta noche no, no empieces...

Cynthia meneaba la cabeza lentamente y con intención, como si estuviera en presencia del bobo más grande que había desde el Benny de *Crossroads*. Pero entonces Jimmy movió también la cabeza, y ella comprendió que lo estaba atosigando más de la cuenta. Al mirarlo y verle la cara retorcida por la furia, el cuerpo macizo estremecido de rabia, se dio cuenta de que sus críticas constantes habían alcanzado el objetivo. Se le veía peligroso y amenazador; al fin y al cabo había tenido una buena escuela, y a veces Cynthia se olvidaba de cuánto había cambiado su vida. Ahora Jimmy ya jugaba con los mayores y se contagiaba de sus malas costumbres. Y en este momento la estaba mirando con desconfianza, con una ira que ella no sabía que pudiera albergar dentro. Le pareció capaz de cualquier cosa y comprendió que para sus intereses era mejor dejarlo tranquilo un rato. Templar sus

impulsos y no mostrar tan claramente su ansiedad.

Después de todos aquellos años pudo entender que finalmente había llevado las cosas demasiado lejos. Por primera vez en la vida sintió verdadero miedo del hombre con el que se había casado, tuvo una clara percepción de su fuerza, vio la ira en sus ojos. Cynthia sabía bien que, si había que ser justos, Jimmy tenía más que adecuadamente atendida a la familia, aunque, por supuesto, ella no pensaba decírselo nunca. Pero a ella eso no le bastaba, ni le bastaría nunca: ella quería tener tanto como tenía su hermana. Nunca se conformaría con menos que la parte del león, es lo mínimo que estaba dispuesta a aceptar. Alguna vez llegaba a admitir en su fuero interno que los celos se le escapaban de las manos, pero no lograba librarse de la sensación de que muchas veces la vida le meaba encima, y desde muy alto. Que ver a aquella hermana suya tan apocada pasándole por encima era algo que nunca habría podido ni imaginar. Era ella la que debería haber conseguido algo así, porque tenía más cerebro y más entendederas de los que Celeste iba a tener nunca. Aquello era muy injusto, muy, muy injusto. Aunque claro, eso él no lo entendería nunca.

Pero ahora, al ver su mirada de asco y desagrado en los ojos, comprendió que de algún modo había traspasado una línea. Nunca antes la había desafiado así, siempre había sido al revés. Algo le había infundido un falso coraje, porque era un coraje que nunca había tenido, y Cynthia sospechó qué podía ser ese algo.

—¿Tú me llamas a mí estúpido? —le dijo Jimmy—. ¿Tú, que no serías capaz de ganarte un mendrugo por tu cuenta aunque tu vida dependiera de ello? ¡Tú que eres incapaz hasta de organizarte lo suficiente para cuidar de tus hijos! ¿Tú te atreves a cuestionarme a mí, a mí y lo que hago por esta familia, si se puede llamar así?

Cynthia no contestó porque no supo qué contestar.

—Joder, yo madrugo y salgo las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Y ¿sabes qué? Que esa es la razón por la que Jonny se preocupa por nosotros, vaca estúpida. Me ofrece una prueba, un poco de lo que él hace, y yo trinco la pasta con ganas. Porque si no fuera por él, estaríamos buscándonos la vida mal que bien, igual que antes. Así que no saques demasiado el pescuezo, cierra esa boca y da gracias por lo que tienes en vez de estar constantemente dando la brasa con lo que tú te crees que *deberías* tener. Ya estoy harto, Cynth. Ya estoy harto de ti y de tus jodidos caprichos, no me marees.

Cynthia miró a su marido con un asombro absoluto: si alguien le hubiera dicho que su marido se volvería así contra ella se habría reído en sus narices. Pero no tendría que haberse sorprendido tanto: lo había visto en sus narices dándose demasiados aires, lo había visto hinchar las plumas conforme iba teniendo más éxito en su terreno. Lo había visto convertirse en un hombre casi famoso, sabía que era respetado porque sabía esconder unas cuantas libras al inspector de Hacienda y a la ley. Y ahora al parecer se creía mejor que ella, la madre de sus hijos. También sospechaba que había adquirido un digamos hábito, un caso grave de moquera. Lo cierto es que cada poco sufría ataques graves de gripe colombiana. Estaba más que

segura de que aquel marido suyo tan remilgado se había hecho un tanto cocainómano.

Ah, cómo cambiaban los tiempos...

—¡No me hables de ese modo! No estoy dispuesta a tragar que tú, precisamente tú, me trates como a una tonta.

Entonces Jimmy se rio, la empujó para atrás sobre el sofá y dijo serio:

—*Que te jodan*, Cynth, ¿tengo pinta de que me importe algo lo que tú dices a día de hoy? Yo ya estoy por encima de ti y de tu mala leche. O vuelves a traer a mis hijos a casa o ya puedes irte a tomar por el culo. Estoy de ti hasta la coronilla. Eres un coñazo vengativo, y una abusona. Pero ya no pienso tragar nada más, así que mejor te las vas arreglando de otro modo.

Jimmy no se creía lo que acababa de decir, ¡y además a Cynthia! Al fin había dicho todo lo que soñaba con decir. Sabía que era porque se había tomado unas pocas rayitas de cocaína. Últimamente había descubierto que le gustaba cómo le hacía sentir: unas rayitas y ya no le importaba lo que nadie pensara de él, se sentía invencible. Tenía la sensación de que era imposible que hiciese algo mal. También sabía que si Jonny Parker lo descubría se subiría por las paredes. A Jonny no le gustaban las drogas, y especialmente no le gustaban en su círculo de amigos personales; venderla sí que podía venderla, por supuesto, y en grandes cantidades, porque, por lo que a él respectaba, eso no eran más que negocios. Mientras Jonny no se enterase de su recién estrenado hábito, Jimmy sabía que todo iba bien. Sabía también que a su mujer, a la que después de todo seguía queriendo, le hacía falta una buena bofetada. Y si no se andaba con cuidado, eso era lo que se iba a llevar. Ya había tenido bastante, y en más de un sentido.

Cynthia se dio cuenta de que no le interesaba continuar aquella conversación y su instinto le decía que en esa ocasión le convenía mucho más retirarse. Pero también sabía que si su marido consumía drogas —y tenía que estar drogado, porque si no nunca se habría atrevido a decir las cosas que había dicho—, podría usar esa información contra él en un futuro. Oh sí, ahora andaba pisando alfombras persas, desde luego. Y llevaba ya un buen tiempo pisándolas. Eso debía de tener algo que ver con Jonny Parker, y en ese caso sabía que solo podía ser beneficioso para ella a largo plazo. Escarbaría y escarbaría hasta dar con la verdad y luego la utilizaría en su propio beneficio. Tenía acceso a la ropa y a la cartera de James. A veces las cosas eran muy fáciles: no tenías más que sentarte y esperar. Y todo acababa viniendo a ti sin tener ni que cogerlo.

Su hermana pensaba que tenía una vida muy especial, de putísima madre. Bueno, pues Cynthia podía acabar con ella con una llamada de teléfono. Una llamadita y se acabó todo. El simple hecho de saberlo le hacía sentirse tan bien...

Capítulo veinte

- **B**ueno, ¿qué pasa entonces?

Mary Callahan se sintió molesta. No soportaba aquella comedia semanal: Cynthia actuando como si hubiera arreglado las cosas para sacar a los niños por la tarde cuando todos sabían que no lo iba a hacer nunca. Cynthia nunca tenía a los críos más de un día, e incluso entonces era como si les estuviese haciendo una especie de favor. De todos modos, era incapaz de lidiar con los dos niños más de un par de horas. Se los encasquetaba a sus padres con un alivio que resultaba casi tangible.

Pero hoy Cynthia parecía decidida a irritar a alguien, parecía como si tuviera un plan premeditado, y desde luego no era la primera vez que se comportaba así durante las últimas semanas. Aquello a su madre la incomodó. Conocía a su hija mejor que nadie. A decir verdad, no soportaba a su hija en muchos aspectos. Sabía que Cynthia era capaz de grandes odios y mayores traiciones. Sabía también que Cynthia no se cortaba a la hora de utilizar a sus hijos para conseguir lo que quería. Llevaba haciéndolo desde que nacieron. Pero últimamente ya no se fiaba de su hija en absoluto; sabía que tenía intenciones ocultas, que Cynthia *siempre* tenía intenciones ocultas de algún tipo. Esta vez sabía exactamente de qué se trataba.

—Mira, mami, si no quieres quedártelos, me los llevo otra vez a casa conmigo...

Mary ya tenía al nieto en los brazos y a su nieta agarrándosele a las piernas. Y sabía que ahora no los iba a dejar marchar.

—Yo no he dicho eso, Cynth. Pero es que eres tú la que parece que no los quiere dejar.

Cynthia lanzó un profundo suspiro, alzó sus grandes ojos al cielo y Mary Callahan pudo ver lo preciosa que era realmente su hija mayor. Y le dolía saber que aquella preciosa joven no se interesaba de verdad por nadie en este mundo, y menos aún por sus dos hijos. Que la necesitaban. Últimamente James junior había desarrollado cierto mal carácter. Cada vez que Cynthia le dejaba a los niños allí, el chico se cogía una rabieta.

—Oh, mami, es que estoy preocupada, nada más, sé que contigo están perfectamente seguros.

Mary no reaccionó a las palabras de su hija, pero percibió el drama que ocultaba en ellas. Así que le dijo a su nieta:

—Ven, vamos a ver al abuelo.

Cynthia miró a su madre y dijo, seria:

—¿Y ya está, mami? ¿No vas a escuchar lo que tengo que decirte?

Mary miró a su hija a los ojos y dijo en un tono tranquilo pero serio que dejaba traslucir lo que realmente pensaba de su hija mayor, por si alguien quería oírlo:

—No, Cynthia, no pienso escucharlo, y tu padre y quien sea, tampoco. Los de la bofia le han contado a Jonny lo de tu llamadita, y ha decidido no hacerle caso. Pero tengo que advertírtelo, muchachita, has traspasado la raya. Si quieres ir de soplona,

hazlo por tu cuenta, porque a ninguno de nosotros nos interesa lo más mínimo. De hecho, si no fueras quien eres, ya estarías muerta. Así que escúchame bien, escucha con atención. Esta vez has ido demasiado lejos. Así que yo no lo celebraría demasiado todavía, si pillas por dónde voy.

Cynthia se marchó de la casa sin decir una palabra más. Por primera vez en la vida no sabía cómo reaccionar. Sabía que la habían calado y estaba asustada, sabía que había ido demasiado lejos. Su odio había provocado aquella situación. Había albergado la esperanza de que le quitasen de en medio a Jonny y a sus colegas para no tener que volver a mirarles a la cara. Había intentado deshacerse de todos, hacerles ver a todos lo vulnerables que eran en realidad. Pero en cambio había descubierto lo profundamente implicados que estaban con la policía y ahora entendía la peligrosa situación en que quedaba ella. Había querido exponerlos a todos, su marido incluido —*especialmente* a su marido, a decir verdad—, pero ahora sabía que no tenía ninguna oportunidad de que eso se produjera. Andaban metidos en una mierda bien profunda, y ella sabía con exactitud qué profundidad tenía esa mierda. Así que le había contado a la bofia todo lo que sabía... cobrando un precio, por supuesto. Pero resulta que eran *ellos* los que se habían servido de ella, la *pasma* la había ofrecido a ella como para un puto sacrificio. Nunca lograría superar el hecho de que la gente que tendría que tomar nota de todas sus palabras, a la que había dado la información que necesitaban para acabar con unos cuantos delincuentes de importancia, le hubiera dado la vuelta a todo y la hubiera dejado con el culo al aire y a merced de las mismas personas que había pretendido hacer caer.

Y ahora era una soplona reconocida, una mujer de la que nadie se volvería a fiar. Un verdadero cadáver si no fuera porque su hermana era la media naranja de Jonny Parker. Sabía que ya estaba marcada, sabía que ahora tendría que probar su valor en algún momento y, lo peor de todo, sabía que aquello se lo había buscado ella solita. Que era una perra celosa y vengativa. Ella lo sabía mejor que nadie. Pero también lo sabían todos los que la rodeaban. Y aquello la fastidiaba enormemente.

La aprensión le hizo sentir enormemente mal, pero se dio cuenta de que esa sensación ya no la abandonaría nunca.

Capítulo veintiuno

- **T**ú te lo buscaste, Cynth, todo el lote. Podías habernos arrastrado a todos, hasta a mí. ¿O era *precisamente* a mí?

Hacía mucho que Jimmy Tailor había dejado de asombrarse de la lengua de su encantadora esposa. Desde que les había traído a la bofia para que metieran las narices en sus asuntos, había decidido ponerse firme en lo concerniente a ella, y en su opinión con razones más que fundadas.

Cynthia puso su mejor voz de «por favor, por qué no me crees» y dijo en tono de tristeza:

—Mira, James, entonces creí que era lo mejor para nosotros. ¡Estabas consumiendo cocaína como si se acabara el mundo! Me tenías preocupada... —Un año después Cynthia seguía intentando demostrar su inocencia, pero por ahí no había nada que hacer y ambos lo sabían—. Yo solo quiero lo mejor para mi familia. Ya sé que tú no lo ves de esa manera, ninguno de vosotros lo ve de esa manera...

—¡Venga ya, cambia el rollo, Cynth! Como si yo te hubiera importado alguna vez, yo o alguien, en realidad.

Jimmy estaba harto de ella. Estaba poniéndose ya la chaqueta y Cynthia supo que se marchaba de casa para ir a pasárselo bien mientras ella se quedaba allí sentada, sola y deseando poder formar parte de todo otra vez. Estaba desesperada por participar, si tenía que ser sincera consigo misma. Necesitaba ganarse unos cuantos puntos más para que los chicos volvieran a admitirla.

—Tenía miedo por ti, James, pienses lo que pienses.

Jimmy alzó los ojos al cielo, con la paciencia agotada.

—Casi nos jodes vivos a todos —dijo—. Sabes lo que hiciste, y sabes también que de no ser por tu hermana estarías muerta.

Cynthia había intentado ganarse la simpatía de su marido, pero no había modo. Durante el último año había recibido el trato de un paria; de hecho apenas salía alguna vez de casa. Mirar a sus espaldas se había convertido en parte de su rutina diaria, y hasta Celeste le guardaba las distancias. Lo peor de todo era que echaba de menos a su hermana. Que la echaba de menos hasta físicamente. ¿Quién lo habría imaginado? Cuando todo estaba dicho y hecho, siempre había tenido allí a Celeste, y había hecho falta un año en la lista negra para que Cynthia se enterase.

Durante aquel año su hermana y su marido se habían convertido en los famosos de la localidad, siempre en los periódicos del barrio inaugurando un nuevo local de boxeo o asistiendo a una subasta benéfica. Eran como unos Burton y Taylor para pobres. Cynthia comprendía que si no hubiera sido tan vengativa, seguiría formando parte de todo aquello. Seguiría teniendo algún tipo de vida real. Echaba de menos la vertiente social de todo aquello, echaba de menos salir de noche, la gloria postiza de ser la hermana de Celeste. Ojalá hubiera comprendido entonces la suerte que había tenido.

Y para acabar de adornarlo todo, a James le iba realmente bien. Vivían mejor que nunca, aunque sabía que andaba un tanto en la cuerda floja con él. Seguía sin entender por qué no la había abandonado... ni siquiera ella le habría echado en cara que lo hiciese.

Nunca se le pasó por la cabeza que probablemente la quisiera, que se ocupaba de ella por ser su esposa y la madre de sus hijos. Lo único que era capaz de ver era que a Jimmy le encantaba su papel en el nuevo entramado familiar. Era el principal suministrador de ingresos pero también era, por fin, el cabeza de su propia familia, por duro que a ella le resultase aceptarlo. Aunque ahora iba y venía a su aire.

Cynthia no podía andar quejándose demasiado porque esos días lo necesitaba, y mucho más de lo que nunca habría imaginado. De hecho, era increíble lo mucho que lo necesitaba en ese momento. Había jugado unas cartas que creía ganadoras solo para descubrir que eran exactamente lo contrario. La pasma le había prestado oídos y le había servido en bandeja sin pensar ni por un momento en la situación en la que la dejaban. Ella suponía que Jonny los tendría comiendo de su mano; era demasiado astuto para lo contrario.

Si Cynthia hubiera conseguido lo que se proponía, el marido de su hermana estaría en la trena una buena temporada, y ella habría obtenido una gran satisfacción. Los hubiera visto caer del pedestal, y estaba a una más que jodida altura, por cierto. Pero en cambio, y sin darse cuenta, había saboteado cualquier atisbo de buena vida que indirectamente pudiera haber logrado ella. Así que, en efecto, era como si se hubiera pegado un tiro en su propio pie, y estaba pagando un precio terrible por su traición.

Para ser justos, Celeste *quería* que ella tuviese cosas bonitas, que tuviera dinero en la lata y, por encima de todo, quería que estuviera contenta. Como si ella hubiese podido aceptar eso alguna vez viniendo como venía de su hermana, precisamente. Pero ahora, no obstante, Cynthia sabía que tenía que ofrecer alguna compensación, que tenía que demostrar de alguna forma que ella también valía para algo. Así que eso haría. Se pondría a la cola y se aseguraría de que la vieran y vieran a una persona válida. Pero no para la bofia, sino para su hermana y para el marido de su hermana.

Era todo lo que le quedaba.

Capítulo veintidós

- **A** divina a quién acabo de ver.

Jack Callahan meneó la cabeza, nada interesado por el parloteo de su mujer.

—A Shaw Taylor, nada menos.

Shaw Taylor era la estrella de un programa de los primeros sesenta que se llamaba *Policía 5* y en el que pedía amablemente al público que sacaran los trapos sucios de algún miembro de su familia o de su comunidad. Shaw Taylor también era el sobrenombre que le habían puesto a Cynthia desde que un año antes había causado todo aquel problema... Si se enteraba, se iba a sentir mortificada.

—¿Y venía hacia aquí?

—Claro que no, estúpido, si viniera hacia aquí ya habría llegado. La vi entrar en la estación del tren, así que supongo que se iba al oeste.

Jack Callahan no contestó; todos sabían que ya no iba de compras ni hacía nada por el barrio. Su nombre era un sustitutivo de traición y así debía ser. Cada vez que pensaba en lo que había hecho, le entraba una rabia asesina por haberla engendrado. Si no se pareciese tanto a su madre físicamente, igual hubiera acusado a su mujer de toda clase de cosas después de que su hija hubiera denunciado todo su entorno. Pensar que había sido capaz de algo tan jodidamente bajo, tan asqueroso... Meneó la cabeza otra vez de pura incredulidad.

—Pobre Celeste. Todavía se siente culpable del tema... Después de todo el rollo, sigue intentando excusar a su hermana.

Jack Callahan ni se molestó en contestar. Cynthia no había sido más que un problema desde que pudo abrir aquella boca pintada suya. Ya no quería volver a tenerla cerca. Mientras siguiese dejando allí a los niños de manera regular, le importaba un bledo si la veía o no la veía más. Mejor que no supiera ni lo que se cocía por allí, no fuera a enmerdarlos a todos. Su yerno Jonny lo manejaba todo, y puede que navegase demasiado cerca del límite, incluso para sus criterios. A decir verdad, hasta Jack se estaba poniendo un poco de los nervios con las audacias de aquel muchacho. Aunque parecía que Jonny sabía lo que hacía. Tenía un don para los chanchullos y el sentido común de alternarlos con empresas legales para así poder al menos explicar de dónde salían aquellas casas y coches. Pero escabullirse y plantarse en el sur de Londres era una escapadilla bastante osada que podía perjudicar a todos los involucrados. Aunque aquello no parecía preocupar mucho a ninguno de los afectados. Era como si las viejas reglas hubieran prescrito y a quienquiera que todavía creyese en ellas hubiese que clasificarlo entre los dinosaurios.

Bueno, tal vez Jack *fuese* un dinosaurio, pero tenía la impresión de que la vieja guardia, con sus límites y sus códigos de conducta, estaba en lo cierto. No puedes ir por ahí quitándoles a los demás sus ganancias sin que haya consecuencias, seas quien seas. Era la base del negocio. Pero tenía un mal presentimiento con aquellos locales

nuevos. Los hombres al cargo de las nuevas empresas de Jonny no se lo tomarían a la ligera, de eso estaba seguro.

Jonny Parker era un chico listo, y Jack tenía una buenísima opinión de él, pero consideraba que con su nueva movida había cruzado una línea excesiva. Las malditas drogas, que no paraban de crear problemas, tanto para el vendedor como para el comprador. Mira a Jimmy, que andaba esnifando esos polvos blancos como si su vida dependiera de ello. Aunque vivir con aquella jodida hija suya le hacía tenerle lástima en muchos aspectos. Pero las drogas eran las drogas, y a Jack no le gustaban, no le gustaba el descontrol que provocaba a quienes andaban metidos en ellas. De momento se guardaría sus consejos hasta ver lo que sucedía. El problema era que si las cosas se ponían feas, su Celeste estaría en primera línea de fuego, y eso era lo que le preocupaba de verdad.

En tiempos de Jack, los ladrones tenían su código de honor, por mucho que eso resultase contradictorio. Pero ahora ya no, ahora todo era un sálvese quien pueda. Y Jonny Parker lo quería *todo* para él, cada ladrillo y cada beneficio.

Y esa era una fórmula que solo podía desembocar en el desastre.

Capítulo veintitrés

Jonny Parker no estaba tan preocupado como probablemente debería estarlo, y eso lo tenía satisfechísimo. Estaba arriesgando mucho, y lo sabía: andaba poniendo en juego su vida. Pero si no lo hacía, sabía que algún día lo iba a lamentar. Siempre se había dejado guiar por su instinto y hasta el momento nunca le había fallado. Así que confiaba en que aquella fuese otra de sus tan lucrativas ideas.

Su instinto le decía que aquel era el momento correcto. Trabajaba sobre el papel, lo admitía, y el papel nunca permitía calibrar las reacciones de la gente involucrada. *Siempre* le provocaban inseguridad las reacciones ante sus iniciativas de negocio más osadas. Pero en lo concerniente a este en concreto, llegaría al asesinato si era preciso porque esta vez estaba decidido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

Era un tipo mucho más duro de pelar de lo que la gente pensaba, pero después de aquel próximo golpe —que era un plan muy audaz y peligroso— sus verdaderas intenciones y su verdadera personalidad quedarían patentes para todo el mundo. Había jugado con sus tiempos y aquel era el momento que había estado preparando. Para ser sinceros, el tema todavía le ponía un poco nervioso, pero, por lo que a él respectaba, eran unos nervios positivos. Le garantizaban que no iba a darlo todo por hecho. No le dejaban bajar la guardia. Cuando la gente estaba demasiado segura de sí misma tendía a cometer errores, y él no tenía la menor intención de dejar que se jodiera el plan.

—¿Estás bien, Jonny?

Celeste parecía preocupada, así que enarboló una sonrisa de despreocupación.

—Estoy bien, cariño. Estoy pensando, eso es todo.

—¡Siempre estás pensando! —sonrió Celeste—. ¿Qué te ronda por la cabeza ahora cariño?

Jonny le acarició la cara con la mano asombrado de la intensidad del amor que sentía por aquella mujer.

—Nada de lo que tengas que preocuparte. ¿Estás segura de que esta noche estarás bien? Yo no estaré fuera más de lo necesario, te lo prometo.

—Quédate todo lo que quieras. De todas formas voy a ir a casa de mamá. Tiene a los niños.

Jonny hizo una mueca que la hizo sonreír de nuevo.

—¡Siempre tiene a los putos críos!

—Ahora ya no, —Celeste se había puesto seria de golpe—. Sé justo, Jonny, ahora ya no los tiene ni la mitad del tiempo que antes.

A Jonny le asombraba que esa mujer —porque era una mujer hecha y derecha a pesar de toda su ingenuidad un tanto infantil— siempre se alzara en defensa de aquella inútil recalcitrante que era su hermana. Pero, como siempre le había insistido su madre, la sangre era más espesa que el agua. Chorradas, por supuesto, pero las mujeres parecían creer que eso era una excusa válida para sus chanchullos y su falta

de lealtad. Personalmente consideraba que su hermana tendría que estar a dos metros bajo la tierra de cualquier campo de golf de por ahí. Pero eso no era más que su opinión, y en lo referente a aquel trozo de mierda de hermana que tenía, su esposa no iba a escuchar ningún argumento de los que él le pudiera dar, por muy válidos que fueran.

—Yo esta vez me retiro, cariño, porque no quiero que haya peleas sobre el tema. No se merece una pelea, ¿verdad?

Celeste dijo que no con la cabeza, pero él notó que estaba inquieta.

—Entonces te veo después, ¿vale? —Jonny le dio un beso y ella, como siempre, le respondió con todo su ser.

—Te tomo la palabra.

Cuando la puerta se cerró de golpe tras él, Celeste se sentó y encendió un cigarrillo de su reserva secreta. Jonny no soportaba verla fumar, pero ella necesitaba calmar los nervios. Sabía lo que iba a suceder esa noche y en su interior tenía miedo de que fuera a salir mal, muy mal. Confiaba en Jonny, pero sabía que últimamente estaba corriendo riesgos —al menos los corría en opinión de su padre, y Celeste sabía que su padre no era ningún blandengue. Cuando *él* andaba preocupado, había motivos para preocuparse. Puede que su padre no fuera el hombre más agudo del mundo, pero sabía siempre con quién se jugaba los cuartos, y mejor sería que su yerno le escuchase de vez en cuando. De hecho, sería bueno que comprendiera que debería prestar oídos a la verdad de vez en cuando, incluso aunque no estuviera de humor para oírla. Personalmente tenía la sensación de que siempre merecía la pena oír de pasada los comadreos del barrio. Nueve de cada diez veces la gente sabía más de lo que la pasma llegaría a saber nunca, incluso más que los propios involucrados en el asunto. Si venían del lugar adecuado, los comadreos eran algo serio, anticipaban los problemas serios. Si trascendían fuera del entorno, resultaban peligrosos para cuantos estaban involucrados, porque eso significaba que el asunto no se guardaba tan en secreto como se daba por hecho. En realidad significaba que todos lo sabían, que era del conocimiento general, del dominio público, y eso quería decir que había alguien en su círculo personal que era un bocazas y que ese bocazas podía originar más peleas que John Wayne. Pero ella no podía hablar de eso con su marido porque su marido consideraba que los cotilleos del barrio no eran nada más que inventos, estupideces e idioteces. Esas eran exactamente sus palabras.

Celeste amaba a su marido más que a su propia vida, aunque supiera que no era alguien que se atenía precisamente a la ley. La verdad es que sabía muchas más cosas de las que él imaginaba. También se daba cuenta de lo que era capaz de hacer, y eso le daba miedo. No por ella misma, porque él nunca le haría daño, de eso estaba segura. Pero sí que era capaz de asesinar, de eso tampoco tenía la menor duda.

Se fumó un cigarrillo con mano temblorosa. Esa noche iba a ser muy larga.

Capítulo veinticuatro

Jonny Parker andaba excitado, pero era una excitación teñida de preocupación. Puede que fuera un jefe reconocido, pero sabía que se las tenía que ver con personas que nunca le darían una segunda oportunidad si no conseguía su objetivo a la primera. Y su objetivo era quedarse con lo que ellos tenían: quería hasta la última miga del pastel. Y era lo bastante legal como para mostrar a las claras un estilo de vida más que acomodado. Contaba también con un retén de tipos fracasados que trabajaban para él y que no se enteraban de que si las cosas se torcían iban a ser los primeros en pagarlo. Entre esos estaba el cabeza de chorlito de su cuñado, que si los asuntos se torcían iba a ser el primero al que trincase nuestra querida pasma. Jonny tenía montadas suficientes medidas de seguridad para quedar fuera del tinglado. Lo que no tenía, o al menos no al cien por cien, era la garantía de que no iban a apearle de su posición antes de conseguir el más llamativo de sus objetivos. Pero él era un planificador, alguien que tramaba cosas en muchos frentes; sabía esperar y observar, y se pensaba con cuidado y precisión sus movimientos en los negocios. Aun así, siempre había que tener en cuenta las posibles eventualidades, como que la gente con la que trabajaba tuviera la mosca detrás de la oreja pensando que pretendía quitarla de en medio. Eso solía poner al personal realmente furioso.

Jonny era respetado porque se encargaba personalmente de la mayoría de los trabajos sucios, de modo que la gente supiera a qué atenerse. Pero nunca dejaba ningún rastro, era demasiado astuto para hacerlo. Pero esta noche se trataba de un dinero serio, y eso significaba que te las veías con gente seria. Confiaba en poder hacer la transición de proveedor a director general sin verdaderos problemas. Si se llevaba a los mejores hombres, ir al banco sería cosa de risa.

El truco estaba en cómo llevárselos. Llevárselos y asegurarse de que los que trabajaban para ellos comprendieran la vertiente económica del negocio. Al fin y al cabo su formación le había enseñado que mientras la gente ganase algo, trabajaría encantada con quien le proporcionara esas ganancias. Vivían en una sociedad thatcheriana: dame unos buenos beneficios que me tragaré lo que haga falta y trabajaré para ti. Así funcionaban las cosas ahora. Ya no estábamos en los sesenta, y cuanto antes lo comprendieran, mejor estarían todos. Era como vivir en una puta burbuja; los viejos valores estaban muy bien en su momento, pero ahora estábamos en los ochenta, y cualquiera que tuviese unas libras y una recortada podía entrar en cualquier parte y conseguir que le escucharan. Los días de los bandidos caballerosos habían desaparecido hacía mucho tiempo; los habían enchironado y no volverían a ver la luz del día hasta que los putos judíos estuviesen de vuelta en Sión, así de remotas eran las fechas de su libertad. Los habían quitado de en medio para una larga temporada, los jueces se habían tomado a pecho la tarea de librar al país de algunos de sus más prósperos negociantes. Negociantes legales, por cierto; a pesar de todos sus chanchullos, también eran productores de beneficios legales, eran buenos y

honestos contribuyentes. Ninguno de ellos había ido a cobrar el paro ni a pedir limosna.

Era un mundo nuevo, con toda una colección nueva de normas y reglamentos. La vieja guardia estaba muerta y olvidada. Ahora se trataba realmente de la supervivencia del más apto, y Jonny Parker sabía que él era más apto que la mayoría. Pensaba jugarles a todos con sus mismas armas para que entendieran que no se trataba de un ensayo, sino que la cosa iba de veras.

Lo había planeado todo hasta el último detalle y ahora lo único que tenía que hacer era asegurarse de que el plan se ejecutaba con un mínimo de alboroto y el máximo de terror. El miedo era la mejor manera de asegurarse de la absoluta entrega de todos los involucrados. El miedo tenía sus propias recompensas: aquella boba de su cuñada lo había descubierto de la peor manera posible. Sin darse cuenta, le había enseñado una buena lección: las personas más cercanas a ti te mostraban cuáles eran los verdaderos peligros. Una lección que no pensaba olvidar. Nunca. El susto provocado por las revelaciones de aquella mujer a la pasma le había hecho dar un paso atrás y observar atentamente a sus empleados y a su familia. A su manera, aquella boba traidora de Cynthia le había hecho ver las grietas de su armadura. Precisamente entonces comprendió lo fácil que era que personas ajenas supiesen más de la cuenta de sus asuntos.

Pero ya no iba a tolerarlo más, desde luego. Ya era sabido por todos que cualquiera que se fuese de la lengua fuera del entorno de trabajo obtendría la respuesta que se merecía esa traición. Esposas y novias eran tratadas ya con una desconfianza semejante a la de la bofia y consideradas tan peligrosas como los tribunales de justicia. No se les contaba nada que tuviera ni la más remota relación con las ocupaciones de sus maridos o compañeros. Y la cosa funcionaba de maravilla. Jonny le dijo a su mujer, al amor de su vida, que a joderse también. Era una muchacha estupenda, pero, como todas las mujeres, cuanto menos supiese, mejor.

Esa noche iba a haber sangre de verdad; iba a dejar su marca de una vez por todas. No había querido hacer aquello porque iba a ser duro y habría sangre y se convertiría en leyenda. Pero *necesitaba* hacerlo porque una vez hecho a nadie le cabría ya la menor duda de quién era el principal ganador de la ciudad. Y ahora era el momento. Todo hombre de negocios se topa con encrucijadas que le obligan a decidir la ruta que toma, si la opción fácil (siempre la menos lucrativa) o la más difícil, en la que tendrá que pelear por lo que de verdad quiere. Bueno, pues iba a pelear a brazo partido. Iba a asegurarse de que nadie, ningún otro, quedara en pie para fastidiarle aquella jugada maestra.

Así que era ahora o nunca, y estaba decidido a acabar con ellos, poco a poco, paso a paso.

Capítulo veinticinco

Joseph Makabele era un rastafari grandote que en toda su larga y ajetreada vida no había estado cerca de Jamaica ni una sola vez. En realidad era nigeriano, y sabía que su ascendencia no le serviría de ayuda de ninguna forma, modo o circunstancia. En todo caso, no en el mundo del trapicheo de drogas. Sabía que los jamaicanos de verdad sospechaban de él, y los chicos blancos todavía más. Fundamentalmente porque habían ido a la escuela con los jamaicanos, los de Tobago y el resto de los chicos caribeños de la vecindad; nunca había ido a la escuela con nadie que sirviera para algo. Él daba el físico para el papel, hablaba como exigía el papel, pero no tenía los créditos necesarios.

Joseph sabía que eso significaba que no recibiría la lealtad que necesitaba: la gente trabajaba para él, pero no se fiaba de verdad de él. Ofrecía buenos sueldos, pero nada más, porque nadie lo conocía desde hacía el suficiente tiempo y en Londres si no podías remontarte al menos tres generaciones, no eras nadie.

Eso ya lo había entendido, y también había entendido que si esa noche no ganaba ante Jonny Parker, el héroe local, y el séquito de simpáticos mamones, estaba acabado. Pero ya había tomado precauciones y estaba seguro de contar con suficientes cláusulas indemnizatorias como para que le duraran al menos toda una vida. Joseph era guapo, era carismático y podía suministrar droga suficiente para tener colocado a todo el sudeste hasta el próximo milenio a mitad del precio de mercado. Pero sabía también que ser un francotirador sería siempre su punto débil.

La gente del sur de Inglaterra tenía un defecto, y era que no daban cuartel a los de su ralea. Si Joseph hubiera nacido y crecido allí, habría sido perfecto, como bien sabía. Pero no había nacido allí, así que también sabía que su pretensión de pasar por un rasta jamaicano no significaba nada para el personal con el que tenía que lidiar esa noche. Jonny Parker lo pondría a prueba, y eso ya era de por sí un desafío serio a juicio de cualquiera.

Joseph se veía venir aquello desde hacía ya mucho tiempo, pero tenía la esperanza, como tantos antes que él, de que ofrecer una buena ganancia y unos buenos beneficios marginales garantizarían su seguridad. Había interpretado el papel de rasta, pero eso era una actuación, y en lo más profundo era consciente de que todos cuantos trabajaban para él lo sabían.

Estaba asustado. Esa noche iba a discutirse el trato en serio, y su comportamiento durante la negociación afectaría al resto de su vida. Pero estaba listo para la pelea. Se había rodeado de los mejores, a los que les pagaba más de lo que valían, y ahora tenía que confiar en que fuera suficiente.

Se encogió de hombros. Estaba dejando que los demonios se apoderasen de él, como decía siempre su abuela. Se preguntó con nostalgia si seguiría viva. A Inglaterra lo había traído su madre, que lo había abandonado enseguida, de modo que había acabado en un hospicio. Otra razón por la que no se fiaban de él: después de

todo, si ni tu propia familia te quiere... Otro proverbio del East End que tenía que admitir que llevaba impreso el sello de la verdad.

Se desperezó mentalmente. Había llegado hasta allí y tenía el cerebro y los huevos precisos para llegar a donde quería llegar. Toda su vida se había dicho eso, y hasta el momento le había funcionado. Así que se aseguró a sí mismo que trabajaba con la gente adecuada y que les pagaba lo suficiente como para garantizar su lealtad. Eso tenía que significar algo. Todos sabían tan bien como él que Jonny Parker no se reunía con ellos para organizar un gran envío de drogas, sino que si los recibía era para decir que a partir de ese momento ya no se requerirían sus servicios. Bueno, pues Jonny Parker se iba a encontrar con un buen susto, y en cierta manera, lo lamentaba, porque Jonny Parker le caía bien, era un tipo estupendo.

Joseph se subió al asiento trasero de su gran BMW negro. Para su protección llevaba al conductor y a dos escoltas, uno de los cuales era Linford Fargas, su mano derecha, que ya llevaba tres años como su número dos y que era lo más parecido a un amigo de verdad. Todos los hombres estaban bien instruidos sobre lo que tenían que hacer esa noche e iban bien armados.

—¿Voy directo al almacén?

Joseph asintió de un modo casi imperceptible.

—¿Todo está preparado?

El conductor asintió; hasta la parte de atrás de su cabeza tenía un aspecto arrogante. El hombre, igual que él, era negro, de aspecto amenazador y siempre dispuesto a pelearse con los chicos blancos. Joseph sintió que se relajaba. Se inclinó hacia delante y sacó un gran machete de debajo del asiento del conductor; con aquello se podía cortar fácilmente una mano o un pie a cualquiera; era el arma perfecta para dejar al enemigo incapacitado. También podías separarle la cabeza de los hombros si dabas un golpe lo bastante fuerte. El machete era el arma preferida de la mayoría de los caribeños, pero en Inglaterra, al contrario que en Jamaica, donde se le consideraba una herramienta de trabajo, igual que un destornillador o un par de pinzas, era ilegal andar por la calle armado con uno.

—¿Estás nervioso, Joseph? —le preguntó Linford.

—Para nada. Me encuentro genial. Esto hacía falta, hasta yo lo veo.

Linford asintió, sabiamente.

—Además, voy a librarme de ese cabrón.

El conductor se rio con ganas y dijo con voz fuerte:

—¡Un jodido tío, ya lo creo! Saca a ese jodido tío que llevas dentro.

El comentario hizo que se echaran a reír, pero todos se daban cuenta de que era una risa nerviosa. Joseph comprendió que aquellos hombres estaban incluso más nerviosos que él, y pensó que esa noche no tenía otro remedio que mostrarse muy firme. Luego tal vez, y solo tal vez, hubiera alguna forma de hacerles ver que al fin y al cabo él también era uno de los suyos. Esa idea le gustó y se alegró de que aquello estuviese sucediendo; puede que fuera precisamente lo que necesitaba para reafirmar

su lugar en la sociedad de los chicos negros londinenses. Todos sus hombres estaban bien versados en el arte de pelear, tanto con los puños como con las pistolas. Y ninguno de ellos tenía el menor miedo a las armas de fuego, las habían utilizado durante la mayor parte de sus vidas.

Joseph comprendió que se había estado preocupando innecesariamente, y de hecho ya podía saborear su victoria mientras iba en el coche y llegaba al almacén de Croydon. Allí era donde guardaba la mayor parte de sus armas, allí era donde estaba más seguro porque solo unas pocas personas sabían que era de su propiedad.

Esa era otra de sus normas: le gustaba que sus negocios privados permaneciesen en privado, algo cuya utilidad podía quedar probada en momentos como aquellos. Solo cuatro personas sabían de aquel almacén, y las cuatro iban en el coche.

Linford se bajó corriendo y abrió las puertas tras manipular el enorme cerrojo. Joseph echó una mirada al patio y sonrió ante su vulgaridad. Desde el coche, vio que Linford abría la puerta de la caseta prefabricada que les servía de oficina. Allí dentro tenía una buena botella de whisky irlandés e iba a servirse un buen vaso antes de abrir las celebraciones.

Todavía faltaban dos horas para la cita, para la reunión con Jonny Parker que iba a determinar el resto de su vida. Al poner el pie fuera del coche, se percató de repente de que ninguno de sus hombres se había movido, pero solo cuando sintió que una bota lo tumbaba para atrás y vio la tierra del patio precipitarse hacia él, comprendió que algo fallaba.

Luego vio a Jonny Parker plantado sobre su cara con un machete de tales dimensiones que en comparación el suyo era como una navajita plegable.

—Lo siento, Joe, pero no pensarías en serio que iba a negociar contigo, ¿verdad?

El primer golpe arrancó la parte alta de la cabeza de Joseph; los demás golpes eran absolutamente innecesarios, pero la brutalidad del ataque era lo que constituía la declaración de principios de Jonny Parker. Cuando corriera la voz de la defenestración de Joseph, y sin duda iba a correr, las cosas adquirirían una perspectiva nueva y completamente distinta, y eso era precisamente lo que se pretendía con aquella demostración.

Linford Fargas contempló los sucesos con aire lánguido: se vanagloriaba de apostar siempre por el caballo ganador. Y a decir verdad, el pobre Joseph no había tenido ni la más mínima oportunidad. No era ni carne ni pescado, pero ahora ya no era nada.

Linford entró en la caseta y recogió sus veinte de los grandes; no estaba mal por una noche de trabajo. Si Joseph hubiera usado su considerable cabezota y pagado los débitos de su lealtad, tal vez esa noche habría tenido una posibilidad.

Ahora, sin embargo, Jonny Parker era el rey de la colina, y durante unos cuantos añitos no habría nadie en condiciones de pararle los pies. Haría falta mucho tiempo para que un grupito nuevo llegara a formarse y prosperara, aunque tenía la corazonada de que Jonny P, como era conocido ahora, seguiría siendo un desafío para

los del Caribe. Jonny tenía lo que allá en Jamaica llamaban «el deseo del diablo», y él lo deseaba todo. Bueno, pues que le fuera muy bien con todos los problemas que eso acarreaba. Porque puede que hubiera saltado la primera valla, pero ahora tendría que vérselas con Kevin Bryant, un hombre al que no se podía cabrear así a la ligera.

El tiempo lo diría; para el día siguiente por la noche uno de ellos estaría muerto. O todos. Al menos esa era la opinión de Linford.

Capítulo veintiséis

Kevin Bryant oyó la noticia de la prematura muerte de su socio comercial con su habitual cara de póquer. En su mundo, ese rostro inexpresivo era su marca de fábrica. Nunca se le veía enfadado, raramente contento y jamás que se recordara se había reído a carcajadas de nada. De ahí su apodo, Kevin Bryant el «Sin Cara». Le gustaba ese apodo, le daba la sensación de que lo situaba por encima de la mayor parte de sus coetáneos. Y su aspecto general, unido al hecho de que nunca decía nada si no era absolutamente necesario, reforzaba aún más su mística de la delincuencia.

Su esposa Sojin, una muñequita viviente de treinta y tantos años, contaba a todo el que quisiera escucharla que en casa, con ella y con los críos, era una persona completamente distinta, que nunca paraba de hablar, pero, para su desgracia, nadie la creía. Todos pensaban que Sojin estaba con él por ser quien era y a nadie se le pasaba por la cabeza que pudiera verlo de manera diferente a como lo veían los demás. Pero a ella le ofendía que nadie fuera capaz de ver al hombre bullicioso y divertido que ella amaba y adoraba, porque desde luego lo adoraba. Desde los pies del cuarenta y tres hasta la cabeza calva, fea y simpática.

El segundo de a bordo de Kevin —un hombre alto, tan flaco que daba miedo, que se llamaba Bertie Warner— trataba desesperadamente de interpretar la reacción de su jefe a la terrible noticia de que Joseph Makabele había sido acuchillado hasta la muerte por Jonny Parker y la Banda de las Astillas de Brixton.

—¿Me estás oyendo, Kev? ¡Lo machacaron, joder, lo picaron como un puto pescado de un viernes de cuaresma! ¿Pones el menor interés en lo que te estoy contando?

Kevin se encogió de hombros sin mostrar el menor interés y dijo con voz suave:

—Entonces, ¿está muerto?

—¡Hola, bienvenido a la puta tierra, Kevin! ¡Está tan muerto como un jodido dodo! ¡Por todos los diablos, si el loro de Monty Phyton tiene más vida que él! Es una puta sombra de papel humano. ¡Entérate un poco, joder, tío!

La actitud de Kevin resultaba a veces de lo más ofensiva, y aquella era una de esas veces. Su principal proveedor estaba ahora disperso por todos los rincones del país, cargado en bolsas de basura y escondido como un puto tesoro que los de la bofia tenían que encontrar y allí estaba Kevin como si no fuera con él y, para colmo de males, ni siquiera remotamente afectado por el tema.

—Tenía nuestra protección, Kev, se la debíamos, joder, y a todos los demás que piensan que les estamos cubriendo las putas espaldas.

Bertie empezaba a darse cuenta de cómo iban a interpretar todos el asunto; que todos, incluido ese mamón de Jonny P, sabían con total certeza que Makabele trabajaba para ellos, que esa era su apuesta para la gran rifa. Eso significaba que era preciso que los *vieran* tomar cartas en el asunto, porque si no podían ir despidiéndose de su cabeza de puente en el sur de Londres, que eso era una jodida liquidación.

Kevin se encogió de hombros con gesto displicente una vez más.

—¿Y? —preguntó.

No era una pregunta ni era nada. Era simplemente un fastidio y nada más.

—¡Y! ¿Qué cojones de «y»? ¿Eso es todo lo que tienes que decir, joder?, ¿Nos están atracando como a un par de putos mamones y lo único que se te ocurre decir es «y»?

Kevin Bryant ya no estaba escuchando a su amigo, estaba planeando el paso siguiente, y sabía mejor que nadie que tenía que plantear el combate con mucha astucia. Si Jonny P había llegado tan lejos, es que estaba bien armado y era extremadamente peligroso. Era obvio que estaba protegido, y tendría que asegurarse bien de que aquella pequeña maniobra funcionaría a su favor. La ira era un ejercicio inútil, aunque Bertie no lo veía así, por supuesto. Lo que se necesitaba era *pensar* las cosas bien, con el tiempo y la sensibilidad que hicieran falta, y eso no estaría en condiciones de hacerlo con Bertie soltando gracias por allí como una jodida verdulera.

—Bertie.

—Qué.

—Cierra esa puta boca.

Bertie hizo lo que se le pedía, pero por dentro estaba que bufaba. Si a Jonny Parker se le permitía irse de rositas tras semejante afrenta, el Londres que conocían y amaban estaría listo para que se apoderara de él. Aquello era un ataque directo a ellos y a todo lo que habían conseguido, y si Kevin no golpeaba rápidamente, la siguiente ronda de machetes la sufrirían ellos. ¡Putos machetes!

¿Qué había de malo en un serrucho corriente o de jardín? ¿Qué era aquella gente, animales o qué? Bertie meneó la cabeza sin poder creerse la saña que empleaban algunos.

Al contrario que Bertie, Kevin Bryant sabía exactamente por qué habían destrozado a aquel hombre con machetes. Era tanto una muerte como una declaración de principios. Era decirles a él y a todos los demás que Jonny P tenía el voto de confianza de los negros. Y que eso significaba que Brixton, Tulse Hill, Norwood y demás estaban encantados de entrar en su nómina. Iba recortando la ciudad y, siendo justos con él, lo estaba haciendo muy bien. En honor a la verdad, había levantado un jodido sistema, y Kevin Bryant admiraba a los que tenían una buena cabeza para los negocios. Muy pocos jefes la tenían; la mayor parte no eran más que soñadores que nunca llegaban a ver su gran obra y se sorprendían y ofendían cuando una inteligencia superior les quitaba el puesto. Cualquiera podía sacarse unas ganancias decentes; solo era cuestión de aguantar y tomarse el tiempo y las molestias. Unas buenas ganancias eran como una esposa infiel: la querías, te la follabas, pero no dejabas de vigilarla las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. De otro modo te jodían bien, y no solo en un sentido.

Pero Kevin Bryant todavía no estaba acabado, todavía le quedaban unas cuantas

millas por recorrer, y cuando tomase represalias lo haría a lo grande. Pero tenía que salir todo perfecto, tenía que estar bien planeado, había que ejecutarlo todo con el mínimo de jaleo y el máximo de resultados. Sabía montar un buen número tan bien como cualquiera y estaba decidido a hacer exactamente eso.

Capítulo veintisiete

Jonny P estaba eufórico. Se había librado de Joseph sin ninguna resistencia, digamos notable. Así que todo iba sobre ruedas, aunque ahora tendría que o bien derrotar del todo a Bryant, o intentar negociar con él en términos amistosos, la opción que resultara más viable.

Personalmente tenía la sensación de que lo mejor sería quitarse a aquel hombre de en medio. A su manera, también era un hueso duro de roer, y eso no podía dejar de tomarse en consideración. Nadie sabía nunca qué era lo que Kevin Bryant estaba pensando, así que era difícil negociar con él. Ya nadie jugaba tampoco a las cartas con él, tenía una cara de póquer que era toda una leyenda. Hacía unos años Jonny había visto a Kevin llevarse un bote de veinte de los grandes con una escalera al diez. Y también había estado jugando esas cartas con algunos chicos de lo más malo, los mismos chicos malos que ambos habían derrotado a base de adoquines en su juventud.

Era importante mandar en tu barrio. Eso significaba una lealtad prácticamente garantizada siempre y cuando, por supuesto, cuidases de los tuyos, cosa que los dos habían hecho. Pero mientras que Jonny era un tipo agradable, Kevin Bryant no lo era. Respetado, sí; pero ¿que gustase? Eso era harina de otro costal. Nadie se acercaba a Kevin, no era de esa clase de tipos, mientras que a Jonny lo asediaban dondequiera que fuera. Siempre procuraba asegurarse de que la gente tuviera un par de libras en el bolsillo, era conocido por pagar rondas innumerables de copas y sus partidarios y moscones lo esperaban. Mediaba entre facciones en guerra y era conocido por administrar justicia callejera entre los vecinos menos recomendables: atracadores, timadores, tramposos y similares. Era un capataz duro con sus empleados, pero les pagaba bien y todos comprendían que bajo ninguna circunstancia iba a tolerar abusos, robos a él o a los suyos, y, lo más importante de todo, no disculpaba flojeras en el cumplimiento del deber ni en la palabra dada. Pagaba bien y esperaba de ellos lo mejor que pudieran ofrecerle, y ya se ocupaba él de obtener precisamente eso.

Pero aquel último negocio detrás del cual andaba era tan audaz como peligroso. Podía tanto proporcionarle riquezas y poderes incalculables como desembocar en sus últimas horas de vida sobre esta buena tierra del Señor.

Jonny aspiró con fuerza y exhaló lentamente; había leído en algún sitio que eso calmaba los nervios, y a pesar de las apariencias, estaba en realidad nervioso de la leche. Dirigió la mirada a su nuevo mejor amigo y hombre de confianza en la última escaramuza, Linford, que entraba silencioso en el pequeño despacho.

—¿Alguna noticia?

—Ni un jodido rumor en todo el asfalto. La noticia ha corrido, desde luego, eres el héroe del momento. Joseph no le gustaba a nadie. Pero todavía no hay nada de Kevin Bryant, ni de su portavoz, Bertie.

Así que andarían tramando algo, cosa que era de esperar. Jonny asintió y dio un

trago a su whisky. Habían pagado a la mayor parte de los hombres de Bryant, les habían garantizado unas ganancias mayores y mejores, más ajustadas, habían inculcado el miedo a Cristo a la mitad de Londres con el numerito de circo de aquella noche. Había hecho todo lo que se podía hacer.

Oyó las risotadas que se alzaban en su pub de Mile End Road. Estaba rodeado por sus mejores hombres y los amigos en quienes más confiaba. Estaban pertrechados y dispuestos a lo que hiciera falta. Así que ahora lo único que podía hacer era esperar, y tenía la sensación de que sería una espera corta.

Kevin Bryant sería un montón de cosas, pero una de ellas no era ser un primo.

Capítulo veintiocho

A Bertie se le estaba poniendo un malhumor del demonio. Kevin estaba tan indolente que bien podría estar en un puto coma visto lo poco que hacía en esos momentos. La mujer de Bertie había montado más escándalo ella sola, y eso ya era decir algo. Su Deirdre era una muchacha encantadora, una madre ejemplar y una mujercita de lo más decente, pero no era exactamente lo que se podría llamar una bomba en el asunto de la jodienda.

Bertie, por su parte, era activo por naturaleza: si alguien le jodía, iba a por él, así de sencillo. Siempre se había atendido a esa regla, que era la que lo mantenía vivo y coleando desde el principio en aquel juego tan peligroso. Todos sus instintos le decían que fuera a por Jonny P con el apoyo de la banda, las pistolas centelleando, los pies volando y tal vez incluso unos cuantos putos machetes incorporados al conjunto solo por añadirle algo de ironía. Y eso era exactamente lo que pensaba proponerle a Kevin. Él era incapaz de seguir allí sentado como una puta amante victoriana. Aquello, de hecho, estaba acabando con su paciencia.

A Bertie le gustaba Kevin; probablemente lo conocía mejor que nadie, y lo respetaba y veía sus puntos buenos además de los malos. Pero aquel jodido silencio era ensordecedor; casi podía oír dar vueltas a su cerebro, y a cada ruidito esperaba que se le echase encima una banda de tipos con machetes gigantes.

Kevin observaba plácidamente a Bertie; sabía con toda exactitud lo que se le pasaba por la mente y, en cierto modo, simpatizaba con él. Bertie no tenía ni la paciencia de un crío de tres años, y cuando lo que hacía falta era dar un pequeño escarmiento, él era el hombre al que recurrir. Por desgracia, tenía el cerebro de un mosquito, y si bien Kevin nunca había sido demasiado locuaz, Bertie hablaba por los codos. Desde que se levantaba hasta que volvía a caer en un sueño reparador, no cerraba la puta boca. Kevin hubiera apostado a que incluso entonces seguiría hablando.

—Coge la chaqueta. —Al hablar se puso de pie, y su envergadura considerable pareció llenar completamente el espacio de aquel pequeño cuarto.

Bertie sonrió. ¡Eso estaba mejor!

En la pequeña oficina externa del patio lleno de chatarra Kevin abrió el armario blindado de las armas, sacó una semiautomática que había comprado a un viejo conocido y procedió a armarse bien armado.

—¿Llamo a los chicos? —En la voz de Bertie desbordaba ya la excitación. Estaba anhelante con aquel giro de los acontecimientos; nada le gustaba más que una buena expedición de castigo, un puto correctivo bien en serio era algo que siempre se disfrutaba. Desde su punto de vista, la violencia lo resolvía *todo*: no había nada como un jodido asalto para distinguir a los hombres de los muñecos.

Kevin meneó la cabeza.

Todavía no. Prepara una taza de té.

Capítulo veintinueve

Jonny estaba medio jodido y fastidiado consigo mismo por permitírselo. Hasta el momento la noche estaba siendo muy extraña, y sabía que si sus cálculos eran correctos, la cosa solo podía ir a jodidamente peor. Muchísimo peor. Echó una ojeada al reloj: era la una y veinte y seguía sin noticias. Pero quedaba mucho tiempo: se sentaría a esperar. Notaba el sudor bajándole por la espalda y se preguntó cómo acabaría aquella noche.

Linford se había servido un coñac grande y se lo ventiló de un trago.

—Lo necesitaba, chico —dijo apelando a su acento jamaicano.

Jonny sonrió.

—Tú tienes tanto de jamaicano como yo de puto irlandés.

Linford se rio encantado, sabía la verdad que encerraba aquella declaración.

—Yo me marché de Jamaica muy pequeño. Mi madre vino aquí a buscar a mi padre... y todavía no ha dado con el muy cabrón. Pero yo crecí en una familia jamaicana y, créeme, eso es tan bueno como si te crías en tu tierra natal. Un poco como los irlandeses, ¿no?

Se rieron juntos, encantados de que el cambio de tema aliviara la silenciosa espera.

—La verdad es que sí, muy parecido a nosotros. A veces me siento más irlandés que inglés. La escuela católica te provoca ese efecto.

Linford asintió muy serio.

—Es la verdad. —Se sacó un porro ya preparado del bolsillo de la chaqueta y lo encendió con descaro, como solo puede hacerlo un rasta. Le dio unas pocas caladas, se tragó el humo profundamente y luego dijo muy serio:

—Sabes que tendrás que matarlo, ¿verdad?

Jonny suspiró profundamente y dijo, triste:

—Lo supe desde el principio, colega.

Linford sonrió en medio del espeso humo azul.

—Es lo lógico, ya lo sabes. No se le puede dejar por ahí, es un chico demasiado orgulloso. Acabaría por buscar bronca.

—Pero es una lástima, Linford. Siempre he respetado a Kevin Bryant.

Linford se encogió de hombros.

—No quiero decir que sea un gran hijoputa. Pero recuerda mis palabras: si no lo quitas de la circulación esta noche, se quedará esperando su oportunidad. Es lo más razonable. Ahora Bertie tendrá que escoger una de las posibilidades: ese tío tiene que responder de demasiados agravios para, digamos, su bien.

Capítulo treinta

Celeste se sentía enferma de preocupación y no lograba serenarse de ninguna manera. No sabía por qué había acudido a casa de su hermana; supuso simplemente que en ciertos momentos de tu vida necesitabas a los tuyos. Incluso teniendo una familia como la suya. A su madre no podía acudir con aquel padre rezongando todo el tiempo sobre la fachada de Jonny y ella sin parar de ofrecer tazas de té. Así que en vez de ir allí, se encontraba en el umbral de la puerta de su hermana.

Y su hermana parecía estar a la vez asombrada y encantada de verla, como resultaba evidente, incluso a aquellas horas tan intempestivas.

—¡Oh! Hola, hermanita.

Cynthia había adoptado la manía de llamarla «hermanita», y a ella cada vez que lo oía le sonaba más falso.

—¿Todo bien, Cynth? Pensé que podía dejarme caer por aquí y saludarte un momento.

Los ojos de Cynthia decían «no, a estas horas de la noche no es verdad», pero no le hizo preguntas y le dijo, contenta:

—Pasa a la cocina, haré un té. O si lo prefieres, tengo una buena botella de vino.

Celeste entró en la reluciente cocina detrás de su hermana y le preguntó con toda franqueza:

—¿Tienes vodka?

Cynthia se volvió hacia su hermana y con una sonrisa triste le dijo con simpatía:

—¿Tan mal estamos?

Celeste asintió. Cynthia le respondió:

—Por eso yo también ando por aquí levantada y eso, James también está en la lista de desaparecidos.

Sirvió un vodka generoso para cada una, dio un buen trago al suyo, hizo una mueca bastante cómica y dijo:

—Ya sé que no me puedes decir qué está pasando, pero deduzco que si estás aquí, es que es importante. Ya sé que meto mucho la pata, pero fue solo porque tenía miedo por James. Es un tarugo, pero bueno, eso ya lo sabes, ¿no?

Celeste no le contestó, no supo qué decirle.

—Se pasa el día esnifando como si se fuera a acabar el suministro, anda colgado la mayor parte del tiempo. Sé mejor que nadie que no soy la esposa ideal, ni una gran madre, si me apuras, pero tenía celos de ti y miedo por él. ¿No tiene lógica? Ahora ya sé que lo que hice estuvo mal, que fue repugnante, y estoy pagando un precio por ello. Pero tú sigues siendo mi hermana pequeña y me doy cuenta de que no estás bien. Puedes confiar en mí si quieres, o si lo prefieres nos sentamos aquí y hablamos de cualquier cosa. Tú decides, Celeste. En cualquier caso, aquí me tienes. ¿Vale? —dijo con sinceridad y humildemente.

Celeste comprendió que su hermana hablaba sinceramente, lira evidente que el

tiempo de ostracismo la había afectado en serio, pero también sabía lo que Jonny le diría si llegaba a descubrir que le había contado a Cynthia *lo que fuera*.

—No puedo hablar del asunto, Cynth, me gustaría muchísimo poder hacerlo. Pero es que *no puedo*, joder.

Cynthia colocó una sonrisa postiza en su bonito rostro y dijo en tono de resignación:

—Es lo justo. Hablaremos de otras cosas. ¿Has visto los vestidos de esa tienda nueva de Ilford? El otro día me permití el lujo de ir.

Celeste escuchó la cháchara de su hermana con una sonrisa amable, agradeciendo estar en su compañía y contenta de volver a pisar un terreno común con ella. Pero la preocupación seguía presente y se preguntó cuándo se terminaría aquella condenada noche.

Capítulo treinta y uno

Bertie empezaba a preocuparse. No conseguía localizar a ninguno de sus hombres de peso. Después de la segunda llamada de teléfono, se dio cuenta de que andaban como furtivos. Todos los de poca importancia estaban disponibles, pero los interesantes de verdad, los hombres duros en los que confiaba para llevar a cabo sus órdenes, no aparecían por ninguna parte. Al principio se negaba a creerlo, no había querido poner en duda la lealtad que les suponía. Pero ahora, sin embargo, la desaparición era una certeza absoluta y experimentó una sensación desconocida de miedo en el estómago, un miedo que le pesaba como si fuera plomo.

Kevin no estaba tan sorprendido como Bertie; sabía que todo el mundo tenía su precio y que nadie era cien por cien leal, al menos en su negocio. Todo el mundo quería jugar en el equipo ganador, formaba parte de la naturaleza humana. Pero le había jodido un poco que todo hubiera resultado tan fácil y se hubieran realizado con tanta astucia. Ni Bertie ni él se habían oído nada, lo que demostraba que el plan estaba bien trazado y se había ejecutado correctamente. También demostraba que estaban en mala racha. Tenían una oportunidad para rectificar la situación, y eso pasaba por liquidar a Jonny P de una vez por todas. Ya no se trataba solo de venganza, era cuestión de pura supervivencia, con lo cual el asunto adquiriría una dimensión completamente distinta. Ahora era una lucha a muerte. Y sería una pelea sucia, muy sucia, desde luego que sí.

Kevin miró a Bertie Warner y vio el miedo y la incredulidad en sus ojos. Bertie siempre había creído en la solidez de su gente, en la firmeza inamovible de su lealtad.

—Nos ha pillado como a unos pardillos, Bertie. Tenemos que admitirlo. Pero si a mí me liquidan no será desde luego sin llevarme algo de Parker conmigo.

Bertie no había visto un Kevin tan humano en toda su vida, y eso le preocupaba. Por primera vez, hasta donde alcanzaba la memoria, podía ver emociones en el rostro del gran hombre. Pero lo que de verdad le dejó helado fueron las palabras de su amigo. Sabía que Kevin, lo mismo que él, no cedería sin pelear, y eso lo entendía perfectamente.

—Y yo estaré cubriéndote las espaldas.

Capítulo treinta y dos

- **G**racias por venir a casa y estar conmigo, Cynth. Ya sé que es una tontería, pero si estoy aquí sola me pongo nerviosa.

Cynthia no le respondió nada a su hermana. Lo que hizo fue ocuparse de preparar una taza de té. Quería ser la imagen de un ángel proveedor cuando su cuñado llegara a casa. Deseó saber qué estaba sucediendo, pero era consciente de que era mejor no preguntar demasiado sobre el tema. Si jugaba bien sus cartas, podría al menos empezar a reintegrarse en la familia y en su modo de vida.

Que Celeste estuviera tan ansiosa le indicaba que se estaba preparando algo gordo. Por primera vez en esa noche se preguntó si su James estaría involucrado. Confió en que sí, porque fuera lo que fuese seguro que obtenían grandes ganancias. Era evidente que tanta preocupación no se debía a un miserable par de libras, de eso estaba bien segura. Su cerebro decidió rápidamente que tenía que tratarse de quitarle algo a alguien: ese era el único modo en que un verdadero jefe podía prosperar. Era el modo de ampliar la nómina de los trabajadores y asegurarse de que todo el mundo se llevaba unas buenas ganancias.

Cynthia era una delincuente nata. Poseía la astucia innata para ese trabajo, e interiormente tenía también la dureza necesaria para, llegado el momento, librarse de los que sobrevivían a su tiempo útil. Ella no lo sabía, pero sus instintos casi siempre afloraban. Salvo cuando los celos la cegaban, porque entonces sus instintos corrían el riesgo de verse superados por el deseo de venganza. Le atraía la venganza, le atraía desde que era niña. En un hombre esos rasgos permitirían auparlo hasta lo más alto, pero en una mujer se consideraban una debilidad. Los hombres de su entorno creían que las mujeres estaban gobernadas por las hormonas, y no podían respetar a quienes no tenían verdadera voluntad. Era así de sencillo. Pero sin embargo Cynthia sabía que era diez veces más inteligente que la mayoría de los hombres de su órbita, especialmente que el zopenco de su padre y ese imbécil de marido al que se había atado.

Echó una mirada a la casa de su hermana, vio el lujo y el gasto y pensó una vez más que, metafóricamente hablando, se merecía una patada en la cabeza. Aquello podía haber sido *suyo*, esa podía haber sido *su vida*. *Tendría* que haber sido su vida. Porque, aparte de todo aquello, Jonny Parker era el único hombre que le había ilusionado en toda su vida. Cuando la poseyó fue el primer momento en que por fin se sintió plena, y el pobre James no podía competir con aquello. Pero había escogido la respetabilidad y ¿adónde la había llevado eso?

Se imaginó presidiendo grandes cenas, a las que su James, no Jimmy, *James*, llevaría a sus favoritos y ella los agasajaría y asombraría con su comida y sus réplicas ingeniosas. En vez de eso, había escogido a un hombre que era incapaz de decidir si ponerse corbata o no sin analizar antes el asunto sometiéndolo a una puta autopsia.

Cerró los ojos de rabia y frustración. Odiaba muchísimo la vida que llevaba, y el

hecho de haber sido ella misma la instigadora de su propia desgracia resultaba doblemente frustrante.

Cynthia cogió la tetera de la mesa y miró a su hermana pequeña. Era toda ojos, toda ojos azules y ansiedad. Incluso a través de la rabia sintió un estremecimiento de compasión por ella.

—No le pasará nada, Celeste, deja de preocuparte.

—Son las tres de la mañana y ni siquiera me llama por teléfono.

Cynthia se sentó y suspiró profundamente.

—James actúa así continuamente. Y es que las cosas son así, los clubes nocturnos se llaman clubes nocturnos porque abren de noche.

Celeste sonrió. Pero seguía en guardia, sin decir nada que supusiera enseñar las cartas. Cynthia se comportaba como si no le importara nada de eso y seguía representando su papel de hermana solícita.

—¿Quieres que te haga unas tostadas? Necesitas comer, cariño.

—No puedo. —Celeste negó con la cabeza—. No podría, Cynth, gracias.

—¿Y qué me dices de una galleta? Siempre has sido muy golosa.

Celeste se puso de pie de repente.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—¿Qué? —El miedo de su hermana se le estaba contagiando.

—Ese ruido; hay alguien ahí fuera.

—Quédate aquí, Celeste. Y no te muevas.

Cynthia salió sigilosamente de la gran cocina y comprobó todas las habitaciones de la planta baja. Al mirar por la ventana de la sala de delante, vio a un hombre muy corpulento que se dirigía a la puerta. Volvió corriendo a la cocina y le dijo a su hermana en un susurro:

—Baja a la bodega. No discutas, baja.

—¿Qué pasa, Cynth?

Después de arrastrar a su hermana de no muy buenos modos, Cynthia la empujó hacia la cocina trasera y tras abrir la puerta de la bodega la obligó a entrar. Entró detrás de ella, echó el cerrojo a la puerta y tanteó en la penumbra hasta bajar al pie de la escalera, donde se acurrucaron tan en silencio como pudieron. Aquello estaba casi como boca de lobo, la única luz era la que entraba por debajo de la puerta que estaba encima de ellas.

—¿Hay alguna linterna por aquí? —Celeste ya estaba completamente aterrada. Cynthia la sacudió con suavidad y le susurró—: Joder, Celeste, ¿hay alguna linterna por aquí?

Celeste se dirigió tambaleante a una estantería y cogió una linterna pequeña. Se la dio a su hermana y esperó como si fuera una niña que le dijese qué tenía que hacer a continuación.

Cynthia encendió la linterna, echó una mirada por aquel espacio nada conocido, vio una puerta que daba evidentemente a lo que había sido una carbonera, se acercó a

ella y se aseguró de que estuviera bien cerrada.

En ese momento pudieron oír gente que caminaba en el piso de arriba. Era evidente que no se trataba de Jonny porque oían el ruido de puertas que se abrían con fuerza arriba y ambas se dieron cuenta de que quienquiera que fuese no venía precisamente a hacer una visita de cortesía.

—¿Qué pasa ahí, Cynth?

Celeste había alzado un poco el tono y Cynthia se acercó a ella y le dijo en voz baja pero imperiosa:

—Cállate, Celeste. Sea quien sea, no tiene que saber que estamos aquí, ¿vale? — Pero incluso a la débil luz de la linterna Cynthia podía ver en los ojos de su hermana cómo la histeria iba apoderándose de ella y se maravilló una vez más de que semejante cobarde de mierda pudiera ser suficiente para Jonny. La abrazó con fuerza contra sí y le dijo—: Cálmate, Celeste, vamos a arreglar esto. Escucha, ¿Jonny tiene algún arma escondida aquí abajo?

Celeste temblaba con tanta fuerza que a duras penas consiguió hablar:

—Pues... no lo sé... es probable.

Cynthia recorrió con la mirada aquella amplia habitación, descubrió un gran baúl de hierro y fue hasta él. Tenía un candado grande que protegía el contenido. Suspiró profundamente. Volvió a mirar a su alrededor, cogió una llave fija grande de un estante e intentó romper la cadena. Era bastante improbable que aquello diera resultado, y además había que impedir que el ruido alertara a los otros de su presencia, pero de todos modos lo intentó.

Ahora se oía a los hombres junto a la puerta de la bodega, y sabía que la tetera todavía caliente les habría indicado que las mujeres aún debían de estar en algún lugar de la casa. Ahora ya sabían dónde. Supuso que habrían entrado por los ventanales del salón; no se habrían arriesgado a que los vecinos los oyesen reventar la puerta principal o la trasera.

La puerta de la bodega era un asunto completamente distinto. Estaba en el interior de la casa y ahora habían empezado a darle patadas al cerrojo con una ferocidad que le hizo comprender que en cualquier momento la reventarían.

Celeste lloraba abiertamente, ni siquiera intentaba ya aparentar tranquilidad. El terror se había apoderado de ella y Cynthia comprendió que para salir de aquella situación debía valerse sola. Mientras iba sintiéndose dominada por el pánico, hizo un último amago con el baúl cerrado, y aunque siguió sin abrirse, vio que tirando de la tapa para arriba se abría un hueco de unos diez centímetros suficiente para meter la mano. Lo hizo y, tras palpar el contenido, agarró el primer objeto que se ofreció a su mano. Unos segundos después blandía un arma de pequeño calibre. No tenía ni idea de si estaba cargada o no, pero en medio de su pánico atroz tiró del seguro para atrás y después, dejando a su hermana llorando de miedo, echó a andar muy decidida y se colocó detrás de la escalera.

Ahora estaba temblando de miedo, e incluso tuvo la sensación de que se iba a

desmayar. Hizo unas cuantas inspiraciones profundas y cuando por fin la puerta de la bodega saltó por los aires, esperó a que los visitantes bajaran los escalones.

El hombre aquel parecía el Anticristo. Su ira era tan incontenible que parecía dispuesto a arrancarles los miembros de uno en uno con sus propias manos.

Cynthia emergió en silencio de detrás de la escalera apuntando con la pistola a la parte de atrás de la enorme cabeza de aquel hombre y disparó.

Cayó de rodillas y ella sintió un acceso de bilis al ver el agujero abierto que quedaba después de que cráneo y sesos hubieran reventado.

Veinte segundos más tarde oyó un «Al puto carajo» seguido del ruido del otro hombre saliendo de la casa tan deprisa como podía. Se acercó a mirar el cuerpo del hombre. Todavía no estaba muerto y ella se arrodilló a su lado y alejó el pistolón de grueso calibre de su alcance. Luego apuntó otra vez con el arma a su cabeza y apretó de nuevo el gatillo.

Entonces fue cuando Celeste se puso a gritar.

Cynthia se acercó a su hermana y le dio un bofetón en la cara con todas sus fuerzas. Cuando la vio más calmada, la acompañó lentamente hacia las escaleras y la llevó de vuelta a la cocina. Entonces, con la pistola todavía en la mano, cerró la puerta principal, que estaba abierta, y sirvió un buen par de brandies para ella y para su hermana. Se tragó el suyo y se aseguró de que su hermana hiciera otro tanto. A continuación se fue al recibidor, descolgó el teléfono, se puso a llamar hasta dar con James y se limitó a decirle que estaba en casa de Jonny y que Celeste necesitaba a su marido tan pronto como fuera físicamente posible.

Después se sentó a la mesa de la cocina y esperó sin dejar de hablarle en ningún momento con voz tranquila a su hermana pequeña y de asegurarle que todo iba a salir bien. Ni siquiera estaba segura de creérselo ella misma, pero sabía que era lo único que podía hacer hasta que llegasen los hombres.

Capítulo treinta y tres

- **T**odavía no me lo creo. —Y eso se notaba en la voz de Jack Callahan.
—Tu hija le disparó a Kevin Bryant en defensa propia, y desde luego que a nuestra Celly le salvó la vida.

La voz de Mary Callahan se quebró al revivir una vez más el modo en que su hija escapó por los pelos de la muerte. Nadie tenía el menor asomo de duda de que Kevin había ido a llevarse a Celeste para devolverla a Jonny P. Algunos de los más escépticos decían que a lo mejor se había limitado a utilizarla simplemente como rehén, pero Mary tenía fuertes sospechas de que su plan había sido desde el principio hacer desaparecer a su criatura tal y como un niño pisotearía un hormiguero.

—Bueno, será mejor que te lo creas —siguió Mary—, la chica es la puta heroína del momento de todas todas, y nuestra Celly no podrá decir ni una palabra en su contra.

Jack Callahan percibía el miedo en la voz de su esposa y decidió guardarse su opinión; puede que a ella la dejara atónita la actuación de Cynthia, pero a él, no. La chica era como un tío en un montón de cosas; bueno, no desde luego en lo referente a aquel cuerpo suyo tan femenino, pero sí en lo que respectaba a su forma de pensar. Había algo que le faltaba a su hija mayor, y, por hipócrita que resultara, si hubiera sido un chico estaría orgulloso de él. Los machos podían ser como su Cynthia, en cuyo caso se consideraría fuerza lo que en una mujer siempre resultaba sospechoso.

¡Su hija una asesina! Porque eso es lo que era. Había esperado detrás de los peldaños de la bodega y liquidado a Bryant por detrás tras usar a su hermana de cebo. Eso era una acción típica de un hombre, una reacción a sangre fría. Si hubiese blandido un trozo de tubería en vez de una pistola, estaba seguro de que le habría machacado la cabeza. Que su hija se hubiera arrodillado después para rematar a aquel cabrón era tan desagradable que por un momento sintió que se le revolvían las tripas. Un puto bicho raro, de eso no había duda.

—¿Qué le parece a Jonny todo esto? —preguntó con curiosidad.

—Más o menos lo mismo que a todos.

Mary estaba tan asombrada como su marido ante el giro de los acontecimientos. Para ser justos, Cynthia había salvado el día. Si no hubiera sido por ella, todo parecía indicar que Celeste ya habría muerto, y esa idea puso tan nerviosa a Mary que tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse las ganas de llorar.

En la casa ya se habían limpiado del todo el desastre y sus huellas, pero Celeste continuaba negándose a volver allí. Bueno, eso podía entenderlo, lo que no podía entender era por qué se quedaba en casa de Cynthia y no en la suya. Ahora parecían hermanas siamesas: a donde fuera Cynthia, Celly iba detrás.

Jonny Parker era demasiado listo para tomar cartas en el asunto todavía; sabía que Celeste necesitaba tiempo para superar lo que le había pasado. Además, adivinó astutamente Mary, seguro que estaría agradecido de no tener a su Celly por el medio

mientras limpiaba las huellas del desastre que él mismo había causado por su codicia. Por una vez Mary estaba de acuerdo con su marido. Aquello había que haberlo evitado a toda costa. Había dejado con mal sabor de boca a un montón de personas.

Puede que Kevin Bryant no gustase, pero sí que lo respetaban. Era únicamente el hecho de que hubiese actuado contra una mujer indefensa lo que había detenido a los otros capos de la delincuencia de Londres a la hora de tomarse venganza. Necesitarían a todos y Jonny tenía a la mitad del pueblo a su favor, así que ahora andarían vigilando sus espaldas. Kevin Bryant estaba muerto y Bertie Warner, su socio en los negocios, estaba totalmente desaparecido. Mary sospechaba que estaban compartiendo tumba en algún sitio y confió en que se pudriesen en el infierno por lo que habían intentado hacerle a su pobre hija. Un buen par de bastardos, esos dos. Nadie iba nunca a por las esposas ni a por los críos, era una ley no escrita.

Capítulo treinta y cuatro

- **N**adie lo ha visto, Jonny, es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Qué hay de su mujer y de sus hijos?

—La casa está vacía, apenas ha metido un poco de ropa en la maleta. Tengo a gente controlando el asunto en España y Portugal pero en realidad podría estar en cualquier puto sitio.

El inspector Jones era tan legal como un billete de nueve chelines y sabía que lo que se esperaba de él era que informase a su principal benefactor de algo más o menos sustancioso a cambio del dinero que le pagaban todas las semanas, pero era una verdad como un templo que no había sido capaz de localizar ni al hombre ni a su familia.

—Seguro que Bertie tenía un plan de emergencia, probablemente tuviera previstos pasaportes y demás para una ocasión así. Lo único que podemos hacer es esperar a ver si alguien lo reconoce, o si comete un delito en algún sitio y nos llega alguna información. Como te digo, Jonny, podría estar en cualquier parte. ¿En Sudamérica, quizás? Allí recibirían a ese mamón con los brazos abiertos. Mira a Biggs.

Jonny Parker sabía que todo aquello era verdad, pero a él no le bastaba. Quería agarrar a Bertie Warner por los huevos después de su afrenta, y quería agarrarlo ya. Si algo sabía, era que no convenía dejar que Bertie les hiciera una finta, porque eso haría parecer débil a Jonny y significaría también que ahí fuera habría alguien apostado y que su familia y él mismo estarían en su punto de mira. Eso le tenía incómodo, aunque supiese que estaban bien protegidos. Había cometido el error de creer que la familia estaba al margen del peligro, pero no volvería a cometer nunca más ese error. Celeste estaba de los nervios, y claro, ¿cómo no iba a estarlo? Después de todo lo que había visto esa mujer, le sorprendía que no estuviese ya en un manicomio.

Pero la que más le había asombrado era Cynthia. Se había deshecho de Kevin Bryant y, según sus informaciones, se había arrodillado y rematado la faena. Fuera como fuese había hecho escapar a Warner muerto de miedo; que debió de pensar que lo estaban esperando allí abajo y no estaba preparado para correr el riesgo de que le metieran una bala en el cuerpo. Nada de todo aquello parecía haber afectado gran cosa a Cynthia; parecía haberse puesto un poco nerviosa, pero nada más. Cuando la vio allí animando a su esposa, se le pasó por la cabeza que habría sido una buena ayudante para él, y no le gustó nada pensar eso a pesar de que reconocía que era verdad. Cynthia era como una Boudica actual, toda melena y sensualidad agresiva. A él le daba vergüenza lo mucho que le había afectado aquella mujer, porque sabía que era una puta de dos caras, una lianta, aunque aquello lograba hacerla parecer de algún modo todavía más intrigante.

Celeste era como una sombra de lo que había sido; la había llevado a un médico

de Harley Street conocido por su gran discreción, pero lo único que le había dicho era que había sufrido un shock. Bueno, eso se lo podría haber dicho él al médico en cuestión, y él no le hubiera cobrado cinco de los grandes. Pero el médico lo despachó después de recetarle unas cuantas píldoras de la felicidad y pastillas para dormir, cosas ambas que Jonny habría podido comprar en cualquier pub de Londres por una millonésima parte de su precio. A pesar de eso, Jonny se sentía mejor por haber intentado hacer *algo* por ella.

Pero era a Cynthia a la que tenía en su cabeza, sin embargo, y el hecho de que se hubiera deshecho de Bryant con tanta audacia. Había demostrado su entereza y, aun cuando había metido tanto la pata en su último descuido, ahora ocupaba el número uno en la lista de preferencias de todo el mundo. Se había redimido más que de sobra; había matado a alguien, y no simplemente a alguien: había matado al hombre que iba a por su esposa, a por la esposa de Jonny P, y en su mundo eso contaba un montón. Se había comportado como una máquina de matar eficiente y sin complejos, y por alguna extraña razón aquello le ponía cachondo. Si gustaban las mujeres con algo de genio, y ella lo tenía en abundancia Cynthia era una yegua suave pero arrogante y peligrosa. En un hombre todas esas cosas hubieran estado muy bien, pero en una hembra resultaban un incordio. Las hembras sangraban cada mes, vivían a base de emociones y eran tan poco de fiar como un polizone untado, así que, ¿a qué venía aquella repentina atracción?

Sabía que aquello estaba bien: Cynthia Tailor era una ansiosa en todos los sentidos, y a Cynthia Tailor era a quien quería tener debajo de él. No a Cynthia Callahan. Quería a la mujer que era ahora, no a la chica que se había llevado a la cama hacía todos aquellos años. Aquella noche su cara había sido toda una revelación para él; estaba casi triunfante tras haber matado a un hombre y estaba decidida a no permitir que aquello la afectase demasiado.

Vio cómo se esforzaba por desterrar de su cuerpo todo aquel terror, vio cómo lo sustituía por orgullo, y nunca le había resultado más encantadora que en aquel momento en que la vio venciendo su miedo. Se le había quedado mirando a los ojos y aquello había sido un desafío: lo retaba a apartarse de ella sabiendo como sabía, y como él sabía también, que no iba a poder. Ella había protegido la posesión más preciada que él tenía, su esposa, y se había ocupado de que la persona que había supuesto una amenaza para las dos ya no siguiera existiendo.

Hasta Linford se había quedado impresionado, y aunque la operación de limpieza había sido larga y laboriosa, sabían que habría podido ser mucho peor. La noche había sido larga pero también lucrativa. Más aún, había sido una noche que le había despertado un picor, una terrible comezón que no iba a poder calmar más que llevándose a la cama a la hermana de su mujer. Y a pesar de que intuía en su fuero interno que era una locura, no podía negar la fuerza de ese impulso. Cada vez que pensaba en ella arrodillándose y metiéndole una bala a Bryant en toda su fea cara sentía una tensión en las ingles y sabía que aquello no lo dejaría en paz hasta que

tuviera a aquella mujer debajo y gritando su nombre. Era una locura, pero como tantos hombres antes que él, cualquier precaución lógica se la estaba llevando el viento.

Jonny se obligó a pensar de nuevo en el tema que les ocupaba, miró directamente a Jones y dijo, serio:

—¿Así que te estoy pagando una puta cantidad más que sería para que me digas tranquilamente que me vaya al carajo? Bertie Warner podría estar escondido debajo de esta mesa y ni te enterarías, ¿es eso?

Jones suspiró profundamente, sabía que tenía las horas contadas.

—Eso es más o menos, sí. Como digo, a no ser que aparezca por algún lado... —dejó la frase arrastrando, pero hasta a él le sonaba a futilidad.

—Llévate de aquí a ese jodido muñeco.

Jones no necesitó que se lo dijera dos veces, no veía el momento de salir por la puerta.

Linford se reía al ver al hombre salir de la habitación avergonzado.

—No aguanto a los polis corruptos, son peor que la puta mala hierba. Joden a los suyos. Dame un poli honrado y haré una buena mueca cada vez.

Jonny mostró su acuerdo con la cabeza, la mayoría de su gente opinaba lo mismo.

—¿Cómo está Celeste? —preguntó Linford.

Jonny se encogió de hombros.

—¿Tú qué crees? —preguntó—. Asustada, con miedo, retraída. —Hasta él notaba la irritación en su propia voz, y Linford alzó las cejas pero no hizo comentarios.

Sabía que Jonny se culpaba a sí mismo, y un hombre no se olvidaría de que él y solo él era el responsable del estado de su mujer. La había dejado allí colgada, y eso no era algo con lo que un hombre pudiera convivir tan fácilmente. Desde luego, por suerte, Cynthia había salido triunfante. Para ser sinceros, a Linford le parecía que lo que había hecho esa mujer era admirable, pero de muy mal gusto. Una mujer capaz de hacer aquello y no sentir remordimientos, no era una mujer. En su opinión, Jimmy Tailor podía irse con aquella zorra insensible, pero él no dormiría toda una noche con ella ¿quién sabe de qué era capaz si la encabronabas? No, gracias. Consideraba que Jimmy tenía que darle pasaporte a la primera oportunidad que se le presentase. Después de todo, no era una esposa que inspirase amor y afecto, y tenía el mismo instinto maternal que una jodida hiena demente. Por lo menos las hienas cuidaban de sus cachorros; y según decían todos, Cynthia aparcaba a los suyos en la casa de su madre durante semanas seguidas. Jimmy era un puto adicto a la cocaína, y lo era porque no tenía un hogar al que acudir. Aquel prístino mausoleo no era un hogar, era un escaparate. Linford había estado allí dos veces cada una de las cuales se había sentido tan bien tratado como una salchicha en un Bar Mitzvah. No, no envidiaba al pobre Jimmy Tailor para nada.

A Linford las mujeres le gustaban limpias y sin complicaciones; también le gustaba que vivieran por su cuenta para que nunca se les subieran los humos a la

cabeza. En cuanto empezaban a limpiarle el chabolo después de una noche de juerga, les enseñaba la puerta y desaparecían de su vida. Tenía demasiados sitios a donde ir, demasiadas cosas que hacer y desconocidas que llevarse a la cama como para que una se pusiera a hacer algo por él. Se ocupaba de mantener a los críos que pudieran ir llegando y vigilaba que estuvieran muy bien atendidos, pero no había modo de atarlo a una sola mujer. Eso, en su opinión, era cosa de primos.

Para él era muy sencillo: veía, venía y vencía. Luego se iba a su casa. No era como Jonny, a él le gustaba que su vida fuese lo menos complicada posible.

Capítulo treinta y cinco

- **V**amos, Celeste, tómate algo para almorzar, te encontrarás mejor después. Celeste sonrió agradecida y, obediente, se tomó su sándwich vegetal. Le gustaba la casa de Cynthia: limpia, ordenada y, lo mejor de todo, sin olor a sangre. Porque no lograba quitarse de la nariz aquel olor ni podía quitarse de la cabeza la imagen de Kevin Bryant. El hecho de que lo hubiera matado su hermana no la molestaba en absoluto: sabía que Cynthia lo había hecho para salvar sus vidas, y que fuera capaz de matar tan brutalmente a un hombre no era algo que le preocupara. Cynthia había sido su salvadora y eso era todo.

Hoy, con su madre también allí y con los niños peleándose en el suelo de la cocina, se sentía mejor de lo que se había sentido desde que pasara aquello. Gabby se le subió al regazo y Celeste estrechó a la criatura contra sí. Necesitaba el calor de aquellos niños para poder creer que la vida volvía a ser normal una vez más, incluso aunque en su interior supiera que ya nunca más volvería a serlo.

Jonny andaba buscando una casa nueva porque ella se negaba a poner los pies en la de antes. En todos los días de su vida. Sabía que Jonny estaba molesto con ella, aunque no hubiera dicho nada, por supuesto. Pero notaba que se impacientaba. Pero es que ella no era como él, no podía encogerse de hombros y olvidarse del tema como si no fueran más que gajes del oficio; puede que para él lo fueran, pero para Celeste era una pesadilla que él había provocado y no sabía si se lo llegaría a perdonar. Confiaba en que sí, porque lo quería con toda el alma. Pero eran sus actividades las que habían causado toda aquella revolución e inquietud y eso todavía no podía superarlo del todo.

Gabby pareció notar la inquietud de su tía y se acurrucó contra ella como para intentar liberarla. Celeste se abrazó a aquel cuerpecito como si fuera una tabla de salvación. James Junior las miraba en silencio y Celeste sintió que volvían a saltársele las lágrimas ante la inocencia de aquellos niños. La misma inocencia que alguna vez había tenido también ella y que ahora ya había perdido. Había visto la muerte con su apariencia más cruda y eso había arruinado su vida.

Llorando en silencio, no vio la mirada que se cruzaron su madre y su hermana. No comprendió que ambas creían que era el momento de que se desahogara y se liberara. Celeste nunca había sido fuerte como ellos y por eso no podía olvidar la imagen de Kevin Bryant con media cabeza volada, la sangre fluyendo de su cuerpo y formando en el suelo de cemento un charco en forma de corazón. Por enésima vez se preguntó lo que estarían pasando su mujer y sus hijos y cómo podrían adaptarse a su desaparición. Cuatro niños pequeños y una esposa. Y todos decían que la mujer de Kevin Bryant era una chica estupenda. ¿Por qué eran siempre las chicas estupendas las que tenían que ver cómo les destrozaban el corazón?

Gabby estaba intentando enjuagarle los ojos a su tiita cuando sintió que se la quitaba del regazo. Era evidente que la abuela ya se los iba a llevar a su casa, pero

ella quería quedarse allí. Y también James Junior, que estaba empezando a montar su pataleta habitual. Aunque por una vez mamá era buena con todo el mundo y todos decían que Cynthia era la «Brahmán» y ella comprendió por el modo en que lo decían que era algo bueno. Pero Gabby dejó que la abuela le pusiera el abrigo y se la llevase a su casa junto con su hermano y sus sollozos. Al fin y al cabo, era una cría y tenía que hacer lo que le mandaban.

Quisiera o no.

Capítulo treinta y seis

- **V**amos, Celeste, por lo menos tienes que ver la casa nueva.

La voz de Jonny sonaba amable, pero tenía un trasfondo de dureza que no se le escapó a ninguno de los que estaban en la habitación. Hacía semanas que había dejado los mimos, y cada día que pasaba se le veía más irritado. Pero Celeste, por débil que fuera en tantos aspectos, se mostraba inflexible en aquello. No pensaba dejar la casa de su hermana de ninguna manera. No había cruzado la puerta desde que entró aquella noche, la noche de la muerte de Bryant.

Jimmy Tailor estaba muy preocupado por su cuñada, pero sabía que no serviría de nada inmiscuirse. Además, y en plan egoísta, quería que se marchara ya de su casa. Ya llevaba allí casi tres meses y quería recuperar a su mujer, aunque nunca hubiera pensado que llegaría a decir una cosa así.

—Vete tú, Cynthia —dijo Celeste—. Vete tú y luego vienes y me lo cuentas.

Cynthia miró a su marido y se encogió de hombros.

—No importa lo que yo piense, cariño, lo que importa es lo que pienses tú.

—No, no, vete, Cynthia. Yo te esperaré aquí con los niños y Jimmy; Jimmy se quedará aquí conmigo, ¿verdad? —No quería quedarse sola.

Cynthia salió al pasillo y Jonny fue tras ella.

—Si voy contigo, podemos volver y contarle lo preciosa que es, y entonces mañana podré convencerla de que vaya, estoy segura.

Jonny la miró a los ojos y supo, como ella, que si iban a la casa juntos, no dedicarían mucho tiempo a mirarla, por lo menos al principio. Jonny notó la excitación en sus ingles y se preguntó cuánto le podía exigir a un hombre ese cambio.

—Si tú lo crees... —La voz no parecía afectada; nadie que los oyera podría adivinar el torbellino que sentían por dentro.

Cynthia se sintió regocijada, se sabía preparada para lo que iba a suceder.

—Iré a retocarme y a por el abrigo.

Jonny asintió, sin atreverse a hablar.

Treinta minutos después estaban desnudos y sudorosos y eran conscientes de que ninguna otra persona hubiera satisfecho la extraña necesidad que ambos compartían.

—Dime, cuéntame qué sentiste al matarlo, Cynth.

Ella le mordió los hombros, lanzó el aliento a sus orejas y Jonny Parker sintió por primera vez desde hacía años que *por fin* estaba, y ahora sí, en casa. Que estuviera traicionando a su esposa, al llamado amor de su vida, le importaba un comino. Cada vez que contemplaba los senos rotundos y las largas piernas de Cynthia la veía arrodillándose sobre Kevin Bryant y quitándolo de en medio de una vez por todas. No había otra mujer sobre la tierra capaz de competir con aquello, y los dos lo sabían. Eran una pareja forjada en el infierno, y saberlo solo servía para aumentar todavía más su deseo.

Capítulo treinta y siete

- **E**s estupendo, Celeste, apuesto a que estás contenta de volver a casa, ¿verdad? En la voz de Cynthia había un calor auténtico que no se le escapó a ninguno de los que estaban en la habitación. Hasta a Jack Callahan empezaba a enternecerle aquella extraña hija suya. La casa de Jonny y Celeste era como una mansión, y aunque en circunstancias normales aquello habría reconcomido a Cynthia como un cáncer, parecía que la buena suerte de su hermana le complacía de verdad.

—Pues claro que sí, Cynth. —Sonó un tanto forzado pero todos lo ignoraron.

Cynthia era otra persona, y todos lo constataban. Con los niños casi se mostraba juguetona y siempre se la veía de buen humor; ni siquiera Jimmy se llevaba los picotazos de su lengua envenenada como tantas veces. Parecía estar más feliz de lo que nadie la había visto nunca, y eso les facilitaba mucho la vida. Seguía dejando a los niños en casa de la abuela durante semanas enteras, pero ahora se la veía contenta de tenerlos por allí durante el día. Había empezado un curso de cocina Cordon Bleu y Jimmy estaba comiendo mejor que nunca. Jamás le cuestionaba ya lo tarde que llegaba. Y cuando se iba a trabajar, lo despedía con un alegre saludo con la mano y una gran sonrisa. Era como si hubiera vuelto a nacer, y esta vez Dios le había dado un corazón. Celeste la quería con toda su alma y Cynthia parecía corresponder a ese sentimiento.

Pero Cynthia vivía para los ratos robados que pasaba con Jonny Parker.

Que haber matado a Bryant le hubiera atraído con aquella fuerza le abrió los ojos de verdad. Si lo hubiera sabido, ¡haría mucho tiempo que habría dado rienda suelta a su gusto por matar! La muerte de Kevin Bryant no le atormentaba, no era un tema que a Cynthia Taylor le afectase. Le había proporcionado el objeto que más deseaba en su vida, a Jonny, así que lo consideraba algo bueno, nada por lo que perder el sueño. Disfrutaba comentándole a Jonny los detalles tanto como lo disfrutaba él. Lo revivía una y otra vez y no se sentía ni remotamente arrepentida.

Nunca había puesto en duda que era capaz de la mayor violencia. En su fuero interno siempre lo había sabido; ya de niña tenía arrebatos violentos que la dominaban. Cuando se enfadaba de verdad, sabía que era capaz de casi cualquier cosa, que si se le atravesaba podía apuñalar a alguien perfectamente. Eso lo consideraba parte de su fuerza, y ahora también parte de su atractivo. Parecía un pedazo de mantequilla que no se funde cuando, en realidad, era muy capaz de causar daños más que serios.

Que a Jonny Parker le enamorara esa parte de ella era un premio más, por supuesto. Siempre había sabido que estaban destinados a unirse, aunque una vez hubiera cometido el grave error de dejarle ir; pero no volvería a cometer ese error.

Lo más raro de todo es que se daba cuenta de que quería a Celeste, que la quería de veras. Y ahora que ya no era una rival, Cynthia descubría en su corazón un sentimiento de piedad por ella. A pesar de aquella casaca y aquel flujo permanente de

pasta, resultaba que ahora era *ella* la que tenía lo que Celeste quería de verdad. Tenía a Jonny Parker y ya no pensaba dejarlo marchar.

Antes lo mataría.

Capítulo treinta y ocho

Gabby miraba asombrada a su madre, que reía y bromeaba con todos ellos. Parecía una nueva persona, y eso era maravilloso.

Por fin Gabby había dejado de mojar la cama y los sábados y los domingos se quedaba en casa de papá y mamá. Era maravilloso. Hicieron juntos una comida deliciosa y luego vieron la tele. A ratos su mamá seguía impacientándose con ellos, aunque nunca demasiado, ni siquiera cuando James junior se portaba realmente mal. A ella le encantaba su colegio, en el que iba haciendo amigos, y así en conjunto, la vida era estupenda. Y ahora además tenía ya las navidades cerca. ¡Todos iban a ir a su casa! Su abuelo decía que eso sí que era inaudito, aunque de algún modo Gabby sabía que eso no debía comentarlo con nadie o tendría problemas. Habían puesto un gran árbol de Navidad y la repisa de la chimenea estaba adornada con una gran rama de acebo de imitación. Su abuela decía que parecía como una tarjeta navideña de la época victoriana y a su madre eso le había gustado tanto que seguro que era un cumplido. Nunca jamás en su vida la pequeña Gabby habría esperado algo tanto como la Navidad que ya se acercaba. El pavo era enorme, todas las verduras estaban preparadas y su abuela iba a traer el pudín de Navidad. Ella misma había ayudado de verdad a su madre a poner el glaseado al pastel, y a James y a ella les habían permitido hacer un tronco de chocolate. Era mágico.

Allí tumbada, Gabby se sentía maravillada de la suerte que tenía. En ese momento entró su madre en el cuarto y se sentó al borde de la cama. Aquello era una cosa más que estaba empezando a gustarle: su madre había comenzado a charlar con ella como si fuera una persona mayor, como las mamás de los cuentos o del colegio. No se dedicaba a quitársela de encima todo el rato.

—¿Estás cómoda, cariño?

—Sí, gracias. —Era lo bastante espabilada como para no olvidarse de sus modales.

—Esperando la Navidad, supongo.

La niña asintió con la cara radiante de felicidad.

—Bueno, pues acuérdate de que Santa Claus solo viene para los niños y niñas que se portan bien.

—Me acordaré, mami, y he sido buena. La hermana Ángela dice que he estado impresionante, esa fue su palabra.

Cynthia se rio con una risa de verdad.

—Me acuerdo de ella... alta y fea, una vaca vieja.

Gabby sonrió al oír aquel insulto. Y respondió.

—Me dijo que soy igual que tú cuando tenías mi edad. —También le había dicho que su madre había sido un dolor de cabeza como no había habido otro y que desde el día en que entró en el colegio del Sagrado Corazón no había dejado de ser un problema. Pero muy sabiamente Gabby se guardó esa parte de la conversación.

Cynthia miró a su encantadora hija: la verdad es que era preciosa, guapísima.

—Eres una buena niña, Gabs.

Aquello era otra novedad, que su madre le acortase el nombre y la llamase «Gabs» cuando siempre estaba insistiendo en que se llamase a todos por el nombre completo.

Gabby sintió entonces que los ojos se le humedecían, no era muy frecuente que su madre fuera tan cariñosa con ella.

—Eso procuro, mami.

—Ya sé que sí, amiga —dijo Cynthia con una sonrisa—, ya sé que sí. —Dio un beso a su hija en la frente, se aseguró de que la cama estuviera bien estirada y salió de la habitación susurrando un «buenas noches» y cerrando la puerta tras de sí.

Cuando llegó a la sala de estar, se sentó y dio un trago a su vaso de vino. Los dos se habían ido a dormir muy pronto, de eso se había asegurado diluyendo una pastilla para dormir en sus vasos de leche caliente. James estaba fuera, comprobando los libros de contabilidad de un club de Romford, y ella había dejado una pequeña cazuela de cordero en el horno caliente preparada para cuando llegase Jonny. Notaba ya su influjo, lo que explicaba la droga para los niños; nada ni nadie iba a interferir en su rato con él.

Era extraño el modo en que se había liado todo. Sentía una pena muy profunda por Celeste, una pena y una tristeza que casi resultaban tangibles. Sabía que Jonny nunca iba a dejar a su hermana y por el momento se conformaba con eso. Él era todo lo que quería, él dentro de ella, en su cama, esa cama donde por misericordia ofrecía a su marido algún polvo que otro, lo suficiente para alejar sus sospechas. Todo lo que quería era lo que tenía. Y lo tenía esa noche, porque no había modo de que pudieran volver a estar juntos hasta después de Navidad.

Se había puesto la ropa interior nueva, se había maquillado para resultar más atractiva que nunca y se había puesto ropa vieja porque a él nada le excitaba más que arrancársela en cuanto entraba por la puerta. Cynthia sintió la excitación de ver a su amante de nuevo y se instaló en el sillón más confortable a esperar su llegada.

La vida no podía ofrecer nada mejor que aquello: una copa, un asiento y la vivencia anticipada de un buen polvo, todo junto. Vivía para aquello, era lo que la mantenía ilusionada. Aquello era la materia de la que están hechos los sueños.

Capítulo treinta y nueve

Jonny Parker iba hacia casa de Cynthia con una botella de Dom Pérignon y un broche de brillantes que ella rechazaría como un desecho del mercado igual que había hecho con todas las cosas que le había comprado. Sintió el tirón de aquella mujer mientras su coche avanzaba despacio en medio del tráfico de Londres.

Le gustaba saborear el viaje hasta la casa de Cynthia —siempre la casa de Cynthia, nunca la de Jimmy—. Le gustaba saber que ella lo estaría esperando, que follaría con él como un animal y luego le ofrecería una cena estupenda y se pondrían a hablar como si no fueran más que buenos amigos. Aquella mujer sabía lo que deseaba un hombre, un hombre de verdad, y sintió pena de Jimmy Taylor, que nunca sería lo bastante hombre para la mujer que era su esposa.

Jonny era el rey del mundo: había quitado de en medio a Bryant y ahora era el hombre más importante de la capital, y ya no le quedaba más que encontrar a ese mamón de Bertie Warner. Y desde luego que lo encontraría y lo aplastaría de un pisotón como a un puto escarabajo. Le debía a Celeste eso al menos, si no algo más. La había puesto en peligro, y si no hubiera sido por Cynthia, estaría muerta. Y entonces nunca hubiera podido descubrir lo que realmente le hacía palpitar.

Ninguna mujer había influido en él tanto como Celeste... era pura, limpia y buena. Pero gracias a Cynthia se dio cuenta de que a él no le bastaba. Sin ella nunca habría comprendido que sentía una verdadera lujuria de sangre y que esa lujuria de sangre le llevaría a explorar lugares que nunca hubiera creído posibles, tanto mental como sexualmente.

Londres era suya, y pensaba dominarla entera. Todavía no había nacido el hombre que pudiera arrebatársela. Tenía una tajada de todo cuanto había: desde atracos hasta locales de apuestas, clubes nocturnos, puestos en el mercado, tiendas, incluso salones de bingo. Una lista interminable. Había acabado por lograrlo, por fin era el capo más importante, y ahora venía la parte más difícil de todas.

Conservar lo obtenido.

LIBRO II

La mitad es mayor que el todo.

HESÍODO, *ca.* 700 a. C.

Capítulo cuarenta

1994

Después de su largo día de trabajo. Cynthia se encontraba cansada, pero feliz; esos días estaba trabajando para Jonny junto con su marido y le encantaba. Ahora ganaban una considerable cantidad de dinero, y si su marido se cuestionaba los cambios en su estatus es que era o demasiado astuto o demasiado estúpido como para decirlo. A ella le daba la impresión de que se trataba de lo segundo, pero no se lo preguntó nunca porque la verdad era que no quería conocer la respuesta. Durante los últimos años Jonny había ido incrementando su poder y ahora era sin disputa y, lo más importante, sin que se lo cuestionaran, el rey de la ciudad de Londres. Era el hombre más importante y le encantaba. Que Cynthia fuera la mujer más importante la tenía tan emocionada como preocupada. Era un milagro que no los hubieran descubierto, y eso le hacía pensar que la gente lo sabía pero no lo comentaba. Jonny Parker no saldría bien librado en los cotilleos y ella tampoco pensaba permitir que eso le arruinara la vida.

En su círculo era conocida ya por saber matar, y notaba el respeto de los hombres y el miedo de sus mujeres. La historia se iba repitiendo y exagerando con los años hasta no tener ya nada que ver con los sucesos reales. Los más jóvenes creían incluso que había sido premeditado. A ella le divertía ver cómo las historias se iban exagerando de tanto contarlas y el impacto que una historia, verdadera o no, podía tener en la vida de una persona. Por aquellos días todo el mundo se andaba con ojo con ella, y eso la ayudaba a medrar en su recién empezada carrera.

Todo el mundo menos Celeste, desde luego. Celeste continuaba tratándola como si ella fuera el segundo advenimiento o algo así, y, aunque Cynthia sintiera lástima por su hermana, no se sentía culpable en absoluto. Pensaba ahora que lo sucedido era inevitable, pensaba que ella y Jonny Parker estaban predestinados. Y que como todos los grandes amores, el suyo no tenía un camino fácil.

Aguantaba al pobre James y sabía que él le agradecía su afecto, por escaso que fuera. Sus intentos por ser el que mandaba en casa hacía mucho que se habían terminado, y ahora delegaba todo en ella, como había sido siempre, salvo que por entonces ella ya no lo provocaba como hacía antes. De hecho ella creía que él era feliz a su manera. Jonny se cuidaba de que estuvieran bien atendidos y bien compensados, y ¿quién habría pensado que ella tenía un don para regentar las casas de apuestas? Las dirigía con una precisión militar, y el porcentaje que se llevaba no era pequeño.

En conjunto la vida era estupenda, salvo por una cosa. A pesar de su estupendo aspecto, el tiempo empezaba a pasarle factura. Últimamente había notado que Jonny, aunque se mostraba tan ardiente como siempre cuando estaban juntos, no estaba tan

ansioso por reunirse con ella como antes. Mientras que antes era todos los días, a veces dos veces al día, a menudo un polvo rápido en el asiento trasero de un coche porque solo disponían de una hora, ahora parecía que en cierto modo se alejaba un tanto de ella, y eso no era algo que Cynthia estuviese preparada para aceptar. Comprendía y aceptaba que tuviera muchas más cosas en la cabeza, pero lo que no estaba dispuesta a aceptar era a otra mujer en su vida, otra mujer que no fuera Celeste, por supuesto. Celeste no era ninguna amenaza, pero la aparición de esos clubes en que las bailarinas se te sentaban en el regazo le había hecho comprender que, al contrario que los *night-clubs*, en los que abundaban las chicas pero en definitiva solo buscaban un hombre para una relación permanente, las bailarinas andaban todas mirando a ver qué podían pillar. Su simple descaro ya era una cosa que a Jonny le resultaría atractiva. *Ella* lo sabía bien, porque era también muy descarada y eso era lo que él buscaba en ella. Sabía además que aquellos celos los producía su inseguridad; seguía siendo una mujer muy guapa, pero no era más que eso, una mujer, y aquellas eran chicas jóvenes. Chicas *muy jóvenes*, por cierto.

Jonny se había embarcado en los clubes con bailarinas y los había convertido en las joyas de su corona, una corona ya bastante grande. También se pasaba gran parte de su tiempo libre en ellos, aunque decía que era por trabajo, y ella no tenía más remedio que creerlo, ¿no? Pero, por buena que fuera su vida, tenía la sensación de que en cierta manera Jonny se le iba escurriendo entre las manos, y eso era algo que no iba a consentir.

Nadie, ni sus hijos, ni su familia, nadie en el mundo significaba para ella tanto como Jonny Parker, y preferiría verlo muerto que en brazos de otra. Y eso ni siquiera era una amenaza, era una promesa. Sin él, se agostarían y morirían. Para ella era como una droga, y aunque sabía que era mala para la salud, que su atracción era nefasta lo miraras por donde lo miraras, la aceptaba porque no podía vivir sin ella.

Capítulo cuarenta y uno

Jonny Parker había cambiado en los últimos años y era tan consciente de ello como las personas que trabajaban para él. No aguantaba que le llevaran la contraria y no admitía consejos de nadie; era incapaz de soportar cualquier clase de crítica y castigaba con severidad a cuantos consideraba que le habían faltado al respeto. Había unos cuantos que decían que se le estaba subiendo todo a la cabeza, aunque lo decían donde no podía oírles, naturalmente. Pero aquello, no obstante, suponía el comienzo de una disidencia, así que debería estar al tanto y tomar alguna medida.

Aquel antiguo Jonny P afable y siempre dispuesto a pagar una ronda de copas, el que siempre era el primero en reír un buen chiste y en organizar una buena fiesta hacía mucho tiempo que se había esfumado. Ahora era un hombre serio, más bien adusto, que solo ocasionalmente volvía a ser el de antes si llevaba unas copas encima. Seguía sin probar las drogas —el alcohol era su único vicio de verdad— y desde luego se tomaba muy en serio el trabajo y las responsabilidades. Como siempre decía su suegro, lo fácil era llegar a lo más alto, lo que realmente costaba un huevo era mantenerse.

A Jonny no se le escapaba la verdad de esa afirmación ahora que estaba allí trabajando. Había luchado para llevarse el primer premio y seguir llevándoselo era cada vez más difícil. El Londres de los noventa lo controlaban él y otros pocos jefes —con papeles secundarios, desde luego—, pero ahora se estaba llenando de europeos del Este, de rusos y gente así. Y no eran como ningún otro adversario de los que habían visto por aquellos pagos; disponían de dinero ilimitado y no tenían piedad; eso significaba que también *él* iba a tener que actuar sin piedad. Esas eran las reglas del juego, pero no dejaba de ser un precio duro.

Muchas de las chicas de sus clubes eran de la Europa del Este. Los individuos con los que trataba disponían de un suministro permanente de chicas, a las que traían, les quitaban los pasaportes y les decían que tenían que trabajar hasta pagar sus deudas. Jonny también tenía participación en más de un burdel de la Europa del Este. Eran negocios de mover dinero constantemente, y aunque al principio todo aquello le había resultado bastante desagradable, sabía que si no se metía en el negocio lo haría muy pronto cualquier otro cabrón emprendedor. Eso significaría un rival serio para él, y eso no lo podía permitir.

De todas maneras no le gustaba el negocio, pero claro, tampoco apostaba y seguía teniendo cantidad de locales de apuestas. En su opinión apostar era un juego para putos pardillos; solo los tontos y los que eran más que tontos creían de verdad que podían ganar contra toda probabilidad. Si ganaban una vez, no ganaban con la suficiente frecuencia como para compensar todos los años invirtiendo en pérdidas en sus locales. En fin, cada uno con sus gustos, que si el Buen Señor no hubiera inventado la lujuria, la codicia y los demás pecados capitales, él no habría podido vivir aquella vida de rey bíblico. Y desde luego que vivía como un rey, aunque era lo

bastante listo como para no vivir con *demasiada* ostentación. De todos modos, tenía propiedades a lo largo y ancho del mundo, y eso era gracias a sus contactos con la Europa del Este. Eran unos maestros en el largo plazo y estaba aprendiendo muchísimas cosas de ellos.

Jonny compraba propiedades en efectivo y blanqueaba el dinero renovándoles las hipotecas, y eso no solamente en Inglaterra, sino por todo el mundo; era como una licencia para imprimir pasta fresca legalmente. También estaba asombrado de las cantidades de dinero que se podían ganar con las putas, porque de todos sus nuevos negocios, el más lucrativo era el de la prostitución. El único inconveniente era que no tenía un control real del dinero y que si te pillaban las sentencias eran muy duras. Y era así porque las chicas estaban allí contra su voluntad, lo que suponía enfrentarse a veces a acusaciones de trata de blancas —a pesar de que muchas de las chicas venían de África Occidental— o de secuestro. Untar a los individuos adecuados le costaba una fortuna, pero gracias a esas conexiones todo estaba suficientemente a salvo. O por lo menos todo lo a salvo que puede estar ese tipo de negocio. Pero este se cobraba su peaje, y era consciente de que la felicidad que debía proporcionarle todo aquello brillaba por su ausencia.

La razón de aquello era Celeste. Su Celeste. Sí, ahora estaba mejor de lo que había estado, pero seguía teniendo miedo hasta de su propia sombra. De hecho, la única vez que había estado remotamente feliz fue cuando se fueron a España. Le encantaba su casa de Mallorca, y allí parecía que se relajaba. Estaba en las montañas, y el verdor y las vistas espectaculares parecieron tranquilizar su espíritu. A él, personalmente, le gustó estar allí la primera semana, pero después empezó a sentir claustrofobia, aunque aguantó porque sabía que a ella le convenía aquel lugar.

Todavía no habían tenido hijos, aunque Celeste había sufrido abortos, y los dos decían que tenían mucho tiempo por delante, pero a él le parecía que a ella en el fondo le daba miedo. Él quería hijos, pero no tenía ninguna prisa. Y quizás así fuese mejor, porque no acababa de ver a Celeste lidiando con un bebé. La amaba con todas sus fuerzas, y seguía preocupándose por ella, pero ahora era más como una hermana. Aunque, para ser totalmente sincero, eso podía ser producto del sentimiento de culpa que tenía por lo que andaba haciendo con su hermana...

Esa sí que *era* una mujer, aunque iba siendo cada vez más difícil estar a la altura. En muchos aspectos, Cynthia era como un hombre: pensaba como un hombre, trabajaba como un hombre y, si le daba la ventolera, sabía pelear como un hombre. Su único fallo era su lengua. Cynthia nunca sabía cuándo dejar en paz a alguien y llevaba las cosas al límite. Últimamente empezaba a sacarle de quicio; él ya tenía bastantes preocupaciones como para sufrir un ataque de nervios cada vez que la veía. Comprendía el asco que le daban los clubes de *lap-dancing*, porque a la mayoría de las mujeres no les gustaban. Pero en cambio los burdeles no le molestaban ni un ápice. Era una criatura extraña y contradictoria. Le tenía un profundo afecto, pero era dura de pelar; «difícil de mantener» era la expresión que usaban los hombres ahora

para referirse a las mujeres como ella, y la describía perfectamente.

De todas formas, cuando estaba con ella, bien dentro de ella, era el único momento en que se sentía contento, el único momento en que se sentía pleno. Él no analizaba todos aquellos pensamientos, se limitaba a saber que eran verdad. Le resultaba imposible decir qué era lo que ella tenía. Lo único que sabía es que lo atraía como la llama a la polilla. Y no soportaba que aquello se estuviese estropeando por sus constantes exigencias de que le dedicara cada vez más tiempo.

Se encogió de hombros para alejar aquellos pensamientos y se concentró en lo que estaba haciendo. Miró el reloj y se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde para una reunión. ¿Adónde diablos se iba el tiempo y por qué seguía trabajando quince horas al día? Pero sí que sabía por qué: no se fiaba de que ninguno de sus hombres hiciera el trabajo como había que hacerlo. Recelaba a la hora de delegar, sobre todo en asuntos de peso; una vez que quitabas el dedo del botón, perdías el pulso del mundo en el que te movías, y esa era una situación muy peligrosa. No hacía falta más que mirar a los Kevin Bryant que circulaban por ahí para comprobar la verdad de ese aserto.

Capítulo cuarenta y dos

Gabby odiaba su vida. Odiaba el colegio y odiaba a las monjas. Tenía trece años y toda su existencia era un aburrimiento, o por lo menos esa semana lo era.

Pero había un foco de interés, y se llamaba Vincent O'Casey. Tenía diecisiete años y era guapísimo. Lo había conocido el sábado anterior en el mercado de la calle Chrisp y mañana iba a verlo de nuevo. No podía esperar.

Gabby dedicaba los sábados, como todas sus amigas a recorrerse los mercadillos —Roman Road, East Ham, Chrisp Street, Romford por supuesto y, ocasionalmente, el del Soho—, no porque fueran a comprar allí, sino porque era maravilloso ir mirando todas aquellas cosas raras. Los domingos los reservaban para el «Lane», que era como llamaban a Petticoat Lane Market. Pero el favorito de Gabby era Romford: le gustaba más porque era el que estaba más lejos de su madre, porque su madre era un coñazo monumental.

Solo de pensarlo ya frunció el ceño, y se preguntó cómo era posible que le hubiera caído encima aquel peñazo de mujer. Aquellos días se iba a casa los fines de semana enteros, aunque habría preferido estar allí solo los domingos y los lunes, como antes. Pero su madre no era idiota. Quería tenerla cerca porque quería estar segura de que no «salía a tope», como ella lo definía. Eso quería decir con chicos, aunque nunca llegara a explicitarlo. Estaba bien que fuera con sus amigas a los mercadillos —era lo mismo que había hecho su madre, después de todo—, pero cuando caía la noche tenía que estar ya en casa, como un niño de párvulos.

Bueno, pues ya iba a cumplir los catorce y ya no era ninguna cría. Con aquel cuerpo ya desarrollado sabía que podía hacerse pasar por una chica de dieciocho si se ponía la ropa adecuada y se maquillaba. ¡Cristo bendito, así podía entrar a ver la película que quisiese!, y eso no era moco de pavo. Algunas de sus amigas todavía parecían más pequeñas de lo que eran, pero ella era como su madre, toda tetas y piernas, como no paraba de decir el abuelo. Gabby sabía que era guapa, sabía que los chicos la miraban. También los hombres, aunque eso le hacía sentir incómoda. Pero mirarla la miraban, incluidos los padres de alguna de sus amigas, y eso sí que era repugnante.

Su padre era estupendo pero, como siempre, tenía que hacer lo que su madre quería, así que Gabby no solía contar con su apoyo. Le daba un poco de pena, porque la mayor parte del tiempo se le veía triste, y sin embargo sus padres vivían en una casa preciosa, y a quien no los conociera le parecería que tenían una vida estupenda. Pero el instinto le decía a Gabby que su madre no quería a su padre, o no como él la quería a ella, y por eso estaba tan triste. Se le veía en los ojos, y era trágico verlo. Algunas veces ella lo miraba y sentía ganas de echarse a llorar de lo solo y desolado que se le veía. Pero ¿cómo podía sentirse solo si los tenía a James junior y a ella?

Su padre sabía que a los dos les gustaba más la casa de la abuela, porque por lo menos allí podían ser ellos mismos. Sabía que algunas veces la madre se mostraba

desproporcionadamente dura, y él trataba de compensarles a su manera. Según su madre, les consentía demasiado, cedía demasiado pronto, pero ella en cambio comprendía que su padre era lo bastante sensible como para darse cuenta de que si dejabas que los niños fueran libres, se acercarían a ti por su propia voluntad. Todas aquellas medidas draconianas de su madre solo parecían infundir el deseo de largarse de allí, de alejarse, de irse lo más lejos posible de la fuente de su infelicidad.

Pero ahora también tenía a Vincent para concentrar sus pensamientos en él, que era absolutamente fantástico, con aquel pelo oscuro y largo, los ojos azules, aquel físico musculoso y aquellos pies tan grandes. Notó que se le aceleraba el pulso al pensar en su cuerpo y se preguntó por qué de pronto se sentía tan torpe y vergonzosa. Sabía que deseaba besarlo, pero no permitía imaginar nada más allá de eso. La verdad era que pensaba en él todo el rato, por la noche cuando estaba sola en la cama, y sus sensaciones resultaban excitantes y la asustaban. Sabía que si su madre se enteraba de esa relación ¡le daría un ataque al corazón! De momento su mayor problema era escaparse de su madre una noche para encontrarse con él. Ella tenía tantos recursos y era tan decidida como su madre. Y, lo mismo que su madre, no dejaría que nadie frustrase sus planes.

Pero *al contrario* que su madre, Gabby tenía un corazón verdaderamente tierno y un modo de ser aún más amable. Era feliz a su manera y disfrutaba con el desafío que para ella significaba encontrarse con su amado Vincent O'Casey a espaldas de su madre. Le consumía la impaciencia.

Capítulo cuarenta y tres

- **Y**a se está haciendo una mujercita, está creciendo y quiere estar con sus amigas y no con nosotros encima todo el día.

—Solo tiene trece años, papá.

Celeste habló en un tono irritado y en esa ocasión Jack Callahan se retiró. Celeste estaba de acuerdo con todo lo que decía su hermana, y si Cynthia decía que su hija no tenía que cruzar el umbral, ya estaba todo dicho.

Personalmente, la niña le daba pena. Era como un león enjaulado, y los animales enjaulados pueden acabar volviéndose contra la persona que los ha encerrado. Eso para empezar. Jack veía en los ojos de su nieta el disgusto y la irritación que le provocaba su madre y le dio bastante pena. Además, era una niña estupenda, una cría de fiar, y eso, por cierto, era bastante más de lo que se podía decir de su madre a la misma edad.

A los quince años Cynthia ya había dado más vueltas que un ganador del Grand National, aunque se suponía que él no tenía por qué saberlo, desde luego. Ese era el problema con las hijas, que se metían en líos; y justamente los chicos eran la causa de su perdición. Incluso en aquellos tiempos que llamaban ilustrados, a una chica con un problema seguían mirándola con desprecio donde ellos vivían, y los esfuerzos de un hatajo de jodidas lesbianas sin sujetador dando gritos sobre la igualdad no encontraban mucho eco en el East End de Londres. ¡Puto feminismo! Una sarta de chorradas, por lo que a él respectaba. Lo único que significaba era que las chicas iban a ser como hombres, y ¿qué podía tener eso de bueno a largo plazo? Las chorradas ofuscan la cabeza, de acuerdo, pero en lo referente a su nieta, no soportaba verla encerrada como una especie de prisionera. Algunas veces Jack odiaba a Cynthia, la aborrecía de veras. Menuda pieza era. Sabía lo de Jonny con ella, pero ¿qué podía hacer? Si alguna vez salía a la luz, sería como si una de esas bombas del IRA explotara en pleno corazón de la familia. Y Jonny *no era* un yerno al que pudiera darle un toque, llevarlo aparte y soltarle la bronca. Jonny era el puto capo del barrio, aunque ¡cuántas veces le hubiera encantado a Jack darle un buen puñetazo en los morros! Sabía que Jonny amaba a Celeste, que la amaba profundamente, pero también sabía que tenía a Cynthia metida en las entrañas. Una mujer podía cautivar a un hombre así y conseguir infiltrarse bajo su piel. Jack ya lo había visto otras veces: cuando un hombre se pillaba así por una mujer, no había modo de luchar contra ello. Algunas mujeres tenían el poder de conseguir que un hombre fuese en contra de todo lo que creía, de ir contra sus instintos más básicos, que abandonase a su familia, su trabajo, su vida. Y lo peor de todo era que esas mujeres nunca valían la pena hasta ese punto. Un día Jonny descubriría que conocerse por dentro era maravilloso. De momento, y mientras Celeste no sufriese, Jack tenía que apechugar con eso.

Se preguntó cuánto sabría la madre. Mary era una pájara muy astuta, y sabía guardarse sus secretos: nunca airearía algo tan potencialmente peligroso si no le

parecía imprescindible hacerlo. Ella *tenía* que saberlo, como lo sabía él, pero lo primero en que pensaría era en Celeste y su delicado estado mental.

Años antes todo aquel follón les habría dejado huella, y la semilla de odio que había plantado en él su hija mayor había fructificado y hundido aún más sus raíces. No soportaba sentirse un inútil, odiaba estar en una posición en la que no podía hacer nada por su familia. Jonny estaba pagándoles a todos una buena vida, los tenía comiendo en las palmas de sus grandes y traicioneras manos, y, en el fondo, eso era lo que de verdad preocupaba a Jack. Se sentía incapaz de hacer nada, y a un hombre como Jack Callahan eso le dejaba en una posición espantosa. Pero algún día Jonny daría con la horma de su zapato, de eso estaba bien seguro.

Capítulo cuarenta y cuatro

Mary Callahan observaba a su nieto James júnior, que veía la televisión. Le gustaba pensar que tenía una relación especial con él, pero le preocupaba que de alguna manera el chico no estuviera *bien*. Casi no sabía contar hasta cincuenta, y tenía dificultad para leer los cómics que se compraba por docenas. La mitad del tiempo parecía estar en la luna, y se pasaba horas colgado de la pantalla de televisión. Y últimamente ella había empezado a preguntarse si en realidad se enteraba de lo que veía. En lo único en lo que parecía interesado de momento era en tener un gatito. Allí no podían tener uno —ella era demasiado vieja para tanto follón—, y por supuesto era inimaginable que Cynthia admitiera uno en aquella casa suya tan clínicamente impecable. Pero era de lo único que hablaba James júnior. Su rendimiento escolar era claramente insatisfactorio, aunque la sensación que tenía ella era más bien que simplemente no podía con los estudios y que estaba en un curso demasiado avanzado para él. Necesitaba un profesor particular o algún tipo de ayuda.

Mary había sacado el tema con Cynthia, que se había encogido de hombros, le había dicho que el chico era «duro de mollera» y que «ya espabilaría». Con casi nueve años, James júnior era más grande que los otros chicos de su edad, pero raramente decía una palabra si no le hablaban antes. Salvo cuando *de verdad* quería alguna cosa, en cuyo caso empezaba a dar la tabarra e incordiar a todo el mundo hasta conseguir lo que quería. Mira todo eso del gatito. James había sido presa de un ataque de rabia mayúsculo cuando le dijeron que no podía tenerlo. Se habían quedado asombrados de la intensidad de la rabieta. ¡Y qué lenguaje! Soltando patadas y lanzando tacos y porquerías que ella no había oído en toda su vida. Jack acabó por darle un buen tortazo y eso pareció meterlo en vereda. Pero había que insistir en que la ferocidad de su ira no era normal, demasiado profunda para un crío de su edad.

Tampoco parecía tener amigos, y Mary consideraba que era porque no quería tenerlos. Y aquello, a su entender, no era algo natural en un niño, y sabía que alguien tenía que poner remedio a esos problemas, aunque no sabía quién. Los demás no se habían percatado como ella, solo pensaban que era un niño tranquilo. Pero a Mary el instinto le decía que algo en aquel chico estaba radicalmente mal, y eso la asustaba. Si simplemente pudiera hablar con Cynthia, exponerle su preocupación por sus resultados en el colegio, por su indiferencia hacia los demás... Tal vez un gatito fuera lo que necesitaba, justamente, un amiguito de la clase que fuera, algo a lo que querer...

Sonó el timbre de la puerta y se levantó para ir a abrir dejando al muchachito con su abuelo.

Roy Brown, vecino desde hacía más de veinticinco años, estaba allí plantado junto a su nietecito Tyrone y sostenía en los brazos un gatito muerto y una bolsa del supermercado Tesco, todo lleno de sangre por todas partes.

La sorpresa evidente de Mary se convirtió en un shock cuando Roy Brown, con

su carota torcida en un gesto de asco, le dijo enfadado:

—Que salga aquí James junior. Mira qué le ha hecho al gatito. Le ha cortado el pescuezo —bramaba de ira, y aquello atrajo a Jack al vestíbulo.

—¿Qué cojones son estos gritos, joder? —miró a Roy Brown y al lloroso Tyrone con asombro.

—Tu nieto, ese jodido lunático de James, ha rebanado el pescuezo al gatito de Tyrone. Le ha rebanado el pescuezo al pobre gatito. Ese mariconcete malvado.

Jack Callahan contemplaba a su viejo amigo como si le hubiera crecido otra cabeza entre los ojos.

—¿De qué demonios me estás hablando, hombre?

El pequeño Tyrone Brown solo tenía cinco años, pero, con las entendederas de un hombre de diez veces esa edad, dijo entre lágrimas:

—Fue él, fue él, yo lo vi, me obligó a mirar...

Jack clavó los ojos a uno y a otro sin poder creérselo.

—¡Hay que tener cojones! Nuestro James adora a los gatos. ¡Joder, coño, si hace semanas que nos vuelve locos con que quiere uno!

Roy lo interrumpió diciendo:

—Por eso lo hizo. —Le lanzó el gato muerto a Jack, que instintivamente dio un paso atrás—. Como no podía tener uno, no quería que mi Tyrone lo tuviera tampoco. Menudo cabroncete asesino.

Jack meneaba la cabeza: se negaba a creer que su nieto fuera capaz de una cosa así. Se había quedado atónito, en absoluto silencio.

Roy le tendió la bolsa que llevaba y le dijo:

—Abre esto, venga, mira a ver de quién es el cuchillo con que le ha cortado el cuello al pobre animal.

Jack cogió la bolsa y miró dentro. Allí, lleno de sangre y medio tapado por el pelo empapado del animal, estaba su cuchillo del pan. Sabía que era el suyo porque tenía el mango de hueso blanco... había sido de la madre de Mary, y ella lo conservaba como un tesoro. A veces, al cortar una rebanada, comentaba la cantidad de años que aquel cuchillo llevaba en uso y que nunca jamás había que meterlo en un lavavajillas, sino que había que lavarlo a mano con cuidado.

Y ahora lo habían utilizado para matar a la pequeña mascota de aquel pobre niño, y al mirar la bolsa embadurnada de sangre Jack Callahan sintió que la rabia empezaba a hervirle en su interior. Aquel cabroncete malvado, animalejo feroz. Que fuera capaz de una cosa tan espantosa, tan bárbara, resultaba inconcebible. Y sin embargo el cuchillo estaba ahí, y la única persona que podía haberlo sacado de aquella casa era James.

El joven Tyrone lo miraba con los ojos tristes y sinceros de un muchacho honrado y Jack supo que estaba diciendo la verdad. ¿Dónde estaba el culpable, pues? Tenía que haber oído todo aquel alboroto. Jack lo llamó en voz alta, y como el chico no aparecía, se fue a la sala. Lo levantó con fuerza del sofá en el que estaba acurrucado y

lo arrastró sin miramientos al recibidor.

—¿Has hecho esto tú? ¿*Lo has hecho tú?*

James estaba aterrorizado y durante unos segundos hasta Roy estuvo a punto de sentir pena por el chico. El mal genio de Jack Callahan era legendario en esa calle: no lo exhibía a menudo, pero cuando saltaba perdía completamente los estribos.

Jack arrancó el gatito muerto de las manos de Roy y se lo puso a su nieto en la cara, embadurnándosela de sangre y de pelos sin dejar de gritar ni un momento.

—Lo has hecho tú, ¿no es cierto? ¡Jodido mamoncete vicioso!

James se echó para atrás con fuerza.

—¡No es justo! —gritó—. ¡Yo quería un gatito, ese tenía que ser *mi* gatito! Y no el jodido gatito de ese... Pero no, yo no podía tenerlo, ¿verdad? Yo no, a mí vosotros nunca me dais nada, joder, cabrones...

Al aterrizar, la bofetada lanzó a James por todo el recibidor hasta dar con la mesa en la que tenían el teléfono. La mesa se vino abajo y el teléfono salió volando por el aire junto a James, que ahora intentaba cubrirse la cabeza, protegerse el cráneo de la lluvia de golpes que le estaba administrando su abuelo.

Roy Brown acabó por intervenir y apartó a Jack, asustado ante la severidad de la paliza. Se dio cuenta de que si aquello duraba mucho más, Jack acabaría matando al crío. Todo el vestíbulo estaba salpicado de sangre. Roy miró a Mary Callahan, vio el horror absoluto en su rostro y se preguntó si tal vez habría podido resolver aquella situación de un modo mejor.

El joven Tyrone Brown contemplaba la escena con una fascinación morbosa: sabía que aquello estaba mal, aunque a él le daba la sensación de que estaba bien. Había sido James el que le había cortado la garganta a su gatito *Bullet* y a él le parecía que debía pagar por ello. Como era demasiado joven y demasiado pequeño para pelearse con James, había acudido a su abuelo porque sabía que él sí que era lo bastante mayor para hacer lo que él no podía. Quería a aquel gatito y no quería verlo morir así. De modo que entonces se echó a llorar con un chillido agudo que pareció revivir a Mary Callahan.

—Ven aquí, peque, ven conmigo.

Pero Tyrone ya había tenido bastante y se marchó del vestíbulo sollozando y con su abuelo detrás muy alterado, conmocionado por los acontecimientos del día y preguntándose si tendría algo fuerte de beber en casa.

Jack Callahan recogió el gato muerto se lo lanzó a su nieto ya inmóvil y le dijo, imperioso:

—Ahora arregla todo este lío. Entierra el gato de ese crío, que él no puede, y hazlo como es debido y con una disculpa, jodido mamoncete malcriado. Menuda vergüenza has traído hoy a esta casa, cabroncete asesino. Desde luego no puedes negar que eres hijo de tu madre.

Solo mucho más tarde, al repasar otra vez mentalmente todo lo sucedido, se dio cuenta de que su esposa no había saltado ni una sola vez en defensa de su nieto. Eso

ya decía cuanto había que decir.

Capítulo cuarenta y cinco

- **E**ra un jodido gato, Jonny. A juzgar por cómo se han puesto, cualquiera pensaría que había asesinado a la madre Teresa.

Jonny había oído la historia, porque era de lo único que hablaban todos. Al colegio había llegado el rumor y decían que James júnior debería ir a ver a un psiquiatra. La opinión general era que el colegio tenía razón: cortarle el pescuezo a un gato no era exactamente una broma de niños, tal y como Cynthia lo andaba presentando. Parecía también que aquel chico suyo, James, estaba adquiriendo fama de locatis, a falta de una palabra mejor. En el colegio llevaban ya un tiempo preocupados por el chico y él sabía que aquello era lo que realmente irritaba a Cynthia. Cynthia no tenía el menor interés por los niños a no ser que proyectaran un buen reflejo de ella, porque entonces sí que estaba orgullosa, o al menos se mostraba como tal. Representaba el papel de esposa y madre ejemplar, pero no era más que una fachada. Ahora aquel último incidente había hecho surgir a la leona que llevaba dentro y estaba decidida a asegurarse de que el suceso se considerara una metedura de pata infantil y nada más. Pero hasta criminales endurecidos estaban asustados de las gracias del chico. Cortarle el cuello a aquel pobre gatito solo porque él no tenía uno fue considerado por todos algo siniestro y del todo despreciable. Al menos en un crío de nueve años.

—De todos modos, Cynth, se ha pasado un poco de la raya, ¿no crees? ¡Cortarle el cuello con el cuchillo del pan! No es exactamente un ojo por ojo, ¿eh?

Cynthia sentía bullir la rabia en su interior y se controló:

—Tendría que haberle dejado tener un gato, no me di cuenta de lo mucho que significaba para él.

Jonny sabía que estaba auténticamente desconcertada y que creía que la reacción frente a la travesura de James júnior era una exageración.

—Bueno, si quieres saber mi opinión, creo que necesita un loquero antes de que sea demasiado tarde.

Cynthia se echó a reír. Una risa agria, despectiva.

—¡Oh..., corta el rollo del puto doctor Spock! Lo que sabes tú de críos lo podría escribir en mayúsculas detrás de un sello de correos. Tiene nueve años, nueve jodidos años, coño, y exagera las cosas como cualquier crío de nueve años.

—¿Exagera? —Ahora Jonny se reía, se reía de verdad—. ¡Joder, Cynthia! ¿Sabes lo que dices? Usa el coco y deja que el incidente se enfríe. Búscales un tratamiento, eso es lo que la gente hace por sus críos.

Cynthia comprendió que Jonny intentaba ayudarla, y no solo a ella sino también a James júnior. Pero no podía aceptar lo que le decía, porque tenía la profunda sensación de que aquel consenso generalizado carecía de base alguna. Era un crío, y los críos hacen cosas estúpidas. En algún sitio, en lo más profundo de sí, sabía que tendría que estar preocupada, no porque lo creyera de verdad sino porque el sentido

común le decía que cuando la opinión de la mayoría estaba en tu contra, había todas las posibilidades de que estuvieras en un error. Pero solo era un niño, y los niños son crueles; ¿cuántas veces había oído esa expresión? Lo que le fastidiaba por encima de todo era que ese hombre al que en realidad amaba a su extraña manera la estaba ridiculizando a la vez que ponía en entredicho sus aptitudes como madre. Era consciente de que nunca iba a ganar un premio, pero se vanagloriaba de tener a los niños más limpios y arreglados.

Nadie le criticaría nunca *nada*, y mucho menos en lo referente a sus niños. Pero lo que de verdad le dolía era que Jonny hablase de psiquiatras para su hijo cuando su esposa, es decir, su hermana, estaba más chiflada que una jaula de grillos. Aunque eso nunca se lo diría, desde luego: sabía que él se culpaba a sí mismo, y aunque le jodiera, era lo que tenía que hacer.

Celeste deambulaba por aquella gran casa como Lillian Gish en *Las dos huérfanas*. Últimamente apenas podía salir de casa, y no porque nadie se lo impidiese, desde luego, sino porque su conducta tenía un nombre: agorafobia. De todos modos, para ser sinceros, eso hacía más fáciles sus vidas y a ella le venía de perlas. La única vez que Celeste se largó de su casa por voluntad propia fue para ir a Mallorca, a la casa que tenían allí, pero hasta eso era cada vez más difícil de lograr. Jonny debería dejarla allí, dejar que disfrutase del buen tiempo y de un paisaje diferente.

Cynthia sabía que tenía que impedir que la situación se les escapase de las manos, de modo que escondió sus verdaderos sentimientos y forzó una sonrisa en su hermosa cara.

—Bueno, yo no puedo hacer gran cosa. Te gustará saber que el martes va a ir a un loquero. En el colegio insisten mucho.

Jonny sintió el alivio como algo físico. Cynthia tenía que comprender que *sus* problemas, los de ella, no eran los *de él*, aun cuando en momentos como ese tuviera la sensación de que debería intentar hacerla recapacitar un poco. No era fácil razonar con Cynthia. Tenía una habilidad especial para que siempre pareciera tener la razón, y dio por hecho que era porque Cynthia creía de todo corazón que de verdad tenía razón siempre.

—Bueno, cariño, entonces, ¿qué me dices de una copa?

Cynthia asintió con una sonrisa, pero la noche ya había perdido su magia y ambos lo sabían. La llamada travesura de James júnior estaba teniendo repercusiones de largo alcance y ambos sospechaban que la cosa no acabaría con lo del loquero.

Capítulo cuarenta y seis

Celeste estaba preocupada, pero, claro, eso no era ninguna novedad. Últimamente andaba siempre preocupada. Desde la noche de la muerte de Kevin Bryant no había vuelto a ser la misma. Veía su cara retorcida cada vez que cerraba los ojos y cada vez que los abría volvía a verla. Y era una cara espantosa, retorcida por la rabia y la agonía. Con los años iba aumentando de tamaño hasta que ahora, después de tanto tiempo, lo veía en su mente como una especie de gigante.

Rondaba por su casa, aquella casa preciosa y grande que debería haberla hecho feliz, medio esperando ver a sus espaldas el fantasma del muerto, esperando notar en cualquier momento un golpecito en el hombro y ver que una mano putrefacta y medio descompuesta se posaba en él.

Se sirvió otro vaso de vodka y se lo bebió de un trago. El alcohol era lo único que hacía que dejara de oír susurros y ruidos que estaba segura de que venían de una tumba, de la tumba de Kevin Bryant. Un ruido, un susurro constante, que le recordaba a cuando era niña y fue en una excursión del colegio a la catedral de San Pablo y había escuchado atentamente al profesor en la Galería de los Susurros, había oído las palabras viajar por la estructura y, como todos, había fingido estar maravillada ante semejante truco en un edificio tan antiguo. No le había gustado nada estar allí dentro con gente muerta pisases donde pisases. ¿Qué importaba que fueran poetas? Seguían siendo unos jodidos muertos y estaba segura de que hubieran estado mejor tranquilos y enterrados en cualquier sitio donde no fueran un montón de colegiales aburridos a cachondearse de sus nombres y burlarse de sus vidas.

Cerró los ojos para alejar los pensamientos negativos. En algún sitio había oído que había que obligar a los pensamientos negativos a abandonar tu mente y pensar en positivo. Pero ¿pensar en positivo sobre qué? ¿En qué te ponías a pensar cuando no había nada positivo en tu vida? ¿Cuando todo tu mundo estaba edificado sobre arenas movedizas y podía serte arrebatado en una milésima de segundo?

Su marido la amaba y eso, supuso, era positivo, pero a él podían pegarle un tiro, apuñalarlo, dejarlo impedido o hacerlo desaparecer en cualquier momento. Ella sabía mejor que nadie que esa era la clase de mundo en el que vivían. De modo que era complicado pensar en positivo al respecto. Tenía una bonita casa y una familia que se preocupaba por ella, pero bueno, eso lo tenía mucha gente, así que en realidad no era tan especialmente positivo cuando lo analizabas con detalle. Era más bien un derecho humano, ¿no?

Celeste lanzó un profundo suspiro y se miró en el espejo del dormitorio. Era un espejo grande y caro traído de Francia y te hacía parecer más delgada. Pero sabía que eso no era nada más que una trampa del cristal, así que también eso estaba construido sobre una mentira. Toda su vida estaba construida sobre engaños y mentiras y ella no tenía poder para modificarlo. Se observó durante unos momentos. No era frecuente que se mirara a sí misma alguna vez, odiaba cómo era, en lo que se había convertido.

Por fuera seguía pareciendo normal. Si iba en autobús —aunque en realidad no se subía a un autobús desde hacía tiempo—, sabía que encajaba en la opinión general de lo que para todos era lo normal. La gente no podía ver la negrura de su interior, lo podrido de su núcleo, y eso le molestaba. Le molestaba de verdad. Era una demostración de que en realidad nunca te podías fiar de nadie, porque era imposible ver su interior. Realmente no podías saber qué tenían en la cabeza ni, aún más importante, en el corazón.

Como James júnior matando a ese pobre gatito. Era un niño que parecía un ángel, pero que era basura, que estaba tan putrefacto como todos ellos. Ahora se sentía aliviada por sus abortos, de no tener hijos. ¿Cómo ibas a llegar a saber cómo eran de verdad? Imagínate tener una criatura que al crecer se convirtiera en un monstruo, en un asesino... Para entonces ya lo querrías, habrías hecho planes para él y él se volvería contra ti y os daría una patada en los dientes a ti y a tu dura tarea educativa.

Oh, no, eso no era para ella, eso era para las mujeres como Cynthia, que tenían fuerza para enfrentarse a las cosas. Cynthia era la única persona de la que Celeste se fiaba. Cynthia siempre cuidaría de ella, siempre la salvaría de los peligros. Era como una Pentesilea moderna, una amazona capaz de luchar como un hombre y pensar como un hombre. Siempre podría confiar en ella, eso lo sabía. Cosas como que se ocuparía del pequeño James y lo haría ir por el buen camino.

Celeste se sorprendió de encontrarse en la cocina y se preguntó vagamente cómo había llegado allí. Abrió el enorme frigorífico y sacó un trozo de queso. Le dio un mordisco y saboreó el fuerte sabor del cheddar, la sal en la lengua. Luego volvió a guardarlo, fue a la encimera de enfrente y se escanció otro vodka. Se le vino a la cabeza que hacía más de una semana que no salía de casa, pero se encogió de hombros al recordarlo. Dentro de la casa *ya* estaban las cosas suficientemente mal como para arriesgarte a empeorarlas si salías a la calle.

Se aposentó ante la mesa de la cocina y se puso a hojear los periódicos que recibían todos los días. Leía las historias de muerte, dolor, asesinatos en serie y genocidios. Aquellas historias le hacían sentirse a salvo, le hacían sentir que su opción en el mundo era la auténtica. Ni España, su amada patria de adopción, era inmune. Se estaba llenando de gánsteres y asesinos, incluso Mallorca, donde había creído descubrir una vida más sencilla y por lo tanto mejor. Hoy en día la prensa venía llena de cosas así, muerte y destrucción por todo el mundo.

Esos sucesos, esas historias que leía, le convencían de que no pensaba equivocadamente, de que su vida no podía ser distinta de como era. Resultaba reconfortante saber que el mundo ahí fuera era tal y como ella creía. Ese era el único pensamiento positivo que tenía, así que se aferró a él como un perro a su hueso.

Capítulo cuarenta y siete

Como era comprensible, a James Tailor le inquietaba la conducta de su hijo y, lo que era peor, no sabía cómo enfocar el asunto. Veía claramente que una paliza no significaba nada para el chico. Además, y para completar la sensación de inutilidad, se percataba claramente del desprecio por su familia que se leía en los ojos del chico. Era una cosa extraña, pero ahora aquel hijo suyo no le gustaba nada. Saber que era capaz de una cosa tan espantosa e impactante sin sentirse ni siquiera mínimamente afectado por sus acciones le reveló a Jimmy el verdadero estado de la mente del muchacho. Sabía que ahora tenía en sus manos una amenaza potencial para la sociedad.

A Jimmy le incomodaba haber sido padre de un niño tan desprovisto de amor, tan desprovisto de empatía. En el fondo de su corazón se temía que aunque físicamente el chico se pareciera a él, en su conducta afloraba el modo de ser de su madre. El hecho de que Cynthia pensara que aquel comportamiento no tenía nada de catastrófico le hizo comprender realmente con quién se había emparentado. James júnior era como Cynthia: parecía que no mataban una mosca pero por dentro eran un infierno de odio y de maldad. Y encima el colegio le había obsequiado con otra serie de pecados de su hijo que tras el asunto del gato habían salido a la luz y eran de dominio público: desde abusos a pequeños hasta robos, James parecía ser capaz de cualquier cosa. No era de extrañar que no tuviera ningún amigo de verdad.

Mientras estaban sentados en la sala de espera del psiquiatra, Jimmy miró atentamente a su hijo. Estaba leyendo un cómic —siempre leía cómics, jamás un libro— y no parecía inquieto por el lugar ni por la razón por la que estaba allí.

La mayoría de la gente que estaba en la clínica parecían residuos de los sesenta, todos de pelo largo y mostachos poblados. El resto eran justamente lo contrario: gente con trajes bien cortados y pelo gris oscuro, rostros impenetrables y ojos fríos e inquisitivos. En principio no parecían los mejores ejemplos para la salvación de aquel hijo suyo.

Enfrente de ellos estaba sentada una muchacha. Aparentaba unos catorce años, maquillada y con el pelo teñido. Lo saludó al cruzarse sus miradas y dijo tal y como si respondiera a una pregunta:

—Ya soy bastante mayor para venir por mi cuenta. De todas formas, mi madre nunca se levanta a tiempo. —Se encogió de hombros como si aquello fuera una conversación normal, rutinaria.

Jimmy la miró preguntándose cómo demonios había acabado él en un sitio como aquel. Se había criado en una bonita casa con gente agradable, se había sentido satisfecho con su trabajo, ese trabajo que a Cynthia no le gustaba porque no rendía lo suficiente para pagar lo que ella exigía de la vida. Cuando su mujer lo eligió —y no se engañaba al respecto: era a ella a la que se le había metido en la cabeza e hizo de todo para conseguirlo—, se había imaginado una vida agradable como la que tenían

sus padres, una vida segura y bonita, vacaciones todos los años y un par de críos buenos y normales.

En vez de eso se había convertido en un delincuente. Había sido abducido por un mundo que nunca llegaría a comprender aunque, para ser justos, a veces le gustaba bastante. Podía resultar atractivo y era muy lucrativo. Una vez que Cynthia comprendió que él nunca iba a manejar el negocio para el que trabajaba, la mala leche se había apoderado de ella porque no era una mujer dispuesta a aceptar componendas con lo que quería.

Se pasó una mano por la cara. Necesitaba una raya, pero supuso que aquel no era el lugar más adecuado para esnifarla. Sabía que tenía un problema con la coca, pero es que la coca le hacía sentirse invencible, le hacía creer que estaba viviendo una buena vida. Por lo menos últimamente había logrado ser aceptado, si no respetado, por su mujer. No le iba dando la matraca como solía, y ahora que ella tenía su propia «carrera», como la llamaba, estaban mejor de lo que nunca habría esperado estar desde el punto de vista financiero. En cierta medida él deseaba que no la hubieran invitado a reincorporarse al clan; después de los intentos de ella por hacer caer en desgracia a la familia, su vida más fácil. En esa ocasión lo había necesitado, había necesitado lo que él podía ofrecerle.

Ahora Cynthia era como un ave fénix resurgida de sus cenizas; se había convertido nada menos que en la persona más importante del negocio. Sabía que a Jonny le gustaba Cynthia y le gustaba su agilidad mental, decía que era perfecta para su mundo: tenía el aspecto de un ángel y la cabeza de un demonio, un símil que a Jimmy le había hecho estremecerse por dentro. Resumía perfectamente lo que era su mujer, y resumía también a su hijo.

Cuando por fin pasaron a la consulta y los presentaron a la doctora Wendell, Jimmy empezó a relajarse. Parecía una abuela normal y corriente, y no alguien intimidante como se esperaba.

Tras unas cuantas preguntas preliminares, miró al joven James a la cara y le preguntó muy seria:

—¿Por qué le cortaste la garganta al gatito, James?

A lo que el chico respondió con sinceridad:

—No tengo ni puta idea, ¿sabe? Por eso me han mandado aquí.

Para cuantos estaban en el despacho, resultó evidente que el chico pensaba que entre ellos había un pobre retrasado y desde luego no era él.

Capítulo cuarenta y ocho

Desde el interior del café Golden Egg Gabby veía cómo Vincent se acercaba para encontrarse con ella. Estaba muy guapo y parecía un poco vulnerable. Era su tercera cita y gracias a su hermano a ella le habían devuelto sin pensárselo más a casa de su abuela y su abuelo, pues ahora parecía que su mami no quería tener nada que ver con ninguno de los dos. Aunque le espantaba lo que había hecho el pequeño James, no podía evitar tratar de sacar provecho a la situación en la que habían quedado.

A Gabby le gustaba Vincent mucho más cuando no trataba de impresionarla, cuando no pretendía comportarse como si fuera mayor de lo que era y más enterado. Ella sabía que en el fondo el chico estaba igual de desconcertado respecto de los sentimientos que sentían ambos. Nunca en su vida había sentido una cosa así. Nunca había sentido un nudo en las tripas como el que sintió cuando lo vio andando hacia ella. Era algo casi primitivo e instintivamente comprendió que aquello era amor verdadero y no unos críos jugando a tener sensaciones y emociones de adultos. Pese a lo jóvenes que eran, ambos estaban completamente seguros de que su destino era estar juntos. No era algo de lo que hubiesen hablado en realidad, simplemente era así.

Vincent iba bien vestido, siempre vestía como un hombre. Los fines de semana iba de traje y con botas: como todos los de su edad, conocía el valor de una fachada decente. Ella ahora intentaba vestirse para él con faldas más largas, chaquetas sastre y unos decorosos tacones altos. Uno de los aspectos positivos de todo aquello era que su madre había dejado de fruncir el ceño cuando la veía, convencida de que era *su buen gusto* el que había logrado que su hija optase por ropa más convencional; era habilidad suya que ni se enterara de que la razón era que su hija quería parecer mayor, más sofisticada, más adulta, y que eso significaba no tratar de tener el mismo aspecto que Madonna o Cyndi Lauper. O sea, tener el aspecto que tenía que tener una mujer adulta. Limpio, fresco y bien cuidado. Había leído eso en una revista y lo había convertido en su mantra.

Cuando Vincent O'Casey divisó a Gabby sentada en el Golden Egg esperándole, el corazón se le inflamó de amor y, tuvo que admitirlo, una buena dosis de lujuria. Pero se trataba de la sobrina de Jonny P, y él siempre lo tenía en cuenta. También era la hija de Cynthia Taylor, una leyenda del barrio, y así mismo era plenamente consciente de ello.

Pero dejando eso aparte, amaba a aquella muchacha con todo su ser. A los diecisiete años —y sin que Gabby hubiera cumplido aún los catorce—, el chico sabía que estaba jugando con fuego. Pero es que ya era como una mujer, una mujer mucho mayor a pesar de su charlatanería de colegiala y del fumar. La chica sabía instintivamente lo que él necesitaba y se lo procuraba. Él sabía que eso no era frecuente en una pareja y que lo que había entre ellos era algo especial.

Vincent comprendía la soledad que Gabby sentía en lo más profundo, sabía que

su madre le envenenaba la vida —y se la envenenaba a todos los demás, por cierto, él incluido. Porque sabía que si Cynthia Taylor averiguaba su existencia, estaba seguro de que le llegaría alguna advertencia, y no precisamente en un tono amable, con seguridad. Se llevaría una soberana patada en el culo, razón por la cual se veían en sitios tan alejados de sus dominios habituales. Era también la razón por la que cultivaba la amistad de ciertos jóvenes que podían darle acceso al tipo de vida del que quería formar parte. Si conseguía ganarse un cierto respeto —no solo el de ser un durillo de barrio, sino el de alguien ganador— Vincent sabía que con eso allanaría el terreno en lo que concernía a la familia de ella. Tenía planes y tenía sueños y estaba decidido a hacer lo posible por realizarlos en algún momento de su vida. Porque aquella chica iba a ser la madre de sus hijos; eso lo sabía, era un hecho.

Al acercarse a la mesa, vio brillar el amor en los ojos de la chica y, como tantos hombres antes que él, pensó que sería bastante para ellos. Todavía era demasiado joven para saber que la propia determinación no era más que la mitad de lo preciso. Que la parte realmente difícil del tema era el trabajo duro. La vida era así, aunque eso lo descubriría demasiado tarde. Te dejaban creer que ibas ganando cuando en realidad te dirigías directo al desastre.

De momento todo parecía posible. Eran felices solo con estar juntos, y eso era más que suficiente.

Capítulo cuarenta y nueve

Jonny Parker había pasado una tarde no del todo desagradable con Cynthia e iba ahora de camino a visitar uno de sus clubes. Era una empresa muy rentable que albergaba a sesenta bailarinas distintas de *lap-dance* por períodos de dos semanas. Las chicas eran jóvenes, estaban más que en forma y literalmente dispuestas a cualquier cosa. Justo la clase de chicas que se necesitaban en el West End de Londres. Aún mejor, todas tenían la edad legal y un manifiesto interés personal por trabajar en aquel club en particular. Jonny les pagaba *muy* bien y allí se encontraban en una buena posición para conocer hombres de todas las clases y colores pero con algo en común: disponían de grandes cantidades de pasta. El becerro de oro era el dios de aquellas chicas y ellas lo adoraban en agradecimiento. Los hombres eran conocidos así que, por esa u otras razones, estaban aún más interesados en la discreción que las propias chicas.

Un club privado era una bendición en muchos sentidos, porque brindaba un nivel de seguridad que muchos de los hombres afectados necesitaban tener en sus vidas diarias —en su vida laboral— y particularmente en su vida nocturna. Jonny los recibía a todos, desde los hombres de negocios más importantes hasta políticos, policías y mafiosos de peso, y se aseguraba de que cada vez que visitaban el club su estancia fuera tan secreta como placentera. Lograr que la gente se sintiera a cubierto de indiscreciones era sumamente lucrativo, y él había conquistado un mercado que no solo era rentable desde el punto de vista financiero, sino también por los contactos que le proporcionaba.

Aquel club era el primero de muchos, y andaba en negociaciones para abrir otros tantos en Liverpool, Manchester y Glasgow. Las chicas ganaban demasiado para escaparse, pero también eran conscientes de que una sola palabra fuera de lugar supondría que nunca más trabajarían en ningún sitio. No era simplemente una vacua amenaza de formar parte de una lista negra o similar, también de que sus propias vidas se verían segadas trágicamente y sin más. Nada de besitos y confidencias por parte de *sus* bailarinas. Si se iban de la lengua, sería la última cosa que contasen y todas eran bien conscientes de ello.

Esa noche Jonny tenía una reunión con un prometedor mafioso del barrio que se llamaba Derek Greene. También se le conocía como «Derek el Rojo» porque no tenía problemas a la hora de verter sangre. Tenía treinta y un años, un cuerpo que era como un armario empotrado y había sido educado en una escuela privada gracias a su padre, conocido atracador de bancos, que consideraba que su hijo debía crecer en un mundo dentro de la ley. En aquellos momentos Derek padre estaba cumpliendo una condena de veinticinco años y su hijo, que tenía entonces diecisiete, se había quedado en la calle sin un penique y sin *más* cualificación que su extraordinaria fuerza, sus escasas entendederas y los conocimientos adquiridos de vivir con un delincuente. Había ido ascendiendo de rango y ahora era un hombre con el que se contaba.

Quería reunirse con él y Jonny estaba muy interesado en saber qué tenía que decirle. El chico tenía una buena reputación y a él le gustaba. Siempre dispuesto a alguna travesura, entró más que contento en el vestíbulo en penumbra del Madison Avenue Private Club. Era un gran local con un aspecto fantástico, discreto y rebosante de cristales y cromados. Nadie que contemplase su interior se podía creer lo que ocultaba su respetable fachada. Podían haber sido las oficinas de una corporación bancaria, pero, una vez atravesadas las puertas de madera, aquello era el epítome de la satisfacción sexual. Todo en rojos, morados y cremas, y la ropa de las chicas, aunque de lo más exiguo, combinaba los colores con los del entorno, a su vez con reminiscencias de un burdel como los que pudieron haber frecuentado los prerrafaelitas. Era quincalla de primera calidad, y a Jonny le estaba haciendo ganar no se sabía cuánto dinero.

Pero ahora el local estaba tranquilo. A última hora de la tarde solo había bebedores curtidos, de los que necesitaban el valor del whisky para acercarse a las chicas, y unos pocos gerifaltes locales dispuestos a celebrar sus citas en un ambiente más lujoso que el de sus propios locales en los que cualquier cosa que dijeran se oía y se repetía. Aquel club era para personas que tenían intenciones ocultas, intenciones que les concernían únicamente a ellos.

Jonny espió al joven Derek, que estaba sentado solo, y se sonrió para sus adentros; el chico estaba aprendiendo el arte de las confidencias. Nunca hables de negocios con alguien delante de otros a los que también pudieran interesarles, a ellos directamente o a un tercero. Era una buena regla a seguir y le gustó ver que el joven sabía apreciar la necesidad de ser discreto en todas las negociaciones.

Hizo un gesto para pedir una botella de whisky escocés y dos vasos y cuando sirvieron las copas y el hielo tintineaba alegremente, inició la reunión.

—Bueno, Derek, ¿qué puedo hacer por ti?

Derek sonrió con su enorme y hermoso rostro de aspecto un tanto peligroso. Jonny supo con certeza que ciertas mujeres se sentirían atraídas porque al mirarlo veían que aquel hombre era capaz de grandes crueldades y había mujeres que admiraban eso.

—Un bonito decorado, señor Parker, jodidamente impresionante, la verdad.

Lo dijo con aprobación sincera y Jonny se sintió más relajado. Le gustaba aquel chico, aunque, en realidad, ya no era un chico sino un hombre grande y muy peligroso.

—Me alegra que lo apruebes, Derek. Y qué, ¿cómo van los negocios? Me han contado que has echado abajo más bancos que la Luftwaffe.

—Los negocios no van demasiado mal dadas las circunstancias, señor Parker —sonrió el joven—. Con un padre como el mío es lógico que conozca el funcionamiento básico de esa industria.

Los dos se rieron de las palabras escogidas.

—Cierto. He oído que tus pequeñas también están bien.

Al oírlo Derek casi se ruboriza; lo que le había llegado a Jonny era verdad, el chico era un excelente padre de familia. Tenía esposa y tres criaturas, las tres niñas, por las que se volvía absolutamente loco. La más pequeña había nacido con daños cerebrales y se rumoreaba que Derek había removido cielo y tierra y notables cantidades de pasta para garantizarle el mejor tratamiento existente. En su ambiente, los hombres no consideraban esa actitud una debilidad, sino una fortaleza. Mirabas por los tuyos antes y por encima de cualesquiera otros. Era otra de las razones por las que Jonny pensaba que podría trabajar con el chaval. Era un chico decente y tierno cuando era preciso y un cabrón despiadado cuando había que serlo. Una combinación letal pero necesaria en un socio comercial.

Jonny esperaba que el muchacho le trajera una buena propuesta, una que hiciera rentable el interés que dedicaba a aquel individuo, porque además prefería tenerlo perfectamente localizado. No había mucha diferencia de edad entre ambos, pero mientras que Jonny ya se había ganado el reconocimiento, aquel chico empezaba a labrarse un camino propio. Si le hacía una proposición cojonuda, haría un esfuerzo y le daría un poco de cuerda a ver qué tal, tampoco nada muy importante, solo lo suficiente para que ganase una buena tela. Así lo tendría atado corto.

—Bueno, entonces, volvamos a donde empezamos. ¿Qué puedo hacer por ti?

Derek sonrió y la sonrisa le cambió la cara, que casi resultaba afable.

—Casas de vacaciones. España, Portugal, Florida. Todo legal y a la vista, aunque en realidad no existe ninguna, o por lo menos solamente sobre el papel. Usted no tendrá que hacer nada más que adelantarme unas pocas libras, y los riesgos son mínimos, porque todos los negocios se hacen fuera, son propiedades *off-shore* de inversores privados. Ya cuento con los vendedores y con los recursos para conseguir el papeleo necesario para que todo parezca legal. También sé que en cuanto tengamos pasta suficiente, hay que echar el cierre y volver a empezar en otro sitio. Los españoles son buenos en eso; mientras tengas en regla los papeles imprescindibles puedes limpiar a cualquiera. Tengo los terrenos, tengo los putos terrenos y algún día construiré en ellos, pero no chalés ni bloques de apartamentos, por supuesto. A un tipo normal de la calle le llevaría veinte años de su vida seguir el rastro de los papeles, y cuando encontrase el punto final de ese arco iris en particular, ya haría mucho que habríamos desaparecido.

Apoyó la espalda en el respaldo de su silla y dio un delicado traguito a su whisky con agua.

—¿Podría ver un esquema?

—Hice que se lo mandaran a sus oficinas esta mañana. También me tomé la libertad de incluir en el sobre un esquema de las participaciones de cada uno para mostrar exactamente los réditos que le dejaría su inversión, dependiendo de su aportación inicial, por supuesto. Tiene usted mi palabra de que yo estoy metido en esto en plan serio y que solo pretendo que todos ganemos un buen pellizco y nos quitemos de en medio con un mínimo de complicaciones.

A Jonny Parker el chico le gustaba cada vez más. Tenía iniciativa y no se sentaba allí y se pasaba horas explicando los planes que se traía entre manos. Había expuesto los detalles y ahora Jonny podía ir hojeando los papeles. Había sabido juzgar bien a aquel Derek Greene y estaba contento.

—Me parece muy bien, Derek. Los miraré bien y te diré algo pronto. Bueno, ¿y cómo está tu viejo?

Derek se encogió de hombros.

—La verdad es, señor Parker, que quince años entre rejas es duro para cualquiera, pero, en líneas generales, le va bien. Está bastante contento con lo que le tocó, se aguanta con su suerte porque no puede hacer otra cosa, ¿no es cierto? Vamos todos a visitarlo. Mi madre espera, Dios la bendiga. Se ha pasado los mejores años de su vida yendo de aquí para allá por todo el jodido país. Es una vieja muy buena y se merece volver a tenerlo en casa en algún momento. En fin, que le quedan otros dos, o puede que tres años para estar de vuelta en el seno de la familia.

—Caen unas sentencias duras de cojones. Un puto violador ya estaría en la calle.

—Y además habría tenido un pabellón por el que pasear y una tele en la celda. Esos jodidos tarados y sus UPV, Unidad de Presos Vulnerables, ¿ha oído alguna vez una cosa así? Pues claro que son vulnerables, ¡joder!, ¿quién no iba a querer patearles la cabeza?

Los dos asintieron a la vez como ponderando la inanidad de un sistema legal que protegía a la escoria de la sociedad y tenía encerrados a hombres como el padre de Derek hasta cumplir la pena. Aquello era una jodida merienda de negros, desde luego.

Capítulo cincuenta

- **L**árgate, chiflado.

Cynthia Tailor alzó los ojos al cielo y gritó:

—¡Deja de llamar chiflado a tu hermano!

—Pero es que lo es, mami —sonrió Gabby—. Si hasta el loquero lo cree.

A Cynthia le entraron ganas de reír; Gabriella tenía mucha gracia cuando quería.

James júnior miró a la familia que estaba en silencio alrededor de la mesa. Era un chaval grandote, había salido a la familia del padre. Miró a su hermana y sonrió solapadamente.

—¿Cómo está Vincent O’Casey, Gabby? —preguntó.

Cynthia miró a su hijo con sorpresa y el chico se echó a reír mientras le decía:

—¿No lo sabías, mami? Todo el mundo dice que es el romance del siglo.

Cynthia miró a aquel hijo suyo que cada vez le resultaba más difícil que le gustase y dijo con frialdad:

—No hablarás del Vincent de Bridie O’Casey...

Gabby creyó que iba a desmayarse del susto al oír las palabras de su madre y rogó a su hermano con los ojos que no le hiciera eso.

Pero él puso una sonrisa torcida y *dijo, fuerte*:

—Ese mismo.

Al instante Gabby saltó de la silla y le gritó a su hermano:

—¡Imbécil, matagatos! ¡Maricón asqueroso!

Cynthia miró a sus dos hijos y se preguntó a cuál atizarle primero. Sus instintos femeninos salieron triunfadores y tiró al chico de la silla de un bofetón.

—¡Fuera de mi vista! —Luego, cuando el chaval se levantó del suelo y huyó de la escena de su crimen, se volvió hacia su hija y le dijo en voz bastante baja—: ¿Es verdad eso?

Gabby sabía que no tenía el menor sentido negarlo, así que asintió lentamente con la cabeza.

Cuando la madre lanzó una mano y la agarró del pelo, sofocó un grito porque sabía que valía más recibir lo que tuviera que recibir lo más callada posible. A su madre le molestaba que le suplicasen, o que lanzasen gritos agónicos, que intentasen escapar o pretendieran soltar el rollo y dar explicaciones para escabullirse. En cuanto tu madre te tenía agarrada del pelo, estabas más que acabada.

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo andas saliendo con él a mis espaldas? —Era la típica pregunta de su madre, nada de «¿desde cuándo os veis?», sino «¿Desde cuándo andas saliendo con él a mis espaldas?».

—Una temporada, casi un año... —Gabby tenía que ser sincera ahora que la habían descubierto; no le quedaba otra salida. Si mentía ahora, podía darse por muerta. Su madre no era persona que aceptase mentiras de ningún tipo. Una vez descubierta, no tenías más posibilidad de redención que decir la verdad.

Cynthia torció la cara en un gesto de tremendo y absoluto asombro. ¡Un año! ¿Aquello llevaba *un año* en marcha y nadie se había maliciado? Ni nadie le había contado nada. Qué cabrones. Un O’Casey, un miembro de una familia que estaba tan abajo en la escala social que podrían perfectamente pasar por hombres de las cavernas. Bridie O’Casey era una zorra inútil que ni siquiera era capaz de tener a sus hijos limpios, no digamos ya su casa. ¡Y el padre! Paddy O’Casey, el borrachín de barrio. Aquello escapaba a su comprensión.

—Con todo lo que he hecho por vosotros, niños, ¿y así es como me lo pagáis? ¡Tu hermano ahí en la calle camino de convertirse en un asesino en serie y tú camino de hacerte puta! Muy bien, señorita, pues hasta aquí hemos llegado. Te quedarás aquí todo el tiempo. ¡No me sorprende que siempre rondaras por casa de la abuela! Apuesto a que ella te animaba, ¡menudo viejo pellejo vicioso que es esa...!

Le dio un bofetón a su hija en la boca y la lanzó rodando por toda la habitación. Gabby aterrizó en el suelo junto a la puerta del comedor y fue como si Cynthia la viera tal y como era por primera vez desde hacía años. Las piernas largas, bien formadas, los pechos altos, la cintura estrecha. Era una mujer en ciernes, y si ese novio suyo creía que iba a poder acelerar su camino a la madurez, mataría al muy mamón con sus propias manos.

Gabby, aterrada, se levantó del suelo. Sabía por experiencia que ahora había que tratar de limitar los daños. Respiró hondo y dijo con voz más humilde:

—Perdona, mami, ya sé que tendría que habértelo dicho, pero ya sabía cómo ibas a reaccionar...

Cynthia meneaba la cabeza ante las excusas hipócritas de aquella hija suya.

—¡Un jodido O’Casey, joder! ¿Dónde tienes el límite, tú? ¡Si el Ken de la Barbie tiene más cerebro que ese! ¡Toda esa familia está un poco tocada! ¡Y tú sales con él! Además, todavía no tendrías que salir con *ningún* chico, eres demasiado joven.

La bofetada fue de lo más sonoro y Gabby pudo notar la furia que le rezumaba a su madre por todos los poros. También notó la marea ascendente de su propio enfado: no pensaba dejar al chico dijera lo que dijese su madre.

—¿Quién vendrá después, el puto Benny Hill? Eres una estúpida, una burra, ¡y espero que no hayas hecho nada que no deberías! ¡Si te ha montado, voy a cortarle el pescuezo!

Incluso en medio de su rabia, Cynthia pudo ver la absoluta sorpresa de su hija ante la sugerencia y agradeció al cielo que por lo menos no hubiera llegado tan lejos. Pero también se dio cuenta de que la chica no tenía ni la menor intención de dejar a ese idiota, y eso era lo que le ponía más nerviosa, nerviosa de verdad. Se aseguraría por todos los medios de que su familia no se fuera al garete ni quedara en un mal lugar.

Esa era la idea de Cynthia Tailor.

Capítulo cincuenta y uno

Mary y Jack Callahan escuchaban a su nieta. Mary con una especial simpatía que dejaba traslucir que estaba de acuerdo, en parte, con la postura de Cynthia en aquel punto de la cuestión. Gabby aparentaba pura y simplemente más años de los que tenía, los aparentaba en su aspecto físico, pero no en su capacidad emocional. En esos momentos era toda piernas y maquillaje, y eso era lo esperable a su edad. Lo que la muchacha no sabía ver era que unas cuantas palabras bien escogidas por parte de Vincent y su vida tal como la conocía podía acabarse y allí quedaría con una criatura en brazos. Mary nunca habría imaginado que podría estar de acuerdo con aquel mal bicho de hija que tenía, pero en aquello la apoyaba hasta donde hiciera falta. El chico era demasiado mayor y estaba demasiado resabiado. Y además era demasiado guapo para su propio bien.

A Gabby le vendría bien irse un tiempo a casa de sus padres. Para ser sinceros, desde el episodio del gatito Mary tampoco quería tener allí al chico. Era un muchacho extraño, que creaba problemas por su retorcido carácter, y se preguntaba a todas horas y en serio cómo podría haberse vuelto una persona tan cruel sin que ni ella ni nadie se diesen cuenta. Suponía que sencillamente en estos tiempos el mundo era así. Y en su opinión la culpa era de la televisión. Hacía adultos a los niños antes de que estuvieran preparados; hasta los seriales estaban llenos de sexo y violencia, y los chavales los veían con la misma avidez que los veía ella. Pero ella, al menos, se escandalizaba con lo que veía. Cerró los ojos; de repente se sentía muy cansada y la voz de su nieta le machacaba la cabeza como un martillo de cuarenta kilos.

—Bueno, pues todo eso tendrías que habértelo pensado antes de andar viéndote a escondidas con ese chico, Gabby.

—Pero no hay derecho, abuela, mamá es la...

—No digas eso, Gabby, sigue siendo tu madre.

—La odio. La odio a muerte.

Jack oyó a su nieta rezongar y despotricar sobre su madre, o sea, su hija, y sintió un impulso irresistible de unirse a ella.

Pero no lo hizo. No sabía cómo habían llegado las cosas a aquella situación, lo único que sabía era que la culpa la tenía Cynthia. Aquella mujer destruía todo lo que tocaba. Incluidos sus propios hijos.

Capítulo cincuenta y dos

Derek Greene era un hombre feliz. Tenía el visto bueno de Jonny P y sabía que su futuro estaba asegurado. Sabía también que si jugaba bien sus cartas, el futuro de su padre estaría igualmente asegurado. Le gustaba hacer siempre algún chanchullo, prosperar con ellos. En Melody FM pusieron *Walk like an Egyptian* de las Bangles y subió el volumen; le gustaba el ritmo de la canción.

En la parte trasera de su coche llevaba una pequeña armería para entregársela a un amigo que la necesitaba. Así que iba conduciendo por debajo del límite de velocidad, con el cinturón de seguridad abrochado y una máscara de pura inocencia en la cara. Le molestaba mucho que detuviesen a la gente por cualquier infracción de tráfico mientras estaban llevando a cabo algún negocio ilegal. Era una estupidez sin sentido que solo llevaba a más complicaciones de las necesarias. Él, siempre que llevaba a cabo cualquier asunto turbio, se comportaba, conducía y vivía siguiendo la ley al pie de la letra. ¿Por qué atraer una atención no deseada?

Se paró delante de la chatarrería de Bow, se bajó del coche y se estiró unos segundos. Las Bangles habían sido reemplazadas por David Bowie y su *Ashes to ashes* y se puso a tararearla durante unos segundos antes de echar a andar negligentemente hacia las cabinas prefabricadas que albergaban las oficinas.

Aquel solar le gustaba. En aquel sitio había jugado de niño porque era propiedad de un viejo colega de su padre y un príncipe entre los hombres, Phillip Gardener. Había acudido al rescate de Derek cuando trincaron inopinadamente a su padre y al enterarse de su situación financiera decidió dar un paso adelante para ayudarlos. Derek tenía la sensación de que a Phillip le habría gustado ayudar a su madre de una forma más personal pero que ella lo había rechazado. No le reprochaba al tipo que lo hubiera intentado y respetaba mucho a su madre por rechazarlo: resultó una mujer muy decente, al fin y al cabo. Sería mejor que su padre lo recordara cuando al fin saliera libre. Derek sabía que su padre era aficionado a tener algún que otro devaneo extramatrimonial y esta vez ya no se lo toleraría, porque su madre merecía un trato mucho mejor. Él se ocuparía de que recibiera el trato al que tenía derecho.

Phillip era un buen tío, casi siempre afable y de buen carácter, pero también podía optar por repartir hostias a hombres tres veces más grandes que él, y él no era pequeño desde ningún punto de vista. Lo que le pasaba a Phillip era que se negaba en redondo a admitir la derrota, y eso era algo que el joven Derek comprendía bien porque ese rasgo de carácter también corría por sus venas. Por muchas veces que lo derribaran, él volvía a levantarse y obligaba a su oponente a preguntarse cuánto tiempo aguantaría con aquel chalado allí delante.

Phillip observó a Derek que se dirigía a las oficinas y puso en marcha la tetera porque sabía que querría tomarse una taza. Bebía litros y litros de té día y noche. Lo oyó entrar en la cabina del remolque y le lanzó un saludo desde el pequeño lavabo donde preparaban la bebida y se lavaban las manos. Nada higiénico, pero por

desgracia a la fuerza ahorcan y todo eso. Phillip era un hombre bastante picajoso a su manera.

Phillip arreglaba cosas. Arreglaba asuntos para la gente y tenía un don para saber cómo había de llevarse a cabo un arreglo. Era un modo muy lucrativo de ganarse la vida, y cuando alguien no estaba muy seguro de en qué posición se encontraba, acudía a él en busca de consejo (a cambio de un precio, por supuesto). Era como una tumba: nunca comentaba sus asuntos particulares, de manera que era lógico esperar que tampoco hablase de los de los demás. Sabía dónde estaban escondidos los cadáveres, y eso en sentido tanto literal como metafórico, así que lo dejaban en paz y era hombre muy respetado. No tenía ni había tenido mujer ni hijos y de su gran casa se cuidaba una prima grande, fea, amable y muy competente, Marge. A él le gustaba aquella existencia solitaria, enamorado a distancia de Belinda Greene, a cuyo hijo trataba como si fuera suyo.

El chico era muy espabilado y aprendía deprisa. Algún día lo convertiría a él también en un buen arreglador, pero primero tendría que aprender el funcionamiento de aquel tipo de actividad. Una palabra fuera de sitio y el mundo levantado con tanto cuidado podía caérsete encima en un instante.

Ahora les esperaba un poco de trabajo y necesitaban estar seguros de que se planeaba y ejecutaba correctamente. Derek solo conocía una parte de lo que se iba a poner en marcha, y eso bastaba; ni siquiera en su reconocida posición tendría acceso a todos los datos hasta que otros lo consideraran necesario. Phillip sacó dos tés y siguiendo su costumbre se sirvió un chorrito de coñac en la taza.

Derek estaba sentado en la banqueta de cuero, tan paciente como siempre, su cara era un auténtico estudio de concentración. Oh, sí, a Phillip le gustaba aquel chico. Era un placer enseñarle y un magnífico ejemplo de cómo se podía entrenar a un joven dirigiéndolo adecuadamente.

—¿Se lo tragó?

—Anzuelo, sedal y hasta el puto flotador —dijo Derek con una gran sonrisa complaciente.

—Jonny P es un cabrón muy escurridizo, y sabe sonreír mientras te está cortando las pelotas, así que no bajas la guardia ni una vez, ¿me oyes?

Derek asintió exasperado por lo meticuloso que a veces llegaba a ser Phillip, aunque entendía la razón de sus cautelas. Jonny P era toda una fuerza por derecho propio, aunque ya no por mucho tiempo.

—Déjalo que se preocupe un poco, habilítalo y arreglaremos la reunión final.

—Totalmente de acuerdo, Phillip —dijo Derek asintiendo con un movimiento de cabeza—. Luego podremos vernos con nuestro común amigo y cerrar el negocio cuanto antes.

—Se va a liar una buena, ya lo sabes, ¿no?

Derek asintió.

—Puedes salirte de esto en el momento que quieras, hijo. Es una operación

peligrosa y tú tienes una familia joven.

—Ya lo sé, colega, pero ya estoy totalmente implicado y tengo confianza en que lo sacaremos adelante.

Phillip sonrió con una de sus infrecuentes sonrisas verdaderas.

—Buen chico. Ya sabía yo que no me dejarías en la estacada.

Capítulo cincuenta y tres

- **B**ueno, si te fijaras un poco más en él, puede que no te pareciera tan jodidamente raro, James. Si no anduvieras todo el día esnifando esa mierda como si no hubiera un mañana...

James miró a su mujer y se preguntó como tantas veces qué haría si le soltaba una buena bofetada en aquella boca tan preciosa. No pensaba hacerlo nunca, pero eso no le impedía soñar con hacerlo.

—Cierra el pico por una vez en tu puta vida, Cynth, cierra el pico.

Era evidente que aquellas palabras la dejaron estupefacta por un momento, pero recobró el ánimo en cosa de tres segundos. Y sus gritos pudieron oírse por toda la casa, y en su cuarto Gabby se tapó los oídos con las manos. Estaba harta de oírlos y estaba harta de que la tuvieran prisionera como si hubiera hecho algo malo. También oía a James júnior en el cuarto de al lado, dando patadas a la pared todo lo fuerte que podía, y se preguntó por qué razón no estaba tan loca como él.

Subió el volumen de su CD para ahogar el ruido de la locura familiar, se tumbó en la cama y se puso a pensar en Vincent, que era lo único que hacía aquellos días, pues hasta los deberes del colegio se resentían. Pero es que ese chico era como una obsesión que se hacía más poderosa cada día. Se preguntó si mañana iría a esperarla a la verja del colegio. Hoy no lo había visto, y eso la desazonaba. Igual ya estaba harto de la situación. ¿Quién se lo podría reprochar? La culpa era toda de *ella*. No lograba pronunciar la palabra «madre», o «mamá». Así que ahora no era más que *ella*, y Gabby la odiaba.

Abajo los gritos seguían *in crescendo*.

—¡Tú! ¡Tú, James Taylor, no eres un hombre, joder! ¡Eres un puto *crío*, un simple, y un payaso, además! —Cynthia gritaba ahora a voz en cuello, su vida tal como ella la conocía estaba hecha pedazos y aquel idiota al que se había atado era tan inútil como un freno de mano en una canoa.

—Va a ir, Cynthia, joder. Si eso le sienta bien, va a ir, ¿lo entiendes?

Cynthia iba tragándose las ganas de coger la silla más cercana y aplastársela en la cabeza a aquel hombre. Estaba muy contento de que su hijo, su niño, fuera a un centro de evaluación psiquiátrica, un lugar en el que lo podían etiquetar de chalado, y supuso que ella le diría que perfecto y tan contenta. ¿En qué puto planeta vivía? Como siempre, Cynthia no estaba pensando en el pobre chico, sino en lo que sus comportamientos parecerían al mundo exterior, en lo que la gente iba a decir de ella.

—Son solo unas pocas semanas y luego volverá a casa; allí le proporcionarán la ayuda que necesita.

—Por encima de mi cadáver.

—Bueno, a juzgar por lo que dijo la doctora esa es una opción. Dijo que va camino de convertirse en un lunático chalado total. O, por usar sus palabras, que no tiene idea del efecto que sus acciones producen en las personas que le rodean. Que

solo le interesa el mundo en la medida en que le es útil y complace sus caprichos. Que no tiene empatía con los demás y que no es capaz de comprender las necesidades ajenas. Comillas, cierra comillas. ¿Te recuerda a alguien, Cynth?

—¡Eres un mamón! ¡A mí no me echas la culpa de todo esto! Esto lo ha heredado de ti, de los putos chalados de tu familia. Tu madre es más rara que un camello de tres patas.

James suspiró ruidosamente.

—Pero ¿no ves que tiene que ingresar allí antes de que haga algo terrible? Es por su propio bien, y por el de todos los demás. De todas formas, no tenemos ni voz ni voto. Si nos negamos, intervendrán los asistentes sociales y perderemos todo el control sobre su vida.

En el fondo, Cynthia sabía que todo lo que decía su marido era verdad, pero le dolía admitir que su hijo «no estaba bien», y sabía que la gente la culparía *a ella*. En esos casos siempre le echaban la culpa a la madre. Notó que las lágrimas le picaban en los ojos y parpadeó para apartarlas rápidamente. ¿Por qué tenía que pasarle a ella? ¿Qué había hecho para merecer eso?

Necesitaba ver a Jonny y necesitaba verlo enseguida. Últimamente estaba distinto, lo notaba diferente, se daba cuenta de que todo aquello de James júnior lo había encabronado. Ella no paraba de darle vueltas y, con toda sinceridad, era incapaz de entender por qué los demás protestaban tanto. El chico tenía diez años y ya le estaban poniendo etiquetas. Era un chico muy cabezota, nada más, y ahora al parecer esa gente iba a llevárselo mañana por la mañana a una unidad psiquiátrica en una clínica de Kent y dejarlo allí. Aunque de repente no le pareció tan malo: si James júnior se marchaba, no quedaba más que Gabriella, y no había duda de que eso le haría la vida más cómoda. Menuda buena pieza era James júnior, y, como decía su padre, no podía estar en mejor sitio.

—Si estás tan seguro, James... —dijo con una súbita sonrisa un tanto a regañadientes.

Jimmy suspiró aliviado. Por fin había entrado en razón y ahora el chico podría recibir la ayuda que necesitaba desesperadamente.

Sirvió una copa bien cargada para cada uno y le dio la suya a su mujer, que justo en ese momento estaba pensando en cómo podría librarse también de su hija. Le vendría bien un parón; después de todo, ella era la primera en admitir que realmente no era la típica madre coraje, y ahora tenía otro trabajo. Metería a su hija en un buen colegio, estricto, para que allí la vigilaran con ojos de halcón. Eso pondría fin a sus agobios, le brindaría el tiempo que necesitaba para cuidar de sus otros intereses. Lo de que James júnior hubiera matado a aquel gato había sido un regalo de los dioses, en realidad, había producido unos beneficios inesperados. Sintió una oleada de excitación al verse otra vez dueña de su vida y le resultó muy difícil reprimir la amplia sonrisa que quería instalarse en aquella cara tan seria y preocupada.

Jimmy podía suponer lo que realmente pasaba por su cabeza: él la conocía mejor

que nadie. Pero no dijo ni una palabra, lo único que podía hacer era asegurarse de que su hijo recibía el mejor tratamiento posible y confiar en que funcionara, por difícil que fuera a ser. Que te criara Cynthia Tailor no podía dejar de tener consecuencias y él tenía la impresión de que aquello no era más que el principio para sus dos hijos. Aunque Gabby no le preocupaba tanto. Estaba curtida en todo lo referente a su madre y eso le alegraba. Iba a necesitar seguir soportándola una buena temporada todavía; estaba creciendo y convirtiéndose en una chica preciosa, y eso no era algo que su mujer fuera a aceptar de buen grado. Era evidente que Cynthia tenía celos de la chica —aunque nunca lo admitiría, por supuesto—, pero la verdad era que Gabby iba a ser una auténtica belleza, algo que a Cynthia tampoco le iba a resultar fácil tolerar. Las cosas tenían que ser a su manera, o no ser de ninguna: ¿cuántas veces la había oído decir aquello a los niños durante todos esos años?

Bueno, ese era el resultado de su papel como madre, y aunque tenía la esperanza de que de aquello aprendiese una lección, dudaba mucho de que así fuera. A Cynthia nada ni nadie le importaba lo suficiente como para cambiar sus ideas y ese pensamiento, junto con los problemas de los chicos, todavía lo deprimió más. Sabía que debería irse, coger a su hija ya mismo y largarse, pero ¿adónde? Cynthia los dejaría marchar, de eso no le cabía duda, pero sabía que con su estilo de vida y su pequeña adicción no les iba a resultar muy útil a sus hijos. Era una opción, pero no quería asumir la responsabilidad de controlar a esos dos. Igual que su esposa, estaba demasiado atrapado en el mundo en el que vivía como para adoptar ese cambio en su vida. Era un círculo vicioso en el que todos estaban atrapados. Y los chavales los primeros, porque vivían sometidos a los caprichos de sus padres y sabía muy bien que ni él ni Cynthia eran la clase de padres con los que alguien querría cargar.

Aun así, se consoló con el hecho de haberle plantado cara a Cynthia para conseguir que James júnior recibiera la atención médica que tan desesperadamente necesitaba, así que por lo menos eso sí lo había asumido. Una voz dentro de su cabeza le decía que era demasiado poco, y demasiado tarde. Pero no le hizo caso y se marchó de casa a toda prisa. Que Cynthia hiciera la maleta del chico, se le daban mucho mejor que a él ese tipo de cosas.

Una hora más tarde se había puesto hasta arriba de coca y analizaba unas largas columnas de cifras. Aquellos días los números eran lo único que tenía algún sentido para él, y se perdía en ellos como un hombre que se ahoga se aferra a un bote salvavidas.

Capítulo cincuenta y cuatro

A la mañana siguiente, Vincent O'Casey estaba esperando a Gabby delante de las puertas del colegio y al verlo el corazón de la muchacha empezó a latir con fuerza.

—¿Qué tal todo? —Él se preocupaba de verdad, y eso significaba mucho para ella.

—Hoy estoy sola porque mi madre tiene que llevar a mi hermano a no sé qué especie de casa de locos para críos en Kent. Puedo fumarme la escuela, ¿te parece bien? Podemos ir juntos a algún sitio.

Vincent sabía que debería negarse, pero la echaba de menos. Nunca hasta entonces había sentido aquello por una chica. Tenía a Gabby clavada muy dentro y con esa certeza del enamorado joven sabía que siempre la tendría allí. La chica pertenecía a una familia peligrosa y eso le ponía un poco nervioso, pero ella, Gabby, ocupaba día y noche sus pensamientos. A decir verdad, la chica era como un virus que infectaba hasta la última parte de su ser, y sabía que ella sentía exactamente lo mismo por él.

—Tengo un buga ahí en la esquina, me lo prestó mi colega Petey. Trabaja para tu tío Jonny, en realidad, y puede que me coja a mí también. Creo que me meteré en el negocio de los bancos.

Gabby sonrió con orgullo. Una vez instalada en aquel Ford Capri Ghia completamente tuneado, Gabby encendió un cigarrillo y dijo, interesada:

—¿En qué banco trabajarás? ¿En el Barclays?

Vincent sonrió y dijo con picardía:

—Algunas veces, depende de qué banco robemos.

Gabby se rio pero sintió en la barriga los primeros pellizcos del miedo. Los espantó: él era mayor que ella y sabía lo que se traía entre manos. Para ella ya era demasiado tarde, lo tenía metido en la sangre y nada de lo que hiciera le haría sentir por él algo que no fuera amor.

—¿Cómo? ¿Con pistolas?

El chico asintió mientras se incorporaba al tráfico.

—¡Pues claro! ¡No tiene sentido tratar de robar un banco con el puto palo de un caramelo!

—Pero ¿qué pasa si te cogen?

—No me cogerán, la verdad es que está chupado. Pero, venga, dejemos ese tema, ¿vale? ¿Dónde quieres ir? ¿A Victoria Park? ¿Qué me dices de Barking Park? Podemos ir en barca.

Ella sonrió con timidez.

—¿Qué te parece Southend? A mí me encanta Southend...

—Southend, vale.

Al entrar en la A-13, la chica se quedó callada unos momentos.

—Ya sé que esto no va a ser fácil, Vincent, pero mi madre es dura de pelar, sabes.

—¡Es el mejor eufemismo que he oído últimamente! ¡Si tu madre es mucho más dura que casi todos los tíos! Quiero decir que hay que admirarla, ¿no? Salvó a su hermana de una muerte segura, tía, y por lo que he oído liquidó a Kevin Bryant deprisa y sin despeinarse.

Gabby no le contestó; había oído las historias y todas diferían en un detalle u otro. Y era lo bastante astuta como para saber que la verdad completa había sido borrada del mapa hacía ya mucho tiempo. También sabía que su madre era capaz de cualquier cosa. Y no necesariamente buena. Se le ocurrió que tal vez Vincent estuviera con ella por sus relaciones familiares. Se daba cuenta de que para cierta clase de gente su familia tenía mucho tirón, y pensarlo la entristeció; se preguntó si aquel hombre, aquel joven al que quería tanto, no estaría saliendo con ella con el fin de entrar en el negocio. Pensó que tenía que decir algo.

—Yo no daría demasiado crédito a todas las historias, Vince. Mi vieja tiene su lado duro y tú no le gustas. Así que cualquier idea que pudieras albergar de que yo te sirva para acceder a ella o al tío Jonny será mejor que la olvides. Mi madre piensa que tú me llevas por el mal camino.

—Escucha, Gabby —dijo Vincent, ahora muy serio—, me he metido en un negociete que no tiene nada que ver con tu tío y su liga; ni con tu madre, de hecho. Pero puedo decirte una cosa, sé muy bien que tu mami y tu papi no me van a recibir con los brazos abiertos. Me sentaré a esperar que seas lo bastante mayor para que tú misma decidas y a ellos que les den por donde sea, ¿estamos?

Al oír aquellas palabras, Gabby tuvo la seguridad de que el sol volvía a salir. Ella lo quería para *ella sola*, de eso estaba segura. Dejó escapar una risa suave y subió el volumen de la radio. Simply Red cantaban *Remembering The First Time*. Y los dos sonrieron.

—Nuestra canción, ¿eh?

Ella rio con él, feliz de estar a su lado, feliz de olvidar que estaba haciendo novillos y feliz de olvidarse de su madre. Hoy era un día solo para ellos y los dos pensaban disfrutarlo.

Capítulo cincuenta y cinco

A Jonny Parker le gustaba el invento de las villas. Y todo aquel con el que había hablado era de la misma opinión, que era un buen momento para algo así. Actualmente casi todo el mundo podía permitirse paquetes de vacaciones organizadas y España era un verdadero *boom*. De Calpe a Marbella, los británicos aparecían a miles, y todos querían un poquito de España para ellos solos. «The Dorm», el dormitorio, como se conocía cariñosamente a Benidorm, estaba atestado de gente nueve meses al año. Era barato, estaba hasta los topes, y eso era exactamente lo que querían los clientes.

Así que mientras conducía hacia casa de Cynthia, se sentía un hombre feliz. Era como si nada pudiera salirle mal y todo lo que tocase se convirtiera en oro. En ese caso, por supuesto, en pesetas; pero el principio era el mismo. Estaba contento de que se vieran en casa de Cynthia; no quedaba lejos de la suya y andaba apurado.

Al tirar de la puerta exterior, sintió un pequeño pellizco de aprensión. Cynthia se estaba poniendo cada vez más insistente con lo de su «relación», como ella la llamaba, y él tenía la impresión de que muy pronto le iba a pedir que pusiese término a su matrimonio y eso era algo que no iba a hacer nunca. Pero, siempre optimista, tenía la esperanza de estar equivocado; su relación sexual seguía siendo fantástica y el sexo era básicamente el fundamento sobre el que había descansado siempre aquella «relación». Saber de lo que aquella mujer era capaz seguía perturbándole un poco, y también sabía que andaba jugando con un adversario muy peligroso. Eso era parte de la excitación. Pero también sabía que, llegado el caso, por dura que fuera ella, más duro era él, y si hacía falta se lo demostraría y la haría pasar miedo de una vez por todas. Confiaba en que las cosas no fueran tan lejos, desde luego, pero tenía que cubrirse las espaldas.

Al cruzar la puerta, tuvo que sonreír. Aquella mujer tenía una alucinante seguridad en sí misma, allí sentada con las piernas abiertas y una sonrisa de beatitud en la cara.

—¡Creía que no ibas a llegar nunca!

—Ya sé que mañana es tu cumpleaños, no me olvido. —Iba desabrochándose los pantalones mientras hablaba y ella se rio también.

Una hora antes había dado de comer a su marido y a su hija en aquella misma mesa, sabiendo que en cuanto desaparecieran por la noche ella se entretendría con Jonny. James se había llevado a Gabriella a hacer unas compras ya de noche y buscar un regalo de cumpleaños para ella —¡como si se hubiera creído que iban al cine!—, y era todo un bonito detalle por parte de James seguir representando el papel de marido cariñoso. Sabía que su hija no quería ir. La idea de Gabriella de un regalo de cumpleaños para su madre no pasaría, si estuviera en su mano, de invitarla a un buen batido lleno hasta los bordes de espuma y somníferos. Después de todo hoy mismo había descubierto lo del internado: ¡la cara que había puesto la niña! Era verdad eso

de que una imagen vale más que mil palabras, porque la cara de Gabriella hubiera valido eso y mucho más.

Pero aquello ya estaba olvidado y ahora tenía a su Jonny dentro de ella y, como siempre, eso era lo único que necesitaban los dos. Cuando estaban juntos de aquel modo, era como si no existieran más que ellos y el resto del mundo hubiera desaparecido.

Desgraciadamente, Jimmy Tailor solo había tenido que ir hasta la vecina casa de su suegra para recoger el carísimo Rolex de su mujer. Jack se lo había agenciado barato, y como descubrió el coche de Jonny delante de la casa mientras Gabby y él cruzaban la puerta de la calle, se esperaba ver a Jonny Parker sentado en la sala tomándose una copa. Pero, cosa extraña, la sala estaba a oscuras. Cruzó por la cocina con su hija al lado y entonces se encontró con una escena que ni en un millón de años hubiera imaginado nunca.

Aun en medio de su sobresalto, se dio cuenta de que tenía que sacar a su hija de la cocina y evitar que viera lo que estaba sucediendo sobre aquella mesa. La mesa en la que una hora antes habían comido todos juntos como una familia normal, como una verdadera familia. Como si la escena contuviera algo de verdad. Lo que hizo, en cambio, fue agarrar a su mujer del pelo y arrastrarla hasta apartarla de la mesa y hacerla caer al suelo.

Oyó unos gritos, pero ¿eran de Cynthia o eran de su hija Gabby?

Todo aquello sucedía tan deprisa...

Capítulo cincuenta y seis

- **C**álmate, nena, y cuéntame qué ha pasado. ¿Es James júnior? ¿Le ha pasado algo?

—Es papá, ha atacado a mamá... Tienes que venir, abuelo.

Gabby imploraba a Jack con los ojos mientras su abuela trataba de comprender lo que decía.

—Mamá estaba sobre la mesa con..., Papá se puso como loco.

De repente las palabras de la niña calaron hondo y sus abuelos gimieron al unísono.

—¡Dios santo! Pero ¿en qué estaría pensando? ¡En su propia casa, menudo putón, joder! —Jack Callahan echaba humo—. ¡Ya sabía que esto acabaría pasando! Lo sabía. Ya le advertí de que no fuera tan descarada. Ojalá hubiera hablado también con él. Pero ya conoces a Jonny Parker, no se puede hablar con él, ¿verdad? Demasiado encumbrado y poderoso para gente como nosotros...

—¡Quieres cerrar el pico, Jack! —siseó Mary.

Solo entonces se acordó de que también Celeste estaba allí y que los estaba mirando como si todos hubieran aparecido ante ella en una especie de visión milagrosa.

Gabby los miró uno a uno y se percató de las enormes consecuencias que iban a tener los actos de su madre. Había dejado de pronunciar el nombre de Jonny porque su tía ya tenía bastante con lo que tenía. Era la noche que Celeste había ido allí a cenar y a la que su abuela se refería como una «puesta al día». Ahora se había acabado y Gabby tenía la impresión de que era por su culpa, pero es que no se le había ocurrido otro lugar al que acudir.

Su padre se había puesto como loco y cuando ella se marchó de allí su tío Jonny estaba golpeándole para conseguir apartarlo de su madre. Era como una pesadilla, solo que estaba completamente despierta y aquello estaba pasando de verdad y su padre ya no volvería a ser el mismo. Había visto y oído el dolor que llevaba dentro. Lo más raro de todo es que parecía estar especialmente irritado con su tío Jonny. Y su tío Jonny en lo referente se dio cuenta de que estaba avergonzado y asustado. Pero así debía ser, pues los había avergonzado a todos. Ahora lo odiaba tanto como a su madre. Eran tal para cual, igual de egoístas, los dos convencidos de que el mundo solo existía para *ellos* y para lo que *ellos* querían.

Celeste estaba ahora en brazos de su madre y Gabby salió de la casa detrás del abuelo preguntándose qué acabaría deparándoles aquella noche y consciente de que no podría ser nada bueno, eso por descontado. Con su madre siempre era así todo; ahora *la* mandaba a un colegio en mitad de ninguna parte para que no pudiera estar con Vincent ¡mientras *ella* mantenía un lío con el tío Jonny!

Gabby todavía no podía creerse lo que había visto, todavía no podía superar la reacción de su padre. Su pobre padre, su pobre, pobre, pobre padre. Otra vez estaba

llorando y tuvo la esperanza de encontrarse a su madre muerta en el suelo cuando llegaran a casa. Deseaba con todas sus fuerzas verla muerta. Porque si se moría, ya no podría volver a hacerles daño.

Hasta James júnior tendría una oportunidad si *ella* se iba, porque su madre infectaba todo y a todos los que la rodeaban, y destruía a cuantos se cruzaban en su camino, igual que descalificaba a cualquiera que no estuviese de acuerdo con ella.

Gabby la odiaba, todavía más que antes si eso era posible. Hoy su madre la había llamado puta, más o menos, diciéndole con petulancia que pensaba mandarla a un colegio lejos de allí en el que no había chicos. Bueno, ella misma aprendería lo que era una puta... nadie podría saberlo mejor. De hecho era peor que una puta, porque la putada se la había hecho a su propia hermana, y eso era algo de lo que solo eran capaces los más rastreros de entre los rastreros.

Gabby confió en que su padre la matara, esperó que los hubiera matado a ambos. Se lo merecían los dos.

Capítulo cincuenta y siete

—¡Oh, cierra la boca, Cynthia! ¡Cierra esa puta boca! —Jack Callahan estaba disgustado con los dos, con Cynthia y con Jonny, y se le notaba. Miró a su yerno y le preguntó despectivo:

—¿Adónde ha ido Jimmy?

Jonny tuvo la cortesía de poner cara de avergonzado y eso aplacó un poco a Jack. Ni la terrible reputación de su yerno bastaba para romper el hielo esa noche. Pensó que aquel par que tenían delante eran lo más bajo de lo más bajo, pura carroña, para él. Si nunca más los volvía a ver, no los echaría de menos.

—No lo sé, papi.

—¡No me llames papi, jodida furcia! En cuanto pase esta noche, no quiero volver a verte la cara nunca más. Durante todo este tiempo que te lo estuviste tirando, ¿no pensaste en tu hermana? —y entonces dirigió a Jonny una mirada cáustica—. Me refiero a mi hija Celeste, tu jodida esposa, por si se te ha olvidado el nombre. ¿Alguno de los dos pensó un momento en esa pobre chica, eh? Entre los dos la habéis dejado idiota, y encima luego vuelves loco al pequeño James y demás, ¿eh, Cynthia? Menudo historial arrastras, guapa. Bueno, más te vale encontrar a tu marido, ¡quién sabe lo que es capaz de hacer en el estado en que estará! Igual ha ido a ver a los de la pasma para denunciarte. Tiene gracia lo que es capaz de hacer un hombre cuando le han jodido entre su esposa y su colega.

Jonny Parker miraba a su alrededor como si estuviera borracho; se sentía como sumido en un estupor.

—Pero ¿Celeste...?

—Oh, Celeste lo sabe, Jonny. Te costará convencerla después de esta debacle.

Jonny Parker se sintió físicamente enfermo por la que había armado. Al ver a Cynthia en ese momento, con un ojo morado y sangre seca en la cara a causa de los puños y las botas de su marido, lo que más le impresionó de todo fue la ferocidad del ataque. Jimmy era un hombretón, y dejó bien claro que no era tan dócil como creía su mujer. Incluso le había dado unos cuantos porrazos a Jonny antes de marcharse haciendo rugir el coche como si estuviese corriendo un Grand Prix.

Pero fue la jovencita Gabby la que de verdad le hizo ver los daños que habían causado. Le estaba clavando los ojos, y si el odio fuera un objeto tangible, haría rato que estaría caído en el suelo. ¡Y Celeste! ¡Su Celeste! ¡Lo sabía!

—¿Celeste sigue con vosotros, Jack?

—Si lo que preguntas es si lo sabe *todo*, pues sí, lo sabe. Puede que ahora se aparte de ti y empiece a vivir su vida. En cuanto a ti, Cynthia, mantente alejada de ella. Pensaba que eras fantástica, siempre lo pensó. —Miró entonces a su hija mayor y después dijo—: Ojalá no vuelvas a vivir ni un solo día feliz, Cynth. Espero que te cuezas en tu propio odio y tu avaricia. Querías lo que ella tenía. No podías soportarlo, ¿verdad?, no podías soportar que ella se lo llevara a él y tú tuvieras que quedarte con

el pobre Jimmy. Bueno, pues ahora todo para ti, porque yo he acabado contigo, señora mía. He terminado con los dos. —Y, dicho esto, se marchó de la casa.

Cynthia se quedó callada mirando a su padre alejarse de ella. Después se volvió hacia Jonny y dijo, desafiante:

—Me alegro de que todo haya salido a relucir, ahora podemos estar juntos...

Jonny la miraba ahora absolutamente atónito.

—¿De qué cojones hablas, zorra idiota? ¡Te alegras de que se haya descubierto! ¿Has perdido la jodida chaveta? Ahora no me iría contigo ni aunque fueras la última mujer de este mundo. ¿Es que no ves lo que *hemos* hecho? Yo quiero a Celeste, y la querré siempre. Y a ti nunca te podría querer... ni yo ni nadie. Afróntalo, Cynth, tú eres un montón de cosas, mujer, pero desde luego que encantadora no es una de ellas.

Miró a la mujer que había sido como una obsesión para él durante tanto tiempo y le alegró comprobar que la comezón había sido arrancada de cuajo.

—Necesito encontrar a Jimmy y asegurarme de que no hace lo que tu padre sugirió. Pero primero necesito ver a mi mujer y procurar reparar en la medida de lo posible los daños que le he causado. —Dirigió la vista a Gabby—. Cuida de tu madre.

Gabby se rio, y pareció tener muchos más años de los catorce que tenía cuando dijo:

—Cuídala *tú*. Por lo que a mí respecta, mi abuelo está en lo cierto, para mí está muerta.

Salió de la casa y corrió para alcanzar a su abuelo, que al tenerla al lado la rodeó con el brazo y dijo en tono triste:

—No tendría que haberte dejado allí, Gabby; es obvio que esta noche no rijo del todo bien.

La niña deslizó su mano dentro de la del abuelo y juntos caminaron en silencio hacia la casa de su abuela.

Capítulo cincuenta y ocho

-¿Sabías todo esto, mamá?

Mary Callahan miró a aquella encantadora hija suya y decidió que en aquel momento lo único que serviría era la verdad.

—Yo creo que lo sabía todo el mundo. Pero ¿cómo íbamos a intervenir, cariñito? Yo esperaba todo el rato que aquello se apagase por sí solo...

Celeste asintió; dentro de su cerebro, en algún lugar, comprendió que lo había sabido... no lo de Cynthia, pero sí que había otra. Jonny no era hombre que aceptase quedarse sin todo lo que quería, eso era lo que le había atraído de él, y, de no ser por aquella noche en que Kevin Bryant vino a por ella, supo instintivamente que de no ser aquel asunto con Cynthia no habría tenido lugar. Aquella noche los había hecho cambiar a todos de alguna forma, y a ella más que a ninguno. Para Cynthia había supuesto reincorporarse al mundo que amaba, el mundo que Celeste nunca había tolerado de verdad. Pero quería muchísimo a su hermana, le había quedado muy agradecida, y, pese a todo, se había acostado con su marido.

Celeste sintió que en su interior le hervía la bilis y se preguntó cuántas veces se habría metido Jonny en su cama y la habría abrazado después de haber abrazado poco antes a su hermana. De haberlo tocado, saboreado. Daban ganas de vomitar. Y en realidad tenía náuseas, entonces su madre la condujo al cuarto de baño y le sostuvo la cabeza sobre el retrete mientras arrojaba todo lo que había comido y bebido durante las últimas veinticuatro horas.

Mary Callahan sabía que si hubiera tenido delante a su hija mayor en ese momento, la habría echado de allí sin el más mínimo titubeo. Cynthia siempre había sido un problema, y ella siempre supo que estaba celosa de aquella hermana suya a pesar de que Celeste no era más que una versión aguada de ella misma en todos los aspectos. Mientras que Cynthia era bella, Celeste era mona; mientras que Cynthia tenía el cuerpo de una amazona, Celeste, bendita sea, era solo la mitad de la mujer que su hermana había sido siempre. Y sin embargo, en lo que de verdad contaba, Celeste valía por cien Cynthias, por mil incluso, porque Celeste era una buena chica, una chica decente y cariñosa.

Lamentó el día en que Jonny Parker conoció a sus dos hijas. No les había traído más que complicaciones y aflicción.

Capítulo cincuenta y nueve

Los dos a solas una vez se fue Jack con Gabby detrás, Jonny Parker miró a Cynthia y fue como si en verdad la viera por primera vez. La encontró terrible, vio las arrugas que le enmarcaban los ojos y la boca, vio el amargor y la fealdad que llevaba dentro. Meneó la cabeza y dio media vuelta para irse.

—No te vas a largar y dejarme, Jonny. A mí nadie me deja tirada —escupió Cynthia. Incluso ahora, después de todo lo que había pasado, era incapaz de agachar la cabeza avergonzada y admitir lo que habían hecho.

—¡Nadie se larga y te deja! ¿Quién cojones te crees que eres?

—Soy la mujer que te quitó de en medio al puto Bryant, esa es la que soy, colega. Y que no se te olvide nunca.

—¿A quién coño le importa, eh? —sonrió Jonny—. ¿Es que no puedes admitir que estás equivocada ni una vez en tu vida? Daría lo que fuera porque eso no hubiera pasado. Mi Celeste lo es todo para mí y entre los dos la hemos destrozado. ¿Puedes pensar sinceramente en hundirla todavía más?

Cynthia asintió con la cabeza y luego, con su habitual sinceridad arrogante, dijo:

—Sí, ¿por qué no? Un matrimonio no puede estar basado en la compasión. Tú necesitas una mujer que sea tan fuerte como tú, necesitas una mujer que sepa de qué va...

Jonny la miró un largo momento antes de hablar.

—Estás más que mal de esa puta cabeza si te piensas que voy a considerar siquiera la idea de quedarme contigo. Para mí Celeste lo es todo, y creía que tú eras lo bastante avispada como para darte cuenta. He follado contigo durante años, pero eso es todo, Cynth. Hemos *follado*. Si Celeste me da largas, y no se lo echaría en cara si lo hiciera, seguiría sin quererte a ti y lo que representas.

Ahí fue cuando se lanzó contra él, cuando comprendió que cuanto antes se apartara de ella y pusiera orden en su vida, mejor les iría a todos.

La fuerza de Cynthia no era obstáculo para él, de modo que la apartó de un violento empujón y dijo:

—Ahora me voy con mi esposa, y espero por Dios que me perdone, Cynthia, porque hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que la necesito, de lo mucho que significa para mí.

Cynthia oyó la puerta de la calle al cerrarse tras él y, por fin, se echó a llorar. Sabía que Jonny, su Jonny Parker, se había ido de su lado definitivamente. Aparte de sí misma, Jonny era la única persona que le había importado en toda su vida. Jonny Parker era su verdadera pareja, su otra mitad perfecta, y había creído, en lo más profundo de su corazón, que él tenía los mismos sentimientos que ella.

Miró a su alrededor, a las ruinas de lo que había sido su cocina, y por primera vez tuvo la sensación de haber sufrido una pérdida —una profunda pérdida emocional—, y se quedó sorprendida de lo muchísimo que la afectaba. Sabía que su vida anterior se

había acabado, que a partir de entonces iba a estar sola, y eso le asustaba. Pero también comprendía que de algún modo era obra suya.

Durante toda la vida había ido quedándose con cuanto quería sin pensar de verdad en las consecuencias. Ahora, sin embargo, comprendía que las palabras de su madre eran ciertas. En la vida todo había que pagarlo, y casi siempre se pagaba con lágrimas amargas. Nunca había creído que esas palabras pudieran aplicársele a ella, pero ahora comprobaba lo ciertas que eran. Y, por primera vez en su vida derramó esas lágrimas amargas.

Capítulo sesenta

Jimmy estaba más borracho de lo que lo había estado nunca, y para empeorar aún más las cosas, se dio cuenta de que se había quedado sin suministro. Revolvió todo el coche hasta encontrar un gramo debajo de la alfombrilla del asiento del conductor. La esnifó directamente de la papelina y notó el cosquilleo en la nariz que le dijo que era un material de primera. Se rio de sí mismo como con lástima. Luego le dio otro buen viaje a la botella de vodka. Estaba casi vacía.

Salió del coche dando tumbos y le golpeó el olor de su vómito; recordó vagamente haber echado las tripas un rato antes. Y en ese momento comprendió que se había arrodillado sobre su propio vómito y sintió la urgencia de ponerse a vomitar otra vez.

Entonces miró a su alrededor y vio las luces de Londres reluciendo a su alrededor. Estaba en lo más alto de un aparcamiento de coches de varios pisos y sentía la brisa rozándole suavemente. Volvió la mirada hacia el cielo nocturno y vio el Carro de la Osa Mayor. Se acordó de cuando su padre le enseñaba las estrellas durante un viaje de camping por Francia. Sonrió al recordarlo. En eso había tenido suerte, desde luego, había tenido una buena infancia, no como sus propios hijos, malcriados por esa gilipollas con la que se había casado.

¿Por qué seguía con ella? La verdad es que sabía el porqué. En algún profundo lugar de su ser la amaba desde siempre y esperaba que en algún profundo lugar de Cynthia hubiera una persona adorable que intentaba salir a la luz. Durante esos últimos años se habían podido aguantar. Parecía más contenta, pero ahora él sabía la razón: se tiraba al bueno y querido Jonny Parker. Colega, amigo de la familia, cuñado y un mierda con dos caras. Encima de la mesa donde cenaban todos los días, por Cristo bendito...

Volvió a sentir náuseas al pensarlo. ¿Con cuánta frecuencia follarían en aquella mesa? Y les servía la comida con toda tranquilidad sabiendo lo que había hecho. Era todavía peor que una puta, por lo menos las putas no pretendían ser más que lo que eran. Lo que ella había hecho era tan escandaloso que resultaba increíble. Y lo peor de todo era que él ni siquiera había sospechado nunca nada, así que ¿en qué lugar le dejaban? ¿Se reían de él a sus espaldas? ¿Hacían chistes sobre lo jodidamente tonto que era? ¡Y él se había fiado de ellos! Bueno, de Jonny. Se había fiado de Jonny.

Se oía una música flotando en el aire y aguzó el oído para distinguir la canción, cuya melodía le era conocida, y de repente se le vino a la cabeza. Eddy Grant cantaba *Baby, come back*, vuelve, nena. No se le escapó la ironía y eso le hizo sonreír. En aquel momento la odiaba, la odiaba de veras por todo lo que le había hecho, les había hecho a todos. Pobre Celeste... como mínimo no se podía decir que estuviera en su mejor momento. Y ahora tendría que lidiar con todo el tema. Se preguntó si Mary y Jack habían estado al corriente todo el tiempo. En realidad, ¿lo sabrían todos menos él? Se sintió arder de vergüenza al pensar en toda la gente que conocía, todos ellos al

tanto de que le estaban poniendo los cuernos, y de que no se los estaba poniendo con cualquiera, sino con el hombre más peligroso de Londres.

Jimmy miró por encima de la barrera de hormigón. El suelo quedaba muy lejos. La verdad es que era gracioso pensar que durante todo aquel tiempo se creía todo un hombre, si no de gran reputación sí al menos digno de respeto. Pero al parecer también en eso estaba tan equivocado como lo estaba en muchísimas otras cosas.

Ahora estaba sentado sobre la barrera y, con un profundo suspiro, se dejó caer a un lado. Lo último que pensó mientras descendía en picado era si su hijo sería o no sería suyo de verdad.

Confió en que no.

Capítulo sesenta y uno

-¿**A**hora ya eres feliz, mami? ¡Está muerto, mi papá está muerto!
Gabby era un mar de lágrimas, pero lloraba en silencio. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón del cuerpo y lo único que le quedase dentro fuera esa pena profunda, oscura. Ella quería a su padre. Había sido bueno con ella y ella lo quería, lo quería de verdad. Y ahora se había ido. Se había dado muerte a sí mismo por culpa de su madre, de Cynthia, esa madre a la que nunca le había importado nadie en toda su vida, nadie que no fuera ella misma.

—Coge tus cosas, Gabriella, te vienes a casa conmigo.

Mary Callahan miró a su hija mayor y se preguntó por enésima vez cómo era posible que ella hubiera alumbrado a aquel sucedáneo de mujer.

—Márchate de aquí, Cynthia, aquí ya no eres bien recibida.

—Quiero a mi hija, mamá.

—Bueno, pues no te la llevas. La cría no quiere ir contigo.

Cynthia miró a la mujer que le había dado la vida y a la que había amado y odiado toda su vida y le dijo, insidiosa:

—Bueno, eso tendremos que verlo, ¿no te parece?

Mary le cerró la puerta en las narices y le dijo en tono triste:

—Sí, Cynthia, supongo que tendremos que verlo.

Pasó un brazo alrededor de su nieta, la estrechó contra sí y le dijo, cariñosa:

—Ven, cariñito, prepararé un chocolate caliente para las dos.

—No tendré que volver allí, ¿verdad, abuela?

Mary soltó un profundo suspiro y luego dijo con toda sinceridad:

—Espero que no, Gabby, espero que no.

Jack Callahan estaba sentado tomándose su cerveza; la tele estaba apagada, y la sala, más silenciosa de lo que Gabby la había visto nunca. Era como si los sucesos de los últimos días hubieran borrado cualquier atisbo de energía y felicidad. Su tía Celeste había vuelto a su casa con su marido, que, como siempre, la había convencido con su labia. Jonny estaba arrepentido, de eso no tenía dudas, pero su padre estaba muerto por su culpa y eso no era algo que se olvidase de la noche a la mañana. En realidad nunca perdonaría a ninguno de ellos. Su padre había sido una de las pocas personas que de verdad se preocupaba por ella y la quería, y ahora lo que deseaba más que ninguna otra cosa era haberle dicho lo mucho que él significaba para ella. Su madre estaba decidida a llevársela de vuelta a casa y no había mostrado ni el menor asomo de remordimiento por el suicidio de su marido ni había reconocido ser la causa del suceso. Como sucedía siempre con su madre, nadie más contaba. Su abuelo y la abuela habían ido envejeciendo ante sus ojos, y hasta James júnior quedaba fuera de plano. Daba la sensación de que la familia se hubiese desmembrado, y ella no sabía cómo afrontarlo.

El único punto luminoso era Vincent, que había estado fantástico. Su abuelo había

dicho que podía venir a casa y eso fue maravilloso. El solo hecho de estar cerca de él y notar su amor por ella bastaba para hacerla sentir capaz, simplemente capaz de acabar algún día con aquel dolor de cabeza.

Su madre era mala, tóxica: destruía cuanto tocaba y no le importaba a quién hacía daño en su empeño de conseguir lo que quería. Gabby sabía que había andado intentando que su tío Jonny fuera a verla. Lo llamaba por teléfono a todas horas, tanto que acabó por cambiar de número. Aquello tenía al abuelo y a la abuela furiosos. El abuelo dijo que ahora todo era del dominio público, que los vecinos tenían la diversión asegurada. Dijo también que si Jonny Parker tenía un mínimo de sentido común, le pegaría un tiro a Cynthia Taylor como si fuese un perro rabioso, y les haría un favor a todos. Ella estaba de acuerdo con su abuelo al respecto, y hasta le pegaría el tiro a su madre ella misma con mucho gusto.

Que Jonny hubiera recuperado su crédito no le sorprendía. Se dio cuenta de que los abuelos habían dado la espalda a una hija, pero que nunca se la podrían dar a la otra. Celeste necesitaba a su familia y ellos la necesitaban a ella. Le irritaba, sin embargo, que Jonny Parker se hubiera ido más o menos de rositas, porque eso no estaba bien. Él era tan responsable de la muerte de su padre como lo era su madre.

Su pobre padre, ¡que se hubiese matado así! Notó que volvían a saltársele las lágrimas. Le parecía como si toda su vida hubiera quedado destrozada y ella no tuviera modo de saber cómo mejorarla. Nunca más volvería a ver la cara de su padre, nunca volvería a oír su voz. Mientras que su madre, que era la causa principal de todo, no parecía estar distinta de lo acostumbrado. Se comportaba como si aquello no hubiera afectado a su vida en lo más mínimo. Hoy mismo no se la veía ni remotamente alterada por saber muerto a su marido, por saber que se había arrojado desde seis pisos de altura y había aterrizado sobre unas verjas metálicas. Tenía la misma cara de siempre: enfadada, insatisfecha y amarga. Era tan injusto...

Capítulo sesenta y dos

Derek Greene estaba hablando con Vincent O'Casey y los dos se entendían a la perfección. Que el joven Vincent estuviera saliendo con la hija adolescente de Cynthia Tailor era del conocimiento general, lo mismo que el hecho de que el chico andaba buscándose un modo de entrar en el equipo de Derek. El chico tenía potencial; eso, como mínimo, era evidente. Podía robar casi cualquier coche sobre pedido y tenía un don natural con todo tipo de motores. El chico sería un buen conductor, y eso era muy importante a la hora de planificar el robo de un banco.

Un buen conductor se conocía las calles como la palma de su mano —las calles secundarias y los atajos— y no se aturullaba bajo la presión. Tres tipos fornidos con escopetas recortadas y una pila de billetes y la adrenalina a tope no era previsible que fueran muy amables con alguien que no supiera adónde iba. Así que un buen conductor era considerado una buena inversión.

Por lo que Derek había visto y había oído de aquel muchacho, le parecía que era justo el tipo de chico que andaban buscando. Más a propósito: tenía conocimiento de primera mano de lo que estaba pasando con Jonny Parker, y para Derek Greene solo eso ya le daba un plus.

Vincent O'Casey, por su parte, estaba más que encantado de contarle a Derek Greene cualquier cosa que quisiera saber. Le halagaba el interés que le mostraba y estaba contento de haber encontrado por fin un modo de meterse en ese mundo que tanto admiraba, el mundo que estaba decidido a que algún día fuese el suyo. La indiscreción de Jonny Parker con la hermana de su mujer era el principal tema de conversación por los mentideros locales. Al parecer no era tan listo como se creía y la gente empezaba a descubrir sus embustes.

Por lo que concernía a Vincent, ver a su Gabby tan atormentada era casi un dolor físico para él. Amaba a aquella chica, y por muy jóvenes que fueran, en su corazón sabía que estarían juntos para siempre.

—He oído que Jonny Parker ha vuelto con su mujer.

—Sí —asintió Vincent— pero según dicen todos, todavía tiene reservas con él. En cualquier caso Cynthia Tailor ya está fuera de juego. Ya no la quieren ni sus hijos.

Derek asintió muy circunspecto.

—¿Y quién se lo puede reprochar? ¡Seis putos pisos! Eso no era una llamada de atención, eso es que estaba decidido a matarse.

—Estoy totalmente de acuerdo, Derek. Yo siento lástima por mi Gabby. Ha perdido a su padre, tiene a su hermano en una clínica de locos y su madre no tiene más utilidad que una puta chuleta de cerdo en una mezquita. La vida que llevaba se le acabó, así que ahora tendrá que ver si puede, y cómo recomponerla. ¿Te he contado que su madre la va a meter en un internado? ¿Que ni siquiera la va a dejar ir a ver a su abuela? Argumenta que a Gabby no hay manera de controlarla y que sus abuelos no tienen autoridad suficiente para lidiar con ella.

Derek movió la cabeza ante aquella chocante revelación y dijo, como sin darle importancia:

—¿Podrías averiguarme los movimientos de Jonny Parker del próximo viernes? He de reunirme con él, así que me vendría bien un aviso previo. En plan discreto, digamos.

Vincent O'Casey casi revienta físicamente de orgullo al responder:

—Por supuesto que puedo, mi Gabby me averiguará lo que necesite.

Entonces Derek Greene sonrió.

—Esperaba que me dijeras eso.

Capítulo sesenta y tres

Gabriella Tailor tenía el corazón roto; por fin habían enterrado a su padre y habían sido unas pocas horas de angustia. Ver a su madre, completamente maquillada, con una mantilla negra de encaje en la cabeza y el cuerpo embutido en un vestido de seda negro ajustadísimo, hizo que a Gabby le entraran ganas de destrozarla. Representaba a la perfección el papel de la viuda doliente, porque no era sino eso, un papel que quería representar. Su vida entera no era más que teatro.

Ahora, de vuelta en casa de la abuela, Gabby se interrogó sobre los padres en general. La familia de su padre no había aparecido, pero, bueno, en realidad nunca habían tenido mucho que ver con ellos, su madre ya se había ocupado de que así fuera. El suicidio era una cosa extraña, parecía que a la gente le daba vergüenza. Algunos preferían ver a sus seres queridos ir consumiéndose por un cáncer o matarse en coche. Para Gabby el suicidio significaba que su padre finalmente la dejaba sola, de una vez por todas.

Se había sentido tan sola, tan vulnerable en el crematorio, nada acostumbrada a aquellos olores extraños y las conversaciones en sordina. Había aparecido por allí una gran cantidad de gente, pero la mayoría eran de los que la abuela calificó de «mirones». Gente que asistía a los acontecimientos trágicos por una fascinación morbosa por los problemas de los demás. Pero su corazón se había disparado cuando Vincent se deslizó en un banco de atrás del todo; le había guiñado un ojo y eso había aliviado su corazón atribulado.

Su madre, sin embargo, había permanecido sola, y había llorado sola. Una figura desamparada que no iba a engañar a nadie que la conociera de verdad. Ni una sola persona la había consolado, y eso debía hacerle ver lo que realmente pensaba la gente sobre ella. Aun así, y conociendo a su madre, Gabby supuso que probablemente no le importase una mierda. ¿Por qué cambiar las costumbres de toda una vida?

Ahora tenía que enfrentarse a la verdad de la situación porque una trabajadora social, una tal señorita Bellamy, andaba diciendo a su abuela que su hija, la señora Tailor, había firmado los papeles para poner a su hija en tratamiento. Su abuela y el abuelo andaban discutiendo con ella, pero de algún modo Gabby sabía que no podían hacer nada, al menos de momento. Por lo que había oído, tendrían que ir a los tribunales y conseguir que un juez extendiese una orden de custodia temporal a su favor, con lo cual ya podrían quizás recuperar a su nieta. No fue ninguna sorpresa para ninguno de ellos; fue como si su madre hubiera decidido que si *ella* no podía tener consigo a su familia, *nadie* la tendría.

Todavía aturdida por los acontecimientos de las últimas semanas, Gabby no se sentía con fuerzas para discutir que no quería marcharse. Sabía instintivamente que si ahora causaba problemas con la señorita Bellamy, pagaría las consecuencias en el futuro.

Parecía una mujer agradable... bueno, una chica agradable. Encajaba con el

cliché de la asistente social, toda sandalias planas y tobillos gruesos. Un tupido pelo negro, crespo como una mata de tojo, pero en cambio unos ojos castaños amables que a Gabby le dieron esperanzas.

—¿Tengo que ir?

La señorita Bellamy miró a aquella bonita joven de largos cabellos rubios y ojos azules y suspiró interiormente. No le había gustado la madre de la chica, que se había mostrado exageradamente insistente en que no debería quedarse con sus abuelos. La mayor parte de los padres preferían que sus hijos se quedaran con la familia —era raro que se opusiesen a ese tipo de solución—, pero la señora Cynthia Tailor estaba totalmente convencida de que ella no estaba en condiciones de cuidar personalmente de la niña. Desde el suicidio de su marido estaba tomando medicación y sufría depresión, algo muy comprensible, desde luego. Pero también había estipulado que sus padres no se adecuaban al modelo deseado: además de su edad avanzada, parecía ser que ambos eran bebedores, fumadores y jugadores, entre otras cosas todavía más siniestras que no se decían pero se insinuaban.

Así que, como de costumbre, era un caso que había que investigar y, en el ínterin, a la niña la pondrían bajo la tutela de la autoridad local. No obstante, solo para aquella visita inicial, la señorita Bellamy consideró que de momento la muchacha estaría bien allí. Era una casa limpia y cuidada con cariño, el matrimonio, aunque ya viejos y fumadores, estaban suficientemente ágiles y se notaba un afecto auténtico entre ellos. Se detectaba también una animosidad nada disimulada hacia la madre de la niña, y eso se les notaba a los dos.

Que hubiese un hermano en un centro de menores era algo que también había que tener en cuenta. La madre se había lavado las manos con respecto a él diciendo que el chico estaba demasiado perturbado para que ella pudiera manejarlo en las circunstancias actuales. James júnior había sido presa de un ataque de ira cuando le dijeron lo de la muerte de su padre y había atacado a cuantos tenía alrededor. Y al día siguiente había apuñalado a un celador. No podría ir a ningún sitio en bastante tiempo.

La señorita Bellamy meneó la cabeza al considerar la vida que llevaban algunas personas. En aquella familia había dinero, eran guapos y tenían unas casas estupendas, y sin embargo ella no les dejaría a su perro para que se lo cuidasen ni un solo día, y no digamos permitirles procrear. Pero así era la vida: necesitabas una licencia para tener una televisión o un perro y si no la tenías te ponían una multa, y sin embargo no había regulaciones sobre quién podía tener un hijo. Era algo realmente escandaloso, pero ella no podía hacer nada por remediarlo. Salvo recoger los restos cuando las cosas se torcían.

—¿Con quién te gustaría quedarte a ti, Gabriella?

—Me gustaría quedarme aquí —dijo Gabby con una sonrisa—. He pasado aquí la mayor parte de mi vida; a mi casa me fui hace poco.

Mary intervino en la conversación, como si le hubieran dado pie:

—Mi hija nunca ha tenido eso que se llama instinto maternal, si sabe a qué me refiero.

—Eso sí que es andarse con finuras, muchacha. Una rata habría criado mejor a sus crías que ella —dijo Jack con voz grave y dura.

—Ella mató a mi padre, eso ya lo sabe, ¿no? —añadió Gabby—. Él la pilló con su novio, el marido de mi tía, el marido de *su propia hermana*. Yo estaba allí, y ellos estaban encima de la mesa de la cocina y...

A la señorita Bellamy le habían llegado los cotilleos, como a todo el mundo. Habían corrido por los despachos durante días. Era la comidilla del este de Londres, y el hombre con el que habían pillado a la señora Tailor era un delincuente del barrio, lo que era aún más alimento para las fieras. No es que hubiera ninguna ley que prohibiera que los hampones tuvieran familia, en realidad la mayor parte de ellos eran muy buenos padres. La verdad es que era toda una contradicción.

—Por favor, deje que me quede aquí.

Era una súplica auténtica y la señorita Bellamy, sonriente, dijo amablemente:

—Haré todo lo que pueda, pero hay que seguir los cauces establecidos. ¿Puedes meter unas cuantas cosas en una maleta, Gabriella? Y luego deberíamos irnos.

—Pero hemos incinerado hace nada a mi padre, y allí no conoceré a nadie... Estoy asustada, yo quiero quedarme con la abuela y el abuelo...

Gabby era consciente de cómo el pánico se iba apoderando de su voz. No quería marcharse de allí, aquel era su hogar, el único hogar en el que de verdad había querido estar toda su vida. Era tan injusto que una vez más su madre los controlara a todos; aun cuando no estaba presente, seguía siendo la que manejaba el cotarro. Gabby corrió a refugiarse en brazos de su abuela y Mary la abrazó y la consoló como si fuera una niña pequeña y no una muchacha.

—No será por mucho tiempo, pero si ahora ponemos problemas, el asunto se volverá contra nosotras. Mira a la pobre Hanna, la de enfrente de la calle, le quitaron a todos los suyos por enfrentarse al sistema. Tú haz lo que te dicen, nena, y te tendremos de vuelta en casa en un santiamén. Le haré llegar a Vincent dónde te han llevado, nena, así que no te preocupes.

Aquello era lo que quería oír, lo que necesitaba oír, así que después de unas pocas lagrimitas y unos cuantos abrazos más, Gabby hizo lo que le pedían, aunque fuera con gran dolor de su corazón.

Capítulo sesenta y cuatro

- **E**scucha, Celeste, fue una locura, me entró como una locura. Sabes perfectamente cómo puede ser Cynthia.

Celeste todavía no le había dirigido la palabra a Jonny, ni una sola palabra desde el funeral de Jimmy. Era como si su espíritu se hubiese despojado del cuerpo y se hubiera ido a algún sitio en el que nadie podía alcanzarla.

—Por favor, habla conmigo, cariño.

Ella lo miró sin mover un párpado. Era una mirada clara, sincera, que le hizo sentir todavía más avergonzado de lo que ya estaba. Celeste sabía hacer eso, sabía hacer que una persona se sintiera culpable con una mirada, una mirada que tenía más fuerza que el discurso de investidura de un político. Jonny sabía que eso formaba parte de su carácter y de su forma de entender la vida. Recta como una vara, así era su Celeste. Decente, *honesto*. En algún momento pensó que también él era honesto, pero ahora, con las críticas lloviéndole por todas partes, sabía que nadie volvería a usar nunca esa palabra para describirle.

La muerte de Jimmy le había causado un montón de problemas. Ahora los hombres dudaban antes de tratar con él. Un ladrón era aceptable, pero no el que robaba los contadores de gas ni el que atracaba casas de protección oficial o de renta baja. Pero un atracador honrado de verdad —un ladrón de bancos— era respetado por el tiempo y esfuerzo necesarios para llevar a cabo el trabajo. Los mentirosos nunca eran bien recibidos. Los mentirosos eran gente peligrosa a la que había que evitar a toda costa, porque en cualquier momento les pillarían en una mentira y todos cuantos les rodeaban acabarían pringados en el mismo chapapote. Hasta la Biblia tenía una parte dedicada a los mentirosos, igual que a los adúlteros.

Mucha gente había hecho cábalas sobre Jonny y su cuñada, aquella apetitosa pero sin duda chiflada de Cynthia, aunque no habían expuesto en voz alta sus opiniones, al menos no en público. Al fin y al cabo, de quien hablaban era de Jonny P.

Pero lo del suicidio de Jimmy había dejado mal sabor de boca a todo el mundo. El suicidio no era algo que el mundillo del hampa aprobase, salvo que fuese el de un chivato, por supuesto. De esos se esperaba que lo hicieran; la muerte era más llevadera que lo que les esperaba si alguno de los denunciados daba con ellos. Pero esto no viene al caso. Desde la muerte de Jimmy, la gente había empezado a cuestionarse algunas otras actividades de Jonny P, y la opinión general coincidía en que si eras capaz de hacer algo *tan* ruin, eras capaz de cualquier cosa. Para añadir leña al fuego, había unos cuantos chicos nuevos en el barrio que no ayudaban precisamente porque cuestionaban la integridad de Jonny Parker.

Jonny se había ganado muchos enemigos en su ascenso hasta lo más alto del crimen, y esa gente estaría más que contenta de verle recoger lo que había sembrado. Las esposas comentaban cómo podía un hombre tratar así a su esposa, como podía un hombre engañar tranquilamente con su mujer a alguien que trabajaba para él. Jimmy

era recordado ahora como un ejemplo. La gente decía que no era de extrañar que fuera un borracho y un cocainómano con una mujer como Cynthia y su *affaire* con el marido de su hermana, el hombre que le daba trabajo y le pagaba su sueldo. Que sus hijos estuvieran ahora en un reformatorio era lo más escandaloso de todo. El chico, se rumoreaba, no estaba del todo en sus cabales: había matado el gato de un vecino, ¡lo había degollado, nada menos! La chica, al parecer, era una preciosidad. Y ahora que estaba en el reformatorio, algunas mujeres especulaban con que Cynthia no quería sufrir la competencia de su hija. La chica era una belleza y aquella perra caradura se había deshecho de ella como hacía con todo lo que se le atravesaba en el camino, marido incluido. Incluso había quien insinuaba que todo estaba planeado, que lo de encontrarse a los dos así encima de la mesa de la cocina había sido deliberado.

No pasó mucho tiempo hasta que Jonny Parker empezó a ganarse fama de tipo prescindible. Todos lo consideraban ya alguien que se pasaba mucho de listo o, como decían algunos con más crudeza, que se creía que su mierda no olía, y eso solo podía traerle problemas en sus diversas actividades.

También le había sorprendido que muchos de los europeos del Este con los que trabajaba, y especialmente los rusos, consideraran lo que había hecho casi un genocidio. Le estaban dando claramente la espalda, y eso de por sí ya era una preocupación.

Sí, había tenido un lío. ¿Y qué? No había andado fino, eso lo admitía hasta él, pero la reacción había sido descomunal. Al poner fin a su vida, Jimmy Tailor había sellado realmente su destino, y ahora sentía el peso de la culpa apretándole más y más cada día.

Ahora tenía la tortura añadida de ver que Celeste, a la que amaba, que realmente le importaba, se estaba convirtiendo en una sombra de sí misma por culpa de sus maquinaciones.

Algunas veces se preguntaba cómo cojones había dejado que pasara aquello. La verdad es que sabía la respuesta como el que más. Siempre había cogido lo que quería, ese era el problema. Y lo que en un momento dado había sido visto como demostración de fuerza ahora era considerado una debilidad. Lo único que podía hacer ahora era procurar superarlo. Era duro, no iba a resultar fácil, pero era lo que tenía que hacer. Tenía que levantarse y acudir a trabajar como siempre, mirar a los ojos a los que le criticaban y volver a ganarse su reputación poco a poco.

Celeste seguía mirándolo y él le dijo lentamente, torciendo la boca:

—Lo siento, mi amor. Lo siento muchísimo.

Ella alargó una mano y la puso sobre la de su marido.

—Ya lo sé.

Él bajó la cabeza y procuró controlar las ganas de llorar.

Capítulo sesenta y cinco

Derek Greene estaba feliz, pero claro, era hombre con tendencia a la felicidad. Tenía una familia encantadora, una vida feliz y una cabeza espabilada sobre unos hombros más bien anchos. Hoy estaba más feliz que nunca. Hoy era el día en que por fin alcanzaría el reconocimiento y no podía esperar a que empezasen los fuegos artificiales. Había recorrido un largo camino, pero no le importaba nada esperar unos días más para recibir su premio. ¡Y qué premio!

Jonny Parker estaba que no se lo creía, y ahí era justamente donde Derek quería tenerlo. Considerando los problemas que tenía, Jonny seguía llevando sus negocios con la agudeza habitual y Derek no podía sino admirarlo, aun cuando pensase que Jonny necesitaba un referente moral que le recordase una y otra vez qué era una conducta aceptable y qué no. Pero eso era entonces y esto era ahora.

—Pareces contento, Dek, muchacho.

—Eso es porque lo estoy, princesa. —Sonrió a su mujer.

Ella lo miró con expresión de astucia: llevaban juntos desde los trece años y lo conocía mejor de lo que se conocía él a sí mismo.

—¿En qué andas metido? —le dijo como con sospecha; su mayor miedo era que hiciera alguna tontería y se metiera en un buen lío, como su padre.

—Un poco de trapicheo, nada demasiado serio, pero se sacará una buena pasta. Pero ¿quién eres tú? ¿La policía?

Ella le devolvió la sonrisa. Quería a su marido de todo corazón y sabía, sin sombra de duda, que él la amaba a ella. Tres críos, abundantes estrías y una operación de tetas después, Derek y ella seguían juntos. Sabía que era una mujer con suerte y lo valoraba. Nunca había que dar por seguro que lo tenía atado, porque así era como perdías a tu hombre. Ella seguía preparándole la bañera y dándole masajes en los hombros, él era el rey de sus dominios. Así era como se conservaba a un hombre en el hogar y se impedía que le entraran tentaciones de entretenerse con otra. Los hombres eran como críos, en cuanto empezaban a aburrirse iniciaban otro juego. Bien, pues eso no iba a pasarles a Derek y a ella, ya se ocuparía del asunto.

—¿Vendrás tarde esta noche?

—Depende, mi amor —respondió encogiéndose de hombros—, pero si voy a llegar más tarde que de costumbre te llamaré, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Sabía que la llamaría y eso le bastaba.

Capítulo sesenta y seis

- **V**enga, Linford, sabes que tiene sentido.

Linford Fargas sonrió, pero no era su sonrisa amistosa habitual y Jonny supo que haría falta un tiempo para que recuperaran su relación. Linford había trabajado muchas veces con Jimmy, se llevaban bien y se había afligido mucho con su fallecimiento. Suicidarse era una cosa terrible, y Linford lo sabía bien de primera mano porque su hermano se había ahorcado estando en prisión preventiva. Aquello seguía escociéndole, y creía de todo corazón que nada podía ser nunca tan malo como para que te quitaras la vida. La vida era algo muy valioso, y especialmente la tuya. No había más que una y tenías el deber contigo mismo de tratar de que tu vida fuera lo mejor posible. Se sentía agraviado por la parte de responsabilidad que había tenido Jonny en la muerte de Jimmy y ese agravio seguía allí instalado, tácito, entre ambos.

Lo único que Jonny podía hacer era compensar algo de lo que había hecho y no joder demasiado a nadie.

—Es un timo, ¿verdad?

Jonny asintió. Notó que la rabia de Linford empezaba a bullir bajo la superficie.

—Sí, pero podemos recaudar con una inversión mínima, y eso solo puede ser bueno.

—Suená bien. —Linford se encogió de hombros—. Los números tienen buena pinta, según dijo Jimmy...

Se interrumpió y Jonny le dijo con calma:

—Sí, Jimmy dijo que había una buena ganancia. Se puede pronunciar su nombre, ¿sabes?

Linford volvió a encogerse de hombros.

—Me caía bien, era un buen tipo, pero, como le pasa a todas las buenas personas, era incapaz de comprender lo malo que puede ser el mundo. —Aquello era lo más cerca que Linford había estado en su vida de insultar a su jefe, y ambos lo sabían.

Jonny se quedó callado unos segundos y luego dijo con cara seria:

—Mira, Linford, si yo pudiera dar marcha atrás, ¿no crees que lo haría? Me paso la noche despierto pensando en cómo coño pude permitir que esa tía me nublara hasta tal punto el entendimiento. A decir verdad, ni siquiera *me gustó* nunca, realmente. No sé explicar cómo tenía ese poder sobre mí, y ya sé que eso suena a debilidad y a que le estoy echando la culpa a ella, pero no es así. El hecho de que se cargara a Bryant me dejó fascinado; es peligrosa, seria y jodidamente peligrosa. Parece un ángel, pero es vulgar. Folla como un animal, es casi primaria. Y eso me gustó. Ya sé que suena terrible, pero la verdad es que eso era lo que realmente me gustaba de ella. Es como uno de esos perros de presa, ya sabes, esos perros de pelea. Pueden volverse contra ti en cualquier momento, pero aun así te apetece tener uno. Yo ya sabía que no podía salir nada bueno de ahí, pero eso no me detuvo. Y lo único que puedo decir ahora es que la atracción que sentía por ella está muerta y enterrada. No puedo soportar ni

verla delante. ¿Sabías que tuvo la puta desfachatez de presentarse a trabajar como si no hubiera pasado nada?

Linford asintió.

—Creo que eso fue el colmo. Que apareciera en el local de apuestas como si tal cosa me hizo comprender a quién me enfrentaba realmente. La conozco, sé cómo piensa, es capaz de cualquier cosa, literalmente, de cualquier cosa. Le he pagado para quitármela de encima, ¿qué otra cosa podía hacer? Había que darle algo, pero eso me irritaba. En el fondo, me habría gustado verla mordiendo el puto polvo pero claro, yo no puedo hablar porque soy tan malo como ella —peor, en realidad—, porque yo quiero de verdad a mi mujer. Celeste me ha perdonado, bueno, algo así, digamos, y yo ahora tengo que demostrarle que no ha decidido apoyar a un perdedor. Y se lo demostraré. Aunque sea la última cosa que haga, le haré ver que ella es la única persona a la que querré en mi vida.

Linford creyó que Jonny le estaba diciendo la verdad y, de algún modo extraño, casi comprendió de dónde venía aquello. Pero Linford sabía también que a pesar de todas las protestas de Jonny, también había intervenido un poco esa actitud de «deseo a esa tía, así que la tendré». La había poseído porque podía hacerlo y no se había preocupado de las consecuencias hasta que esas consecuencias se le habían echado encima y le habían dado un mordisco en el culo. *Jonny* era el responsable de todo aquel follón porque en aquel mundo suyo todos creían que los hombres eran más fuertes que las mujeres. Que los hombres tenían fuerza de voluntad para dar la espalda a la tentación mientras que las mujeres eran demasiado débiles para resistirse.

—Bueno, al final resultó un pasatiempo de lo más caro, Jonny. A Jimmy le costó la vida, y todos cuantos os rodean se han visto afectados por vuestros juegos. Y tú más que nadie, porque a ti te ha costado tu buen nombre. Ahora eres el blanco de los chistes y objeto del cotilleo de los ociosos. Todo eso pasará, pero tú seguirás ahí y tendrás que vivir con eso. Nada le gusta más a la gente que ver caer a un poderoso, y tú has caído un huevo en la estimación de esa gente.

Jonny suspiró con fuerza. Linford era sincero, eso tenía que concedérselo. Quienquiera que fuese el que había dicho que la verdad dolía era jodidamente listo, pero bueno, él capearía esa tormenta como había capeado otras. Mira Kevin Bryant: había aceptado aquello y le había funcionado hasta el final. Él superaría aquello, estaba decidido.

—Bueno, ahora que ya hemos solventado esto, ¿volvemos al trabajo? Esta noche me reúno con los fulanos de las villas. ¿Tú vienes o no?

—Allí estaré —asintió Linford—, no te preocupes.

—Bien. Y ahora, ¿qué es lo siguiente en la agenda?

Jonny se sentía deprimido pero sabía que lo que tenía que hacer era dar la cara y comportarse como si todo fuera normal, como en definitiva, y en un futuro no muy lejano, sería. O al menos eso era lo que esperaba en cualquier caso aunque, en vista de cómo iban las cosas, cabía preocuparse de que llevasen más tiempo del que en un

principio había pensado.

Capítulo sesenta y siete

Vincent O'Casey estaba emocionado de participar en su primer trabajo de estafador. Solo confiaba en que las cosas salieran como estaban planeadas. Con dieciocho años, era un chico guapo y agradable de carácter: no era agresivo, pero tampoco pasivo. Cualquiera que le echase una mirada comprendería que sabría cuidar de sí mismo si la situación lo exigía. Era muy respetuoso, llamaba a la gente «señor» cuando era apropiado y tenía la reputación de ser bueno con los coches y persona de fiar, por añadidura.

Derek Greene había visto su potencial y solo por esa razón ya tendría para siempre la lealtad y el aprecio del joven Vincent.

A Vincent Derek le caía bien. Era un hombre que triunfaba pero que escuchaba a Vincent y le daba consejos sobre los numerosos escollos del mundillo del hampa. Vincent O'Casey venía de una familia de nulidades: su padre y sus hermanos no eran más que vendedores de helados. Los tíos del barrio, los rateros, vendían una imagen de matones, se hacían los duros ante el vecindario. Le daban al pico, pero sin una copa no se metían en una pelea de verdad. Era la clase de gente que Vincent estaba decidido a *no ser*, matones de barrio de medio pelo que se creían que el mundo empezaba y acababa en su bloque de viviendas de protección oficial. Él quería algo más que eso. Sabía que tenía el seso y la astucia innata necesarios para conseguir entrar en el mundo del que quería formar parte. Ahora había encontrado algo así como un referente en Derek Greene, y esa era su mejor y única oportunidad para librarse de su entorno y su mundillo. Si aquello le salía mal, acabaría siendo como su padre y sus hermanos... nada más que otro jodido descerebrado barriobajero del East London, un tarugo, y no estaba dispuesto a aceptarlo sin luchar.

Hoy estaba bien lavado, afeitado y con su mejor terno, preparado para cualquier cosa, literalmente. Mientras conducía el coche hacia la chatarrería del Bow, iba silbando con euforia contenida. Llevaba un Ford Capri 2.8 litros, viejo pero impecable, de un bonito color plata hasta que lo robara tres noches antes. Ahora era azul oscuro y las placas de matrícula no eran las originales. Las placas pertenecían en realidad a un Jaguar 4.2, pero eso no era algo de lo que preocuparse.

Lo aparcó como había convenido delante de la caseta prefabricada y, tras apagar el motor, esperó, tal y como le habían dicho. Ni siquiera encendió un cigarrillo, porque no se fiaba de que pudiera atraer la atención.

Allí había ya un par de coches y se veía luz en la caseta. Sintió una descarga de adrenalina al darse cuenta de que por fin formaba parte de aquel mundo y le inundó por completo una sensación de orgullo. ¡Si su familia pudiera verlo! Aún estaba en la periferia, eso lo sabía, pero aquello no era más que el arranque de su carrera. Una vez hubiera demostrado su valía, le darían trabajos de mayor envergadura y con esos trabajos llegarían la pasta y el prestigio. Se iba a asegurar de que O'Casey se convirtiera en un apellido que había que tener en cuenta.

Cuando su Gabby fuera lo bastante mayor, se casaría con ella y le daría la vida que se merecía. Esperó que en aquella residencia estuviera bien. Todavía se indignaba cuando pensaba en lo que la madre de Gabby era capaz de hacer. Hasta su propia madre, que no es que fuera gran cosa, parecía la madre de Nuestra Señora en comparación. Por lo menos su propia madre era leal con su familia, mentiría a la pasma por ellos, incluso declarararía ante un juez si fuera necesario. No como aquella puta desnaturalizada con la que tenía que cargar la pobre Gabby.

No, él se ocuparía de que Gabby tuviera una buena vida, una vida decente, y ese iba a ser su objetivo. Quería una casita agradable, una pequeña familia agradable, en un vecindario agradable en el que los críos pudieran ir a una buena escuela y tener alguna oportunidad en la vida. Le preocupaba Gabby y donde estaba. Él conocía las residencias de acogida, había visto unas cuantas por dentro a lo largo de los años. Pero eso había sido culpa suya y no de su madre; años atrás había sido bastante temerario y por eso había estado un tiempo en alguna. Pero eso no les pasaría a *sus hijos*, no, ¡eso ni hablar! Él estaría siempre a mano para sus pequeños, no medio colocado todo el tiempo ni en la casa de apuestas, como su viejo.

Tan concentrado estaba Vincent soñando despierto que no se dio cuenta de que la cabina se iba llenando poco a poco de gente.

Capítulo sesenta y ocho

Cynthia Taylor estaba sola en casa, pero eso no le importaba, le gustaba estar sola. Echó una mirada por la habitación y de nuevo sintió que ardía de rabia. Tendría que vender; la casa estaba hipotecada hasta las tejas y el seguro no pagaría.

No podía creer que se viera en aquella posición y echó la culpa a su marido y a Jonny Parker. Pensar en su hermana, en aquella casa enorme que tenía, y en Jonny, que bailaba al son que le tocara, la ponía al borde de una apoplejía. Todos se comportaban como si la culpa fuera *de ella*, porque él había salido del apuro sin ningún daño real. Era muy injusto. Ella lo deseaba como no había deseado a nadie en la vida y por un tiempo también lo había tenido. Pero había sido un ave de paso, como todos. ¿Y dónde estaba ella ahora? Él le había dado dinero, pero era una miseria comparado con aquello a lo que estaba acostumbrada. Tendría que deshacerse de la casa y empezar de nuevo. Hasta ella se daba cuenta de que no podía quedarse allí después de lo que había sucedido. Incluso era posible que empezar de nuevo fuese lo que necesitaba. Podía comprarse un bonito piso en cualquier parte mientras todavía fuese lo bastante joven y atractiva para captar la atención de los hombres.

En cuanto a aquella hija suya, algún día la necesitaría y cuando así fuera Cynthia le cerraría la puerta en las narices con sumo placer igual que se la habían cerrado a ella. Consideraba que su padre y su madre habían muerto porque la habían tratado como si fuese la principal responsable. Pero por otro lado Jonny seguía manteniéndolos, así que de todos modos eran partícipes de todo aquello y harían lo que les dijese que tenían que hacer, lo mismo que Celeste. Pero bueno, también él lamentaría el día que la había plantado. ¿Quién demonios se creía que era? Aunque, la verdad, lo seguía queriendo. Era el único hombre que la había hecho sentirse viva alguna vez, y eso era lo que echaría de menos más que ninguna otra cosa.

Notó las lágrimas descendiendo por las mejillas y se las enjugó, airada. Por primera vez en su vida sabía que iba a perder a alguien que le importaba, y aquella sensación no le gustaba lo más mínimo.

Echó un vistazo por la habitación, recordando el día en que llegaron allí, y vio a sus hijos cuando eran todavía lo bastante pequeños como para hacer lo que les decían, antes de que se volvieran un par de cabrones retorcidos como su padre.

James se había suicidado para hacerle daño a ella, de eso estaba convencida. En lo más profundo, sentía que lo había hecho para darle una lección. Hizo un puchero entre las lágrimas. Bueno, pues había perdido el tiempo, porque no sentía la menor culpa respecto a él. Ni la más mínima.

Se enjugó los ojos con cuidado, subió sus hermosas escaleras y se preparó un baño. Ella nunca había sido de lamentarse. Lo que iba a hacer era lo que siempre había hecho: buscar al número uno.

Ya más sonriente, se sumergió en el agua perfumada de sales y planeó el siguiente movimiento. El pasado era el pasado y tenía un futuro que encarar, y ese futuro sería

el de una joven viuda sin hijos, sin ataduras, sin nada.

Al carajo Jonny Parker y al carajo la familia. Podía pasarse muy bien sin ninguno de ellos y eso era exactamente lo que tenía intención de hacer.

Capítulo sesenta y nueve

Jonny siempre había disfrutado de la comida del restaurante griego de Dagenham. Le caían bien los propietarios y servían buena comida. Le gustaba especialmente el *kleftiko*. Mientras comía allí con Linford Fargas antes de la reunión sobre el chanchullo de las villas, filosofó sobre cómo podía cambiar la vida de la noche a la mañana, y no siempre para bien.

—¿Piensas que se largará, Jonny? —preguntó Linford.

Jonny se encogió de hombros.

—¿Quién? ¿Cynthia? Sí, creo que sí. No va a soportar quedarse donde nadie la quiere. De todas formas, si no se va, ya le daré yo un empujoncito en ese sentido.

—Yo se lo daré, si quieres —asintió Linford—. ¡Con la bota en el culo!

—Tiene un culo estupendo —sonrió Jonny—. Eso hay que reconocérselo.

Linford soltó un resoplido y dijo con desdén:

—No hay culo que valga eso, colega, ni siquiera el de Madonna.

Volvieron a quedarse callados unos momentos y luego Linford dijo:

—¿Cuándo es la próxima reunión en el Bow?

—¡Joder, Linford! ¿Cuántas veces lo vas a preguntar? Once y media en el cementerio de coches. Allí nos encontraremos con el resto de los inversores y echaremos un vistazo a lo que hay en el almacén. Creo que también hay una oportunidad de mover alguna mercancía. Ese jovencito, Derek, me preguntó por cannabis y le dije que a ese respecto podemos complacer a cualquiera por cualquier cantidad. Pareció interesado. Es un joven estupendo, ese tío, es... me gusta. Pero claro, su padre era un tío legal..., un tío de primera, a decir de todos. Prosperará seguro en los próximos años.

Linford hizo una mueca.

—Todo ese tiempo en chirona. Una vergüenza, la verdad. Yo no aguantaría.

—Ya lo creo que aguantarías. Es cuestión de adaptarse, sin más.

Linford no contestó, pero se preguntó cómo se las arreglaría Jonny Parker en la misma posición. La *amenaza* de una larga condena no era comparable a tener que cumplirla de verdad. Jonny saldría bien parado, siendo quien era. Pero Linford se preguntaba cómo soportaría él que le cortaran las alas. Por eso se había colgado su hermano, estaba seguro. Tenía por delante unos veinte como mínimo, y Brixton no era exactamente un hotel de lujo. Pero Jonny Parker era como muchos de los hombres del gremio, demasiado poderosos como para que los atraparan con algo serio. Había demasiados peces chicos que pescar antes que a ellos. En cierta manera, supuso Linford, él estaba en una posición similar.

—El padre de Derek fue un caso duro de pelar en sus tiempos, ¿no es cierto?

—Eso se cuenta. Un hombre de verdad, serio, que no hacía prisioneros.

Linford recordaba haber oído una historia sobre él, pero no conseguía acordarse de qué iba. Se encogió de hombros y dijo, con tiento:

—Mientras tú estés seguro de la movida, todo va bien. Derek es joven y todavía no tiene una sólida reputación. Por lo que he oído, no hizo más que de chivo expiatorio mucho tiempo.

Jonny suspiró. Aquel Linford era como una vieja algunas veces.

—Escucha, he hecho mis averiguaciones y es un chico de lo más legal, ¿vale? Ya ha conseguido unas cuantas ganancias suculentas y esta es su gran ocasión. Se está forjando una buena reputación y quiero tenerle controlado, o sea, trabajando para mí.

Jonny se estaba cabreando, y al ver a dos chicos jóvenes que lo miraban desde una mesa, les soltó, cortante:

—¿Ya habéis visto bastante? ¿Queréis una foto, eh?

Los jóvenes apartaron la mirada. Los dos sabían quién era y por eso había despertado su interés. Para ellos Jonny era una celebridad, era famoso. Soñaban con ser como él algún día. La diferencia era que, a su edad, Jonny habría desafiado a cualquiera que le hubiera hablado tal y como él acababa de hacer, y eso, fuera quien fuese.

Se les acercó el dueño del restaurante.

—¿Todo en orden, caballeros? —preguntó.

—Sí, perdona, colega —dijo Jonny—, hoy ando un poco picado.

El dueño sonrió con frialdad.

—Bueno, eso es comprensible, ¿no? —dijo.

Cuando le golpeó el puño de Jonny, fue tan inesperado que lo recibió de pleno. Linford saltó de la silla y sujetó a su amigo en un segundo. Los otros clientes del restaurante los miraban con fascinación y terror.

Jonny comprendió que había metido la pata, pero estaba harto de que la gente lo juzgase; no lo conocían y no sabían de la misa la media. Aquella anécdota ya habría corrido por todo Silvertown a la mañana siguiente y eso le gustaba. Ya iba siendo hora de que la gente recordase con quién estaban tratando. Estaba más que requeteharto del tema y, ahora mismo, cualquiera podía ser objeto de su ataque. Había sido demasiado amable, tenía que haberles mostrado su fuerza desde el principio. Había intentado representar el papel de buen samaritano porque se había sentido culpable. Bueno, pues eso era entonces, y ahora era ahora y no iba a pillarle desprevenido otra vez.

Ya fuera del restaurante, Jonny miró por encima de la A-13 hacia la jungla de asfalto que era la fábrica de Ford Motor, escupió en el suelo y dijo enfadado:

—Un puto agujero de mierda, vaya sitio, no puedo ni creerme que hayamos venido tan lejos.

Linford abrió las puertas del coche y, una vez dentro, dijo con calma:

—Como ya dijimos antes, cosas como las que has hecho dejan un mal sabor, y pegarles a todos sin excepción no va a ayudar mucho, ¿verdad?

Jonny se rio. Era su risa de siempre, ronca y fuerte.

—Que les jodan, Linford, tío. Que los jodan a todos. Ahora vámonos al Bow y

acabemos con este rollo. Ya he tenido bastante.

—Lo que tú digas, jefe.

Linford arrancó el coche y recorrieron el camino hasta el lugar de la cita con Derek sin cruzar palabra, ambos absortos en sus propios pensamientos.

Capítulo setenta

Jack Callahan se reía solo mientras Mary lo miraba asombrada.

—¿Has perdido la chaveta, Jack? Ahí riéndote solo. —Para ser sincera, estaba contenta de verlo tan alegre; ya hacía mucho tiempo que no se veía tanto regocijo en aquella casa.

Jack miró a su esposa y dijo, serio:

—Tengo un montón de cosas de que alegrarme, querida mía, pero todavía no te puedo contar gran cosa. En cuanto se haya acabado todo, lo sabrás inmediatamente.

Mary quedó desconcertada con aquella respuesta, pero se guardó los comentarios; había ciertas cosas que era preferible no saber, y aquello parecía una de esas cosas. Jack no estaba muy cabal desde que se había reunido unas horas antes con el joven Vincent, y fuera lo que fuese lo que habían hablado estaba de lo más contento.

Se sonrió para sus adentros; el joven Vincent era un muchacho agradable y ahora se alegraba de que saliera con su nieta. Había cambiado la opinión que tenía de él. Ella había conocido a Jack cuando eran adolescentes y todavía seguían juntos, así que no estaba, como lo estaba Cynthia, en contra de los amores juveniles.

Apartó de su mente cualquier pensamiento sobre Cynthia: había terminado con ella y no quería que volviera a robarle ni un minuto más de su tiempo. Lo más duro de sobrellevar era la vergüenza, aunque el hecho de que la gente ya supiera que había echado a su hija con carácter permanente había facilitado algo las cosas. Pero lo que de verdad la afligía era el efecto de todo aquello sobre sus nietos. James júnior seguía encerrado en un centro de seguridad. Ella ni siquiera sabía lo que era eso hasta que se lo explicó la señorita Bellamy, que la dejó de una pieza. Pero aquel era el mejor sitio para él. Ese chico no estaba bien: hacer lo que había hecho no era natural.

En fin, por lo menos Mary había tenido noticias de Gabby. No parecía muy entusiasmada con su nuevo acomodo, pero tampoco sonaba deprimida. Por lo menos iba a clase y decía que no estaba tan mal. Bueno, no tendría que estar allí mucho tiempo. La señorita Bellamy le había dicho que había posibilidades fundadas de que la dejaran salir bajo custodia, aunque eso ahora dependía de los tribunales. Mary suspiró: ella ya estaba demasiado mayor para aquel drama.

Quien de veras le preocupaba era Jack. Se lo había tomado mucho peor de lo que ella habría creído posible. A él le gustaba Jimmy a pesar de todas sus debilidades. Por mucho que vinieran de entornos y familias muy diferentes, habían congeniado estupendamente. Mary sospechaba que Jack había sentido pena por aquel hombre, aunque, en realidad, ¿no la habían sentido todos? Conociendo a Cynthia como la conocían, les habría dado pena cualquiera que cayese en sus garras.

Y después también estaba Celeste como motivo de preocupación. Mary había albergado la esperanza de que abandonase a Jonny después del último numerito, pero no iba a ser así. Pensaba que Celeste por fin lo habría visto tal y como era, pero la chica no estaba bien ni lo había estado desde hacía al menos un año largo.

Cuando Mary entró en la cocina, sintió un dolor muy fuerte. Le golpeó en el pecho y le fue bajando por el brazo izquierdo. Se quedó sin respiración de golpe, y al inclinarse para poder apoyarse en una silla, se fue al suelo de golpe arrastrando consigo las cosas del té.

Jack acudió corriendo a ver qué era aquel estrépito y al ver el semblante grisáceo de su esposa, al oír su respiración jadeante, llamó por teléfono inmediatamente para pedir una ambulancia mientras no dejaba de maldecir a su hija mayor y echarle la culpa del colapso de su madre. Era un milagro que aquello no hubiera sucedido antes, porque los últimos años el vaso se había colmado, y aquel era el resultado. Si perdía a su Mary, se ocuparía él mismo de aquella puta de hija que tenía, y era una promesa. Firme.

Capítulo setenta y uno

Linford entró en el cementerio de coches del Bow y aparcó entre un Daimler Sovereign nuevo y un viejo Mercedes de alas. La caseta estaba superiluminada y, por unos pocos segundos, Linford sintió que la aprensión se apoderaba de él. No sabía lo que era, pero había algo en todo aquel decorado que apestaba.

Había intentado hacerle saber su opinión a Jonny, pero no le hizo caso. Estaba deseando participar en el negocio de las villas ¿y quién se lo podía reprochar? Era el máximo beneficio por el mínimo desembolso. Todo se reducía a alquilar unos despachos y representar el papel. En cuanto la gente soltase su pasta, la cosa estaba hecha. Completa, liquidada, adiós.

Pero quien le preocupaba era Derek Greene, y no conseguía descubrir por qué por más que lo intentaba. Pero entonces, cuando entraron en la caseta de obra, lo que venía rondándole en la mollera quedó tan claro como el día. Pero ya era demasiado tarde para remediarlo.

Capítulo setenta y dos

Sentada con su padre junto al lecho de su madre en el hospital, Celeste lanzó un suspiro de alivio. Estaba mal, pero saldría de aquella. Un infarto, habían dicho los médicos, y si miraba a su madre ahora, con tubos por todas partes y la cara completamente macilenta, Celeste solo podía maravillarse de lo vulnerable que le parecía de repente. Su madre siempre había estado allí cuando la necesitaba. Había sido una buena madre, había cuidado de ella y la había querido, la había hecho sonreír cuando estaba deprimida, se había privado de cosas para que sus hijas pudieran tenerlas. De nuevo, Celeste sintió brotarle las lágrimas y las ahogó enseguida. ¿Cómo podía ir todo tan mal?

Su padre y su madre culpaban a Cynthia, pero aunque alguna responsabilidad tenía ella, en realidad era Jonny el que había ocasionado el problema. Por mucho que ella lo hubiera querido —y se dio cuenta del significado de aquel pretérito verbal—, tenía que haber comprendido que él era el problema. Era un delincuente violento, y lo había soportado porque creía que el amor podría con todo. Bueno, pues no era así. Jonny se había liado con su hermana y había destruido muchas vidas.

Ella había vuelto con él por miedo, por miedo a estar sola, a tener que ganarse la vida, a volver a lanzarse al mundo, porque el mundo era peligroso. Bueno, también lo era en su propia casa, como había comprobado. Su casa le daba miedo, era demasiado grande, demasiado vacía, y echaba mucho de menos el dormitorio de su juventud.

Habría dado lo que fuera por poder volver atrás y empezar de nuevo, pero claro, eso era imposible. Sabía que si no se hubiera casado con Jonny Parker su madre no yacería en aquella cama ni su padre estaría sentado frente a ella aterrado ante la posibilidad de perder a la persona que había amado durante toda su vida. La pobre Gabby no estaría en una residencia ni el joven James encerrado en un reformatorio.

Era *ella* la que les había impuesto esa carga al meter a Jonny en sus vidas. Celeste no estaba segura de si alguna vez sería capaz de perdonárselo, pero lo que sí sabía era que no pensaba volver a aquella casa. Se iría a la suya y cuidaría a su padre y luego también a su madre cuando volviera del hospital. Jonny creía que las razones por las que hizo lo que hizo eran buenas, pero Celeste sabía que había hecho todo lo que había hecho por la sencilla razón de que podía hacerlo. Ver a su madre en aquel estado le hizo pensar en lo poco útil que había sido su vida hasta ese momento, justamente. Era hora de hacerse adulta y aceptar las propias responsabilidades consigo misma y con los que realmente le importaban, y aceptarlas ya.

—¿Quieres que te traiga una taza de té, papá?

Jack miró a su hija como si se hubiera olvidado de que estaba allí, luego meneó la cabeza con tristeza y volvió a vigilar a su mujer.

Jack sabía que sin Mary él no era nada; se acordaba de todo lo que ella había hecho por él a lo largo de los años y se sintió avergonzado de que él nunca le hubiera hecho ni siquiera una taza de té. Ella se había esforzado y bregado para que todos

anduvieran limpios y bien comidos y bebidos. Se preguntó cuántas comidas les habría preparado a lo largo de los años a cada uno, cuántas camas les habría hecho, cuántas camisas habría planchado. Era verdad aquello que se decía: no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Nunca se había dicho una verdad mayor.

Echó una mirada a su hija y vio en sus ojos el mismo miedo que estaba seguro que reflejaban los suyos; ella, igual que él, había dado por hecho la presencia de su madre en su vida. En uno u otro momento todos lo habían hecho, y especialmente Cynthia, porque Mary había criado a sus hijos por ella, había estado ayudándola en los tiempos buenos y en los malos. Jack sabía lo duro que había sido para su Mary darle la espalda a su hija mayor, y el resultado de las acciones de su hija era aquel ataque al corazón.

Bueno, las cosas iban a cambiar, él se iba a encargar de ello. No quería volver a pasar por algo así nunca más, porque sabía que si ella se le iba, él no tardaría mucho en irse detrás. Y un mundo donde no estuviese Mary era un mundo que no servía para nada.

Capítulo setenta y tres

Bertie Warner estaba sonriente, pero eso no contribuía en absoluto a darle un aspecto amable. El desconcierto de Jonny Parker era evidente, y eso hacía de Bertie un hombre feliz.

—Sorprendido de verme, ¿verdad, Jonny?

Jonny miró alrededor y al ver la expresión seria en las caras de aquellos hombres sintió miedo de verdad por primera vez desde hacía años. Aunque no pensaba permitir que aquella pandilla lo notase.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Mira por dónde tenemos aquí a Bertie Warner resucitado de entre los muertos! —Inyectó todo el buen humor que pudo en aquellas palabras.

Pero fue Bertie quien se ganó las risas de todos cuando dijo: —No, de entre los muertos no, Jonny, hijo mío. De la isla de Granada. —Entonces miró a Linford y dijo muy serio—: Aquello te gustaría, hijo. Cantidad de jodidos machetes, no sé si me explico. Jonny sabía que tenía los días contados y dijo con languidez: —Así que te libraste de buena. Aunque eso ahora es agua pasada. ¿Para qué has vuelto? ¿Buscas una puta revancha?

—Oh, sí, revancha —rio también Bertie—. Y para recuperar lo que era mío. Bueno, mío y de Kevin, para ser exactos. Era mi mejor colega, Kevin. Él y yo hasta hicimos juntos el servicio militar, apuesto a que eso no lo sabías. Allá por los cincuenta, cuando éramos unos críos. Allí fue donde le pusieron el apodo, el Sin Cara. Jugábamos al póquer en la estacada. Pero era un buen colega, un amigo leal, y por eso nunca me consultaste para quitarlo de en medio, sabías que con eso no iba a tragar. Sabías que te cortarían los brazos y luego te metería en el maletero de un coche para el desguace y luego te aplastaría vivo allí dentro.

Jonny se rio al oír a Bertie pero fue una risa casi imperceptible.

—¡Estás de broma! Esas cosas se hacían en los sesenta, con los viejos italianinis. ¡Tú no puedes tocarme sin recriminaciones, mamón estúpido!

—¡Oooh! ¡Mira qué cosas dice! Yo puedo hacer lo que me salga de los cojones, colega, y cuanto antes quite de en medio esa puta jeta tuya, mejor.

Jonny Parker se había olvidado de lo violento que podía ser Bertie Warner. Era un loco certificado, y aficionado también a las torturas, que siempre habían sido su as en la manga. Nadie había querido nunca enfrentarse a él porque las consecuencias serían funestas. Una vez había quemado vivo a uno por habersele atravesado cuando iba en coche. Jonny pudo ver que Linford estaba preocupado, así que parecía que la historia se repetía. El joven Derek quería lo que *él* tenía, así que ahora se aliaba con el hombre al que se lo había quitado en un principio. Era como una puta pesadilla, y Jonny sabía que sus posibilidades de salir con vida de aquella habitación eran, con suerte, mínimas. Pero no pensaba retirarse sin pelear, eso seguro.

Echó una mirada a los hombres que estaban en la habitación; todos eran pesos

pesados, dispuestos a lo que hiciera falta, especialmente el joven Derek Greene. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Linford había olido a chamusquina y él tendría que haber prestado atención al instinto de su amigo. Pero, para ser justos, habían sido unas cuantas semanas complicadas y por eso no estaba en plena forma.

Bertie sonrió y pareció totalmente una calavera.

—Ven aquí, Jonny, pues, si te crees lo bastante duro. —Miró a los hombres que lo rodeaban y dijo, casi en plan alegre—: Podéis ver cómo trabaja este cerebro, ¿eh? Se está preguntando por cuál de vosotros empezar. Está planeando cómo salir luego por esa puerta y echar a correr. Pues bueno, Jonny, viejo amigo, eso no va a pasar. Y perdona los inconvenientes que te pueda causar y todo eso. —Pasó detrás del pequeño mostrador de madera que utilizaba la secretaria tres días a la semana y cogió un machete grande—. ¿Ves esto? Ves la ironía del asunto, ¿verdad? Bueno, pues esto te va a dejar sin brazos y luego te meterás en un coche y te aplastarán dentro. Llevo ya unos putos años planeando esto, Jonny, muchacho, y ahora que por fin ha llegado la hora, estoy de lo más emocionado.

Los ojos de Derek Greene relucían ante la perspectiva de semejante violencia. Como ya pensaba Jonny antes que él, creía que arramblarían y que no volvería a haber pretendientes a su trono.

Jonny leyó lo que bullía por la cabeza de Derek y se rio. Siempre había otro potro joven como él emboscado a la espera de lo que consideraría su oportunidad de oro. Tal y como ahora lo veía Jonny. Por desgracia, esa era la forma en que funcionaba el mundo que habían elegido, y muy tonto sería el que no estuviese alerta y no esperase que algo así pudiera pasar, incluso viniendo de los aliados más cercanos. Y él había sido muy tonto.

—Oye, tío, no era nada personal...

La voz de Bertie le cortó en seco.

—¿Nada personal, joder? ¿Este mamón va en serio? Te cargaste a mi colega, bueno, no exactamente. El asuntillo estuvo a cargo de una *hembra*, una mujer que estaba protegiendo a su hermana, eso lo puedo entender. La tía no hizo más que lo que hubiera hecho cualquiera, y mi Kevin, por mucho que yo lo quisiera, y lo quería un montón, metió la pata yendo a tu casa. Yo ahí me lavo las manos. No me gustaba nada pero no podía escoger; Kevin estaba decidido a hacerlo. Pero por lo que estoy tan cabreado es porque nos desafiaste como si no valiéramos *nada de nada*. Nos trataste como a unos aficionados. Bueno, pues ahora ya estoy otra vez aquí, tíos, y vosotros dos estáis fuera. ¡Estáis acabados, sois unos putos cadáveres!

Cuando Jonny miró a Bertie y vio aquella mirada de loco en sus ojos, supo que su suerte estaba echada. Su vida iba a terminar en una cabina portátil de obra en el Bow. No era un final especialmente edificante para una vida, pero no dejaba de ser un final.

—¡Vete a tomar por el culo, mamón de mierda! ¡Adelante! ¡Yo no me voy a ir sin montar una buena!

—¡Esperaba que dijeras eso!

Bertie lanzó el machete que había afilado para convertirlo en una hoja mortífera. Aterrizó sobre el hombro de Jonny y, tal y como Bertie había prometido, le cortó el brazo.

La sangre saltó por todas partes y Derek Greene sintió el estremecimiento que sienten los cazadores cuando por fin abaten al animal.

Linford contempló horrorizado la carnicería de su amigo ante sus ojos. Una cosa hay que decir a favor de Jonny, sin embargo: que no soltó ni un grito, algo que no pasó inadvertido a cuantos hombres había en aquella habitación. Ni siquiera mientras lo llevaban, todavía vivo, al coche que estaba ya preparado y que había de ser su tumba. Lo lanzaron dentro del maletero como si fuera basura y todavía los estaba maldiciendo a gritos cuando pusieron en marcha la compactadora.

Linford miraba todo aquello con un temor creciente; él ya había comprendido que aquel chanchullo no era legal, lo había intuido. Parecía todo demasiado fácil y demasiado estructurado para ser real. Miró la cara de Bertie Warner salpicada de sangre y aceptó lo inevitable.

Bertie arrancó la cabeza de los hombros de Linford con un solo pero tremendo tajo del machete. Cuando la cabeza rodó entre la suciedad del suelo del almacén de chatarra para acabar parándose en un agujero, Bertie gritó eufórico:

—¡Eh, tíos, mirad! ¡Un puto *ace*, joder!

Todos se echaron a reír, cargados hasta arriba de adrenalina y sabedores de que sus principales adversarios estaban ya fuera de juego. Ahora lo único que faltaba es que cada uno se fuera haciendo con lo que considerara que era suyo por derecho.

El joven Vincent había observado todo desde la barrera y notaba que las náuseas se apoderaban de él. Había esperado muchas cosas esa noche, pero aquella no era una de ellas. Ahora había sido partícipe de un asesinato y en aquel sitio y aquel momento supo que aquella clase de ensañamiento no iba con él. Él quería ser simplemente un atracador, un ladrón de bancos, simplemente, nada más ni nada menos.

El cuerpo de Linford, menos la cabeza, lo metieron sin más en el maletero del coche de Vincent y Derek Greene se subió al asiento del pasajero y dijo tan contento:

—Vamos a descargarles esto justo delante de sus oficinas principales, luego abandonamos el coche y nos largamos tan lejos del escenario como podamos, ¿de acuerdo?

Vincent asintió.

—Esta noche entras a formar parte de la nueva guardia, colega, desde este mismo momento.

Y mientras Vincent daba las gracias a Derek, se preguntó a qué se había comprometido exactamente. Aquello le superaba; él solo aspiraba a conducir un coche a toda velocidad para garantizar las huidas. Y ahora era testigo de los asesinatos de dos de los hombres más peligrosos de Londres. Menuda mierda que llegaba a ser la vida algunas veces.

Solo algo más tarde, tumbado en la cama del piso de papá y mamá, se le ocurrió

pensar que lo habían utilizado: le había contado a Derek Greene todo lo que necesitaba saber de Jonny Parker pero sin saber ni la mitad de lo que Derek andaba planeando. No era la primera vez que alguien lo utilizaba, ni sería la última, de eso estaba bien seguro. Aquello le desbordaba, y sabía que no podría librarse del tema. Los acontecimientos de aquella noche eran demasiado graves para pretender que nada había sucedido. Entraría a formar parte del folclore del East End y, de alguna manera, comprendió que disfrutaría de que la gente supiera que él había participado en el tema. Derek Greene lo había elegido para ese trabajo, y eso era todo un cumplido, ¿no? Si ahora usaba bien el coco, podría conseguir unas buenas ganancias e incorporarse al nuevo régimen.

Se dio cuenta de que estaba tratando de convencerse a sí mismo de que todo saldría perfectamente. Pero otra cosa que había descubierto esa noche era que no tenía estómago para enfrentarse a un asesinato, independientemente de la razón que lo motivase, como ese, que había sido un asesinato de lo peor, a sangre fría y desagradable. Pero ahora ya estaba metido en aquello y comprendió que tendría que hacer lo que se esperaba de él. Pero lamentaba verse involucrado en todo porque, fuese lo que fuese Jonny Parker, nada cambiaba el hecho de que Vincent había formado parte de la pandilla que liquidó al tío de su Gabby.

Capítulo setenta y cuatro

Celeste no denunció la desaparición de su marido hasta tres días más tarde, pero sabía, como todo el mundo, incluida la policía, que estaba muerto. El torso sin cabeza de Linford había sido un mensaje, y el mensaje se había recibido y entendido. Cualquiera habría pensado que la noticia la destrozaría pero en cambio, y por primera vez desde hacía años, se sintió libre. La casa y la mayor parte de las propiedades estaban a su nombre, igual que la mayor parte de las cuentas bancadas, así que era una mujer muy rica. De modo que, en realidad, la desaparición de Jonny no la afectaba demasiado a largo plazo.

Supo también intuitivamente que su padre había dado por hecho lo que iba a suceder, y no había mostrado ninguna sorpresa ante el devenir de los acontecimientos. Se preguntó también cómo se sentiría Cynthia y si lloraría a Jonny. Celeste esperaba que sí, porque *ella* no lograba llorarlo. Se alegraba de su desaparición, de que ya no estuviera con ella, se alegraba de que al fin pudiera alejarse de la vida que él les había impuesto. Su madre se recuperaba y su vida volvía a pertenecerle.

Ella había amado a Jonny Parker de todo corazón en un momento dado, pero ya no amaba aquello en lo que se había convertido. Lo que había intentado ser. La violencia que había abrazado acabó por volverse contra él. El que la hace la paga: ¿cuántas veces había oído esa expresión? Sabía que su cuerpo aparecería algún día y hasta entonces viviría su vida tan callada y decentemente como fuera humanamente posible, y con su padre y su madre. Ya había disfrutado bastante de eso que llaman «la buena vida» y que para ella nunca había tenido mucho de bueno.

A partir de aquel día Celeste Parker no volvió a salir de casa de su madre, ni siquiera unas cuantas horas.

LIBRO III

De tal madre, tal hija.

EZEQUIEL, 16: 44

No es el abogado el que me dice lo que debo hacer;
se trata de lo que la humanidad, la razón y la justicia
me dicen que debo hacer.

EDMUND BURKE (1729-1797)

Capítulo setenta y cinco

1998

-¿**Q**ué es lo que te pasa, nena?

Mary estaba preocupada por su nieta, aquellos días la veía muy callada, como si se le hubiera ido la luz, y llevaba así desde que había salido del centro de tutela.

—Estoy muy bien, abuela, solo que últimamente no estoy muy animada.

—No estarás poniéndote enferma por alguna razón, ¿eh?

Al oír aquello, Gabby se rio. Era la manera irlandesa de preguntar: ¿estás embarazada?

—No te preocupes, abuela, no tengo ese tipo de problema.

Vio el alivio palpable pintado en la cara de Mary y suspiró interiormente. Ojalá *estuviera* embarazada; sería encantador tener un bebé suyo. Alguien a quien querer y de quien cuidar. Una personita que correspondería a tu amor incondicionalmente. Gabby anhelaba amor como otros anhelan comida o agua. Ello se debía a cómo la habían criado... Dios sabía que la nueva asistente social se lo había dicho suficientes veces. Torció el gesto al acordarse de la señorita Byrne; aunque la mujer le caía bien, también podía ser insoportable.

Pero no era aquello lo que la tenía preocupada. ¿Cómo podría decirle a su abuela que después de casi tres años su madre quería restablecer el contacto? De todas las cosas que había esperado en la vida, aquella no era una de ellas. ¡Y la señorita Byrne estaba a favor! Decía que a Gabby aquello le daría una sensación de conclusión, de desenlace. ¡Menuda chorrada de mierda! Lo que le provocaría era una sensación de irritación, que era lo único que su madre había provocado toda su vida a todo el mundo.

Con todo, no podía negar que había espoleado su interés. Tenía curiosidad por saber cómo se las había apañado su madre desde su desaparición, y le habría encantado preguntarle cómo había podido abandonar a sus hijos con tan poco interés y sin pensárselo dos veces. Pero, en fin, ¿por qué preguntar por el camino que ya conoces? Ya sabía la respuesta a esa pregunta. Cynthia se había largado porque eso es lo que hacía: montar un pollo y salir corriendo en cuanto la cosa se le iba de las manos. Su marido se había suicidado y ¿qué había hecho ella? Dejar que sus hijos se las arreglasen con lo que se les viniera encima.

—¿Va a contestarme usted algo, señora?

Las palabras en tono áspero de su abuela devolvieron a Gabby al presente.

—¿Es que estoy aquí hablando sola o qué? —A Mary se la veía profundamente irritada.

—Perdona, abuela, tenía la cabeza en otra parte.

Gabby dio un beso a su abuela en la mejilla, salió de la habitación y se fue a su cuarto. Se sentó sobre la cama y miró a su alrededor. Era todo precioso: le gustaban los rosas y verdes pálidos de las cortinas y la colcha, las paredes de color crema sin adornos, sin ninguna estrella del pop o del cine a la vista. Había creado un ambiente casi aséptico y sabía que era el resultado de haber pasado años en casa de su madre, donde *jamás* había ningún desorden de ningún tipo. Todavía creía oír la voz de su madre: «¿Sabes cuánto cuesta cada rollo de ese papel? ¿Y quieres llenármelo de tiritas de celo?». La había oído decir aquello muchas veces y siempre la había hecho rabiarse por dentro. Las otras chicas tenían pósteres, fotos de ponis o lo que fuera en las paredes, pero ella no.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza: solo estaba pensando en su madre porque la asistente social le había dicho que quería verla. Y ya estaba. Era una reacción natural, pero, aun así, removía recuerdos poco agradables.

Gabby se miró en el pequeño espejo de su tocador y se preguntó qué opinaría de ella su madre en ese momento. Con dieciséis años, era una belleza, o al menos eso le decía constantemente todo el mundo. Era también la viva imagen de Cynthia. Miró al fondo de aquellos ojos suyos azul profundo enmarcados por unas oscuras pestañas y contempló una boca, la boca de labios anchos tan de moda en esos momentos. Era más guapa que la mayoría de las chicas, y no es que fuera una engreída, sino que era la realidad. De todas formas, también sabía que el aspecto exterior no significaba en realidad gran cosa en el orden del universo y que lo que importaba eran el cerebro y la alegría. Y ser amada.

Ella *era* amada, por su abuela y su abuelo y por Vince, e incluso por la tía Celeste, aunque *esta* estaba cada día más rara. No había salido ni una vez de casa desde el día en que había vuelto a entrar después de que mataran a Jonny. Agorafobia lo llamaban los médicos, aunque la tiita Celeste decía que una mierda, que era que simplemente no le apetecía salir y que para ella era un derecho humano. Y no dejaba de tener razón.

Suspiró otra vez profundamente y se tumbó encima de la cama. Aquello la había removido por dentro y le había hecho pensar en tiempos pasados que prefería no recordar. Giró la cabeza y vio la foto de ella con su padre que tenía sobre la mesilla de noche. La habían hecho las navidades antes de que muriese: él la tenía cogida por los hombros y los dos se reían delante de la cámara. Era una foto estupenda, y quien la viese jamás podría suponer las navidades reales que habían soportado aquel año, que soportaban cada año, con su madre controlándolos a todos y diciendo cómo *tenían que ser* esas fiestas. Cynthia opinaba que las navidades consistían en poner todos los adornos posibles. Con toda la sabiduría de su edad, Gabby sabía que en eso era en lo que su madre se equivocaba siempre. La Navidad consistía en estar con la gente, con la familia, y no con cosas, no con árboles bien adornados y regalos caros, ni de un pavo asado con el que se podía alimentar a una familia de quince y aun así quedarían sobras para hacer bocadillos. Iba de disfrutar de ese día, disfrutar con la

familia. Su madre nunca había sabido qué era disfrutar estando con la familia, ese había sido siempre el gran problema.

Ahora quería ver a Gabby y Gabby no sabía muy bien qué hacer al respecto.

Iba a quedar con Vincent algo más tarde, así que le pediría consejo; puede que el chico no fuera precisamente avisado, pero tenía buen corazón. Y ella lo amaba y él la amaba a ella y eso era lo que de verdad importaba.

Capítulo setenta y seis

Vincent estaba emocionado. Tenía un buen trabajillo gracias a Derek Greene y acababan de reclutarlo para hacer de chófer en el que iba a ser el primer trabajo de su vida en un banco. Casi se había puesto enfermo de tanta excitación, aunque procuró asegurarse de que no se le notase. En los últimos años había conducido para Derek y unos cuantos de sus colegas y se había hecho un nombre como un tipo bueno y rápido. Siempre estudiaba de antemano el terreno al que iban a ir para asegurarse de que conocía la ruta mejor incluso que cualquiera que hubiera nacido o crecido allí. Jamás se perdían en el camino de ida, ni en el de vuelta a casa, y sabía que era un hombre valorado. Algunas reuniones se habían celebrado en sitios totalmente fuera de ruta, lo que constituía la esencia de su trabajo, y siempre había hecho bien los deberes. Todos habían apreciado su labor y se había labrado una buena reputación.

Bueno, pues ahora ya recogía los frutos; iba a hacer un trabajo tan jodidamente bueno que muy pronto se lo rifarían. Ese era su objetivo en la vida: ser el mejor conductor de Londres. Los buenos conductores tenían un puesto importante en todos los planes que se hacían y su destreza estaba muy bien pagada. En un año o dos más podría casarse con su Gabby y empezar a formar la familia que los dos esperaban formar. Hablaban de eso constantemente, de cómo decorarían la casa, de qué nombres les pondrían a los niños, de a qué clase de colegio los mandarían. Iban a tener hijos que serían alguien en el mundo convencional, y los dos pensaban romperse los cuernos para conseguir que lo fueran.

Al aparcar el BMW descapotable en el cementerio de coches, el mismo cementerio de coches donde había presenciado la muerte de Linford y Jonny P, Vincent se estremeció. No importaba cuántas veces hubiera ido allí —e iba muy a menudo puesto que ahora el dueño era Derek—, pues aún sentía el escalofrío de la aprensión mientras cruzaba en coche las amplias verjas de hierro fundido. Le sorprendía que la maquinaria que había allí valiera millones, porque a simple vista parecía un montón de basura vieja. Pero suponía que costaría un buen pico comprar una máquina que pudiera aplastar coches —y personas— y convertir un vehículo grande en un bloquecito de metal de dos por dos pies.

Entró en la caseta prefabricada con una amplia sonrisa en su cara guapa.

—¿Todo en orden, muchacho?

Derek Greene le devolvió una gran sonrisa. Siempre le había gustado Vincent O'Casey y había sido un placer ver florecer al muchacho bajo su mirada vigilante; era leal, una persona de fiar, todas las virtudes que necesitaba para esa clase de vida. No era exactamente un gran contrincante para concursar en el *Krypton Factor*, pero aun así era espabilado.

—Siéntate, colega, los otros llegarán pronto. Hay una pequeña empresa a las afueras de Manchester y he dado tu nombre, así que no me dejes mal, ¿estamos?

Era una advertencia amistosa y Vincent se tragó los nervios y dijo con

despreocupación:

—Estoy listo, estoy deseando empezar. Hace mucho tiempo que espero.

—¡Calma, tigre! —Derek sonrió de nuevo—. Tenía que asegurarme de que estabas preparado antes de dejar que te lanzases a ese mundo tan grande y tan malo...

—Luego, con una voz más amable, dijo, serio—: Escucha, todo el mundo se pone nervioso, eso es lo que te da ventaja. El día que no te pones nervioso haciendo un trabajito es el día que la cagas. Una vez leí un libro sobre Laurence Olivier, un actor con mucho talento, y contaba que cada vez que tenía que salir a escena, vomitaba. ¿Entiendes lo que quiero decir? Son los nervios los que le dan ventaja a la gente. Estarás perfectamente, Vince, lo harás bien.

Vince sonrió de placer al oír aquellas palabras.

—Bien, ¿les has encontrado un hotel donde puedan preparar la herramienta?

—En Southend —asintió Vincent—. Un sitio pequeño en segunda línea donde un grupo de Manchester no llamará mucho la atención.

Derek exhibió su amable sonrisa habitual, la que ocultaba el tipo duro que llevaba dentro.

—Buen chico. No podemos dejar que los maderos se cosquen de la movida, ¿entiendes? Querrán entrar y salir en unos pocos días. Tú conoces la ruta, y les daremos las explicaciones los dos juntos, ¿vale? Pero confían en ti para que los saques de allí. ¿Has preparado el buga?

Vincent asintió. Ya tenía todo dispuesto para proceder a cambiar el coche por un modelo menos llamativo de los que la policía no se pone a buscar. Era un buga sin pretensiones, un familiar de cuatro puertas pero con un motor bien preparado por si había emergencias, como que la policía los reconociera y saliera tras ellos.

—Todo en orden, y todo en su sitio.

—Excelente. Creo que vas a ser un refuerzo excelente en nuestro equipo, joven Vincent.

Vincent se quedó exultante con el halago.

—Gracias por la oportunidad, Derek —dijo—. Te lo agradezco mucho.

Mientras hablaba, Bertie Warner aparcó fuera. Bertie había asumido el puesto de jefe con toda naturalidad y estaba ahora en la cumbre de aquel juego tan lucrativo. Al entrar pavoneándose en la pequeña caseta de obras, era todo afabilidad y simpatía.

—¡Muy buenas, mis queridos payasos! Hoy me han contado un chiste muy bueno: ¿por qué las novias se visten de blanco? ¡Porque todos los putos electrodomésticos de la cocina son blancos!

Vincent y Derek se rieron al unísono, como se esperaba de ellos.

—Mi colega Peter Bailey es un hombre muy divertido, de eso no hay duda. Una pena que no se subiera a un escenario de verdad, se lo hubiera puesto difícil a ese Jimmy Jones.

Sonó el teléfono y Derek contestó. Escuchó unos segundos y le pasó el teléfono a Vincent diciéndole:

—¡Me cago en la puta, no me extraña que necesiten un buen chófer! ¡Si no pueden encontrar ni el camino a la carretera de Bow!

Mientras dirigía a los hombres hacia la caseta de obras, notó cómo le subía la adrenalina. Esto era vida, esta era la vida que siempre había anhelado, y por fin la tenía allí a su alcance. Se sintió el hombre con más suerte del mundo.

Capítulo setenta y siete

Cynthia Callahan —había abandonado el apellido Tailor después de marcharse de East London— miró a su alrededor, vio su piso y sintió la oleada de orgullo que siempre le producía su casa. Estaba viviendo ahora en una zona residencial que se llamaba Chafford Hundred, donde tenía un ático con vistas al Támesis. Desde allí podía ver los barcos que efectuaban sus recorridos y las riberas de Kent. Era un escenario encantador.

Había comprado aquel lugar para empezar de cero; como de costumbre, se había liado con un hombre que había acabado por dejarla. Pero no antes de que le hubiera chupado la sangre. Se sonrió para sus adentros, aquella sonrisa que le hacía parecer un ángel pero que en realidad ocultaba el hecho de que era un diablo disfrazado. Tan amoral como siempre, había comprendido que tenía que marcharse de los South Downs, donde había estado viviendo previamente, y cuanto antes mejor. Había comprado aquella vivienda después de leer el folleto de propaganda y ahora estaba esperando vender aquella casita de Sussex.

Sussex le había sentado bien; se encontraba estupendamente allí, y sobre todo en Brighton. Brighton era lo más parecido a Londres de la zona, así que allí se sentía como en casa. Ahora, en la campiña de Essex, estaba lo bastante cerca como para ir a Londres de visita pero no tanto como para formar parte de la capital. Eso le venía que ni pintado: tenía, en realidad, lo mejor de los dos mundos, y le gustaba mucho su soledad.

Había conocido ya a unos cuantos de sus vecinos. En el ático de enfrente vivía un hombre que se llamaba David. Mediada la cincuentena y recuperándose de un amargo divorcio, era justo el tipo de hombre que le gustaba. Lo bastante mayor como para apreciarla y lo bastante joven como para pensar que podían tener un futuro juntos. Tenía un poco de dinero, conducía un buen coche y sus muebles eran caros y de buen gusto. Aquella sería su próxima conquista y Cynthia se preparaba para darle caza.

Abrió los armarios de su dormitorio y contempló el amplio surtido de ropa. Pensaba representar el papel de mujer profesional retirada y, cuando lo tuviera por fin en sus garras, empezaría a pedirle dinero prestado... solo hasta que llegase el suyo desde las islas Caimán, por supuesto. Cuando él se diera cuenta de que eran todo mentiras, sería demasiado tarde.

Se rio, encantada. Era tan fácil hacer que aquellos hombres soltasen el dinero, y nunca la denunciaban, quedaban demasiado abochornados. A ella las mentiras le salían solas, y había descubierto que sabía decirlas como nadie. Según se decía, para ser mentiroso hay que tener buena memoria, ¡y era cierto! Tenía un rollo preparado y nunca se salía de él. Hablaría de sumas con muchos ceros, insistiría en pagar su parte de todas las facturas o vacaciones y mencionaría como de pasada los diversos negocios que tenía en marcha. Era tan fácil que podía timarlos hasta dormida. De vez en cuando necesitaría una inyección de efectivo y ellos se lo darían

incondicionalmente.

Solo cuando empezaban a tener la mosca detrás de la oreja y sospechaban que no era oro todo lo que relucía, la situación empezaba a deteriorarse, pero para entonces ya estaba haciendo planes para desaparecer. No estaba localizable en ninguno de sus números de teléfono y habría desaparecido de la casa, que tal vez acabaran encontrando, en cuyo caso descubrirían que la tenía alquilada y no era propiedad suya. La verdad es que sí que era propiedad suya, pero a través de un *holding*, y se la alquilaba a sí misma. Oh, sí, era una muchachita muy lista. Ningún documento que rastrear, ningún acto delictivo tangible, simple préstamo de dinero. Pasaba constantemente. La policía no llegó a interrogarla nunca, así que no tenía escrúpulos para continuar con el tema. El tema era lucrativo y era fácil... perfecto en realidad.

Entonces ¿por qué había sentido aquel repentino deseo de ver a su hija? De verdad que la *quería* ver, ver qué aspecto tenía ahora, cómo había cambiado. Gabriella tendría ahora dieciséis años, a punto de hacerse mujer. ¿Se parecería a ella o ahora se parecería a James? Cynthia tenía la sensación de que a ella, porque siempre se había parecido a ella, incluso de bebé.

Por James júnior Cynthia no tenía el menor interés; ya estaba demasiado alejado de ella para tener interés alguno por él. Pero Gabriella poseía aquella misma chispa que ella tuvo. Lo que sentía no tenía nada de maternal, no era más que simple curiosidad.

Sabía que Gabriella estaba con su padre y con su madre, y se estremeció ante la idea de cómo debía de estar viviendo. Vivían como hojalateros..., nada más que televisores y comida hervida. Ya de niña Cynthia lo odiaba, aspiraba a un modo de vida mejor que el de los clubes de obreros que frecuentaban. Casi se sentía enferma de vergüenza por cómo había crecido.

Sin embargo, Celeste amaba todo aquello, igual que James cuando lo llevó al club por primera vez. Le dijo que era un sitio fantástico para reunirse con los amigos... ¡como si alguna vez hubiera tenido amigos! A ella siempre le había parecido un local de mala muerte de los suburbios, pero es que ella estaba por encima de esa clase de mierdas. Un buen restaurante, un vino aceptable y una conversación inteligente estaban más allá de las entendederas de aquella gente, que pensaba que ella era una esnob, y ella sabía perfectamente que lo era. Y estaba orgullosa de serlo. ¿Quién en su sano juicio iba a querer vivir como *ellos*? En la pura precariedad, comiendo una comida con más conservantes que Joan Collins... Su principal tema de conversación era lo que pasaba en algún serial de la tele como *East Enders*.

Si algún arrepentimiento tenía, era el de haber dejado que su hija viviera así. Pero ¿qué habría podido hacer con ella? Tenía su propia vida, y era una buena vida. Aun así, tenía curiosidad por volver a verla. Nunca se le pasó por la mente, sin embargo, que igual su hija *no quería* verla a ella, que lo que *ella* había hecho a su familia puede que no se pudiera perdonar y no digamos ya olvidar. Por lo que a Cynthia concernía, había convocado a su hija junto a ella y ¿qué otra cosa podía hacer esa hija sino

acudir a su llamada? Para Cynthia Callahan aquello era pura lógica.

Capítulo setenta y ocho

-¿Estás de broma, Celly?

Celeste meneó la cabeza y dijo, seria:

—No, no estoy de broma, mamá. Tiene miedo de decíroslo a papá y a ti, y ¿quién puede reprochárselo?

Mary sintió náuseas con lo que había oído, y si Jack lo descubría habría un asesinato. Que Cynthia pensara que podía volver a meterse en la vida de su hija, así como si nada después de todo aquel tiempo, resultaba indignante.

—No estará pensando en ir, ¿verdad?

Celeste, con un ojo en el programa de *Trisha* y otro en su madre, dijo con toda sinceridad:

—A mí me parece que siente curiosidad y nada más, mami, ¿sabes? Pero no creo que quiera ir por ninguna otra razón que esa.

Mary asintió en silencio, pero su corazón latía demasiado deprisa para su propio bien. Se sentó en el sofá y se mordió los labios, consternada. Su primer pensamiento había sido que quizás Cynthia había cambiado, pero desechó la idea tan pronto como se formó. Aquello era algo mucho más siniestro, lo sentía allí en las entrañas. Si Cynthia quería ver a la niña, debía de tener una intención oculta. ¿Qué podría ser, pues? ¿Y por qué Gabby no se lo había comentado a ella?

—¿Cuándo ha sido, Celeste?

Celeste encogió sus enormes hombros.

—Hace unos días —dijo.

Por lo menos eso explicaba el extraño comportamiento de la chica últimamente.

—¿Tú qué piensas, cariño?

Celeste cerró los ojos durante unos segundos antes de decir:

—Creo que debería escapar lo más lejos posible de su madre, y, antes de que me lo preguntes, ya se lo he dicho.

Mary asintió con un movimiento de cabeza.

—Cynthia siempre trae problemas; es una mentirosa y tiene peligro. Pero a fin de cuentas es la madre de Gabby.

—Pues una puta lástima aún mayor. Bueno, tendré que esperar a ver si me pregunta por el tema, ¿verdad?

Pero Celeste ya no escuchaba: una mujer se estaba enfrentando a sus demonios, que eran el alcohol y las drogas, y, como siempre, Trisha se mostraba simpática pero firme. A Celeste le gustaba Trisha, tenía una manera de ser muy agradable.

Mary miraba la pantalla con cara inexpresiva pero con la mente hecha un torbellino. Cynthia más Gabby sumaban un desastre, y Mary comprendió la necesidad de que cualquier reunión entre ambas fuera supervisada. Y, a ser posible, por ella. Aquello no era bueno para su corazón, ya lo sabía, pero había que abordarlo, y lo antes posible. Su hija Cynthia era como un tiburón: justo cuando pensabas que

era seguro volver a meterse en el agua... volvía la fiera, como la falsa moneda.

Aunque una cosa era segura, no obstante: Jack no tenía que enterarse nunca de aquello. Porque preferiría ver a su hija mayor muerta antes de permitir que volviera a entrar en aquella familia.

Capítulo setenta y nueve

Terry Marchant era de Manchester y tenía una risa tremenda y una sed todavía más tremenda. A Vincent le caía bien, y junto con sus dos compinches, Patrick Miles y Anthony Dawes, eran una buena panda. Eran unos extraordinarios ladrones, y recorrían el país robando bancos y levantando sociedades con alegre despreocupación. Llevaban a cabo el golpe y confiaban en un buen conductor que los sacara rápidamente de en medio. Y ahí es donde entraba Vincent: se llevaba un diez por ciento del cargamento y lo único que tenía que hacer era conducir. Era pan comido.

Ahora, sentado en un pub del paseo marítimo de Southend y bebiéndose un zumo de naranja, Vincent tenía una visión real de cómo eran los hombres con los que iba a tratar. Terry Marchant era un hueso duro de roer, todo el mundo lo tenía claro. Tenía el aspecto, el físico y el porte de un hombre al que sería una estupidez buscarle las cosquillas. Con los años Vincent había aprendido que con solo miraras ciertas personas te indicaban ya si podías o no andarles jodiendo. Y a ese respecto Terry Marchant era definitivamente uno que ni hablar. Pero era muy divertido y tenía una gran personalidad. Sus dos colegas eran tipos de poca monta, pero unos buenos tíos, de todas formas. Vincent tuvo la sensación de que iba a disfrutar trabajando con ellos.

Por su parte, Terry Marchant estaba encantado de comprobar que el muchacho no bebía alcohol. Aunque el golpe no sería hasta unos días después, valoraba que el chico no fuera tan estúpido como para que le cayera un marrón por no respetar el límite de velocidad. Eso quería decir que era prudente, y que no era probable que cayese en el radar de la policía, por así decir. Derek había hablado muy bien del chico, y eso tendría que haberle bastado, pero Terry seguía prefiriendo supervisar personalmente a los conductores y formarse su propia opinión antes de darles el visto bueno. Que el comprador vigile su compra, y todo eso. Estaba sopesando darle una buena suma a Vincent, el sustento de todos ellos dependían de que hiciera un buen trabajo.

La verdad es que era extraño; nadie entendía que la parte fácil era robar, que lo difícil era el numerito de la desaparición posterior. En cuanto la gente veía una escopeta de cañones recortados, tenía tendencia a hacer lo que le decían. La pasma, por otra parte, no era tan complaciente. Odiaban a muerte a los atracadores de banco; para un poli no había nada tan incómodo como que robaran un banco en su jurisdicción. ¡Putas marionetas! ¿Para qué estaban los bancos? Ahí plantados, llenos de parné y sin auténtica seguridad. Si el trabajo se hacía como es debido, eran una perita en dulce.

Él y los chicos ya habían averiguado cómo estaba la situación sobre el terreno. Era un buen escenario, y el banco estaría hasta los topes de pasta puesto que dispondrían del dinero de los salarios de toda la zona circundante listo para arramblar con él. Además estaba en una calle tranquila, justo el tipo de sitio que le gustaba.

Harían una última comprobación, pero estaba seguro de que habían contemplado todas las posibilidades y que entrarían y saldrían a la velocidad de un rayo.

Terry pidió otra ronda de bebidas y empezó a contar una historia de un viejo colega de Warrington que había robado un banco estando borracho como una cuba. Era una historia muy divertida, pero tenía también una lectura alegórica. Mostraba la estupidez de la gente cuando caía en las garras del alcohol y lo mal que se te podían poner las cosas si no andabas con cuidado.

Se fijó en que el joven Vincent escuchaba embobado y entonces se dio cuenta de que había logrado lo que pretendía con un mínimo de complicación. No le gustaban los problemas ni le gustaban los héroes. Le gustaban las personas que hacían su trabajo y luego se olvidaban. Parecía que el muchacho aquel tenía todos los atributos que necesitaba.

Así que, finalmente, Terry Marchant se relajó y pudo disfrutar del resto de su estancia en Southend.

Capítulo ochenta

- **L**e dije a la asistente social que no quería verla, abuela.
Mary se relajó y lanzó un sentido suspiro de alivio.

—Hiciste lo correcto, nena. Ella no querría verte por otra razón que buscar problemas. Dios me perdone por decir esto de mi propia hija, pero es la verdad. Todo lo que toca lo destruye, y eso lo sabemos las dos, ¿verdad?

Gabby asintió.

—Siento no habértelo dicho. No quería disgustarte. Pero cuando entré y vi tu cara comprendí que la tía Celly tenía que haber dicho algo.

—Creyó que hacía lo mejor, cariñito —dijo Mary con una sonrisa triste.

Gabby asintió, pero sus ojos se iban llenando de lágrimas contenidas.

—Ya lo sé, abuela, pero yo quería verla un poco, solo un poquito. Es mi mami.

Mary abrazó a su nieta y la consoló lo mejor que pudo sin dejar de maldecir a su hija mayor. ¿Por qué no se había quedado al margen? ¿Por qué quería poner patas arriba la vida de aquella niña solo por capricho? Porque tratándose de Cynthia no le cabía duda de que era un capricho. De allí no saldría nada bueno.

Capítulo ochenta y uno

Vincent estaba esperando pacientemente delante del banco, en Essex. Eran las diez y veinte de la mañana, y Terry Marchant y sus dos cómplices acababan de entrar en el banco con pasamontañas en la cabeza y recortadas en las bolsas de deportes.

Vincent vigilaba el interior desde la ventanilla del coche. El banco no se animaba hasta la hora del almuerzo, así que a punto de dar las diez y media estaba más o menos vacío, con apenas los tres empleados de las ventanillas y un par de mamás jóvenes pagando el recibo de la luz. Observó la pantomima que se desarrolló allí dentro y cinco minutos después los hombres se dirigían ya al coche y él ya estaba preparándose para salir zumbando. Había sido tan fácil... demasiado fácil, la verdad. Estaba ya girando en la glorieta camino de Basildon y apenas si empezaban a oírse las sirenas en la distancia.

En Basildon giró para salir hacia la estación del tren y los tres hombres, ahora desprovistos ya de los pasamontañas y sin las vistosas sudaderas rojas —que sería lo que todos los testigos presenciales recordarían—, estaban ya relajados y reían.

Se había suavizado la descarga de adrenalina y el trabajo estaba hecho en poco más que un suspiro. Abandonaron los coches con un mínimo de jaleo, dejándolo todo allí menos el dinero, y en menos de una hora estaban de vuelta en Southend.

Vincent O'Casey nunca había tenido un día tan espectacular. Y nunca en la vida habría imaginado que un golpe podía ser tan jodidamente simple. Se habían agenciado unos cien de los grandes, así que se fue a casa con diez mil libras más en el bolsillo; era como si todas sus navidades y sus cumpleaños le hubiesen caído juntos de una vez. Lo mejor de todo era que aquello le había encantado, le había encantado de principio a fin. Y hoy iba a disfrutar de la mejor salida nocturna de su vida.

Capítulo ochenta y dos

Gabby no había visto tanto dinero en su vida y puso unos ojos como platos. No se lo podía creer. A Vincent le encantó ver su reacción mientras le mostraba su botín.

Gabby lo miró asombrada.

—¡Diez de los grandes! —exclamó.

—Sí —sonrió él—, diez mil libras. Y no levantes la voz o tendremos a la abuela y a tu abuelo aquí en un momento.

—Han salido, bobo..., se han ido al bingo con la señora Jacobs, de ahí enfrente. Y la tía Celly no entrará aquí, está viendo sus seriales. Ni una puta bomba la levantaría de la tele cuando sale Grant Mitchell.

De repente los dos se quedaron callados al darse cuenta de lo que eso significaba. Luego Vincent la agarró y empezó a besarla, y aquellos besos no eran como ninguno de los que se hubieran dado antes. Gabby estaba en bata, y cuando él se la deslizó hombros abajo, comprendió que no iba a detenerlo, que esta vez se iba a dejar. Cuando la tumbó sobre la camita individual y notó el dinero entre su cuerpo, supo que eso tenía que ser así y que ambos tenían que estar siempre juntos.

Dos grandes acontecimientos en un solo día. Vincent se sintió como si fuera el rey del mundo.

Capítulo ochenta y tres

- **T**e lo digo yo, Derek, el chico es bueno. Ni siquiera sudaba, y conozco muchos hombres con más experiencia que todavía se desmoronan sometidos a esa presión.

A Derek Greene le gustó que Terry alabase a su protegido. Tenía olfato para el talento y se enorgullecía de promoverlo y de darle a quien lo tenía la función que mejor encajaba con él.

—No, Derek, sí que es bueno. Me impresionó favorablemente.

—¿Qué tal tu hotel? ¿Estaba bien?

—Perfecto: pequeño, apartado, y lo llevaba una pareja de edad que serían incapaces de describir su propio culo sin tener una fotografía en las manos. Buen papeo y todo lo demás. Era un buen sitio para una noche.

Derek estaba emocionado. Terry Marchant era un jefe de jefes en Manchester, pero todavía le gustaba trabajar. Era un atracador nato, lo llevaba en la sangre. Y no le hacía falta el dinero pero necesitaba la marcha. Justo igual que a su padre, a Terry Marchant le gustaba la idea de derrotar al sistema bancario y a la vieja pasma.

—Entonces, ¿volverás a contar con él?

—Sin la menor duda. Tiene verdadero talento natural, y eso hoy día es raro a su edad. Demasiados chavales jóvenes son incapaces de mantener la puta boca cerrada. Además es un chico agradable, de trato fácil, no lo he visto beber ni una vez, solo zumo de naranja. Eso me dice que es un chico espabilado, así que haré correr la voz cuando vuelva a Manchester, puede que tengas más llamadas para él.

Derek asintió, complacido con el resultado. Tenía su parte a buen recaudo en la caja fuerte del cementerio de coches, donde guardaba lo que denominaba su «mínimo efectivo». Cerveza y dinero para gastos. Tenía la impresión de que iba a llevarse una más que buena cantidad extra de dinero como ese, facilitando los servicios del joven Vincent en un próximo futuro. Confiaba sobre todo en que el chico no se pusiera a derrochar en coches y en relojes que se suponían fuera de su alcance, atrayendo así la atención de la bofia.

La pasma siempre se daba cuenta de que un chico del vecindario tenía un coche nuevo o demasiados billetes en los bolsillos; eso era lo que les alertaba de algún posible jefecillo nuevo. El padre de Derek le había machacado para que se le metiera una cosa en la cabeza: tener siempre un trabajo legal en funcionamiento. Un negocio de verdad permitía explicar cosas como coches, casas y vacaciones. También te permitía llevar una vida legal, con hipotecas, préstamos, etc. Se lo había explicado al joven Vincent, y comprobó que era un chico sensato: Derek quedó convencido de que había acusado recibo. Pero él sabía mejor que nadie que los billetes en la mano quemaban tanto como para abrir un agujero tan grande como el Ritz en los bolsillos de algunas personas, así que ahora lo que había que hacer era esperar. No estaba demasiado preocupado por el tema; le daba la impresión de que Vincent O'Casey

tenía sus propios planes, y que esos planes estaban relacionados con su palomita, una cosita de lo más linda, por cierto. Bonita cara, ¡como la de su madre! Se sonrió con esa idea. En fin, que solo el tiempo diría cómo iba a funcionar Vincent, y Derek Greene tenía todo el tiempo del mundo.

Capítulo ochenta y cuatro

Cynthia contempló a su hija salir de casa y meterse en el coche de Vincent O'Casey que estaba aparcado delante de la casa de sus padres. Cynthia estaba dentro del coche, un BMW descapotable pequeño, pero llevaba puesta una bufanda y estaba oscuro, así que no temía que la descubrieran.

Vincent, sin embargo, había aparcado debajo de una farola, de modo que Cynthia tenía una buena visión de su hija y su novio. Estaba sorprendida de ver que seguía siendo Vincent O'Casey... sorprendida y fastidiada. ¿Es que a Gabriella no le cabía ninguna idea en la cabeza? ¿Es que no había aprendido nada de su madre? Pero claro, aquello era influencia de *su* propia madre, estaba segura. Pilla el primer chico que te llame la atención y cástate con él antes de que otra lo haga. Cynthia estaba literalmente rechinando los dientes de puro fastidio e hizo un esfuerzo consciente por relajarse.

Era extraño estar de vuelta en el viejo vecindario; ahora lo odiaba incluso todavía más que lo odiaba entonces. Era tan destartado y tan deprimente..., no era raro que a las mujeres que vivían allí se las viera tan derrotadas, tan *viejas*. Era como si se hubieran rendido del todo, como en realidad habían hecho. Cynthia presumía de su cutis, de su figura esbelta, y se vestía para causar impresión... ¡aquellas mujeres se vestían para ir a la compra!

Pero su Gabriella era una belleza, eso tenía que reconocerlo. Era igual que Cynthia a su edad, toda tetas, piernas y cintura de avispa, y sabía ir erguida y andar como se debe. En una mujer eso era importante: saber andar bien. Su propia abuela siempre solía decirle: «Entra en una habitación como si fueses la dueña y tendrás todas las probabilidades de serlo algún día». Lástima que Mary nunca hubiera escuchado a su propia madre, seguro que las cosas hubieran resultado muy diferentes. ¡Imagínate, seguir viviendo en la primera casa que te dio el ayuntamiento! Pues talmente eso eran su madre y su padre, ni una puta ambición, ni el menor deseo de algo mejor. Simplemente agradecidos de estar vivos. Cómo le gustaría llamar a esa puerta y darles el susto de sus vidas. Sabía que había sido su madre la que había dado al traste con las posibilidades de ver a su propia hija. Su madre no quería quedarse sin la chica ahora que ya la tenía toda para ella.

La verdad es que Cynthia estaba asombrada de lo mucho que esa negativa le había dolido. ¿Por qué le importaba tanto? Su orgullo había sido herido, indudablemente. Y aquella asistente social le había irritado con su simpatía postiza y sus topicazos. Zorra idiota..., como si le importase un puto carajo su opinión.

Aun así, había conseguido que la mujer le prometiera tenerla al día de la vida de su hija, y se había dignado hacerlo. ¡Vaya cara de los cojones! La chica era *su* hija, era *ella* la que la había parido, no esa puta vieja de su madre ni ese palo seco de la asistente social. No, había sido ella, o sea, Cynthia Tailor, y no otra la que había aguantado nueve meses de infierno y dieciocho larguísimas horas de parto. Apostaría

a que su madre había tenido un día redondo aconsejando a su nieta que se mantuviese alejada de su propia carne y su propia sangre.

Bueno, pues que les jodan. Lo único que ella quería era echar un vistazo rápido, simplemente ver cómo estaba ahora la chica. Y claro que sí, lo sabía, estaba exactamente tal como esperaba. Una jovencita tonta sin ningún deseo de hacer nada consigo misma. Viviría la misma vida que su abuela, carente de cualquier cosa que valiera la pena y sin ninguna idea de lo que pasaba más allá de los confines de aquel polígono de viviendas municipales.

Cynthia encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo; se permitía solo tres al día porque de lo contrario todas esas horas que se pasaba en el gimnasio para mantenerse en forma no servirían de nada. Tenía mejor cuerpo ahora que antes de tener a los críos. Pero eso era lo fantástico de vivir sola, que podías hacer esa clase de cosas: ir al gimnasio, comer bien, permitirse largos fines de semana en un buen balneario. Teniendo hijos no te podías permitir eso, ni ninguna de las cosas buenas de la vida.

En aquel momento Gabriella y Vincent se besaban y Cynthia meneó la cabeza, consternada. ¡Menuda idiota que había criado, menuda tonta más absoluta y completa! Gabriella aceptaría una vida de dramas mezquinos y estrecheces económicas, una vida hecha de cocinar y limpiar para un hombre que, una vez apaciguada la excitación sexual del principio, la utilizaría como un animal cuando hubiera bebido. La verdad es que todo era muy previsible, y también irritante, joder. Había traído al mundo a aquella niña, así que seguro que en ella tenía que haber algo suyo. Concluyó que lo que pasaba era que su padre y su madre se habían asegurado de reprimir cualquier chispa que pudieran ver brotar en su nieta. Lo último que querrían sería tener bajo su techo a otra cría con un poco más de vitalidad de la que ellos podían aguantar, una jovencita con una oportunidad para hacer algo con su vida que no fuera emularlos a ellos, limitarse a existir.

Cynthia se alejó de allí en silencio sin mirar siquiera el coche en el que su hija le estaba diciendo a su novio que creía que estaba embarazada y que su abuela la iba a matar.

Capítulo ochenta y cinco

- **C**álmate, Gabby. Es un golpe, pero no se puede decir exactamente que sea algo sorprendente en los tiempos que corren, ¿no te parece?

Gabby no se podía creer lo bien que Vincent se estaba tomando la noticia. Había pensado que se pondría furioso con ella.

—¡Solo tengo dieciséis años, Vince!

Vincent se rio.

—Nos casaremos, deja de preocuparte, ¿vale? Yo iré contigo a contárselo a tus abuelos. No les va a emocionar mucho pero acabarán cambiando de opinión. Así que, por favor, deja de preocuparte.

Vincent conseguía que pareciera todo tan fácil que, en cierto modo, la chica pensó que sería así. Se lo diría, y a la mierda. Pero seguía teniendo la sensación de que les había fallado, que había defraudado su confianza. Tenía un mal presentimiento, aunque puede que no fueran más que sus hormonas.

Vincent sintió una oleada de amor por su chica. Iba a tener un hijo suyo y estaba asustada, pero seguro que sabía que él siempre cuidaría de ella, que siempre se haría cargo. Ella lo significaba todo para él y eso siempre sería así.

—Escucha, Gabby, en cuanto te quites el bombo, puedes empezar a planear la boda, ¿vale? En cuanto la abuela sepa lo que hay se dará cuenta de que los dos vamos en serio.

Gabby asintió sintiéndose ligeramente más feliz, pero todavía ansiosa. Era como si se le estuviese cayendo un peso encima, casi como si tuviera a su madre al lado, mirándola y juzgándola. Y sin embargo sabía que eso era una estupidez, ¿qué iba a hacer su madre por allí? Su madre odiaba aquel sitio y siempre lo había odiado. Pero durante un rato había experimentado la sensación de tener su presencia muy cercana. Le había recordado a cuando era pequeña y se hacía pis en la cama y sabía que su madre entraría en la habitación. Su mamá tenía un modo especial de hacerte sentir que andaba cerca: era difícil de explicar, pero siempre había notado físicamente la proximidad de su madre. Aunque eso ya era cosa del pasado, así que sacudió la cabeza para volver a la realidad.

Vincent tenía razón... una vez que había sucedido, había que tomárselo lo mejor posible. Se preguntó si sería un niño o una niña. No le importaba, lo único que quería era una cosa a la que amar que fuera suya.

—Venga, subiremos y se lo diremos a tu tía Celly. Será nuestro parachoques hasta que tu abuelo y la abuela se tranquilicen.

—¿Tú crees que se tranquilizarán, Vince?

—Puedes estar segura, te lo garantizo; en cuanto llegue la criatura, estarán en el séptimo cielo.

Gabby confió en que tuviera razón. Deseaba tener aquel niño con todas sus fuerzas, y *deseaba* que fuera querido no solo por ella, sino por todo el mundo. Sabía

muy bien lo que era no sentirse nada querida y estaba decidida a que ningún hijo suyo se sintiera de ese modo nunca jamás. Era la peor sensación del mundo.

Capítulo ochenta y seis

Mary estaba desilusionada, igual que Jack, pero ambos sabían que no había nada que pudieran hacer. Por lo menos Vincent estaba comprometido con ella y eso era algo que daban por supuesto. Pero Gabby era tan joven, y los dos sabían lo difícil que era criar a un niño, especialmente en los tiempos que corrían. Y esa asistente social, la señorita Byrne, ni siquiera pareció sorprendida, fue como si se lo hubiera estado esperando. Para ser justos con ella, tal vez hubiera visto algo que ellos no vieron. Tenía más experiencia que ellos en tratar con chavales de todo tipo, o al menos ese era el razonamiento de Mary.

Por el momento, sin embargo, su máxima preocupación era Celeste. Estaba bajando de peso a toda velocidad, y eso a Mary le hubiera complacido si no tuviera tan mal aspecto. Lo más extraño de todo es que la chica comía tanto como siempre. Era como una especie de planta de tratamiento de residuos en carne y hueso, con una boca que nunca dejaba de moverse. Patatas fritas, chocolatinas, comidas preparadas... comía lo que fuera y en cualquier momento. Y, para acabar de rematarlo, ni siquiera estaba dispuesta a ir al hospital porque aseguraba que estaba perfectamente. Lo cierto es que no tenía buen aspecto... tenía un aspecto horrible, pero, como decía el doctor, nadie podía hacer gran cosa.

Aquellos días Mary se sentía tremendamente ansiosa, cosa nada buena para su corazón, nada buena en absoluto. De todos modos tenía sus pastillas y si podía evitarlo no se excedía.

—Esa chica no está bien, Mary, pero no estará dispuesta a admitirlo.

Mary se reprimió para no regañar a su marido por aquella torpe habilidad suya de poner en palabras lo más condenadamente obvio.

En vez de eso le dijo, amable:

—Ya lo sé, Jack, pero ¿qué podemos hacer? Como dice el doctor Morgan, si ella no quiere ir a verlo, no hay mucho que él pueda hacer al respecto, ni nosotros tampoco.

Jack asintió y Mary vio que, al igual que ella, se estaba haciendo viejo. No estaban más que al final de los sesenta, pero ninguno de los dos tenía buena salud. Era de tanta basura acumulada con los años: fumar y beber, pero también las preocupaciones. Oh, desde luego que tenían cubierta su cuota de preocupaciones. Se preguntó por milésima vez si habría que obligar a Celeste a salir de casa: al fin y al cabo, la razón por la que no iba al hospital para hacerse unas pruebas era que no quería salir de casa. Solo pensar en el mundo exterior le provocaba un estado de pánico. ¿Por qué pasaban estas cosas en su familia? Ese era un estribillo familiar esos días, y Mary le echaba toda la culpa a Jonny Parker y a su hija mayor.

Recordó cómo era Celeste de jovencita. Estaba llena de vida, era una niña buena con grandes ambiciones; en ese sentido no era como su hermana. No, Celeste siempre había sido la típica persona honrada, y todavía lo era. Pero nunca había tenido la

dureza que se necesitaba para sobrevivir en un mundo poblado por personas como Jonny Parker y Cynthia Taylor.

Cuando se enteró de que Cynthia había recuperado su apellido de soltera, Mary se preguntó por un momento si no habría algún modo de impedir que lo hiciera. Callahan era un buen apellido irlandés, un apellido decente y adecuado para gente mejor de lo que lo era Cynthia. A veces su hija le daba un asco tan intenso que estaba segura de que ella lo notaba por muy lejos que estuviera. Creía que el odio era algo que se notaba, incluso aunque la persona no estuviese en la misma habitación que tú. Confió en que su hija sintiese su desprecio como si este tuviera vida, y rezaba para ello.

Desde que había intentado volver a formar parte de la vida de Gabby, les había causado diferentes problemas. Gabby se había preguntado si su madre habría cambiado y si ahora sería capaz de amarla por lo menos un poco. Mary pensaba que había más posibilidades de que el Papa la masturbara de que eso sucediera. Aun así, sabía que la chica lo deseaba con intensidad, que lo necesitaba, de hecho. Necesitaba sentir que su madre la quería por lo menos un poco. Pero en fin, Cynthia no tenía capacidad de amar. Ni siquiera su relación con Jonny Parker estaba basada en el amor, sino en quedarse con lo que tenía su hermana y creer que le había marcado un buen tanto en el proceso. Ahora, con Cynthia otra vez a la vista, a Celeste había empezado a removérsele todo lo que con tanta fuerza había intentado olvidar.

Celeste estaba atada a aquella casa, temerosa del propio mundo. Y era comprensible; después de todo, el mundo nunca le había hecho ningún favor, ¿verdad? Ahora vivía tan contenta en aquellas cuatro habitaciones, a su aire, con sus programas de televisión y sus películas sobre las vidas de otras personas. Hasta la casa en España que tanto había amado estaba ya vendida. Al parecer solo iba a viajar una vez más en su vida, y sería cuando la sacaran de casa en un ataúd.

La vida de su hija le causaba mucho dolor a Mary. Saber que aquella encantadora y vibrante hija suya había quedado reducida a aquella ruina de mujer era algo duro de soportar muchas veces. Pero lo soportaba. ¿Qué otra cosa podía hacer una madre? Oh, Cynthia tenía muchas cosas de las que responder.

Hasta aquel pobre muchacho demente, James júnior, seguía encerrado. Mary no quería ir a verlo, según les había explicado a los asistentes sociales. Ya tenía bastantes ocupaciones para llenar toda su vida. Además, se sentía un tanto asustada con James júnior desde el incidente del gato. Gabby había sido buena y le escribía cartas contándole todas las novedades; al fin y al cabo era su hermano, a pesar de todo. Aunque él no le había contestado nunca. Pero ella no se rendía.

—¿Te hago una taza de té, muchacha?

Asintió a Jack con la cabeza y esbozó una débil sonrisa:

—Eso sería estupendo.

Desde el infarto, Jack era como el chico del té, siempre estaba ofreciéndose a prepararle una taza o a traerle unas galletas. Ella sabía que lo hacía por amor y por

sentimiento de culpa, dos cosas que, al contrario que Cynthia, parecía albergar en abundancia.

Capítulo ochenta y siete

Vincent había hecho dos trabajos más para Derek y tenía otro par en espera. O sea, que chupado, como diría su padre. Y así era en realidad: de lo más fácil. Conducía un coche como si nada, le resultaba algo absolutamente normal. Desde el mismo momento en que condujo su primer coche robado a los trece años, fue como una cosa instintiva. Y ahora ese talento suyo le estaba haciendo ganar una fortuna, y por cierto que la necesitaría, con un bebé en camino y todo lo demás. Estaba considerando la posibilidad de comprar un garaje: sería un negocio legal y le serviría para explicar cualquier dinero que trincase. Había escuchado a Derek con mucha atención y sabía que el hombre le estaba dando muy buenos consejos. Él quería ser legal, al menos de cara al público, y un garaje sería lo ideal. Nada le gustaba más que andar trajinando con coches, así que, considerándolo todo, aquella parecía una apuesta segura.

Mientras estaba sentado en el pub de Wapping esperando que Derek Greene le llevase a conocer a sus nuevos patrones, vio que una chica le miraba. Al sonreírle se dio cuenta de que la conocía, solo que no estaba muy seguro de qué o de dónde. En todo caso, no era del barrio. Complacido de que una chica tan guapa se le quedara mirando, dio un sorbo a su zumo de naranja y dirigió su atención hacia la puerta.

Cuando volvió a mirar a la chica ya se había ido, de modo que se olvidó de ella inmediatamente y siguió esperando. A ese respecto era un chico paciente, y en su trabajo eso era lo que tenía que ser: paciente y tranquilo. Por suerte, él poseía ambas características. Y de sobra.

Fue diez minutos después cuando vio a Derek venir cuando recordó dónde había visto antes a la chica. Se levantó, miró a Derek y le dijo en tono confidencial:

—Ábrete ahora mismo, Derek. Me parece que acaba de ponerme el ojo encima una empleada del banco que reventamos en Essex. Estoy seguro de que la he reconocido de cuando estuvimos estudiando la zona.

Derek no necesitó que se lo dijeran dos veces y salió inmediatamente. Llamó por teléfono a las otras dos personas que tendrían que haber estado en la reunión y les dijo que se anulaba, agradecido de que Vincent tuviera el sentido común de no implicar a todos en sus marrones. Volvió al patio y telefoneó a Terry Marchant; le había dado la alerta y asegurado que el joven Vincent no se dejaría comprar. Solo confiaba en que lo que le estaba diciendo fuera la verdad y que el chico no sucumbiera si la policía le ofrecía un trato. No creía que fuera capaz de una traición así, pero en realidad no conocías del todo a nadie hasta que las cosas se ponían feas. Hombres más duros que él habían vendido a sus colegas ante la promesa de una buena tajada.

La verdad es que el chico le daba un poco de pena: tenía una novia embarazada y una carrera prometedora. Pero lo que le incordiaba era la novia. ¿Vincent tendría la boca bien cerrada ante la posibilidad de tener que dejar que ella se las arreglara por su

cuenta? Muy pronto lo sabrían, de eso estaba seguro.

Pero había un puto inconveniente: Terry tenía en cartera unos cuantos buenos trabajos preparados para él. Lo bueno era que tal vez la chica del banco no lo hubiera reconocido: al fin y al cabo, era un chico lo bastante guapo como para atraer cierto interés por parte de las mujeres. Pero si la muchacha lo recordaba de haberlo visto durante la misión de reconocimiento del banco, se había acabado todo. Él la había recordado a ella, así que la relación era indudable, como diría la pasma. De todos modos, una cosa era segura: si Vincent señalaba con el dedo a cualquiera de ellos, era hombre muerto. Y eso era una promesa. Firme.

Capítulo ochenta y ocho

-¿**Q**ué quieres decir con arrestado? —Mary Callahan miraba al padre de Vincent como si fuera una atracción del zoo.

—Lo que he dicho, Mary. Que lo han trincado por robar un banco.

—¿Cómo! ¿A Vincent?

Paddy O'Casey suspiró de fastidio.

—Escucha, ¿está por aquí Jack? —preguntó.

Mary abrió más la puerta e invitó al hombre a entrar. ¿En qué estaba pensando para tenerlo allí plantado en el escalón? Por el susto, supuso.

Jack Callahan estaba viendo las noticias con su hija. Cuando vio a Paddy entrar en la sala, supo de inmediato que no traía buenas noticias. Se puso de pie y estrechó la mano al recién llegado.

—¿Qué pasa? ¿Es Vincent?

—Lo han trincado, Jack —asintió Paddy—. Robo a mano armada.

—¿Cuándo? Si ha estado aquí todos los días...

Paddy movió la mano en el aire, fastidiado.

—Fue hace siglos. Una de las chicas del banco lo vio en un pub y la pasma lo tenía grabado en el circuito cerrado de televisión unos días antes del robo. Es un puto gilipollas. De todos modos, lo han trincado, aunque con un poco de suerte le pondrán una fianza. Pero el picapleitos no se muestra muy optimista. La chica del banco no fue la única que lo señaló, el gerente también lo hizo. Pero él no abrirá la boca para delatar a los otros y si se declara culpable puede que no le caigan más de diez.

—Jesús, María y el puto José, ¡eso destrozaría a Gabby! Confío en que esté con ella cuando nazca el niño.

Paddy O'Casey suspiró una vez más.

—Ya lo sé, pero en la vida no podemos tener siempre lo que queremos. Más vale que aprenda esa lección ahora, es un momento tan bueno como cualquier otro.

Mary Callahan notó el tono de derrota en la voz del hombre y sintió el impulso de cruzarle la cara. Hablaba de la vida de su hijo y se comportaba como si aquello no fuera más que un pequeño inconveniente. No era de extrañar que el joven Vincent pasase tanto tiempo allí. Bueno, ahora no aparecería en mucho tiempo así que tendría que decírselo a su nieta esa noche en algún momento. Se quedaría destrozada, y con toda la razón. ¿Por qué tendrían aquella racha de mala suerte? Es que parecía que las cosas se encadenaban una detrás de otra. Ahora Gabby estaría sola, y embarazada. Menudo panorama.

Capítulo ochenta y nueve

- **T**ienes que animarte, Gabby, esto no es bueno ni para ti ni para el niño. Gabby sabía que su abuela tenía razón, pero era difícil. Estaba embarazada de ocho meses y el padre de la criatura cumplía nueve años de condena en Parkhurst. Con buena conducta, saldría en cuatro. No había delatado ni implicado a nadie, y todos los hombres creían que era estupendo, un auténtico colega, un verdadero diamante de tío. Bueno, Gabby no compartía esa opinión. Ella pensaba que debería haberle contado a la bofia todo lo que sabía y zanjar el asunto muchísimo antes. Sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela. No lo decía en serio: sabía que había que aguantar el marrón. En su mundo los soplonos no eran bien recibidos en ninguna parte.

Y encima, su padre y sus hermanos habían descubierto dónde tenía escondido el dinero y se lo habían agenciado, así que después del negocio estaba sin blanca. Se habían lanzado sobre aquel dinero como monos sobre un plátano, y eso le dolía. Prácticamente le habían quitado la comida de la boca a su bebé. Los O'Casey se habían comprado una tele nueva y hecho unas cuantas fiestecitas con lo que tendría que haber sido *su* dinero. Pero Vincent ya no podía hacer nada por arreglarlo. Al menos desde donde estaba.

—Es que le echo de menos, abuela. —Su voz sonaba ahora como un doloroso lamento.

—Pues claro, nena, no sería natural que no fuera así.

La actitud franca y firme de su abuela la hacía sonreír algunas veces, incluso cuando al mismo tiempo era algo que le dolía. La actitud de Mary Callahan era: ha sucedido, supéralo. Pero claro, su abuela tenía mucha experiencia en lo relativo a ser dejada a un lado, o eso supuso. Pero eso no impedía que Gabby se sintiera sola y abandonada otra vez.

El niño dio una patada y Gabby sonrió; al menos su hijo estaba sano y fuerte, o eso daba ella por supuesto. Estaba decidida a ser la antítesis de su propia madre; ella haría todo lo contrario de lo que su madre había hecho con ella y con James júnior. Se figuraba que al menos de esa manera lograría hacer *alguna cosa* bien. Pero tener un hijo daba un poco de miedo. Una personita iba a depender de ti para todo, desde que le dieras de comer hasta que la cambiaras y la hicieras sentirse querida y amada. Bueno, pues aquella criatura iba a tener todo eso, y si su padre no podía estar presente no era porque él no quisiera. Es que legalmente no podía, y ella se lo explicaría así cuando llegase el momento. Eso era preferible a que fueran diciendo que a tu padre lo habían trincado.

Estaba a punto de salir de cuentas y sabía que la cosa no era agradable. Para ser completamente sinceros, tenía miedo de lo que acarrearía. Deseó tener una madre a la que acudir. La abuela era fantástica, pero era muy mayor y, a decir verdad, Gabby no quería darle más preocupaciones de las necesarias. Su abuela y su abuelo parecían

haberse hecho mucho más viejos de la noche a la mañana, y sabía que era por culpa de la tía Celeste.

Celeste era ahora una sombra de lo que había sido, y lo verdaderamente preocupante era que ahora no comía nada de nada, que se limitaba a tumbarse en la cama y ver sus programas favoritos. El abuelo la llamaba *Radio Times* porque se sabía todos los horarios de la tele, incluido el Sky Channel, de arriba abajo, por lo que todos se preguntaban si dormiría alguna vez. Opinaba que la BBC tenía una programación de calidad pero decía que prefería los espacios que no la hacían sentir que era tratada con condescendencia. Le gustaban mucho los programas de entrevistas americanos, y especialmente el de Oprah Winfrey, y creía que Jerry Springer encajaría en la audiencia estadounidense, aunque no en lo más alto. Hablar con ella era surrealista, porque a menos que lo hubiera visto en un programa de televisión, no estaba segura de que nada fuera verdad. Hablaba del doctor Phil como si hubiera venido a casa y la hubiera diagnosticado personalmente. Celeste era realmente buena diagnosticándose a sí misma. De acuerdo con un episodio de *Oprah*, estaba perdiendo peso porque su ángel bueno la ayudaba. Al fin y al cabo, los ángeles existían, ¿no? Celeste se lo tragaba todo: anzuelo, sedal y hasta el puto plomo. Pretendía entender de patología forense tanto como si la hubiera estudiado en la universidad, y le entristecía que la mayoría de los asesinatos de los que informaban los periódicos no fueran investigados con los mismos recursos que empleaban en los programas de televisión. ¿Y por qué no?, preguntaba. ¿Dónde estaba el doctor Sam Ryan de *Testigo silencioso* cuando lo necesitabas?

¿Los programadores nunca tenían en cuenta a las personas como su tía, que se creían toda aquella mierda sin ponerla mínimamente en tela de juicio? ¿O dependían de ellas? ¿Qué iba antes, la televisión o el espectador? ¿Tenía la gente alguna oportunidad frente a esos cerebritos de las televisiones de todo el mundo? Eso, comprendió Gabby, no estaba muy claro.

Hasta su abuelo Jack tenía que reconocer que Celeste no andaba bien últimamente y que parecía atrincherarse más y más en su universo televisivo a cada momento. Hablaba de Trevor McDonald como si fuera un amigo de toda la vida, y argumentaba que Michelle Collins no era una mala persona, que era *simplemente* Cindy Beale.

Ahora que raramente se levantaba de la cama, la cosa no olía bien. Todavía no había cumplido los cuarenta años y ya parecía una mujer de sesenta por lo menos.

Al entrar en la habitación de su tía, Gabby arrugó la nariz por el olor: un olor dulce, pero agobiantemente dulce. Gabby sabía que eran los caramelos de violetas de Parma que su tía chupaba todo el santo día, pero aun así le entraron ganas de vomitar.

—¿Te apetece que pidamos comida, tía Cel? Pedimos lo que tú quieras, a mí me da igual. —Aquello se estaba volviendo aburrido, porque le preguntaba lo mismo cada noche y cada noche recibía la misma respuesta.

—Yo no quiero nada, cariñito. ¿Qué tal os va a Júnior y a ti?

Gabby se sentó en el borde de la cama de su tía y dijo, tristonamente:

—Nos va estupendamente. ¿Y a ti?

Celeste miró a su sobrina a los ojos y vio la belleza de su rostro: era la misma belleza inocente que su madre había tenido, solo que en Cynthia había servido para encubrir su verdadera naturaleza.

—Una vez casi tuve un bebé, pero lo perdí. Perdí varios, en realidad. En aquel momento pensé que era algo terrible, pero ahora, bueno, hay que ver qué suerte tuve, ¿eh? Nunca tuve que contarles la verdad acerca de cómo era su padre ni tampoco tuve que mentirles. —Tosió suavemente antes de decir, seria—: Me estoy muriendo, Gabs, tengo cáncer de útero. Le pedí al médico que no se lo dijese a tu abuela. Ya sabes lo nerviosa que se pone con todo. Pero te lo digo a ti por si acaso no llego a ver nacer a este pequeño. No, no estés triste, yo *quiero* irme. ¿Qué clase de vida es esta que llevo, eh? Pero quiero que sepas que te echaré de menos y que te he querido como si hubieras sido mía.

Gabby bajó la mirada para contemplar el rostro de su tía que aún conservaba vestigios de su belleza anterior, y, casi ahogada por un sollozo, la apretó contra su pecho como si ella fuera la madre y su tía una criatura.

—Te echaré de menos, tiita Celeste.

Celeste sonrió entre lágrimas.

—No, no será así. Cuando me haya ido, tendréis todos un respiro, aunque no tan grande como el mío. Mi vida ha sido un desperdicio, no dejes que *a ti* te pase lo mismo. Prométemelo, cariño, prométeme que harás que tu vida signifique algo.

—Lo procuraré, tiita, lo procuraré.

Pero ya al decirlo, y al tiempo que rompía aguas, se le rompía también el corazón.

Capítulo noventa

Vincent O'Casey estaba agotado. Se había pasado toda la mañana en el gimnasio y luego toda la tarde cocinando. Una cosa buena de Parkhurst, que en el ala de máxima seguridad por lo menos no estabas siempre encerrado. Pero no dejaba de ser duro. Sabiendo que Gabby llegaría en cualquier momento, estaba como un gato sobre un tejado de cinc caliente. Los otros reclusos lo andaban fastidiando, pero él se lo tomaba con buen humor. El hecho de que no hubiera delatado a nadie había contribuido mucho a hacer su estancia en la trena muy llevadera. No era idílica, pero se podía soportar, y Derek Greene se había asegurado de que así fuera, lo mismo que Bertie Warner. El grupo de Manchester lo trataba como una especie de mascota, y él lo apreciaba porque comprendía que lo que estaba soportando allí metido servía para algo. Lo más duro de aguantar era que su bebé nacería sin estar él, y sabía que su Gabby lo necesitaba. Porque lo cierto es que la chica no tenía a nadie, salvo a sus viejos abuelos, y la verdad es que ya estaban jodidamente mayores. Buena gente, pero ya no exactamente en la flor de la juventud.

Pero no tenía sentido obsesionarse ahora con eso. Lo primero que había aprendido allí dentro era que el mundo exterior era algo sobre lo que no tenías el menor control y por lo tanto no podías permitir que te obsesionara. Ahora ya había aprendido a no dejar que sus pensamientos vagasen demasiado más allá de lo normal. Pero con su Gabby a punto de dar a luz a su primer hijo, un hijo que no vería hasta el día de visita, le resultaba cada vez más difícil hacer como si aquello le estuviera pasando a otro.

Se consoló con la idea de que él no había pringado a nadie allí dentro y podía ir con la cabeza bien alta. Pero eso no impedía que siguiese allí enchironado mientras su chica estaba sola y embarazada en el exterior.

Mientras caminaba hacia su celda, un guardia gritó su nombre y número. Se puso en posición de firmes, como se les exigía, y el guardia, uno de los pocos que era un buen tío allí dentro, le dijo feliz:

—Has tenido una hija, chaval. Tres kilos seiscientos. ¡Enhorabuena!

—¿Una niña? ¡Oh, Dios mío, he tenido una hija! ¡Joder! —Vincent daba saltos de alegría, su cara era el vivo retrato de la felicidad y su voz sonaba más fuerte de lo que había sonado nunca.

El jaleo había sacado a todos los internos de sus celdas y Vincent notó que todos le estrechaban la mano y le apretaban los hombros pero se sentía como en un sueño. Una niña... tenía una niñita. Confió en que Gabby no lo hubiera pasado demasiado mal. Según la mitad de los hombres que había allí, el primer parto siempre estaba chupado... salvo en el caso de George Palmer, cuya mujer había muerto al dar a luz, pero eso había pasado hacía veinticinco años. Hoy en día las cosas eran muy distintas.

Los guardias le dieron la enhorabuena, y uno le regaló un paquete de cigarros y

otras dos botellas de un whisky escocés bastante potable. Él ya sabía que en realidad aquello provenía de Derek Greene, pero aun así se lo agradeció a los funcionarios. A fin de cuentas, hubiera preferido desde luego estar al lado de Gabby y ver a la recién nacida con sus propios ojos. Eso los hombres del pabellón lo comprendían, e hicieron cuanto supieron para ayudarlo a olvidar. Les quedó agradecido porque no estaba seguro de si habría podido lidiar con todo aquello él solo.

Capítulo noventa y uno

Celeste murió justo dos horas después de que naciera el bebé de Gabby. La pequeña Cherie Celeste Mary Tailor entró en el mundo gritando, y aquel fue un sonido que su madre apreció desde el primer momento. Era una criatura grande y vigorosa, con abundante pelo rubio y los ojos azules de los Callahan. Era adorable y Gabby quedó inmediatamente prendada de ella, igual que la abuela y el abuelo.

Jack miraba a la criatura como si no hubiera visto un bebé en su vida. Se preguntó si sería porque era su bisnieta y nunca había creído que viviría tanto, o porque la niña era una preciosidad. Decidió que lo más probable era que fuese una mezcla de las dos cosas.

Era una noche de celebración, y una noche de luto. Como señaló su Mary, Dios se lleva a una persona y deja a otra en su lugar. Una tremenda gilipollez, la verdad, pero esa noche quería creérselo. Quería creer que su pobre Celeste reviviría tal vez en aquella niña. Se quedó un buen rato con la cría en brazos, la cuarta generación viva de los Callaban, y se preguntó qué clase de vida tendría aquella niña. Rezó porque fuera una buena vida, una vida buena de verdad. Su vieja madre le había dicho muchas veces que «la vida, por mucho que dure, es corta, así que aprovéchala todo lo posible mientras puedas». Qué gran verdad. Pero en la vida recién iniciada de aquella niñita, con una madre tan jovencísima y el padre cumpliendo condena por robo a mano armada, la verdad era que no podía ver el lado bueno por ningún lado. Esperó, contra todo pronóstico, estar equivocado.

Capítulo noventa y dos

Cynthia contempló al bebé, que era, a todos los efectos, su primera nieta. Había recibido la noticia por medio de una chica que había conocido en el colegio y con la que había restablecido una relación más bien episódica. La chica era bebedora y le pagaba unas libras a cambio de noticias de la familia de Cynthia. Ahora estaba ya en el hospital contemplando a la niñita de su hija.

La cría era preciosa, una niña robusta pero de rasgos delicados, con un espeso pelo rubio y lo que ya prometían ser unos ojos azul intenso. Oh, tendría los ojos de los Callahan, desde luego, no esos ojos insípidos de los Tailor que había heredado James júnior.

Mirando a través del cristal de la sala de recién nacidos, Cynthia Callahan sintió por primera vez en su vida que algo se removía en su interior. Y comprendió que por mucho que se esforzara en hacerlo desaparecer, nunca sería capaz de negarlo. Aquella cría le afectaba de una forma casi primaria. Ni siquiera sus propios hijos la habían hecho sentir aquella conexión tan profunda.

El bebé la miraba directamente a los ojos como si supiera que era su abuela. Nunca había visto un niño tan precioso, tan absolutamente maravilloso. ¡Y era exactamente igual que ella! La cría era clavada a Cynthia.

La intensidad de sus emociones le sorprendió. Se le vino a la cabeza que aquella era la *siguiente* generación. Ella había dado vida a la madre de aquella niña, y, de no ser por *ella*, aquella criatura nunca habría estado allí. Era un pensamiento muy fuerte. La hacía sentirse invencible, como el Matusalén bíblico, que había vivido novecientos años, bueno, él no, pero su prole sí. Al fin entendía lo que era la familia, y había hecho falta aquella niña para hacerle ver lo que significaba de verdad.

Su primer intento había sido desastroso —era demasiado joven y había tenido a sus hijos con el hombre equivocado—, pero ahora, con aquella pequeña, sintió dentro que tenía una oportunidad de redimirse y hacer que su vida significara algo. Podría hacer de aquella criatura una buena persona: si la dejaba con su madre, acabaría igual que esta. Una madre soltera adolescente, una jodida gandula que no servía para nada... al menos para nada que valiera la pena. Así que, por lo que respectaba a Cynthia, aquello no iba a ser así.

El bebé era como un imán, y sintió un tirón como no lo había sentido en toda su vida. Quería a aquella niña. Y removería cielo y tierra para tenerla.

Capítulo noventa y tres

- **E**ra mi hermana, mamá. Tengo todo el derecho a estar aquí. Mary miró a su hija a la cara y se preguntó cuál sería la verdadera razón de que aquella hija suya hubiera aparecido en la puerta de su casa a la hora del velatorio de Celeste. Podría aventurar una suposición, pero estaba segura de que se equivocaría. Cynthia no quería ni a sus propios hijos, así que ¿por qué iba a querer a una nieta? Mary consideró que no le quedaba más remedio que dejarla entrar en la casa y entonces había visto puro hambre en los ojos de Cynthia cuando miró a la pequeña Cherie metida en su moisés.

Cuando Cynthia entró decidida en la sala de estar y se inclinó de inmediato sobre la cuna para coger en brazos al bebé, Mary supo de alguna manera que su hija ya había visto antes a la criatura y se sintió como si estuviera siendo testigo de un crimen. Cynthia nunca había sido tan cariñosa con sus propios hijos.

—Si te sientes tan maternal, ¿por qué no vas a hacerle una visita a tu propio hijo? Estoy segura de que le encantaría disfrutar de un poco de interés materno.

Cynthia abrazó al bebé contra sí y dijo soñadora:

—¿Por qué no descansas un día, mami? Ya sé que he cometido errores, pero esta niña es mi nieta y, te guste o no, es así. Me recuerda a Gabriella cuando tenía esta edad. Es una criatura tan preciosa... —Cynthia sabía que Gabby podía oírla desde su dormitorio y continuó hablando con voz dolida—. Confío en que no separes a esta criatura de Gabriella como tú la separaste a ella de mí. Yo ya era consciente de que había cometido una gran equivocación al casarme con James, pero a quien querían mis hijos era a ti y no a mí. Ya procuraste tú que eso fuera así.

Mary se enfureció.

—¡Cómo te atreves! Yo recogí a tus hijos porque tú estabas harta de ellos. Y los he querido como si fueran míos.

Cynthia sabía que aquello era verdad, pero lo ignoró y dijo en tono conciliador:

—Por favor, mami. Es el funeral de Celeste. Ten un poco de respeto.

Mary se puso tan furiosa con las palabras de su hija que no podía ni hablar. ¡Cómo podía decirle aquellas cosas después de todo lo que había hecho! Su hija era una manipuladora que utilizaba a todos los que tenía alrededor. Bueno, pues *a ella* ya no la iba a utilizar más, aquello se había acabado ya.

—Eres bienvenida solo para presentar tus respetos. Después puedes largarte con viento fresco.

—He de decir, mami, que eso es muy propio de ti.

Cynthia estrechó a la niña contra sí. Desde ese primer contacto, supo que aquella cría estaba destinada a estar con ella. Le encantaba. Era una criatura perfecta en todos los sentidos, como lo había sido la pequeña Gabriella cuando nació, excepto que ahora Cynthia era mayor y sabía más, y había entendido por fin lo que significaba que alguien fuese de tu propia carne y de tu propia sangre. Qué llevaba a las mujeres

a matar por sus hijos y de qué iba todo aquello de la vida. Hasta ese momento no se había percatado. Hasta el momento en que tuvo a su nieta en brazos.

Cynthia contemplaba a la cría con tanto amor que hasta Mary se preguntó si no estaría equivocada respecto de su hija. ¿Podría ser que deseara una segunda oportunidad ante la maternidad?

Al contemplar a Cynthia, Gabby quedó del todo convencida de que el de su madre era amor genuino por aquella niña. Dolía, sabiendo que no había sentido nada así por ella o por su hermano, pero le alegraba que lo sintiera por su pequeña Cherie. La cría tenía tan poca gente a su alrededor en su corta vida...: su padre en la trena, la familia de su padre sin el menor interés por ella, y encima ese día era el funeral de su tía abuela. La familia se encogía cada día que pasaba.

Así que, por inútil que fuera su madre, Gabby le daba la bienvenida a la vida de su hija y aceptaba cualquier cosa que su madre le ofreciera, por lo menos mientras durase. Gabby estaba desesperadamente sola y necesitaba otra gente en su vida. En aquellas circunstancias, hasta su madre era preferible a nadie. Sabía que su abuela opinaría que estaba loca, pero ¿qué podía hacer? Era la abuela de Cherie, y se consideraba obligada a intentar tender algunos puentes. Por mala que pudiera ser su madre, parecía haberse enamorado del bebé y se la veía desesperada por volver a tener una familia.

Habían enterrado a Celeste, y sentían profundamente su pérdida, especialmente Mary, que siempre había tenido debilidad por su hija pequeña, que, a su manera, había intentado hacerles la vida más fácil. Ahora Mary tenía que procurar que su nieta forjase algún tipo de relación con su madre, la misma mujer que era responsable de la muerte de aquella hija que Mary había enterrado ese mismo día.

Capítulo noventa y cuatro

-¡**N**o es así, abuela!
Mary se encogió de hombros con cierta agresividad.

—¿Cómo es entonces, Gabby? Cuéntanoslo a tu abuelo y a mí. Nos interesa. Tu madre nunca fue lo que podríamos llamar una presencia asidua en tu vida, así que nos sorprende que ahora la veas tan a menudo.

Gabby no podía explicarle lo difícil que le resultaba últimamente separarse de su madre. Creía que había cambiado de verdad y que quería redimirse. Pero los abuelos no lo veían así. Sabía que tenían motivos para sentirse mal, pero al fin y al cabo estaban hablando de su madre, la abuela de Cherie. Tener a su hija le hizo sentir por primera vez en su vida que había hecho algo bueno a los ojos de su madre, y aquella sensación la hacía disfrutar. Era casi como si Cynthia la quisiera *a ella* a través de su bebé, y eso la hacía sentirse bien. Toda su vida Gabby había tenido la sensación de que había algo malo en ella, y si su propia madre no podía quererla, ¿quién iba a poder?

—Oh, abuela, ya sé que crees que estoy equivocada, pero *de verdad* que ha cambiado. ¡Quiere a la pequeña Cherie igual que nosotras! Por favor, abuela, no me lo estropees.

A Mary le afectaron aquellas palabras. ¡Como si *ella* fuera a estropearle alguna vez algo a aquella chica o a la niña que había traído al mundo! La única persona que alguna vez le había arruinado algo la estaba ahora acogiendo de nuevo en su vida con los brazos abiertos de par en par. Y nada bueno podía salir de ahí, a eso estaba dispuesta a apostar su dinero.

Comprendía por qué Gabby estaba tan desesperada por establecer algún tipo de conexión con su madre, incluso después de todo lo que había sucedido. A fin de cuentas, era su pariente más cercana. Mary se estaba viendo forzada a sentarse y esperar para, llegado el caso, recoger los pedazos, pues por desgracia sabía, con tanta seguridad como sabía su propio nombre, que aquello solo podía acabar con lágrimas.

Capítulo noventa y cinco

Al mirar a su mujer, Jack Callahan sintió la fuerza de Mary, como siempre le ocurría. Era más fuerte de lo que él lo sería nunca, y había hecho falta un infarto para que él valorase lo buena que había sido esa esposa, de la que llevaba disfrutando tantos años.

Pero ahora podía ver que estaba herida. Había enterrado a una hija, algo que ningún padre debería tener que hacer nunca. Eran los hijos los que debían enterrar a los padres y no al revés. Y le había puesto nerviosa ver a Gabby abrazada a su madre como un traje barato.

—No puede durar, Mary. Conoces a Cynthia tan bien como yo; lo joderá todo y Gabby acabará viéndola tal como es.

Mary sacudió la cabeza con cara triste: si solo fuera eso... Pero había visto a Cynthia mirando a su nieta y había reconocido aquella mirada. Ya la había notado muchos años antes. Cynthia había visto una oportunidad de corregir sus errores; todo lo que había hecho mal ya no contaba para nada ahora que había nacido la niña. Pensó que la criatura representaba una página en blanco, un nuevo lienzo en el que pintar su propia imagen. Cynthia no dejaría que se le escapase aquella cría, ahora no. Ahora que tenía un modo de entrar en su vida.

Mary había sentido lo mismo cuando Cynthia tuvo a Gabby y a James júnior. Era como una segunda ocasión para la maternidad. Cuando te hacían abuela, era como si Dios te entregase un niño sin soportar los dolores del parto. Y te entregaban algo que era incluso más precioso que tus propios hijos, sobre todo porque eran *tus* hijos los que lo habían generado.

Dolía un montón ver que Gabby se olvidaba de lo que su madre era capaz de hacer y la recibía con los brazos abiertos. Pero ¿qué podía hacer ella?

Cynthia estaba en plena ofensiva de seducción, y eso no era fácil de ignorar. Jugaba con el hecho de que Gabby necesitaba a su madre, pero Mary sabía muy bien que Cynthia perdería el interés muy pronto. Siempre pasaba lo mismo, y dejaba un rastro de muerte y destrucción a su paso.

La vida era dura para mucha gente, Mary lo sabía, pero a veces parecía que para su familia era más dura que para la mayoría. Cynthia se ocupaba de que fuera así: siempre había sido la responsable de sus problemas.

—Cynthia la disfrutará y luego la dejará tirada, Jack. Cynthia quiere a esa niña, pero no quiere a su madre.

—Por supuesto que es así —asintió Jack, completamente de acuerdo—. Piénsalo: ya está llegando a los cuarenta y no tiene nada en la vida; si es sincera consigo misma, en realidad *nunca* ha tenido nada. Para ella un bebé sería una novedad y, al fin y al cabo, es la única que no la conocería, ¿verdad? El resto del mundo la conoce. Los bebés quieren al que les da de comer.

—Eso es lo que me preocupa, Jack. No tanto el bebé como nuestra Gabby, que

siempre ha deseado que su madre la quiera, la admire y se preocupe por ella.

—Así es la naturaleza humana, Mary. Pero Gabby no es ninguna boba, se dará cuenta de que todo es un puto teatro y se la quitará de en medio.

—Pues yo no estoy tan segura de que lo haga, Jack. La chica necesita a Vincent, lo necesita a su lado. Lo echa de menos, es toda hormonas y deseos. Desea ser amada, y desea ser amada por las personas que le importan. Pero ojalá tengas razón, compañero. Espero de verdad que tengas razón.

Capítulo noventa y seis

—¡Mírala! ¡Es más lista que una jodida banda de monos!

Gabby notó el orgullo en la voz de su madre y se sintió henchida de orgullo a su vez. Ver a su madre con su hijita le hizo desear que también se hubiera comportado así con ella alguna vez. Aunque ciertamente a Cynthia se la veía ahora como una persona más feliz. De hecho, nunca antes Gabby había visto así a su madre. Estaba como más ligera, casi como una persona normal. *Casi* parecía disfrutar de la compañía de su hija, y no era ningún secreto que nunca se cansaba de la de su nieta. Gabby sabía que a la abuela aquello no le gustaba, pero no podía remediarlo porque el influjo de su madre era demasiado fuerte. Y ella había soñado durante años tener esa clase de relación. Soñaba despierta con que iban juntas de tiendas a comprar ropa, que almorzaban juntas, que lo pasaban bien juntas. Y ahora por fin hacían esas cosas, y todo gracias a Cherie.

Cherie era preciosa. También tenía una sonrisa maravillosa, y ahora que ya gateaba se estaba convirtiendo en una personita... una personita que miraba a su abuela con amor y felicidad.

—¡Ven conmigo, mi angelito! —Cynthia cogió a la niña y la colocó con cuidado sobre el cambiador. Sustituyó el pañal con mano experta, y canturreó a su estilo en aquel lenguaje suyo particular para bebés antes de decirle a Gabby:

—Hoy déjamela aquí y tómate la noche libre, cariño. Vete a visitar a tus amigas, dedícate unas cuantas horas a ti misma... las madres jóvenes necesitan esas cosas.

Gabby no estaba tan segura.

—Mira, Gabs.

A su madre le había dado otra vez por llamarla así y a ella le gustaba, le hacía sentir como si por fin formase parte de la vida de Cynthia.

—Podrás darte un buen baño en paz, arreglarte el pelo y, lo mejor de todo, podrás dormir toda la noche. La pequeña está echando los dientes y yo no tengo planes para esta noche. Puedes recogerla mañana.

La oferta sonaba tentadora, había que reconocerlo. Gabby paseó la mirada por la habitación de invitados del ático de su madre, que estaba decorada como el cuarto de los niños de una estrella de cine, y se quedó impresionada. Era limón pálido y blanca y tenía hasta estarcidos en las paredes. Resultaba maravillosa. Muchísimo más bonita que el dormitorio que la niña compartía con ella y la abuela. Comprendió que allí la pequeña Cherie estaría bien, pero seguía sin estar segura de querer dejarla. Si la dejaba a pasar la noche, Mary se enfadaría un montón, porque parecía creer que Cynthia no servía para nada. Deseó que pudieran verla junto a Cherie, era una estampa preciosa de ver.

Cynthia no iba a aceptar un no por respuesta.

—¿Cuándo fue la última vez que te comportaste como una jovencita, eh?
¿Cuándo fue la última vez que te pusiste tus trapos y pasaste la noche por ahí con tus

amigas? ¿Que tomaste unas copas y te soltaste el pelo? No es bueno para ti que estés encerrada todo el día con la niña, aunque sea una niña tan preciosa como nuestra Cherie. Nos quedaremos aquí esperándote —sonrió a la cría que tenía en brazos—. ¿Verdad que sí, mi amor? Esperaremos a mami, ¿verdad? ¿Cómo está esa amiga tuya, esa que yo siempre te decía que era una mala influencia?

—¿Christine Carter? Oh, sigue por aquí, pasa a verme de vez en cuando. ¡Ahora siempre está fuera en algún sitio!

Cynthia se rio con su hija. Sabía exactamente en qué andaba Christine Carter, era un epítome del puterío y el consumo de droga, según decían todos.

—Tendrías que llamarla, salir con ella. Ya no eres una niña, ¿verdad? ¡Apuesto a que te llevaría a pasarlo bien!

—Supongo que podría, sí, a ella le encanta salir una noche. Pero Vince...

—Vince está en la trena, cariño, y estoy segura de que si *él* tuviera la oportunidad de salir por ahí una noche, no se lo pensaría dos veces, ni por ti ni por nadie. Los tíos son así, cariño. De todas formas, tú no estás casada con él, y mientras continúe allí, ¿por qué vas a tener que estar encerrada tú también? El chico tendría que haberlo pensado, mi amor; si quieres *mi* opinión, creo que *te mereces* salir una noche.

Cherie le dirigió una de sus grandes sonrisas sin dientes y el asunto quedó zanjado.

Un poquito más tarde Cynthia le dio a su hija cincuenta libras en billetes.

—Pásatelo bien, mi amor, y no te preocupes de la pequeña Cherie, aquí estará perfectamente.

Entonces Gabby dio un abrazo a su madre, abrumada por su generosidad, y cuando su madre se lo devolvió, sintió como si le hubiera tocado el gordo de la lotería.

Capítulo noventa y siete

-¿**D**ónde demonios has estado?

La voz de Mary sonaba más enfadada de lo que Gabby la había oído nunca, y, poniéndose la almohada sobre la cabeza, gruñó:

—Ahora no, abuela, estoy cansadísima.

Mary abrió las cortinas y tiró de la colcha y la almohada de la cama de su nieta.

—Pues claro que estás cansadísima... has estado por ahí de juerga dos días enteros. Hoy es domingo, cariño, así que vas a levantarte, vas a ir a casa de tu madre y vas a recoger a tu bebé. ¿Te acuerdas de tu bebé? ¿*Cherie*, que tiene diez meses y es una verdadera maravilla?

Mary vio la cara ojerosa de la muchacha y suspiró con fuerza. En los últimos meses había empezado a frecuentar locales —fuera lo que fuese esa mierda— y al parecer a Gabby le había gustado más que a un pato un estanque. Estaba más fuera que en casa, y el resultado era que *Cherie* pasaba ahora más tiempo con su abuela que con su madre.

Mary no tenía dudas de que detrás de esa libertad recién descubierta estaba Cynthia, pero, de momento, a ojos de Gabby, Cynthia no podía hacerle ningún daño. No decía más que «mi mami esto» y «mi mami lo otro», como si de repente Cynthia hubiera pasado a ser un puto oráculo o algo así.

Mary estaba incluso más preocupada porque había encontrado unas pastillitas en el cajón de la mesilla de Gabby y supuso que eran esas cosas que llamaban éxtasis y de las que no paraban de hablar en las noticias. Eran muy peligrosas, alguna gente se había muerto por tomarlas.

Miró el cuerpo escuálido de su nieta; había perdido un montón de peso y muchas veces se la veía como atontada, pues ese era el único adjetivo para describir la mirada ausente en el rostro de la chica. Todo era por culpa de esa jodida de Christine Carter, a la que todos conocían en el barrio por cosas que iban de las drogas a los hurtos. Y ahora a Gabby le parecía que Christine Carter era el epítome del gran chic estilo viviendas protegidas.

Gabby ya se había vuelto a dormir y Mary lanzó un suspiro porque sabía que mientras estuviera así, no tenía ningún sentido tratar de hablar con ella. En cierto modo la comprendía. Gabby era poco más que una niña y ya estaba atada por un bebé, y encima con el padre encerrado en la isla de Wight. Con su madre rondando por allí, le parecía que el bebé estaba perfectamente cuidado; al fin y al cabo la abuela era la que mimaba a la criatura y se ocupaba para que Gabby pudiera salir y pasárselo bien. Mary no era tan vieja como para no comprender la naturaleza humana, y si fuera una vez por semana, no dudaría en animarla. Pero es que ahora salía casi cada noche. Fue como si Gabby, una vez probó la libertad, se hubiera quedado enganchada y quisiera más y más de la misma droga, pero a expensas de su propia hija casi recién nacida. Hacía diez días que *Cherie* no estaba en su casa y eso a Mary la tenía muy

molesta. A la asistente social tampoco le gustaba mucho, y eso no auguraba nada bueno.

Salió de la habitación con paso lento, y mientras hacía una taza de té se preguntó cómo acabaría aquello.

No tendría que esperar mucho tiempo para obtener respuesta a esa pregunta.

Capítulo noventa y ocho

- **M**i madre es demasiado mayor para tener al bebé a tiempo completo, yo creo que Cherie estará mucho mejor aquí. Y creo que Gabriella también lo preferirá.

La señorita Byrne asintió con resignación; a pesar de lo agradable que podía parecer esa mujer, había algo en ella que no conseguía identificar del todo.

—¿La policía está segura de que vendía drogas?

—Completamente segura. Se las vendió a una policía de incógnito —respondió sin rodeos la señorita Byrne.

Cynthia alzó los ojos al cielo, molesta.

—Por Dios santo, ¡en qué estaría pensando esa chica! Tiene una criatura a la que cuidar y hace una cosa tan estúpida. Admito que yo tenía mis sospechas, quiero decir, siempre anda por ahí. Sabía que estaba tomando algo, aunque no sabía qué. —Le dio al bebé una corteza de pan y luego la ató mejor en su trona—. Es tan joven... la verdad es que es demasiado joven para tener una hija. Yo le habría sugerido que abortase, pero mi madre no estaba dispuesta a permitirlo, por supuesto. Y ahora que esta criaturita está aquí no podríamos pasar sin ella, pero... —Dejó la frase sin terminar, pero la señorita Byrne no pudo menos de estar de acuerdo con la opinión de aquella mujer.

—En consecuencia, ¿está usted de acuerdo en cuidar a la niña hasta que estimemos que Gabriella está nuevamente preparada para centrarse totalmente en ella?

Cynthia se preguntó si aquella mujer se habría tragado un diccionario; habría apostado a que aquella forma de hablar abundaba mucho en las viviendas protegidas.

—Si a lo que se refiere es a si yo me quedaría con mi nieta hasta que Gabriella esté recuperada, pues sí, lo haría.

—Perfecto —aceptó la señorita Byrne—. Bien, entonces por aquí ya todo parece estar bien, y tengo que decirle que el cuarto de los niños es precioso. La verdad es que es una pequeña con suerte.

Cynthia se hinchó como un pavo con los elogios y, después de acompañar a la señorita Byrne hasta la puerta, tomó en brazos a su nieta y dijo con voz emocionada:

—¡Ya estamos solas tú y yo, nenita! ¡Tú y yo solas!

Apretó a la niña contra sí y tomó nota mental de darle unas libras a Christine Carter: después de todo, sin ella nada de aquello habría sido posible.

Capítulo noventa y nueve

-¿**P**ero qué diablo te entró, niña?

Un par de noches en las celdas habían despejado del todo a Gabby, eso seguro. Parecía espantada.

—¡Tráfico de drogas! ¡Nunca creí que llegaría este día! —Mary estaba destrozada con la noticia, y aquello era lo que hacía que Gabby se sintiera peor que nunca.

—No lo había hecho nunca, abuela... bueno, por lo menos era la primera vez. Christine me pidió que lo hiciera por ella porque se sentía muy mal. Yo solo hice lo que me pidió, ya sé que fui una estúpida...

Mary meneó la cabeza sin poder creérselo; ¿cómo podía ser tan estúpida aquella chica?

—Sea la primera vez o la enésima, en los tribunales no habrá diferencia. Y tenías drogas en tu cuerpo... salió todo en los análisis de sangre. Así que has perdido a tu hija. ¿Adivinas quién la tiene en este momento? Pues tu madre, y te digo que lo vas a tener muy difícil para recuperarla.

Gabby gimió de dolor y de vergüenza. Era como una pesadilla, una pesadilla creada por ella misma. Estar sentada en aquella celda apestosa le había hecho pensar en su vida y no había quedado muy satisfecha de sí misma, así que Dios sabe qué debía de pensar su madre de ella. Pero bueno, en realidad su madre era la que la había animado a salir y divertirse, incluso le había dado el dinero para salir y pasárselo bien.

Era extraño, pero desde aquella primera noche que salió de fiesta se sentía como una adolescente por primera vez desde hacía años. Rodeada por la música y por otra gente joven, había tenido una sensación de pertenencia. Aquello era lo que debería haber estado haciendo. Y si hubiera usado la cabeza, habría podido hacerlo sin tener la responsabilidad de cuidar un bebé, y, pese a lo mucho que quería a Cherie, echaba de menos su libertad. Aunque sabía que podía dejarla segura con su madre, que adoraba a la criatura. Porque tampoco estaba tan mal dejar a la cría con su abuela, ¿verdad?

Pero ahora tenía que ser sincera consigo misma. El problema no era dejar a la niña, el problema era que la dejara tan a menudo. Fingiendo que era solo porque sabía que su madre la adoraba, le había permitido convertirse en su principal cuidadora. Cherie ya ni siquiera quería volver con Gabby, solo quería a su abuela. ¿Y quién se lo podía reprochar? ¡Qué estúpida había sido! Y ahora tenía una condena por tráfico de drogas pendiendo sobre su cabeza. Sintió hasta mareos.

—¿Crees que iré a la cárcel, abuela?

Mary meneó la cabeza, desesperada.

—No lo sé, Gabby, sinceramente no lo sé.

Capítulo cien

Vincent O'Casey leyó la carta con rabia y resentimiento. Que su Gabby hubiera sido tan tonta era una cosa, pero descubrir que su hija estaba ahora bajo la custodia exclusiva de Cynthia Callahan era otra muy distinta. Después de lo que Gabby le había contado sobre cómo la habían criado a ella, no le hacía ninguna gracia que su niña estuviera ahora a merced de aquella mujer. Sin embargo, y según aquella carta, la madre era ahora otra persona, y estaba ayudando a su hija a recuperarse.

Gabby, como no dejaba de recordarse a sí mismo, era muy joven y había cometido un error muy estúpido. Eso se lo podía perdonar, pero lo que no podía perdonarle era que abandonase a su hijita de esa manera. Le iba prometiendo que en pocas semanas iría a verlo, pero se había perdido las últimas visitas, y también sus cartas iban escaseando. Y ahora él sabía jodidamente bien por qué.

Había echado de menos a Gabby, pero también a su niña. No la había visto muchas veces, pero adoraba a aquella niña. Era una cosita de lo más feliz, siempre sonriente y siempre preciosa.

Aquello era lo peor de estar en la cárcel, que el mundo seguía su curso y tú no podías hacer nada al respecto. Cuando las cosas se torcían, como con ese problema con Gabby, no podía hacer nada porque estaba allí encerrado. No poder ayudar a las personas a las que querías era peor que cualquier otra cosa que se le ocurriera.

Capítulo ciento uno

- **M**ira, Cherie, mira las fotos con mami.
Pero Cherie quería dejar el regazo de su madre y sentarse con su abuela. Cynthia sostenía un vaso de zumo de manzana, que sabía que era el capricho favorito de la niña últimamente. Cogió a la pequeña y se la sentó en las rodillas sonriendo ante la expresión decaída de su hija.

—Escúchame, Gabriella, los niños pequeños son amorales, se van con quien les da de comer. No es nada personal, cariño.

Gabby sonrió, pero tenía la mente en otra parte.

—Tengo que arreglarla ya, mi amor. Ahora va unas cuantas horas al día a una guardería tres días a la semana. ¡Está haciendo amiguitas, bendita sea! Mientras está allí, voy un ratito de tiendas o me paso por el gimnasio. La quiero mucho, cariño, pero es una cría difícil.

Gabby tuvo la impresión de que la echaba; supo que su madre le estaba diciendo que a ver si se iba pronto. La hacía sentir como si estuviera impidiendo a su madre y a su hija hacer algo, como si estorbaba. De hecho, se percató entonces de que ni siquiera le había ofrecido una taza de café. Solo llevaría allí veinte minutos, como mucho, y ya le estaban pidiendo, aunque fuese educadamente, que se fuera.

—Puedo esperar en la guardería con ella...

—No creo que sea una buena idea, Gabs, y, para serte sincera, creo que tú la alteras. Tiene que seguir una rutina, y la señorita Byrne piensa que necesita una vida más organizada. Además, que lo he arreglado todo para que vaya a merendar con una de sus compañeras. Una pequeña ricura, también, aunque no tanto como nuestra Cherie.

Gabby probó otra estrategia:

—Pero mañana me la llevo a ver a Vincent, está esperando verla.

Cynthia sonrió al oírla, y por unos momentos fue la antigua Cynthia.

—Bueno, no es que él pueda hacer gran cosa al respecto, ¿verdad? Son cosas que tendría que haber pensado antes de dejar que lo enchironaran.

—Pero quiere verla.

—Bueno, pues en ese caso se enterará de lo que es querer y no poder, ¿no crees? Le prometí a la señorita Byrne que haría todo lo necesario por el bien de esta criatura y creo que tú de momento no deberías estar con ella. Por lo menos hasta que te hayas recuperado. Los drogadictos no...

Gabby la interrumpió, indignada por las palabras elegidas por su madre.

—¡Drogadictos! Yo no soy una drogadicta, joder...

—*Traficante*, entonces —dijo Cynthia encogiéndose de hombros—. No nos quedemos con los detalles, nena. No creo que sea bueno para la niña andar llevándola de aquí para allá, ¿no crees? No se trata de lo que tú quieras o de lo que yo quiera, sino de lo que es mejor para una niña pequeña.

Gabby no supo argumentar en contra, pero veía que algo estaba equivocado allí. Ella era la madre de Cherie y quería a su bebé. Había cometido una equivocación muy tonta, pero ya estaba pagando el precio. Se sentía confusa: su madre quería volver a apartarla y tenía la insidiosa sospecha de que de alguna forma había jugado a favor de Cynthia y perdido a Cherie. Ahora su niñita tenía una nueva mamá, y esa era Cynthia Callahan. De golpe, con impactante claridad, Gabby se dio cuenta de que la abuela había dado en el clavo: lo único que Cynthia quería era a su bebé, y había utilizado a Gabby para lograr lo que quería. Lo sintió como si alguien le hubiese dado un bofetón en la cara.

—Te llamaré, Gabs, y nos pondremos de acuerdo para que vengas la próxima semana, ¿eh?

Cynthia estaba allí de pie con la niña en brazos y Gabby comprendió que su madre había sido más lista que ella, más astuta, y que ahora ella sobraba.

Capítulo ciento dos

- **N**o se puede llevar a nuestra hija por las buenas, Gabby. A ver si usas el coco. Gabby estaba sentada frente a Vincent y su corazón era plomo en el pecho.

—Pero ahora me doy cuenta de que la abuela tenía razón sobre ella. Todo aquel interés por mí no era más que por esa razón: para quedarse a Cherie.

Hoy Vincent no estaba de humor para esas cosas. Además, se sentía indispuerto; estaba incubando un resfriado y acusaba el encierro. Era algo que a los que cumplían condenas largas les pasaba dos o tres veces al año. En especial a los más jóvenes. Estar encerrado era muy duro y tenías que ser muy fuerte mentalmente para aguantarlo.

Respiró profundamente y contó hasta diez como le había dicho el instructor de gimnasia cuando sintiera que estaba a punto de estallar. Y después de exhalar lentamente el aire, dijo:

—Hoy no puedo hacer eso, Gabby, de verdad no puedo dejar que me vengas con llantos. A lo hecho, pecho. Todos sabemos lo que es. Ahora lo único que puedes hacer es tratar de solucionarlo y recuperarte tú mientras lo intentas. Pero yo no puedo ayudarte, y cuanto más me digas, más difícil será para mí, porque yo no puedo andar y salir por esa puerta para echarle una mano. Y eso me resulta difícil de admitir. ¿Tú piensas que tu madre ha pasado página? Puede que sí. Puede que en el fondo crea que es lo que más le conviene a la niña. Pero Cherie es *hija nuestra*. Así que todo lo que te puedo decir es que vayas a juicio, te declares culpable y negocies una sentencia. Luego lucha por recuperar a Cherie. Demuéstrale a tu madre, a las asistentes sociales, y al Papa si hace falta, que estás encauzando tu vida y todo saldrá bien, ¿de acuerdo?

Gabby asintió, con su adorable rostro blanco a causa de la aprensión.

—Y ahora dime, ¿cómo están la abuela y tu abuelo?

Capítulo ciento tres

David Duggan quedó muy impresionado con su vecina Cynthia Callahan, especialmente cuando le dijo que su hija era una adicta en rehabilitación y que ahora ella tenía que ocuparse de su nietecita. Por lo que le dijo, parecía que la hija era como el padre, sin fuerza de voluntad y siempre en busca de la opción más fácil. La pobre Cynthia le dijo que había hecho todo lo que podía, pero que la muchacha era un caso perdido y que ella no podía permitir que le pasara lo mismo a su nieta, cosa en la que él se mostró completamente de acuerdo. La niña era una delicia, además, y el hombre llegó a la conclusión de que se estaban convirtiendo en una pequeña unidad familiar.

Había empezado a quedarse unas cuantas noches a la semana. El sexo era increíble, y el desayuno de la mañana siguiente con la niñita gorjeando y haciéndoles reír se había convertido en el punto culminante de su existencia. No sabía lo que haría si se quedara sin Cynthia ahora, pues se había convertido en una parte muy importante de su vida. Además era una cocinera fabulosa, y últimamente le había dado por ir a su piso y hacerle la colada y la plancha.

De que utilizase esas oportunidades para revolver en su escritorio y echar un vistazo en sus extractos bancarios no tenía ni idea. Ella siempre le devolvía las llaves, así que no tenía manera de saber que había hecho un duplicado.

David Duggan se sentía un hombre con mucha suerte por haber tenido esa segunda oportunidad de ser feliz a aquellas alturas de la vida. Y daba gracias a Dios todos los días por haberle puesto a Cynthia Callahan en su comfortable aunque un tanto triste vida.

Capítulo ciento cuatro

Cynthia adoraba a su nieta y el sentimiento era absolutamente mutuo. Mientras la paseaba por el parque, Cynthia iba planeando la vida de la cría: un buen colegio —privado, por supuesto— y amigas agradables. En cuanto hubiera desplumado a David se mudaría, esta vez a un barrio agradable de las afueras. Un sitio donde la niña estuviera rodeada de las cosas más selectas de la vida.

Era como si le hubieran concedido una segunda oportunidad de ser feliz y estaba agradecida a los poderes que fueran por habérsela dado. El único problema era Gabriella; seguro que siempre iba a inmiscuirse alegando su derecho a desempeñar un papel en la vida de la niña, pero ya se encargaría ella, Cynthia, de que no pudiera hacer gran cosa al respecto. Bueno, por lo menos durante una temporada.

Los servicios sociales consideraban que ella era una abuela fantástica y Cynthia se aseguró de que así fuera, ofreciendo una imagen de amabilidad y generosidad. Se mostraron de acuerdo en que su hija era todavía demasiado inmadura para cuidar de una niña pequeña y ella les señaló además lo bien que se había adaptado Cherie a ella, lo que desde luego no era mentira. La niña estaba muy feliz, ¿y por qué no iba a estarlo? La tenía a cuerpo de rey, limpia y bien alimentada. Y además solo con lo mejor en ropa y calzado; era como una muñequita, y a Cynthia le encantaba vestirla de punta en blanco.

Sonó el timbre de la puerta y fue a abrir; esperaba que no fuera David con idea de tomar un café y echar un polvo rápido, pues la verdad es que hoy no estaba de humor para eso. Al abrir la puerta con una sonrisa plastificada impostada en la cara supermaquillada, se quedó de una pieza al encontrarse a su madre allí de pie.

—Hola, Cynth, ¿no me vas a invitar a entrar? La asistente social ha ido a aparcar el coche —dijo Mary.

Luego pasó junto a su hija, que se había quedado sin habla, entró en el amplio salón, se arrodilló, abrió los brazos a la pequeña Cherie y le dijo, feliz:

—Hola, mi pequeña preciosidad, aquí está tu abuela que ha venido a verte.

Capítulo ciento cinco

La señorita Byrne tenía la impresión de que algo no iba bien entre Cynthia Callahan y su madre, pero no podía señalar con exactitud de qué podía tratarse. Eran de lo más educadas la una con la otra, pero todo resultaba forzado, como si ambas representasen un papel. Cosa que hacían, por supuesto.

Mary no podía dejar de sentirse impresionada por la casa de Cynthia: aunque estaba más limpia de lo que parecía posible, no dejaba de tener el olor y de dar la sensación de un verdadero hogar. Los juguetes de Cherie estaban esparcidos por todas partes, cosa que jamás había visto en casa de Cynthia cuando Gabby y James júnior eran pequeños. A los pobrecitos les aterrizzaba la simple idea de hacer un ruido, y no digamos desordenar algo.

A Cherie se la veía bien cuidada y feliz, y eso era lo que de verdad le dolía a Mary Callahan. ¿Por qué Cynthia no había podido ser así con sus propios hijos? Viendo cómo la criatura alargaba los brazos a su abuela para que la cogiese y viendo a Cynthia sonreírle a la niña con auténtico afecto, incluso con amor, Mary comprendió que Gabby iba a tener que pelearse con su madre para recuperar a la criatura. Cynthia estaba loca por la cría, y nunca antes había estado loca por nada ni por nadie, excepto quizás por Jonny Parker... y mira cómo había acabado la cosa.

La asistente social contemplaba el espectáculo con fascinación: era obvio que aquella madre y aquella hija tenían problemas. Pero al menos habían establecido contacto. Tuvo la sensación de que estaba uniendo de nuevo a la familia y se sentía enormemente satisfecha de sí misma por ello. Sabía bien que el suicidio podía dividir a las familias, como había sido claramente el caso allí, pero con un poco de ayuda y un buen asesoramiento, quién sabe lo que se podría lograr. Cuando dijo eso mismo unos minutos más tarde, le sorprendió la reacción de aquellas dos mujeres, que parecía que no iban a parar de reírse nunca.

Capítulo ciento seis

-¡Jesús, Jack! ¡Pero si vive como una puta reina! El sitio es precioso, y odio tener que decirlo, pero la pequeña Cherie está radiante. No se me ocurre otro modo de decirlo: radiante.

Jack Callahan la escuchaba con un desaliento creciente. Parecía que su Mary había tenido razón desde el principio, y al mirar a la joven Gabby alzó la mirada como para decir «ya te avisé de que iba a pasar esto».

Gabby se tragó las lágrimas que amenazaban con caer.

—Entonces, ¿encontraste bien a mi mami? ¿Le pareció bien que fueras por allí?

—No tenía elección —dijo Mary con una risa de lo más amable—. Yo iba con la asistente social, y tú ya conoces a tu madre, podrían darle un Óscar cuando se pone a actuar. Odio tener que decir que ya te lo había dicho, pero así fue, ¿verdad? Ella quería a esa cría, y ahora ya la tiene y no hay nada que hacer.

—¡Pero yo soy su madre!

Fue el grito petulante de una cría, que, en realidad, es lo que era Gabby. Mary se preguntó por primera vez si Cherie no estaría mejor donde estaba, pero desterró ese pensamiento de la cabeza. Cynthia no era una persona de la que te pudieras fiar a la larga. Nunca lo había sido.

—Bueno, lo único que podemos hacer es seguir los cauces adecuados y, mientras, confiar en que tu madre acabe hartándose de jugar a las familias. Pero no apostaría mucho por eso, Gabby. Lo que puedo decir sinceramente es que nunca la había visto tan feliz. Nunca en mi vida había visto a una mujer tan obsesionada con una criatura. No la soltaré fácilmente.

Gabby sintió que el peso de su madre la aplastaba, se sintió como se sentía cuando era una niña pequeña incapaz de enfrentarse al poder que constituía su madre, al fariseísmo en que su madre envolvía hasta la última palabra. Comprendió que había sido una joven muy estúpida. Atrapada en el estilo de vida de Christine Carter, había andado demasiado ocupada disfrutando por ahí y olvidando sus responsabilidades. No iba a mentirse a sí misma en eso. Sin Vincent, solitaria, le gustaba fingir que era una joven despreocupada, salir de fiesta, tomar copas, echarse unas risas. También lo había pasado bien tomándose éxtasis y fumando un poco de droga con gente de su edad. Incluso le había gustado el interés que despertaba en los chicos, aunque nunca sucumbía a ninguna de sus insinuaciones, por lo menos tenía eso a su favor. Sabía que a Vincent le habían llegado rumores y que estaba tremendamente decepcionado con ella, pero sabía al mismo tiempo que él comprendía que era una chica joven que se había portado como una tonta y la había perdonado.

Bien, lo que tenía que hacer era recomponerse, esforzarse por recuperar a Cherie y forjarse una vida para las dos. La cosa no iba a ser fácil, pero sabía que si lo intentaba podía conseguirlo.

Jack Callahan estrechó a su nieta como si supiera exactamente lo que estaba pensando la chica y ella se preguntó por enésima vez cómo era posible que se la hubiese llevado su madre. Incluso sabiendo todo lo que le hizo a ella, lo mucho de lo que era capaz, aun así se había fiado de ella. Bueno, pues no volvería a cometer nunca más semejante equivocación.

Capítulo ciento siete

2003

Cherie miró a su madre y movió la cabeza con petulancia.

—Me quedo con la abuela. Mañana vamos a ir a una fiesta.

A los veintiún años, Gabby estaba acostumbrada a esa clase de conversaciones con su hijita; Cynthia siempre organizaba montones de viajes y fiestas cuando le tocaba tener a la niña el fin de semana. Gabby había aprendido hacía ya mucho tiempo a ignorar las inagotables súplicas de la niña. Pero en cuanto estaban fuera de casa de Cynthia, la cría era una niña completamente distinta.

—No, no te quedas. Vas a venir con mamá.

Cherie le puso mala cara a Gabby y dijo bien fuerte:

—Pero no me gusta nada tu casa, y la abuela Mary huele mal.

Gabby ardía de ganas de calentarle el trasero a la cría, pero consiguió controlarse no sin cierta dificultad. Su madre iría directa a las asistentes sociales para denunciar maltrato infantil, palizas o cualquier cosa que se le ocurriese.

Cynthia contempló el diálogo con una sonrisita de satisfacción en los labios. Tenía que dirigirla a su hija, porque Gabby estaba decidida. Era algo que había heredado de ella, desde luego, pero, al contrario que ella, no lograba mantenerla indefinidamente.

—La abuela Mary no huele mal y lo sabes.

Cherie no respondió, estaba esperando a ver primero lo que ocurría entre su madre y su abuela. Sabía que no se gustaban la una a la otra. A veces eso le preocupaba, pero otras veces eso redundaba en su favor; significaba que rivalizaban para ver cuál de ellas le daba lo que ella quería.

Gabby cambió de tema.

—Tu papá volverá a casa dentro de unas semanas.

Al oírlo Cherie se iluminó. Adoraba a su papi y creía de verdad que se estaba preparando para ser piloto de caza. Le habían contado esa historia como a tantos otros niños; era una historia que explicaba los uniformes que veían por todas partes durante las visitas. Cherie abrió la boca pero, ante una torva mirada de su abuela, la volvió a cerrar.

—Entonces los tres estaremos siempre juntos y tú podrás pasar los fines de semana en casa de la abuela *algunas veces*.

Métete esta por el culo, madre, y fúmatela.

Gabby sabía que Vincent estaba decidido a volver a encarrillarlas a todas, y se había portado de cine. Le había dado un toque a Derek Greene y desde entonces el dinero aparecía milagrosamente cada semana, igual que habían aparecido un bonito piso municipal y muebles nuevos. Ahora ya estaba consolidada como mujer de un

atracador y así era tratada por todo el mundo. Era asombroso lo que la amistad de Greene y Warner podía hacer por un individuo, y la chica les estaba agradecida. Sabía que además eso molestaba a su madre, y sabía *por qué* le molestaba tanto. Pero, como decía Vince, se había ganado sus alubias, había mantenido la boca bien cerrada y cargado él solito con el muerto. Así que *se lo debían*.

Últimamente era un Vincent muy diferente: ya era un hombre, un hombre alto y guapo y que, como ella, había madurado deprisa. Gabby sabía que cuando Vincent volviera a casa, su madre se llevaría el susto de su vida, y ardía en deseos de que llegase el día. Vincent la pondría en su sitio, como tenía que ser, y desde luego ella quería estar presente cuando lo hiciera.

Las asistentes sociales seguían rondando por allí como un mal olor, y había oído rumores de que su madre les contaba historias muy exageradas de los días locos de Gabby y de lo preocupada que estaba todavía porque veía a su hija demasiado inmadura para ocuparse de Cherie de una manera regular. Pero Gabby esperaba con mucha paciencia porque sabía que era inútil enfrentarse a aquella mujer. Sabía que las asistentes sociales se preguntaban de dónde procedía *realmente* su dinero, pero ya podían irse yendo a tomar por el culo, porque ella estaba más limpia que un silbido. Lo único que reclamaba era el subsidio familiar y un mínimo de prestaciones, nada más. Pero la sentencia por drogas, que, gracias a un buen alegato, había resultado en libertad condicional y ciento veinte horas de servicios comunitarios, todavía pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles.

La verdad es que era sorprendente: si su madre se hubiera quedado al margen, estaría ahora simplemente instalada con su hija y lo demás pertenecería al pasado. Pero no eran esos los planes de su madre. Desde el primer momento estaba decidida a quedarse con la niña, y rebajándose tanto como hiciera falta para asegurarse de que lo conseguiría. No había contado con que Gabby era tan cabezota como ella, cuando era necesario, así que las dos seguían jugando el mismo juego.

—Entonces, ¿han fijado ya la fecha de salida?

Gabby sonrió y Cynthia vio lo guapísima que era su hija. Le dolía verse a sí misma veinte años antes. Envidiaba a la muchacha su juventud, y ambas lo sabían.

—Sí.

Cynthia no estaba dispuesta a rebajarse a preguntar cuándo, ya lo descubriría muy pronto.

—Apuesto a que no ves el momento —dijo.

—No, no lo veo. Espera a que lo veas, mami, te llevarás la sorpresa de tu vida. — No era exactamente una amenaza en sí, pero la madre quedó preocupada con lo que aquello pudiera significar—. Venga, vamos ya, Cherie... tengo el coche fuera, ¡y vamos a ir al McDonald's a comer!

Cherie se puso como loca: le encantaba McDonald's. Su abuela decía que engordaban demasiado y que eran pura basura, pero a ella no le importaba. Así que ahora se puso encantada el abrigo para irse con su madre, y más todavía cuando le

prometió:

—Luego veremos lo que tú quieras en la tele.

Mientras su nieta se preparaba, Cynthia controló el impulso de agarrar a su hija del pelo y zarandearla hasta la muerte.

—Dile adiós a la abuelita, cariño.

Cherie besó y abrazó a su abuela, pero se veía claramente su impaciencia por marcharse ya de allí.

—No la dejes ver nada que le dé miedo, es demasiado pequeña.

Gabby suspiró con fuerza: era una cantinela constante. Cualquiera diría que dejaba que la niña se pasara el día y la noche viendo películas de terror.

—Como si la dejara alguna vez.

Cynthia replicó, disfrazando de santurronería su rabia:

—Bueno, si me entero de que ha estado pegada a la pantalla con esas series americanas de policías habrá asesinatos.

—Bueno, tú de eso sabes cantidad, ¿verdad, mami?

Cynthia se encendió con la alusión, y el hecho de que su hija se sintiera con la confianza suficiente para decir aquello hablaba por sí solo. La noticia del regreso de Vincent le había dado ventaja a su hija, ventaja que Cynthia tendría sumo placer en neutralizar. Todavía tenía algunas cartas en la manga.

Gabby sonrió.

—Nos vemos.

Cynthia le devolvió la sonrisa y añadió con maldad:

—Eso puedes garantizarlo.

Capítulo ciento ocho

- **E**n algún momento el chico aceptará algún trabajo. —Derek Greene estaba contento de que Vincent fuera a salir pronto.

Bertie Warner sonrió.

—Bueno, pues claro que sí, pero no durante unos meses. Primero tiene cuatro años que recuperar en materia jodienda, además de acostumbrarse a andar suelto. Le haremos una fiesta; después de todo, el chico es una puta perla. Suéltale unos pocos de los grandes para que salga adelante y ya veremos lo que ocurre. Igual quiere volverse honrado.

Derek se rio con fuerza de la ocurrencia.

Bertie hizo un mohín con los labios y luego dijo con cara seria:

—¡Eso ya ha pasado!

—Vincent no, lo lleva en la sangre. Me han dado muy buenos informes, ha cumplido su condena como un jodido hombre de ley, y es un gran tipo, según dicen todos. Pero claro, seis horas al día en el gimnasio endurecen a cualquiera. No, creo que tendríamos que encontrarle algo lucrativo, ayudarle a volver a la rutina. Nos hizo un favor muy grande a nosotros y a todos los implicados, y lo respeto por eso. Con solo dieciocho ya lo meten en la trena, y todavía el tío va y deja huella. Gustaba a todos, pero no aguantaba ni una tontería.

Bertie se mostró de acuerdo con su amigo y le dijo, jovial:

—Apuesto a que esa palomita suya está dando saltos de impaciencia, ¿eh? ¡Cuatro años sin un quiqui! Tampoco he oído decir nada malo de ella, ¿y tú?

—No desde hace mucho. Tuvo algún problemilla cuando él se fue, por vender éxtasis, nada menos, y por vendérselo a un poli de incógnito. Fue un asunto muy raro; no es que haya podido señalar a nadie, pero todo el asunto olía mal, ¿sabes? Esa zorra de Christine Carter andaba detrás... una buena elementa, esa pájara.

Bertie se quedó callado un momento.

—¿Crees que el joven Vincent querrá cobrarse alguna deuda? Ya sabes, ajustar cuentas pendientes.

—No le reprocharía que lo hiciera. La chica casi perdió a la criatura después de eso.

—Y ahora su madre tiene a la cría, ¿no?

—La mayor parte del tiempo, según tengo entendido. La jodida Cynthia Callahan, bueno, Tailor. ¿Quién dejaría a un niño inocente en manos de ese putón?

Bertie movió la cabeza ante la estupidez de los servicios sociales: leías cosas sobre esos jodidos locos en la prensa día tras día. Dejaban a los críos en manos de locos de atar que los asesinaban o los mataban de hambre y se los quitaban a personas estupendas. No tenían ni el más puto sentido común.

—Bueno, pues si quiere zurrarle la badana a Cynthia, yo me pido una silla en el ring.

—Estoy contigo —dijo Derek con una sonrisa.

—Pero fíjate, Derek, tenía un buen polvo cuando era joven. Un culo como dos huevos duros en un pañuelo, tetas apuntando al cielo y unos andares que ponían de rodillas a un hombre hecho y derecho. Bueno, cualquiera querría tenerla de rodillas a *ella*, ya me entiendes.

Derek se reía ahora abiertamente.

—La joven Gabby se parece mucho a ella, pues. La viva imagen.

—Sí —sonrió Bertie—, pero la joven no tiene aquel aire de peligro que siempre tuvo la madre. Y era una hija de puta de cuidado: se liquidó a mi colega y yo nunca le pude vengar porque lo hizo para defenderse a ella y a su hermana. Es una putada, pero es la verdad. Si Parker hubiera ido detrás de *mi* mujer, me habría gustado que tuviese a Cynthia Tailor en su equipo, ¿sabes qué quiero decir? Pero Kevin era tonto de cojones. Buscaba venganza y la venganza es un plato que se toma en frío, no en el fragor del momento.

Derek asintió a la verdad que contenían las palabras del otro hombre.

—Bueno, ninguno de ellos ha tenido demasiada suerte, ¿verdad? Jimmy Tailor se suicidó, a Parker lo eliminaron de la ecuación y el hijo está en una especie de centro para tarados mentales. ¡Vaya una familia jodida de cojones para emparentar con ellos! ¡A su lado, los Borgia son como un club de fans de Mickey Mouse!

Bertie se echó a reír.

—Bueno —dijo—, el joven Vincent pronto se aclarará con ellos en cuanto cruce las rejas.

Derek se mostró de acuerdo con su viejo amigo y dijo, con cara seria:

—Ahí te digo amén.

Capítulo ciento nueve

Mary quería mucho a la pequeña Cherie, que era una cosita adorable, pero veía en la niña muchas cosas de Cynthia y tenía que admitir que eso le molestaba. Tenía aquella misma vena egoísta y la misma arrogancia que habían sido la marca de fábrica de Cynthia toda su vida. Tenía al bisabuelo embobado, pero a Mary no se le escapaba que Cherie, incluso a los cuatro años, comprendía que su bisabuela no estaba tan enamorada de ella como debía estarlo. En consecuencia, la niña era un tanto arisca con ella. Era una pequeña manipuladora, lo cual no era de extrañar dado que, después de todo, tenía una gran maestra.

—¿Estás bien, abuela?

Mary asintió.

—Estoy muy bien, cariño, solo cansada, nada más. ¿Vince ha llamado hoy?

Gabby asintió y sonrió.

—Esta mañana —dijo—. No puedo esperar más, lo he echado tanto de menos...

—Es un tipo con suerte. A fin de cuentas, salió bien parado. Solo cuatro años...

—La voz de Jack sonaba llena de orgullo y, abrazando a su nieta, continuó—: Me han dicho que está muy bien considerado. El otro día fui al pub y todo el mundo, y cuando digo todo el mundo es *todo el mundo*, me invitó a las copas y me preguntó por él. Todos me decían que ese tío es oro molido. Ahí estuviste muy lista, Gabby, ese muchacho tiene un gran futuro por delante.

Gabby resplandeció ante las alabanzas y, sonriendo, dijo feliz:

—Ya lo sé. Bertie Warner pasó hoy por aquí y me dejó unas libras, según me dijo para que Vincent se recuperara mejor. ¡Me trajo diez de los grandes! Y también van a hacerle una fiesta... Eso a Vince le encantará.

Mary resopló desdeñosa y dijo en tono sarcástico:

—Diez de los grandes, ¿eh? Eso en qué queda, ¿eh? ¿En unos dos y medio por año? A Vincent le habría ido mejor siendo cartero, por lo menos así habría estado en casa todas las noches.

Gabby alzó los ojos al cielo, fastidiada.

—Vale, abuela —dijo—, te estamos entendiendo, pero a lo hecho, pecho, y lo único que quiero es dejar todo esto atrás. En cuanto Vince vuelva a casa, todo será diferente.

—Bueno, esperemos que le deje las cosas claras a tu madre.

—Creo que eso está garantizado, abuelo. La odia.

—¡Entonces igual que yo! —se rio Jack Callahan—. ¡Ahora ya no hablo con ella si no es por medio de una médium!

Hasta Mary se rio al oírlo, aunque el chiste la dejó triste. Cynthia les había causado demasiadas complicaciones, y después de todos esos años todavía intentaba tirar de los hilos.

Capítulo ciento diez

James Taylor júnior miró alrededor con ojos recelosos y se preguntó si la chica que tenía sentada frente a él en el autobús merecía el esfuerzo de entablar conversación. Tenía un pelo largo y bonito, oscuro, de un color que parecía natural, aunque nunca lo podías decir, nunca podías estar seguro de nada.

Al bajarse del autobús notó los cambios que se habían producido en la zona: si acaso, parecía todavía más destartalada de lo que lo estaba cuando iba allí de niño. Fue andando por la calle y notó que el tráfico había duplicado su intensidad y que ahora todas las tiendas eran de comida preparada o garitos para cobrar cheques. Sabía que cuando empezaron a instalarse casas de empeño en la zona, era porque el trabajo comenzaba a escasear. Era de sentido común: los ricos no necesitan casas de empeño. Aunque a él le venían bien, le aceptarían un televisor sin hacer demasiadas preguntas y, como para la mayoría de los yonquis, esas tiendas eran un regalo del cielo.

Estaba sonriéndose para sí mismo y se preguntó qué clase de reacción tendrían en casa de su abuela. Ni una jodida visita le habían hecho en esos años; una tarjeta de cumpleaños o por Navidad era la suma total de su interés por él. Lo que, para ser justos, era más de lo que podía decir de su madre. No había oído ni media palabra de ella desde que lo encerraron. Y cuando le habían dicho que ya podía irse a casa, su madre contestó: «No, gracias, ya no es responsabilidad mía». ¡Qué puto descarro tan diabólico! ¿Quién coño se creía que era? Bueno, ahora él iría a verla también, y en cuanto la viera ella sabría de qué iba la cosa.

La única persona que en general había tenido verdadero contacto con él era su hermana. Gabby le escribía al menos tres veces al año, y eso lo había apreciado. De hecho, le habría gustado contestarle, pero ¿qué podría haberle contado? ¿Que seguía allí encerrado? ¿Que seguía teniendo problemas? ¿Que seguía peleándose con todo el mundo?

No obstante, había aprendido a jugar el juego. Y finalmente había decidido que para salir de aquel sitio tenía que cambiar, y eso había hecho. Se había comportado como ellos querían que se comportase y los psiquiatras se habían dado palmaditas en la espalda entre sí: ¡mira qué bien lo hemos hecho con este chico, puede volver a integrarse en el mundo real, vivir en sociedad y reinsertarse!

Jodidos imbéciles. A los dieciséis había pasado de un hogar de acogida a su propia habitación individual. Seguía estando clasificado como enfermo mental, pero ahora ya no como violento. Fue en la habitación cuando descubrió la heroína. No había sido capaz de creerse que fuera ilegal, ¡si era la cosa mejor que había experimentado en su vida! ¡Y había empezado a tomar más drogas que el jodido Kurt Cobain! Antipsicóticos... todo lo que digas lo había probado. Había pasado la mayor parte de su vida allí volando más que un avión jumbo. Ahora ya sabía lo que era andar suave y le gustaba. Seguía teniendo fantasías violentas, pero la heroína ayudaba a someterlas mucho mejor que aquellas putas pastillas que se le atravesaban en la

garganta.

Así que, finalmente, iba a visitar a su familia. Simplemente iba a ver cómo estaban las cosas y, lo más importante de todo, dónde vivía aquella guarra de su madre.

Mientras caminaba hacia la casa de los abuelos, vio a Roy Brown, y estuvo a punto de saludarlo. El incidente del gato llevaba mucho tiempo perdido en su memoria, pero ahora recordó el suceso y estaba seguro de que su abuela también se acordaría; no era exactamente el tipo de cosa que se olvida, supuso.

Todo le vino a la cabeza: la expresión de la cara de su abuela cuando vio su cuchillo del pan, aquel precioso cuchillo del pan antiguo que ella encontraba tan jodidamente maravilloso. El recuerdo le hizo reír. ¡La abuela estaba tan graciosa con aquella expresión de asombro en la cara!

Luego recordó la tunda que le había dado el abuelo y dejó de sonreír inmediatamente. Torció el gesto, amenazador. Le gustaría ver si aquel viejo cabrón lo intentaba ahora; barrería el suelo con él partiéndose de risa.

James hizo unas cuantas inspiraciones profundas; tenía que serenarse, tenía que aparentar que ahora era un buen chico. Era como fingir delante de los matasanos y los asistentes sociales: mientras les dijeras lo que querían oír y te comportases como querían que te comportases, estabas bien.

Ya se había percatado de que la vida no era nada más que un juego complicado: tú representabas el papel que te exigían y mirabas y esperabas tu oportunidad. La verdad es que era muy sencillo.

Al acercarse a la casa de la abuela, sintió los primeros cosquilleos de excitación mezclada con aprensión. Pero hacía ya diez años que no los veía y supuso que eso era de esperar.

Capítulo ciento once

-¡ **V**amos, mami, quiero ir a McDonald's!

Cherie ya se había aburrido de estar en casa de su bisabuela Mary. Todo lo que su bisabuelo quería hacer era ver las carreras de caballos, así que ella le había escogido los ganadores, y como uno lo había logrado, ahora era la reina del mundo de los caballos. Por lo menos eso era lo que la llamaba su bisabuelo. Pero allí el aire era agobiante y ella quería salir fuera, ir a algún otro sitio. Allí olía a cigarrillos, grasa de freír patatas y abrillantador para los muebles, y lo odiaba, al igual que su abuela Cynthia; ella decía que esa casa era como una tumba y luego le explicaba que era un lugar para gente muerta. La verdad es que eso Cherie no lo entendía muy bien, pero se imaginaba que el olor de la casa de su abuela Mary era el de la casa de una persona muerta y no le gustaba nada pensar en eso. La gente muerta daba miedo.

Le gustaba el piso de su mami porque era alegre y luminoso. Pero la abuela Cynthia decía que su mami no era una buena mami, y la policía no la dejaba quedarse allí todo el tiempo porque su mami vendía drogas y su papi estaba en la cárcel. Ella no se creía lo de que su papi estaba en la cárcel y trataba de explicar que se estaba preparando para ser piloto de caza e ir a la guerra. Pero su abuela Cynthia decía que todo eso eran mentiras y que no lo olvidara. La verdad es que era todo muy confuso; tenía que acordarse de demasiadas cosas y era muy difícil de comprender.

Pero de lo que sí estaba segura es que su abuela Cynthia la quería más que nadie en el mundo. Sabía que eso tenía que ser verdad porque su abuela Cynthia era la persona con la que tenía que vivir.

Cuando ya iban a irse, sonó el timbre y Gabby fue a abrir. Cherie vio que su madre daba un paso para atrás y advirtió inmediatamente que algo raro sucedía. Y sabía que tenía que contarle a su abuela Cynthia *cualquier cosa y todas las cosas* que viera u oyera.

En la puerta había un hombre muy grande y Cherie lo miró con interés; el hombre sonreía, pero no tenía buena cara. Llevaba el pelo largo, rubio oscuro, e iba vestido como solían vestir los chicos que circulaban por las viviendas donde vivía la abuela Mary. Llevaba puesta una parka guateada, vaqueros caídos y unas deportivas Adidas cubriendo los pies. Hecho una facha: así lo describiría su abuelita Cynthia. De algún modo resultaba amenazador, aunque en lo primero en que reparó fue en los dientes tan feos que tenía.

Escuchó atentísima lo que el hombre dijo:

—Hola Gabby, cuánto tiempo sin verte.

Capítulo ciento doce

Cuando Mary Callahan fue a ver qué pasaba, pensó que se iba a desmayar del susto de ver a su nieto plantado en el vestíbulo de su casa. Sabía que debería decirle que se marchara, pero ¿cómo iba a hacerle una cosa así? Debían de haberlo considerado en sus cabales o no lo habrían dejado andar por la calle, sin duda.

—Parece que hubieras visto un fantasma, abuela.

Le estaba sonriendo y Mary vio que, al margen de lo que hubiese cambiado, seguía teniendo aquellos ojos muertos. La sonrisa parecía realmente auténtica, pero no se traslucía en sus ojos. Le recordaba a un pez muerto, no se percibía ninguna emoción. Era la viva imagen de su padre, pero de alguna manera más grande, y sintió que su amenaza le invadía y se echó para atrás instintivamente.

Se dio cuenta de que Gabby se había situado detrás de ella con la pequeña Cherie en los brazos.

Fue Jack el que tomó el mando. Entró en el vestíbulo, miró al chico de arriba abajo y luego dijo con voz calma:

—¿Qué quieres?

—No quiero nada, abuelo —James esbozó una sonrisa—. Andaba por la zona...

—Pues aquí no eres bienvenido, hijo. Lo lamento, pero lo mejor es decírtelo directamente.

Mary y Gabby soltaron un suspiro de alivio. James no era una persona como para invitarla a formar parte de tu vida. Era algo triste, trágico, pero todos sabían que era lo mejor. James estaba medicado, pero eso no garantizaba nada. Sus «episodios psicóticos», como los denominaban —incluso a pesar de que al parecer ya había pasado cierto tiempo desde el último—, seguían siendo algo cuyos efectos nadie en su sano juicio querría sufrir.

A James no le sorprendieron las palabras de su abuelo, pero tuvo que tragarse el impulso de agarrar al viejo cabrón por el pescuezo y darle una buena lección. Se limitó a encogerse de hombros con displicencia.

—Tal como me esperaba. Pero pensé que podía pasar a saludar un momento.

Volvió la mirada hacia su hermana, sonrió a Cherie y dijo:

—Es preciosa, Gabs. Es igual que madre, pero no se lo echaré en cara. Pensaba ir a visitarla ahora, pero nadie me da su dirección. Supongo que tú no la tienes, ¿verdad?

Al oírlo, Jack Callahan se rio.

—Yo te la apunto, hijo, estoy seguro de que tenéis que ponerlos al día de muchas cosas.

Capítulo ciento trece

Vincent estaba tumbado en su celda y contaba las horas para salir por la puerta de aquel basurero y recuperar su sitio en la sociedad. El chico que iba a volver a casa era alguien distinto, y él lo sabía. Confiaba en que su Gabby estuviera tan emocionada como lo estaba él. A pesar de que tenían una hija, la verdad es que nunca habían pasado una noche en la misma cama, y no digamos ya vivir en la misma casa. A los dos iba a costarles lo suyo acostumbrarse a eso.

Vincent sabía que tenía que ordenar un montón de cosas. Lo primero, y ante todo, esa presumida de Cynthia. Que lo hubieran trincado fue toda la munición que necesitó para mantener a su hija junto a ella. Bueno, pues se iba a llevar un jodido buen susto en cuanto dejara atrás aquella puerta. A la pobre Gabby la habían tratado abominablemente, y no solo aquella capulla, sino también su propia familia. Su padre y sus hermanos habían trincado su pasta y se la habían fundido sin darle a Gabby ni siquiera unos pocos chelines para sacarla de apuros. Él había dejado a aquella cría de dieciséis años sola para lidiar con todo y eso para él había sido como un cáncer durante los últimos cuatro años.

Había hecho lo correcto manteniendo la boca cerrada, pero ahora quería alguna compensación a cambio... y tenía toda la intención de obtenerla. Era verdad lo que se decía allí dentro, que las últimas semanas eran las peores. Por lo menos cuando todavía no tenías una fecha de salida no te obsesionabas demasiado. Pero una vez que te fijaban fecha, parecía que el tiempo empezaba a ralentizarse y cada día era como un puto mes. Pero bueno, *tempus fugit* y todo eso, y al final acabaría por pasar volando y él se vería por fin en el exterior.

Al siguiente coñazo al que tendría que atar corto sería a su viejo. Iba a hacerle un buen tajo, dejarlo marcado para toda la puta vida. A ese mamón de irlandés borracho le había faltado tiempo y antes de que le echasen la sentencia ya le había trincado sus reservas y las había dilapidado. Ahora tenía pensado hacerles entender desde el día uno que él *no era* hombre para dejarse desplumar y que cualquiera que se le atravesase pagaría las consecuencias. Y las pagaría caras.

Había tenido cuatro putos años bien largos para planearlo, y pasarse el tiempo tumbado en su cubil haciendo planes le había hecho conservar la cordura. Estaba desesperado por volver al mundo y dejar su impronta en él. Ahora ya era un hombre hecho y derecho y, como decía la Biblia, había dejado a un lado las niñerías. Estaba decidido a hacerse con un garaje, un negocio legal, y se iba a convertir en el mejor conductor que Londres hubiera visto nunca.

Derek Greene ya le había hecho llegar un mensaje sobre cómo iba a ayudarle a echar a andar y él se ocuparía de que el hombre cumpliera con sus promesas. No muchos jóvenes habrían mantenido la boca tan bien cerrada como él, dejando a su chiquita sola, preñada y presa deseada de todos.

Había sido duro ver a la pobre Gabby tratar de tenerlo todo bajo control.

Comprendía que alguna vez se hubiese salido un poco de madre, al fin y al cabo era una chica joven y las chicas jóvenes necesitaban que alguien las mantuviera por el buen camino. Ahora todo estaba perdonado y olvidado. La abuela y el abuelo se habían portado como los ángeles y él les recompensaría por su lealtad y su amabilidad con su pequeña familia.

Pero no veía el momento de salir de allí y empezar a saldar las deudas que sabía que eran suyas y solo suyas. Cuando hubiera terminado con la gente que estaba seguro de que le había robado, su nombre se habría convertido en sinónimo de puto desquite. Y él mismo se aseguraría de que nadie, pero ni una puta persona de este mundo, podría pensar que volvería a engañarle jamás.

La cárcel era un sitio extraño: o te destrozaba o te hacía más fuerte. Bueno, pues ahora él era más fuerte tanto física como mentalmente de lo que lo había sido en toda su vida. Había leído libros hasta que había acabado entendiéndolos, se había entrenado a diario haciendo ejercicio para impedir que tanto su mente como su cuerpo se estancasen y ahora estaba listo para cualquier cosa. Literalmente.

Pensó en la última visita de Gabby: ahora estaba hecha una mujer jodidamente guapa, era todo lo que había deseado, incluso más. Sus sentimientos hacia ella nunca habían flaqueado. Le pondría el mundo a sus pies y disfrutaría haciéndolo. Los dos juntos eran capaces de grandes cosas. De eso, por lo menos, estaba bien seguro.

Capítulo ciento catorce

- **C**reo que tendríamos que haberla avisado.

Jack Callahan no tenía esos escrúpulos y así se lo hizo saber a su esposa:
—¡Al carajo! El hijo es *suyo*, ella lo mandó allí, así que vamos a dejarla que por una vez en su vida se ocupe de su propia mierda.

—Supón que el chico le hace daño...

—Bueno —dijo Jack, encogiéndose de hombros con displicencia—, a nosotros solo nos queda esperar, cariño. Ahora hazme una taza de té y deja de preocuparte.

Mary fue a la cocina y puso la tetera en marcha, pero estaba preocupada. Era imposible prever lo que iba a hacer James júnior, y, fuera lo que fuese Cynthia, ella no quería tener una cosa así sobre su conciencia.

En el fondo de su corazón siempre había sabido que algún día James aparecería ante su puerta. Era natural que finalmente quisiera ver a los suyos. Pero, siendo honesta, ella simplemente había *esperado* que no fuese así.

Muchos años antes alguien le había preguntado si creía que la tragedia acechaba a alguna gente, y si esa persona volviera a hacerle ahora esa misma pregunta, le diría que sí. La tragedia y el mal habían sido las plagas de su familia, y estaban indefensos ante ellas.

Hizo el té y se lo llevó a su marido, que tomó el tazón que le ofrecían y le dio unos traguitos sin otra preocupación en el mundo. Mary lo admiraba en muchas cosas, como que no había nada que de verdad lo inmutase. Su Jack lo veía todo en blanco y negro. Para él no había manchas grises.

Capítulo ciento quince

Bertie Warner decidió hacer la fiesta en honor del joven Vincent en un pub de Bow Road. Él mismo se encargó de la comida y la bebida y todo hacía presagiar que iba a ser una gran noche, listaba impaciente por volver a incorporar al muchacho al redil.

Miró a la joven Gabriella, que se había pasado por allí para hablar de la música que pondrían en la fiesta, y comprendió qué era lo que había atraído al muchacho. Era una preciosidad, y le había estado esperando, cosa que siempre consideraba una buena señal en una chica, desde su punto de vista. Le recordó a su propia esposa, tranquila y sensible, dos buenos rasgos para la esposa de un maleante. Si la pasma daba una patada en la puerta a las tres de la mañana con una orden de registro en una mano y un perro sabueso en la otra, siempre era útil tener una esposa que asumía sin problemas la irrupción y no dejaba que los niños se enterasen. Incidentes laborales y cosas de esas, en todos los trabajos las hay.

—Debes de estar deseando volver a verle libre, ¿verdad, cariño?

—¡Será estupendo! —Gabby asintió feliz—. Y quiero darle a usted las gracias por su ayuda, señor Warner, se le agradece de veras.

Se sintió conmovido, y se sorprendió de que todavía pudiera emocionarse así después de tantos años. La mayoría de las mujeres en su posición andarían lamentándose de que no podían lidiar con tantos casos, y después de todo tenían una enorme deuda de gratitud con el hombre de aquella joven. Pero aquella preciosidad estaba verdaderamente agradecida. Nunca dejaría de haber cosas que te sorprendieran.

—No se merecen, cariño. Ni siquiera empieza a cubrir gastos. Tienes un buen tesoro en ese Vince.

La chica resplandeció con el halago y dijo, sincera:

—Eso no hace falta que me lo diga, señor Warner. Siempre he sabido que mi Vince era especial. Pero lo he echado mucho de menos. Yo solo tenía dieciséis años cuando lo encerraron, ¡ni siquiera hemos pasado una noche entera juntos! Y ahora ¡por fin viene a casa a vivir con nosotras! ¿No es una locura?

A Bertie Warner le entraron ganas de echarse a llorar de verdad. Aquella jovencita le había mostrado que uno nunca es tan duro como para no valorar una buena historia de las que te hacen llorar cuando las escuchas. Y no era siquiera que la chica buscase un poco de compasión, es que era sincera, simplemente.

—Es un hombre de suerte por tenerte a ti, cariño... os deseo a los dos una vida larga y llena de felicidad. —La chica sonreía de emoción y el hombre pensó otra vez lo encantadora que era. Sintió envidia del joven Vincent cuando volviese a casa junto a ella—. Contrata a un DJ o lo que sea que os gusta ahora y cárgaselo al pub, simplemente, ¿de acuerdo, cariño?

La chica asintió; aquello era un sueño para ella, un sueño que venía soñando

desde hacía cuatro años muy largos. Y que por fin iba a hacerse realidad.

Capítulo ciento dieciséis

- **M**ami, escúchame. Vincent quiere a su hija en casa, y da igual lo que les cuentas a las asistentes sociales, ya están tramitando una orden de residencia para que la niña vuelva a casa a tiempo completo. Así que si ahora me pones trabas, se lo diré a Vincent para que lo arregle él contigo.

Cynthia sabía que llevaba las de perder. Tenía que manejar el asunto con tiento porque si ahora metía la pata perdería todo contacto con la pequeña Cherie, y eso no tenía que pasar nunca. Tenía que jugar bien sus cartas. Aquel par de marionetas ya lo estropearían todo por su cuenta, y cuando eso pasase se aseguraría de estar allí para recoger los pedazos. Así que se colocó una sonrisa falsa en la cara y dijo:

—Lo sé, cariño, e iba a decirte que ahora que estáis otra vez juntos debéis formar una familia como Dios manda. La asistente social me ha explicado que ya estás encarrilada y que confían en que puedas asumir tu maternidad de una manera adulta y responsable.

Hizo una imitación de la señorita Byrne tan buena que hasta Gabby tuvo que reírse.

—¡Eso es exactamente lo que me dijo a mí también! ¡Exactamente, con esa misma voz! —Estaba tan feliz de que Vincent volviera a casa que hasta podía mostrarse amable con su madre.

—Mira, Gabriella, lo de tener yo a Cherie aquí no era nada personal, sabes. Era solo por tu bien. Tenías dieciséis años y estabas sola, y ya sé que yo no fui la mejor madre del mundo, ni para ti ni para tu hermano, pero con Cherie era distinto. Me sentía mayor y más sabia. Estaba preparada para tener la responsabilidad de una criatura y, a decir verdad, intentaba ponerme a tu altura por todo lo que había sucedido en el pasado. Si la hubiera dejado contigo, habrías podido joderlo todo bien jodido. Eras demasiado joven, querida; sencillamente.

Gabby sonrió a su madre a pesar de que no se creía ni una palabra de lo que le decía aquella mujer. Estaba dando marcha atrás con estilo, y eso significaba que era más peligrosa que nunca, porque algo andaba tramando. Bueno, pues que lo tramase. Esta vez Vincent estaría allí para protegerla.

—Gracias, mami. Por cierto, ¿has sabido algo de James?

Durante un segundo, Cynthia se quedó desconcertada. Luego Gabby vio cómo se le hacía la luz al comprender de quién le estaba hablando.

—No, ¿por qué? ¿Tú sí?

Gabby disfrutó al ver el desconcierto de su madre y eso la entristeció porque, al fin y al cabo, no dejaba de ser su madre.

—Sí, apareció por casa de la abuela la semana pasada. Vino preguntando por ti. No sabía si había contactado ya contigo.

Cynthia sacudió la cabeza con fuerza y Gabby se dio cuenta de que estaba afectada, más de lo que había sospechado.

—¿Qué aspecto tenía?

—Desaliñado, y todavía raro. Yo creo que se había tomado algo, para serte sincera. Tiene los dientes podridos. Me quedé pasmada al verle; la verdad es que parecía muy excitado, pero el abuelo no lo dejó pasar y le dio con la puerta en las narices. La verdad es que me sentí un poco mal por él.

Cynthia no le contestó.

—Te diré una cosa, mami, me alegro de que mi Vincent vaya a volver a casa pronto. No quiero tener a James rondando por aquí. Aunque bueno, yo no dejé de escribirle, unas cuantas veces al año. Nunca me contestó ni una carta, pero a pesar de todo a mí me parecía que debía mantener alguna clase de contacto con nosotros, ¿sabes?

La mente de Cynthia iba a toda máquina. Últimamente, en un par de ocasiones había tenido la sensación de que la vigilaban, especialmente por la noche, cuando aparcaba el coche, y ahora le parecía que tenía motivos para sentirse así. Su hijo estaba otra vez en la calle, algo que a ella no se le había ocurrido que pudiera suceder. Después de todo el chaval estaba tan loco como una puta cabra. Pero eso significaba que los llamados servicios comunitarios soltaban ahora a cualquiera. Cynthia, siendo como era, no consideraba que el estado de su hijo tuviera nada que ver con ella; y por lo que a ella concernía, simplemente era así de nacimiento. Y eso era todo, como le gustaba decir. Pero sabía que él sentía una especial aversión por ella después de la muerte de su padre. Los médicos la habían advertido de eso, y el sentimiento era mutuo. Así que mantendría los ojos abiertos y tomaría las precauciones adecuadas. Si se le presentaba buscando bronca, daría parte de él sin el menor atisbo de culpa. Tenía en casa un bate de béisbol que guardaba para esas emergencias y le machacaría encantada la cabeza si era necesario. Se había enterado de que el chico andaba ya suelto, pero no se le había ocurrido que quisiera ir a verla o, para ser más precisos, enfrentarse a ella. Pero por lo menos ahora ya estaba advertida gracias a aquella hija suya. La misma hija que le estaba arrebatando tan contenta a la única persona que le había importado de verdad en toda su vida.

Puso una nueva sonrisa forzada en su rostro.

—Bueno, supongo que ya sabe dónde estoy —dijo.

—Oh, sí, sí que sabe dónde estás, desde luego, el abuelo se lo dijo. —Gabby sonrió a su madre y el miedo en sus ojos fue como un bálsamo para su alma torturada—. Bueno, me llevaré las últimas cosas de Cherie mañana, ¿te parece bien?

—Claro que sí. Espero que vuelvas a dejármela de vez en cuando. Me refiero a que cuando Vincent esté en casa, querrá tenerte en exclusiva, me imagino.

—Oh, nos tendrá a mí y a su hija. Eso es todo lo que quiere, mami.

—Por supuesto.

Gabby se preguntó por qué después de todo lo que su madre le había hecho a lo largo de los años todavía se sentía mal cuando se imponía a ella. Y la primera sorprendida fue ella misma cuando se oyó decir:

—Vendrás a su fiesta, mami, ¿verdad? Va a ser estupenda.

Durante todo el camino a casa, se habría ido dando de bofetadas, porque sabía que su madre iría a la fiesta, ya lo creo, y eso sería el toque de difuntos de la jodida fiesta. Suspiró de frustración. Siempre pasaba lo mismo, su madre tenía el don de hacerle pensar que estaba equivocada y, por consiguiente, obligada a compensarla. Pues bueno, decidió Gabby, si su madre aparecía por allí se comportaría como si fuera toda una sorpresa. En definitiva, era lo único que podría hacer.

Entonces se le ocurrió que igual su hermano aparecía también, y de pronto todo aquello le pareció demasiado complicado y fastidioso. James era su hermano y lo quería. Por lo menos quería al niño que había sido alguna vez. Tenía problemas mentales serios, y cuando no se tomaba la medicación se ponía violento. Nadie podía tener a una persona así demasiado cerca. La simple idea de que estuviera cerca de Cherie le heló la sangre. Era un chico muy impredecible. Cuando sufrió aquellos brotes violentos, los médicos dijeron que no había habido detonantes, que simplemente habían surgido. Y se había puesto como un tren de vapor: independientemente de lo que hubiera hecho la persona que se suponía que le había perjudicado, fuese esto real o imaginado, le había provocado un estado casi homicida, de rabia incontrolada.

Entonces ¿por qué le habían dejado salir? No tenía ningún sentido. Su abuelo dijo que era la arrogancia de los médicos, que se creían que podían domar a personas como James cuando en realidad no había nada que pudiera domarlo. Un cóctel de narcóticos solo funcionaba mientras la persona en cuestión toma esas drogas. ¿Qué sucedía si decidían dejarlos? Al parecer James disfrutaba haciendo daño a la gente, le *gustaba* hacerlo. Así que ¿cómo demonios se suponía que podía encajar en una sociedad normal con personas normales? No sabía cómo comportarse, ni lo que era una conducta aceptable.

Vincent se cabrearía como un mono si el chico causaba cualquier problema, y Gabby tenía la sensación de que su hermano iba a encontrar la horma de su zapato en su Vincent. Así que tenía que desechar los pensamientos negativos ahora que volvía a tener a su hija con ella y que también Vincent iba a volver a casa.

Tenía que parar de inventarse problemas donde no los había. Pero la verdad es que cuando toda tu existencia ha sido una lucha constante, empiezas a pensar que siempre será así.

Bueno, su vida iba dando frutos, y por fin iba obteniendo lo que siempre había querido. Y eso era un motivo de celebración.

Capítulo ciento diecisiete

James Taylor había estado observando a su madre y, a pesar de que la odiaba, no dejaba de fascinarle. Seguía siendo una mujer guapa, y seguía teniendo aquellos andares suyos de siempre, como si fuera la única persona en el mundo digna de ser mirada. Lo que, a sus propios ojos, era una verdad como un templo.

Cuando era pequeño, parecía alguien casi omnipotente, pero ahora, al mirarla, se daba cuenta de que en realidad no era nada, al menos nada de lo que tener miedo, en todo caso. De hecho pensó que estaba bastante triste. Envejecía, cosa que sabía que a ella la estaba matando. Había visto la preciosidad en que se había convertido Gabby y comprendió que para su madre eso sería como si le estuvieran clavando un cuchillo en las costillas. Eso le gustó. A pesar de que la quería, la odiaba con todas sus fuerzas.

Sintió de nuevo aquella desconexión con el mundo: era para él la mejor sensación del mundo. Su problema siempre había sido que se preocupaba *demasiado*. Las cosas le ponían rabioso, verdaderamente rabioso, y esa rabia le consumía. Era como una tormenta que rugía en su sangre, y la única manera de apaciguarla era dar rienda suelta a la violencia.

Pero sabía que su ira había sido el motivo de que lo encerrasen, de modo que tenía que procurar controlarla. La heroína le ayudaba enormemente, y se alegraba de haber encontrado algo que templase esos sentimientos agresivos. No lograba acallar del todo las voces, pero sí que las calmaba algunas veces. Había dejado de tomar la medicación porque interfería con el disfrute de las drogas que se inyectaba en el cuerpo.

Observar a su madre se había convertido en su afición. El psiquiatra dijo que necesitaba concentrar su mente en algo y él se estaba concentrando en ella, sin duda. Vigilaba todos sus movimientos y aquello le resultaba entretenido. Le gustaba espiarla y que ella no supiera que él estaba allí.

Su padre se había matado por su culpa, lo que era muy triste porque la verdad es que ella no merecía la pena. No valía más que la mierda de sus zapatos; su padre valía por cincuenta como ella. Desde luego que no merecía la pena morir por ella, pero lo cierto es que su padre nunca había entendido realmente con qué joya había cargado. James podría habérselo explicado, ahora lo tenía todo claro.

El psiquiatra le había pedido una vez que describiera sus sentimientos hacia su madre y él había estado un rato dándole vueltas a la pregunta antes de contestar sinceramente que era «tóxica». Era como el Agente Naranja, algo que sonaba muy bien pero que ocultaba un enorme peligro y destruía cualquier cosa que tocara. Justo como Cynthia Taylor. Justo como él. Eso era lo que había heredado de ella, el impulso de destrozarse cosas, de destrozarse personas.

Daba la impresión de que ahora iba detrás de la niña de Gabby, y eso era algo que él no podía permitir que sucediera. Gabby era la única persona que a él le

importaba aunque fuera remotamente; al contrario que el resto de su llamada familia siempre se había mantenido en contacto con él, y le mandaba unas líneas para contarle cosas suyas y de su vida. Para contarle las cosas que él necesitaba saber.

Gabby era una buena persona, y aunque fuera una boba, era la única que había pensado en él alguna vez. Eso era lo peor de todo, saber que ni siquiera pensaban en él, ninguno de ellos. Y especialmente su madre. Se había desentendido de él más deprisa de lo que una vaca suelta su puta mierda. Se había alejado de él sin echar ni una mirada atrás.

Bueno, pues pagaría aquella negligencia, y la pagaría cara, eso sí que lo tenía decidido.

Capítulo ciento dieciocho

Vincent había recogido sus cosas y estaba preparado para irse. Era sorprendente que después de cuatro años todas sus pertenencias cupieran perfectamente en dos bolsas de plástico. Pero esto no le importaba; lo único que le importaba era que por fin salía de allí. Dentro de unos momentos estaría fuera, al aire libre, en el mundo real. Casi estaba mareado de los nervios. Aunque debajo de toda la excitación fluía una fuerte corriente de recelo; era difícil liberarse de un entorno tan controlado. Hacía cuatro años que no se había subido a un autobús ni caminado por una calle, ni siquiera le había dado a un interruptor de la luz. Pero se sacudió los nervios y se concentró en relajarse. Ya no faltaba mucho para que pronto aquello pasara a ser un recuerdo lejano.

Su Gabby lo esperaba allí fuera y por primera vez en su vida podrían estar juntos como adultos, eso era de lo más excitante. Quería tocarla, tocarla *de verdad*, sentirla junto a él, oler su pelo... Casi se sintió mareado solo de pensarlo.

Le habían dado una despedida regia, y por un momento casi lamentó tener que irse, aunque la sensación no duró mucho. Un par de funcionarios les habían hecho llegar algunas botellas de whisky y otra de coñac a la galería, por cortesía de Derek Greene, y había disfrutado de la bebida y apreciado que a los amigos que tenía allí les alegrase tanto que uno de los suyos quedase en libertad.

Había sido una gran noche; todos los internos habían estado recordando cosas pasadas y hablando de qué les depararía el futuro. Y él había disfrutado escuchándolos mientras el whisky les iba soltando la lengua, y se contaron historias olvidadas hacía tiempo y sonaron risas fuertes y libres. Eso era lo mejor de todo, oír aquellas risas descontroladas y tan naturales. Solo entonces se dio cuenta de que ya había olvidado cómo sonaba la risa.

Normalmente, en la galería todo estaba siempre un poco apagado y todo el mundo se mantenía siempre en guardia. Tenías que estarlo, era lo apropiado en ese entorno. Unos hombres enchironados todos juntos armaban peleas por literalmente nada de nada, y pequeñas ofensas se iban enconando hasta convertirse en insultos enormes que solo se resolvían cuando el ego de la parte ofendida se resarcía con un desquite violento. Los hombres se volvían distintos allí, aislados de sus familias y amigos; sus hijos iban creciendo sin ellos y a veces era difícil manejar esa clase de emociones.

Ocasionalmente un hombre que era enemigo en el exterior por la razón que fuera llegaba a la galería y la regla establecida decía que tenías que aparcar tus diferencias. Eras tú contra los funcionarios de prisiones y la mayor parte del tiempo la regla se aplicaba. Pero siempre había alguno que no podía olvidar errores del pasado y entonces la galería se convertía en un campo de batalla virtual. Los temperamentos estallaban y nadie estaba a salvo. Lo principal era aprender a cuidar de uno mismo. Tenías que vigilar constantemente tus espaldas, tener cuidado con lo que decías y ejercer un poco la diplomacia. Había visto llegar a grandes bocazas, todo

bravuconería, dando la brasa con lo duros que eran, que a la semana se habían convertido en recaderos.

Los recaderos eran los tíos que acababan haciendo los trabajos más rastreros: limpiar las celdas de otra gente, hacer el té. Todo era «Vete a por esto» o «Vete a por aquello». Vincent pudo encontrar su espacio una vez dentro; era bien sabido que lo habían capturado y había cerrado el pico, sin soltar prenda de nadie y comiéndose el marrón por todos ellos. Con eso se había ganado el respeto, especialmente al ser tan joven. A partir de ahí había ido mejorando y demostrando su coraje poco a poco hasta labrarse una reputación de cabroncete duro de pelar además de buen compañero. No era una vida fácil, era dura para todos, pero él se las había arreglado para superarlo. Había mantenido la cabeza gacha, cumplido su condena y, ahora que había saldado su deuda con la sociedad, volvía por fin a casa.

En cuanto dio el primer paso fuera de la cárcel, sintió un ataque de pánico porque justamente hasta ese segundo había pensado que algo le saldría mal y se quedaría encerrado allí dentro para siempre. Conforme fue acostumbrándose a la luz natural pudo distinguir un gran Bentley negro, y de pie al lado del coche, saludándole con la mano y vestida con un traje negro corto, estaba su Gabby.

Echó a correr hacia ella y la apretó entre sus brazos. Los cuerpos encajaban perfectamente, como si los hubieran hecho el uno para el otro, y al besarla profundamente sintió por fin que ya estaba fuera. Que estaba de verdad al otro lado del muro.

—¡Oh, Gabby, qué preciosa eres, joder, esto es como un puto sueño!

Gabby casi no podía hablar de felicidad.

—¡Venga, colega, entra! Por fin nos vamos a casa.

Vincent notaba sus lágrimas mezclarse con las de ella al besarla una y otra vez, con miedo a soltarla por si todo aquello era un sueño.

Dentro ya del coche, le tendió una botella de champán y le dijo con timidez:

—Mejor que abras esto ya, colega, regalo de Bertie Warner. Nos está esperando... tiene una gran fiesta montada, ¡y es todo por ti! —Estaba sobrepasada por las emociones.

El conductor, un hombre grandote y normalmente agrio que se llamaba Peter Bates, se volvió, le estrechó la mano y dijo con jovialidad:

—Voy a subir el cristal. No es nada personal, es que pienso que a los dos os gustará un poco de intimidad.

Dos minutos después el cristal de separación estaba arriba y las cortinas echadas. Al mirar a su Gabby y ver lo nerviosa que parecía estar. Vincent comprendió que aquel iba a ser el día más feliz de su vida, y supo que ella sentía lo mismo que él. Le quitó el vestido y al sacárselo por la cabeza se dio cuenta de lo tímida y vergonzosa que era, y de que él siempre iba a recordar aquel momento. Porque aquella chica era, sin duda alguna, el amor de su vida, y comprendió que ella sentía lo mismo. Todos sus miedos sobre lo que ocurriría cuando por fin estuvieran juntos habían

desaparecido. Todo era tan natural como hablar o como andar. Supo también que si alguien le hacía daño alguna vez a su chica, lo mataría sin titubear. Había dejado a una colegiala cuando entró y al salir había encontrado a una mujer, a su mujer. A su Gabriella.

Capítulo ciento diecinueve

- **E**l coche ha llegado, lo están metiendo en el aparcamiento. El pub estaba hasta arriba de gente y la pequeña Cherie era la reina de la fiesta, y encantadísima de serlo. Su papi volvía a casa por fin y estaba excitadísima con la perspectiva. Para ella aquello era como un sueño: el ruido, la gente, ¡el baile! Y era todo por su papi.

La bisabuela Mary y el bisabuelo Jack estaban sentados a una mesa, más orgullosos que un pavo, y se fijó en cómo se comportaba la gente con ellos. La abuela Cynthia en cambio parecía enfadada, y ella no sabía por qué. También estaba allí la familia de su papá y tenía la impresión de que ellos, en cambio, no eran tan bien recibidos como los demás. Era una noche estupenda y todos venían a decirle lo preciosa que estaba y lo encantadora que era. Era una gran sensación ser tan importante, tan especial. Realmente su papá tenía que ser alguien para que hicieran todo aquello por él, y ella se sentía orgullosa de participar.

Cuando Vincent entró en el pub llevando a Gabby abrazada por los hombros, Cherie salió corriendo hacia él y él la cogió y la lanzó al aire. La niña se abrazó con fuerza a su padre, sujetándose a su cuello, y él la besó en el pelo, saboreó su olor a limpio y el amor de tener su cuerpecito entre los brazos. Por primera vez en su vida Vincent tuvo la sensación de tener una familia, una verdadera familia.

Al mirar al otro lado de la sala Vincent vio a su padre y a sus hermanos puestos de pie haciéndole un brindis con los vasos alzados como el resto de la gente y entonces pasó a la niña a la madre y se dirigió directo a la mesa donde estaba su familia.

—Bienvenido a casa, hijo.

Paddy O'Casey le tendió la mano, pero sus hermanos se quedaron como cortados, tímidos ahora que finalmente Vincent volvía a casa y conscientes de lo alto que había llegado en la vida. Sabían que no se habían portado todo lo bien que habrían debido con la chica y estaban un tanto nerviosos.

Vincent percibió todo aquello enseguida, ignoró la mano que le tendía su padre, agarró al hombre por el pescuezo y, delante de todo el mundo, lo arrastró a través de la pequeña pista de baile y se lo llevó al aparcamiento. Allí procedió a machacar a su padre con los puños hasta que Bertie Warner y Derek Greene lo sujetaron.

Mirando a su padre tendido en el polvo dijo con tono tranquilo:

—Me robaste, viejo traidor, cabrón. Te quedaste el dinero que tenía que ser para Gabby y para mi niña. Si alguna vez pongo otra vez los ojos en cualquiera de vosotros os mataré, ¿está claro, joder? Y eso va también por vosotros —dijo a sus hermanos, que le habían seguido al aparcamiento.

Los hombres asintieron en silencio humillados y avergonzados.

Vincent se volvió hacia Derek y Bertie y dijo, jovial:

—¡Venga, muchachos! ¡Que tenemos una fiesta que celebrar!

Los otros dos lo siguieron al interior, muy conscientes de que habían encarcelado a un jovencito pero el que había salido de la trena era un hombre sumamente peligroso.

Capítulo ciento veinte

-¡**D**ebes de estar loca, Gabby! —Cynthia estaba encendida de rabia y se le notaba. Que su hija estuviera embarazada otra vez tan pronto le producía una gran irritación.

—Gracias por la enhorabuena, mami, te lo agradezco muchísimo.

Cynthia se aguantó las ganas de replicar y en vez de eso dijo sin mucha convicción:

—Eres muy joven, ¿por qué volver a atarte? —Pero la verdad es que no sentía eso en absoluto, que la felicidad de su hija la reconcomía por dentro y que el hecho de que Vincent se estuviese labrando por sí mismo un gran nombre le resultaba mortificante.

—Mi Vincent y yo queremos otro hijo... se ha perdido muchísimo de la vida de Cherie, y queremos ser una familia, una verdadera familia.

Las implicaciones no se le escaparon a Cynthia y le hirvió la sangre. Vincent, sin embargo, no era un hombre para andar jodiéndolo, como dirían los jamaicanos. Ya se lo había hecho saber, le había dicho bien claro que si forzaba su suerte iría a por ella sin piedad. Le había explicado con voz calmada y paciente que si su Gabby no recibía el respeto que le debía, iría a por ella como un perro de caza. Esas habían sido sus palabras exactas, y a ella le había costado digerirlas, pero sabía que no tenía más remedio. Si quería ver a la pequeña Cherie, tendría que controlarse, y por la niña estaba bien dispuesta a hacerlo. Adoraba a aquella criatura y sabía que Vincent consideraba ese amor su única virtud redentora.

La asistente social había desaparecido de escena desde que Vincent tenía su pequeño garaje y era un miembro productivo de la sociedad. Ya no podía calentarle la oreja a la mujer con historias y rumores sobre las conductas disparatadas de su hija y de lo preocupada que estaba por el bienestar moral de su nieta. Eso era ya agua pasada, y ella lo sabía.

Forzó una sonrisa. Si Gabby estaba embarazada, necesitaría que la ayudase más con Cherie. Era lógico. Así que en realidad puede que aquello jugara a su favor.

—Solo lo digo porque no quiero verte perder tu libertad, cariño, nada más. Que no envejecas antes de tiempo.

A Gabby le pareció que aquello tenía sentido y sonrió débilmente con los ojos ya más tiernos.

—Pero es lo que queremos los dos, mami. Vincent está entusiasmado.

Cynthia no contestó; fue a poner la tetera a calentar.

—Bueno, ¿por qué no dejas a Cherie conmigo y os tomáis el fin de semana libre para celebrarlo?

Gabby asintió en silencio. Eso era lo que esperaba que dijera su madre, y se sintió una hipócrita de manual; después de todo, no hacía tanto que no quería ni ver a la niña cerca de su madre. Pero eso era antes, cuando no tenía a Vincent a su lado y ella

quedaba a merced de aquella mujer. Aquellos días hacía tiempo que habían pasado.

Sería muy agradable pasar un fin de semana con Vince, los dos solos. Cherie exigía, reclamaba constantemente la atención de su padre. Pero era de esperar, hasta ahora no había podido disfrutar prácticamente de él y Cherie, la muy picarona, se aprovechaba todo lo que podía de tenerlo allí. Por su parte, Vincent adoraba a su hijita, y Cynthia sabía que la perspectiva de tener otro hijo le hacía feliz.

—Gracias, mami. La vendría a recoger el domingo por la tarde. —Gabby entró en el cuarto de la pequeña que su madre había decorado a la perfección y abrazó a la niña.

—Te portarás como una niña buena con la abuelita, ¿de acuerdo?

Cherie asintió feliz. Le encantaba estar allí: era el centro de atención desde el momento en que abría los ojos hasta que se quedaba dormida otra vez. Para una niña como Cherie, eso era lo mejor, y Cynthia la mimaba descaradamente.

—Adelante, idos por ahí. Estoy segura de que ese hombre tuyo está deseando estar contigo.

—Seguro que sí, siempre lo está.

Gabby salió de la casa y se fue hacia el coche. Cuando lo abrió, vio a su hermano plantado en la esquina de la calle de su madre y se sintió inquieta. Al fin y al cabo Cherie se había quedado con la abuela, y a ella no le apetecía que James fuese allí a montar un número delante de la cría.

Arrancó el coche, fue hasta la esquina, se paró junto a su hermano y dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí, James?

James sonreía a su hermana como ausente y luego dijo:

—He oído que tu Vincent se lo está montando muy bien.

Ella lo ignoró y volvió a preguntarle:

—¿Qué estás haciendo por aquí, James? Ya sabes que mamá no quiere verte.

James se encogió de hombros y la hermana reparó en lo delgado que estaba. Vincent había oído que era adicto a la heroína, y al verlo, Gabby lo creyó. Estaba flaco, tenso y muy desmejorado. El tiempo empezaba a refrescar y el chico solo llevaba una chaquetita fina sobre una camiseta todavía más fina.

Lo miró a la cara y se sintió profundamente apenada por cómo le trataba la vida. Si no hubiera sido su hermano, ni se le habría ocurrido acercarse a él. Para ser sincera, lo había evitado como a una plaga desde que había reaparecido en escena. Lo había visto de lejos unas cuantas veces y había pasado en coche junto a él sin parar siquiera a saludarlo. La ponía nerviosa, cualquiera que lo mirara a los ojos podía ver que no estaba muy bien. Sería muy fácil confundirlo con un violador, o un asesino en serie de una película. Iba sucio y desaliñado y, simple y llanamente, era raro. El problema es que James era literalmente capaz de cualquier cosa, y ella tenía que asegurarse de que no rondaba la casa de su madre mientras su hija estuviera allí.

—Mi niña está en esa casa, mi Cherie, y si Vince descubre que rondas por allí o que la has asustado... —dejó la frase sin terminar y vio que los ojos de su hermano se

agrandaban—. Estás tomando tu medicación, ¿verdad, James?

La pregunta le sorprendió y Gabby se dio cuenta de que también le había molestado.

—¿La tomas? —repitió.

El chico arrastró los pies unos segundos, incapaz de enfrentarse a su mirada.

—¿A ti qué más te da?

Gabby emitió un suspiro largo y profundo.

—Sigues siendo mi hermano, James...

Él no contestó, así que Gabby insistió.

—¿Dónde estás viviendo? ¿En el barrio?

El chico se encogió de hombros.

—¿A qué viene este interés repentino?

Gabby notó el típico aliento fétido de los yonquis y se le revolvió el estómago.

—A que te veo rondando por la calle de mamá y tú no eres exactamente su mayor fan, ¿verdad?

Tenía un aspecto espantoso, como si estuviera viviendo en la calle, y se preguntó cómo se sentiría su padre si lo viera así. Si viera lo que había sido de todos ellos, por otra parte. Se preguntó si, de haber sabido qué les deparaba el destino, los habría dejado como lo hizo, a merced de una mujer a la que de verdad no le importaba nadie más que ella misma y ahora también la pequeña Cherie.

Los primeros pasos en la vida de Gabby y James no habían sido los mejores: fueron unos niños a merced de una adulta a la que no le importaba de verdad nada ni nadie en el mundo que no fuera ella y lo que ella quería. Todo aquello era horrible, la verdad.

—Este es un país libre, Gabby. Puedo ir a donde me complazca, y me gusta ver a mi madre. Pero sí que puedo prometerte una cosa: si decido tener unas palabras con ella, me aseguraré de que está sola, ¿vale? No puedo serte más leal, ¿verdad?

Gabby miró a aquel hombre que seguía siendo su hermano a pesar de que se sintieran los dos como unos extraños y le dijo, moviendo la cabeza, triste:

—Por favor, dime dónde estás viviendo, James. Lo único que quiero es ayudarte si puedo.

Él no contestó, se limitó a dirigirle su sonrisa enigmática y se alejó.

Ella siguió sentada en el coche un rato más preguntándose si debería avisar a su madre de la presencia de su hermano. Pero supuso que ella ya sabía que andaba por allí. No era idiota, seguro que lo habría visto. Aun así, dio la vuelta con el coche y volvió a casa de su madre. Mientras su Cherie estuviera allí, quería asegurarse de que la niña estaba a salvo, y decidió que le contaría a Vincent sus preocupaciones.

Capítulo ciento veintiuno

- Necesito un buen negocio, Bertie. Tengo otra criatura en camino, y aunque el garaje va estupendamente, necesito dinero de verdad para pagar una hipoteca y todo lo demás.

Bertie Warner sonrió lacónicamente; ya se había preguntado cuánto tiempo pasaría antes de que Vincent quisiera más. Era indiscutible que se sacaba una buena pasta, pero era de los que piensan que nunca ganan lo suficiente, era su naturaleza. Parecía considerar que el mundo estaba en deuda con él. Era cierto que les había hecho un gran favor a todos pero era igual de cierto que había sido generosamente recompensado por ello y que se había ganado el respeto de todos los involucrados en el negocio. Era demasiado pronto para que Vincent volviera al negocio y Bertie se lo dijo:

—Tranquilízate un poco, mocito. Si sales al campo demasiado pronto, te volverán a trincar. Te tendrán puesto el ojo encima durante una buena temporada todavía. Vigilarán a tus socios más conocidos y te tendrán pinchadas las llamadas. Por cierto, ¿recuerdas lo que te dije de los móviles? Nunca, fíjate bien, *nunca* uses tu móvil para el trabajo; de negocios habla siempre desde un puto teléfono público o uno de tarjeta que no se pueda localizar. La pasma dispone de todo tipo de aparatos para escuchar las conversaciones, así que vete con ojo.

Vincent apenas pudo contener la impaciencia que dejó traslucir en su voz cuando contestó, incómodo:

—Eso ya me lo habías dicho antes, Bertie.

Bertie Warner, ya molesto, dijo con sarcasmo:

—Seguro que sí, listillo tocahuevos, pero por si andas un poco obtuso, creo que te lo volveré a explicar. Y es que vosotros, pandilla, os creéis unos magos de la tecnología porque sabéis marcar un número de teléfono. Bueno, *mis* queridos magos de la tecnología, pues resulta que otros que son más listos que todos vosotros juntos, me han advertido de las trampas del asunto. La señal viaja volando por el aire y se la puede interceptar en cualquier momento. Bueno, pues puede que yo no sea el puto Alexander Graham Bell pero sé lo suficiente como para escuchar a las personas que entienden *de verdad* de esas cosas. Así que si me vuelves a llamar por teléfono como lo has hecho hoy me ocuparé de que ese móvil nuevo tan elegante que tienes lo acabes teniendo metido tan arriba del culo que ¡tendrás que meterte la mano por la boca para contestar las llamadas!

Ahora gritaba a voz en cuello: se le podía oír por todo el almacén de chatarra. Y Vincent O'Casey necesitó toda su considerable fuerza de voluntad para no darle una patada en el culo a aquel tipo. Pero sabía que con esas cosas no se podía jugar... Bertie lo haría picadillo sin pensárselo dos veces. Bertie sería un montón de cosas, pero desde luego una de ellas no era ser un hombre equilibrado. Podía conmovele hasta las lágrimas la súplica de un niño hambriento de África y entrarle deseos de

asesinar si el llanto auténtico de un niño le impedía ver tranquilamente las noticias. Era un cúmulo de contradicciones y lo mejor era dejar que expulsase la ira de su cuerpo.

—Y para que te conste, jodido míster Ganador a lo Grande, *tú* trabajas para *mí* y yo soy el que dice cuándo, cómo y si vuelves otra vez a la calle.

Vincent se pasó la lengua por los labios resecos y se la mordió para no replicar lo que se moría por replicar. En su lugar agachó la cabeza sintiéndose como un colegial desorientado.

Satisfecho de la aparente deferencia del muchacho, Bertie bajó el tono de voz y le dijo, amistosamente:

—Me he pasado tres pueblos, hijo, y sé cómo te sientes, pero créeme cuando te digo que tienes que pasarte una temporada sin llamar la atención. A ver, sé sincero, ¿quieres que te encierren otra vez? Porque esta vez, colega, estarías mucho más de cuatro años entre rejas. La próxima vez que te encierren serás ya eso que los jueces llaman un delincuente habitual, así que tirarán la puta llave en cuanto la echen, hijo. Así que apriétate los machos. Ahora ganas una cantidad más que decente, joder, muchos hombres trabajan un mes entero para ganar la tela que tú te levantas en una semana... y el garaje te rentará. Sigue mi consejo y refrena tu entusiasmo..., ya tendrás tiempo de sobra para eso cuando estés bien establecido.

Aunque Vincent sabía que le estaban aconsejando con cordura, seguía sin querer renunciar a sus caprichos. Le gustaba la vida de los delincuentes; le gustaba el prestigio y, por encima de todo, le gustaba el dinero. Estaba decidido a conseguir una suma importante de verdad aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Cuando se marchó, Bertie Warner resopló de fastidio. Los había visto ir y venir a todos, incluidos tíos que con un poco de paciencia habrían podido llegar a lo más alto del negocio. La impaciencia, había descubierto Bertie, era la lacra del facineroso; el sumidero del dinero fácil. Muchos de aquellos jóvenes se fundían el sueldo en una semana y enseguida se ponían a buscar nuevas ganancias; si hubieran ahorrado un poco para los malos tiempos, tendrían de dónde tirar. El los observaba en los pubs y en los clubes, con sus grandes Rolex de brillantes y cochazos de ochenta mil libras, ¡y todavía querían más, joder, tío! La ingenuidad de aquellos jóvenes daba risa. Él le echaba la culpa al sistema educativo, porque les enseñaban a sumar, pero no cómo invertir el dinero y ahorrar esos putos billetes, o por lo menos algunos de ellos.

Bertie vivía bien, pero no tan bien como podía vivir, y eso porque sabía que lo que más atraía a la bofia era la gente que vivía a lo grande sin tener ningún empleo conocido. Un hampón de barrio con un coche de alta gama, con la hipoteca ya pagada pero cobrando el puto subsidio del paro no podía menos de hacer saltar las alarmas. Pero los jóvenes eso ni lo escuchaban, ninguno de ellos.

Bueno, ya había dicho lo que pensaba y ahora le tocaba a Vincent O'Casey. Pero confió en que el chico emplease la sesera. La verdad es que tenía un verdadero don para el volante, y si era capaz de esperar solamente un poquito más, estaría tan

cuajado como la gelatina.

Bertie decidió tener una conversación con Derek para saber qué pensaba él al respecto. Si el chico metía la gamba, no quería que les repercutiese a ellos. El problema era el estado de ánimo de Vincent, que igual se lo montaba por su cuenta si *ellos* no se lo facilitaban. Vincent era como toda su generación, lo querían todo en cinco minutos, pero tenían que aprender que llevaba mucho tiempo y un montón de esfuerzos sacar adelante cualquier trabajo decente. La clave era la planificación, contemplar todas y cada una de las posibilidades. Ese, por desgracia, era el punto de partida. Las prisas derivaban en errores, y un error por parte de aquel chico se traduciría en un buen tiempo a la sombra y otro niño viendo a su padre solo una vez al mes.

Capítulo ciento veintidós

James había ocupado un piso de Hoxton con otros tres, dos chicas de diecisiete o dieciocho años y un tipo de cuarenta y algo que se llamaba Dougie McManus. Mientras miraba a aquellos tres, despatarrados por el suelo, se preguntó cómo podía haberse metido en aquella mierda.

Dougie era un buscón, un mendigo, y no demasiado bueno. Con su pelo largo enmarañado y su barba, parecía un Cristo si se le miraba con buena voluntad. Pero también parecía un yonqui, y la gente lo mismo le daba unos peniques que le decía que se fuera a tomar por culo. Pero podía sacarle cualquier cosa a cualquiera.

Las chicas eran relativamente nuevas y no iban a durar más de una semana, como mucho. Eran fugitivas, culos inquietos, y Dougie ya las estaba asustando mortalmente; a ellas no les interesaban sus proposiciones sexuales y ya estaban más que hartas de sus insufribles colocones. James se había fijado en que de lo único que hablaban los yonquis era del último colocón, o de algún colocón espectacular del pasado. Las historias que contaba Dougie siempre iban de una droga que había comprado una vez, o que le había robado a alguien, o de que había encontrado el Santo Grial de la heroína, siempre el mejor colocón de su vida.

Normalmente James se limitaba a desconectar, pero esta vez se estaba cabreando porque el dinero que había escondido en el apartamento había desaparecido como por ensalmo y Dougie y las chicas tenían un colocón del quince. Así que sumó dos y dos y obtuvo el consabido cuatro.

Contempló sus formas dormidas y pensó en cómo había acabado en aquel lugar. Había dejado su cuarto alquilado porque le había dado la gana. Creía que la mujer de la casa de al lado le podía leer la mente a través de las paredes y tenía la sensación de que se interfería en sus pensamientos noche y día. Era muy vieja y tenía acento extranjero, aunque sabía que eso era teatro. Que trabajaba para su madre y le iba informando de todo.

Había sido muy listo. Un día se había vestido y salido de casa sin nada, como si fuera simplemente a una tienda, y ya no había vuelto. Gracias a eso se quitó de en medio a las autoridades; ellas formaban parte en la conspiración y le daban comprimidos para impedir que descubriera la verdad. Él sería muchas cosas, pero gilipollas seguro que no.

¡Ja! Les había dado una lección, y continuaría dándoselas. Ahora allí estaba, en un cuchitril lleno de ladrones, viviendo con ladrones *auténticos*. ¿Cómo era lo que decía siempre su padre? Nunca les robes a los tuyos... y sin embargo eso era exactamente lo que había hecho aquella gentuza. Por malo que trataran de hacer que pareciera, él nunca había robado salvo que estuviese en las últimas. Y se enorgullecía de ello.

Y ahora aquellos trozos de escoria le habían robado a él. Le llegó el olor agrio de los cuerpos de las chicas y arrugó la nariz con desagrado. Una de las chicas, Alicia,

era de lo más agradable. Era muy pija y había ido a un colegio caro, pero sus padres se habían lavado las manos y ¿quién se lo podría reprochar? La chica era una ladrona, y los ladrones no prosperan nunca.

Se sentó delante de la anticuada chimenea; estaba sucia, desbordada de colillas de cigarrillos, de colillas de porros y de los detritos habituales del mundo yonqui. Agujas, envoltorios y papel de aluminio quemado y arrugado, cajas de McDonald's y botellas pringosas de bebidas dulces. Miró la cara alargada de Dougie, más flaca de lo imaginable, y su barba sucia repleta de restos de comida y de grasa. Se preguntó si de verdad estarían dormidos; tal vez lo estuvieran fingiendo con la esperanza de que se marchase para poder agenciarse su provisión de droga a sus espaldas. La provisión que él había pagado, que ellos habían comprado con el dinero que le habían robado.

Se levantó y se fue a la cocina. Había una vieja plancha oxidada sujetando la pesada puerta. En otro tiempo había sido un bonito objeto de fundición, bruñido en negro, y probablemente hubiera planchado pañuelos de señora, o sus pololos. Sonrió al pensarlo.

La cogió, regresó a la habitación, levantó el hierro sobre su cabeza y lo descargó con toda la fuerza que pudo reunir sobre la cara de Dougie.

Dougie, tan atiborrado de heroína que no podía sentir nada de nada, quedó fuera de combate al primer golpe. Diez golpes después su rostro había desaparecido, y James Taylor, tras dejar cuidadosamente la plancha en el suelo al lado del cuerpo, rebuscó metódicamente en los bolsillos del hombre por si había algo de valor —al fin y al cabo él ya no lo iba a echar en falta— y luego abandonó la casa. Tenía que irse de allí. Muy lejos.

Capítulo ciento veintitrés

- **P**ero es mi prueba, y me dijiste que vendrías conmigo...

Al otro lado del teléfono, Vincent notó la desilusión en la voz de Gabby.

—Mira, nena, ahora no puedo hacer otra cosa —suspiró—. Tengo que ir a esa reunión, y es una reunión importante, ¿vale? —Unos minutos más tarde dejó el teléfono y se volvió hacia sus dos camaradas—. ¿Entonces estáis listos?

Asintieron a dúo. Geoff Gold estaba visiblemente entusiasmado, pero su hermano Micky no era tan fácil de contentar.

—Espera un momento, ¿quién te explicó todo lo referente a ese sitio?

Vincent sonrió: había esperado esa pregunta antes y, en retrospectiva, se daba cuenta de que tendría que haberle molestado. Se dio unos golpecitos en la nariz.

—Olvídalo. Basta con saber que me fío de ese tío. Vosotros dos, cuanto menos sepáis del asunto, mejor. ¿No os parece?

Los dos hombres asintieron, pero Vincent se dio cuenta de que Micky Gold no estaba demasiado impresionado, y eso le fastidió. Los Gold eran de Canning Town y eran un par de adonis rubios. Ambos eran altos, tenían un espeso pelo rubio y ojos azul oscuro enmarcados por largas pestañas negras. Derek Greene decía que atraían demasiado la atención para ser unos malos de verdadera consideración —para empezar las mujeres se fijaban en ellos mucho más de la cuenta—, pero eso no los echaba para atrás. Su padre fue un marinero escandinavo y su madre era una chica de la localidad muy guapa que había hecho de fulana de extranjis en varios pubs del este de Londres durante los años sesenta y setenta. Los chicos adoraban a su vieja mamá y harían lo que fuera por ella. Y ella, por su parte, les hacía la comida, les lavaba la ropa y mentía por ellos a quien hiciera falta, a sus novias, a los jueces. Se habían labrado una buena reputación, pero no habían dado todavía el gran golpe.

—Mira, Micky, si no quieres entrar, me lo dices, joder, y me ahorraré gastar saliva.

Geoff miró a su hermano menor y dijo apresuradamente:

—¡Cierra ese puto pico! El tema está bien y yo quiero entrar.

Micky se encogió de hombros, pero seguía manteniendo la cautela y se le notaba.

A Vincent no le preocupó. Aunque solo fuera por eso, aquel trabajito tentaría sus naturalezas codiciosas; después de todo, eso era también lo que le había interesado tanto *a él*. Sacó a relucir la botella de whisky y se sentaron en su despacho del garaje, que estaba empezando a convertir en un gran éxito. Luego repasó con ellos el plan para atracar un banco en Borough Green, Kent. Cuando terminó de exponer el proyecto, ambos estaban ya sonriendo ampliamente, de modo que comprendió que iban a participar.

—Esto, amigos míos, es lo que se llama una perita en dulce.

Los hermanos Gold se mostraron más que encantados de brindar por eso.

Capítulo ciento veinticuatro

Cynthia Callahan miraba a los dos policías absolutamente atónita.
—¿Que él qué?

El mayor de los dos hombres la tomó amablemente del brazo y la condujo a la cocina, donde la ayudó a sentarse en una silla ante la mesa de pino impoluta. El más joven puso en marcha la tetera sabiendo que la situación era de las que requieren una taza de té y conversación; a la pobre mujer se la veía mortificada.

—Siento mucho ser el pregonero de unas noticias tan inquietantes, pero hemos considerado que teníamos que avisarla. Su hijo ha asesinado a un hombre que se llamaba Dougie McManus y creemos que en algún momento puede aparecer por aquí. En el piso ocupado donde estaba viviendo encontramos unos cuadernos de su hijo, y en los cuadernos explicaba en detalle cómo pensaba hacerle daño a usted. Quemarla, para ser exactos. Así que necesitamos que esté usted en guardia.

Cynthia asintió, pero la cabeza le daba vueltas como un torbellino.

—Ha matado a alguien. Al final ha matado a alguien.

El policía miró a su compañero más joven para ver cómo iba lo del té.

—Me temo que eso es verdad, señora Taylor.

—Callahan —le interrumpió Cynthia—. Es Callahan, señorita Callahan. Recuperé mis apellidos de soltera después de la muerte de mi marido.

El hombre anotó en su libretita.

—Bien. ¿El chico se le ha acercado?

—No —dijo negando con la cabeza—. Pero creo que me ha estado acechando últimamente. Mi hija me advirtió el otro día; tiene su gracia. ¿Saben que tiene problemas mentales serios?

El policía le dijo que sí.

—Le diagnosticaron esquizofrenia cuando era aún muy pequeño, después de que su padre se suicidara. Es muy triste. Necesito saberlo, ¿tienen alguna idea de por dónde puede andar?

—Bueno, señorita Callahan, precisamente yo iba a hacerle esa misma pregunta.

Cynthia volvió a negar con la cabeza.

—Yo lo evito como a una plaga, para serles sincera. Es una persona de trato muy difícil. Cree que el gobierno le está vigilando. Si hablan con sus médicos, ellos se lo explicarán.

El policía asintió. Ya había hablado con los médicos.

—Puede que mi hija sepa algo, pero lo dudo, y mis padres lo mismo. No es alguien a quien quieras meter mucho en tu vida, ya me entienden. Muy violento, y que se irrita fácilmente. Le cortó el pescuezo al gato de un vecino y todavía no había cumplido nueve años.

El policía se sorprendió al percatarse de que, cuando explicaba los problemas de su hijo, no se le notaba la menor emoción hacia él.

—Mi hija piensa que consume drogas. Dijo que le parecía que había tomado algo cuando lo vio ahí al final de la calle donde está mi casa. Paró el coche y habló con él. Yo tenía a mi nieta en casa en esos momentos, así que, naturalmente, me preocupé por si se le ocurría presentarse aquí delante de la niña...

El policía esperó a que todos tuvieran los térs delante y luego dijo en tono amable:

—Pensamos que está tomando heroína —dijo—. Muchos perturbados mentales consiguen la droga en la calle. También encontramos una pipa de crack y evidencias de que la había utilizado en la escena del crimen. ¿Saben de alguien a quien haya podido acudir? ¿Algún amigo?

—No, nadie —Cynthia negó con la cabeza—. Es un ser solitario, un chico extraño. Ojalá pudiera ayudarles más.

Cinco minutos después los acompañaba hasta la puerta principal y allí, al ver el número de cerrojos que había puesto, se dieron cuenta de que la mujer se había estado preparando por si aparecía su hijo desde mucho antes de que ellos entraran en escena.

—Tenga cuidado, señorita Callahan, y si el chico viene por aquí llame a la policía inmediatamente. Todo el cuerpo lo está buscando, así que intente no preocuparse.

Cynthia cerró la puerta y echó el cerrojo, cadena y seguro incluidos, y luego recorrió la casa para cerciorarse de que todo estaba bien cerrado.

En la cocina se sirvió un generoso vodka con tónica y luego, con una leve sonrisa, se preguntó si el chico tendría los huevos de presentarse allí. ¡Prenderle fuego! Le gustaría ver a ese mamoncete intentarlo.

Descolgó el teléfono y llamó a su hija. Si su hijo se acercaba a su nieta, lo despellejaría vivo. Lo único bueno de aquel alboroto era que tendrían que volver a encerrarlo, y ojalá que esta vez tiraran la puta llave después.

Capítulo ciento veinticinco

- **M**ira, Gabby, todos los hombres son iguales, te dejan preñada pero no tienen verdadero interés en tu embarazo, solo les interesa el bebé, e incluso se olvidan de él al cabo de un tiempo.

Gabby suspiró. ¿Su madre pensaría de verdad que la estaba ayudando? Lo peor de todo es que tenía la sensación de que lo que le estaba diciendo era verdad. Su embarazo ya estaba muy avanzado y Vincent nunca estaba en casa ni un rato. El garaje iba bien, y ella estaba contenta; empezaban a tener un poco de dinero y se iban a mudar a una casa de protección oficial antes de que naciera la criatura. Pero la verdad es que Vincent se marchaba por la mañana temprano y no volvía hasta bien entrada la noche.

Cynthia miraba a su hija y le daban ganas de sacudirla. ¿Qué le pasaba a esa chica? No se enteraba ni de lo que tenía delante de las narices: se había agenciado un atracador, y los atracadores no son famosos por su afición a la vida doméstica. Tendría que considerarse afortunada por tener a un hombre trincando para ella, aunque ella misma no estuviera exactamente entusiasmada con la «pareja» de su hija, como se decía ahora. Él la miraba por encima del hombro y ni se molestaba en ocultar su indiferencia. Habría podido soportar no caerle bien, porque eso significaba que al menos le había producido algún impacto. La indiferencia, en cambio, significaba que a aquel idiota no le producía ni el más mínimo efecto. La ignoraba por completo, lo que realmente le jodía de verdad, y el hecho de que su hija ni siquiera la defendiese la fastidiaba también, y bastante.

—¿Alguna noticia del Chiflado?

Gabby alzó los ojos al cielo y dijo, ofendida:

—¿Quieres dejar de llamar así a James? Todavía no lo han encontrado. Dios sabe dónde estará ahora.

Cynthia resopló.

—En la puta cárcel de Broadmoor es donde debería estar, encerrado para siempre de una vez.

—Es tu hijo, mami.

Cynthia soltó otro bufido.

—Deja ya de decir eso, joder, ¡no tiene nada que ver conmigo! En cualquier caso, tiene más de dieciocho años, ya es una persona mayor, responsable de sus propios actos.

Gabby no contestó; siempre le asombraba que su madre se sacudiera las culpas sin pensárselo dos veces. Se acarició el vientre... hoy se sentía fatal.

Al advertir el malestar de su hija, Cynthia dijo:

—Coge tus cosas, Cherie, te vienes a casa con la abuela. —Alzó un dedo para acallar las protestas de su hija—. Ni una palabra, necesitas descansar. Mira, he puesto una lasaña en la nevera y me llevo lo que hay que planchar. Así que menos miedos y

a poner los pies encima de la mesa.

Gabby sintió una oleada de gratitud hacia aquella mujer a la que amaba y odiaba alternativamente. Desde que Cynthia se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando con ese embarazo, se había vuelto una joya; incluso hablaba de la criatura como si lo estuviera deseando, y Gabby pensaba que en secreto era así. Cynthia iba comprándole cositas y había sacado la vieja cuna de Cherie, así que era evidente que esperaba tener al crío en su casa de vez en cuando.

Por primera vez en años Gabby sintió una minúscula alegría de estar en compañía de su madre, riendo y charlando. Era como si cuanto más avanzara aquel embarazo, más a gusto estuviera su madre con ella. Su abuela Mary creía que estaba loca, pero era porque ellos no veían aquella faceta de Cynthia... y muy poca gente la veía. De algo no había dudas... cuanto mayor se iba haciendo su madre, más se comportaba como se espera de una madre. De acuerdo, puede que no en lo concerniente a James, pero James siempre había sido difícil, por decirlo suavemente. Gabby confiaba en que ninguno de sus hijos heredase la enfermedad mental del hermano, eso sería demasiado cruel. No se podía decir que su madre hubiera sido nunca una madre amatísima exactamente, pero Gabby sí que lo era: quería a su familia con todo su corazón.

Había intentado contarles a sus abuelos cómo se estaba portando últimamente su madre, pero los dos la despacharon con un gesto y le dijeron que sería porque andaba detrás de algo, igual que había hecho siempre. Gabby comprendía que no se fiasen de Cynthia, pero incluso aunque anduviera detrás de Cherie, ahora que Vincent había vuelto, no dejaría que les pasase nada a las dos.

Tenerlo ya allí la hacía tan feliz... solo que deseaba que estuviese en casa más tiempo. Sabía que estaba trabajando muchísimo para hacer que el garaje funcionase bien, porque quería que fuera un éxito. Para ellos era todo, así que en realidad no debería quejarse tanto.

Cherie ya tenía preparada su maletita y estaba impaciente por irse a casa de la abuela Cynthia. Había cogido todos los cuadernos de dibujo; le encantaba dibujar, y su abuela Cynthia le había comprado un caballete en el que pintaba. Tenía una bata blanca como los pintores de verdad que salían en un libro que le había enseñado la abuelita.

Cynthia estaba convencida de que la niña tenía verdadero talento y decidida a lograr que lo aprovechara al máximo. Podría llegar a ser la próxima Tracey Emin. En opinión de su abuela, que estaba totalmente convencida de que tenía un brillante futuro ante sí y no pararía de mover cielo y tierra para garantizarle todas las oportunidades que Cynthia consideraba que a ella se le habían negado. Se veía a sí misma en la pequeña Cherie, se veía tal y como habría sido con otros padres, con personas que hubieran sabido darle un verdadero impulso en la vida. Cynthia culpaba a sus padres por el giro que había tomado su vida en cada momento, y hasta la vida de su hijo. Estaba convencida de que su madre había sido más responsable que ella de

la crianza de James júnior y por lo tanto la culpa de la situación del chico había que buscarla en casa de su madre.

Jamás se le pasó por la cabeza que delegar la responsabilidad de los hijos a su capricho, no querer a ninguno de los dos y hacerles exigencias imposibles pudiera tener algo que ver en la enfermedad mental de su hijo y la desesperada búsqueda de amor de su hija. De hecho, Cynthia estaba orgullosa de Gabriella, que iba haciéndolo todo bien y que mientras le dejase tener a Cherie la tendría siempre de su parte.

Con Vincent era con quien Cynthia tenía actualmente el mayor problema. A él no le gustaba que su hija pasara tanto tiempo con ella. Y sabía que tendría que urdir algo al respecto. Al chico había que bajarle un poco los humos. Desde que lo habían soltado, se creía el más cojonudo y... bueno, ¿qué hombre no se lo creía?

Sonrió ante la idea de ponerlo en su sitio y salió hacia su casa con el espíritu más ligero y su pequeña Cherie parlotando a su lado.

Capítulo ciento veintiséis

Los Gold habían estado vigilando el banco de Borough Green durante las últimas semanas y conocían ya hasta el último detalle quién entraba y quién salía, a qué horas la oficina estaba tranquila y cuándo ajetreada. Un día concreto de cada mes el banco albergaba más de cien mil libras en espera de que llegasen unos guardias y se lo llevasen. Hoy los Gold estaban sentados en un pequeño café vigilando con interés el movimiento.

Había tres hombres fuera del vehículo y otros dos dentro —uno, el conductor, y el otro enarbolando una escopeta—, de manera que iban a tener que hacerse con la caja de seguridad *antes* de que se hubiesen introducido por las puertas de atrás. Parecía pan comido.

Los guardias daban la impresión de estar muy tranquilos, bromeando con el encargado y comportándose muy relajadamente. Eso era lo bonito de perpetrar un atraco en localidades pequeñas: siempre parecían dormidos y nadie pensaba que allí pudiera ocurrir nada malo. Con aquellas recortadas y aprovechando el factor sorpresa, tardarían unos minutos.

Contentos con las averiguaciones del día, los Gold se metieron en su anodino coche y se alejaron con calma, seguros de que aquello se llevaría a cabo sin el menor sobresalto.

Capítulo ciento veintisiete

- **B**ueno, ahora está dormida. ¡Supongo que no esperarás que la despierte! —dijo Cynthia en voz baja pero llena de desprecio. Vincent estaba al teléfono preguntándole por qué no le había llevado a su hija, que era en lo que habían quedado.

Ella no había dicho seguro cuándo la iba a devolver, solo había dicho que tal vez el domingo por la noche. De todos modos antes había llamado a su hija y le había dejado un mensaje diciéndole que Cherie estaba un poco resfriada y que la había metido en la cama. No era culpa suya que Gabriella no escuchase los mensajes, y así se lo dijo. Pero Vincent no era tan fácil de contentar.

—Sabes que ya tendría que estar aquí, Cynthia, mañana tiene que ir al colegio.

Cynthia le soltó inmediatamente:

—No, con este resfriado no va a ir. Además, la pobre Gabby está a punto de dar a luz, no puede estar todo el día corriendo detrás de esta potrilla. A no ser que tú te quedes en casa, claro.

Sabía que ahí lo tenía pillado y sonrió al teléfono imaginándose lo enfadado que debía de estar.

—Bien, pero la quiero de vuelta mañana, ¿de acuerdo? La niña para mi gusto pasa demasiado tiempo en tu choza.

Cynthia no le contestó; ya había ganado aquella batalla, y estaba en su mano lograr muy pronto el triunfo en la guerra.

En cuanto colgó el teléfono, volvió a la cocina y revisó el estuche de dibujo de Cherie. Hacía un rato había encontrado un papel en el que estaban anotados a lápiz los planes para robar un furgón blindado de un banco que estaba en un sitio llamado Borough Green, que, al parecer, estaba en Kent.

Cherie había dibujado una casa muy bonita y estaba admirándola cuando se fijó en el pequeño diagrama de detrás. Así era como se planeaban los atracos, y Cynthia lo sabía de cuando se movía en el círculo de Jonny. Se usaban mapas del Servicio Cartográfico y siempre se anotaba todo a lápiz, nada con pluma. Después, una vez determinada la ruta se destruía el mapa y junto con él, cualquier cosa incriminatoria. Cynthia sabía que aquello también tendría que acabar siendo destruido, pero se ve que la pequeña Miss Complicaciones lo había pillado primero sin saber que era la plantilla para el siguiente trabajo de su padre. Se rio con ganas. Ese Vincent tendría que andarse con más cuidado con lo que dejaba en su despacho del garaje.

Apretó el papel contra el pecho. Oh, el viejo dicho era cierto: efectivamente Dios castigaba sin palo ni piedra, de eso sí que ahora estaba más que segura. En sus manos tenía el destino de aquel puto metomentodo padre de Cherie y sabía con toda *exactitud* lo que iba a hacer con ese papel.

Capítulo ciento veintiocho

Mary Callahan no estaba bien, y Jack lo sabía. Tenía problemas para respirar y cada vez pasaba más tiempo «tumbándose un ratito», como ella decía.

La miró ahora que estaba dormida junto a él en la cama de matrimonio. En su rostro todavía quedaban huellas de la belleza que tanto le había atraído hacía ya tantos años. Así, en reposo, las arrugas no se marcaban tanto, y de algún modo se la veía más joven, más como a él le gustaba pensar en ella. Había sido una belleza discreta, como su Celeste. La de ambas era una belleza reservada, opuesta a la sexualidad descarada de Cynthia. Mary había envejecido prematuramente; todas aquellas preocupaciones que Cynthia les había causado año tras año le habían pasado factura, igual que a él, supuso. Pero por todas esas dificultades seguía amando a aquella mujer y confiaba en que Dios se lo llevase a él primero porque creía que no podría soportar vivir sin ella.

Decidió pedir hora al médico y decirle a Mary que era para él, porque sin duda ella le acompañaría para asegurarse de que iba. Era la única forma de conseguir que fuera, se pasaba tanto tiempo preocupándose de todos los demás que no tenía ni un segundo para dedicarse a sí misma.

No había vuelto a ser igual desde que Celeste se fue. Él sabía que se culpaba por la decadencia final de su hija, pero no tenía por qué. Celeste, al contrario que su hermana e incluso su propia madre, no había tenido la fuerza mental necesaria para apechugar con lo que la vida le había deparado. Y aquello finalmente también había acabado pesándole a su esposa: la veía perder peso día tras día y no tenía apetito.

De pronto le asaltó el recuerdo de cuando nació Cynthia. El parto fue en casa y él estaba cabreado porque habían usado un formulario de apuestas hípcas para limpiar cuando Mary rompió aguas. Aquello le había mareado un poco. Luego, pasado un tiempo que parecieron siglos, le enseñaron a su hijita. Incluso entonces, de recién nacida, Cynthia era una absoluta preciosidad, y todos lo decían. Y se acordaba de que le había dicho a su mujer, todavía exhausta: «¡Ya verás cómo esta romperá un montón de corazones!».

Si en aquel momento le hubieran dicho que no solo rompería corazones sino familias enteras, hubiera ahogado a aquel bicho malo allí mismo. Se acordaba de Mary, cansada pero eufórica, contemplando a aquella criatura como si fuera la cosa más valiosa del mundo. ¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas?

Se notó a punto de llorar y se dijo que no eran más que los años que se le iban cayendo encima. A decir verdad, no le importaría demasiado ir despojándose ya de aquella carcasa mortal y ponerse a dormir el sueño eterno. La verdad es que incluso disfrutaría con ello.

Posó su mano arrugada sobre el pelo de su esposa y solo entonces se dio cuenta de que estaba fría. Su Mary se había muerto mientras dormía. Se había librado ya de todos los dolores que la vida le había infligido. Por primera vez en años, Mary

Callahan estaba verdaderamente en paz.

Sentado en la cama, Jack Callahan lloró lágrimas de amargura estrechando la mano de su esposa. Pensó que la culpa de aquello era de Cynthia, Mary tendría que haber disfrutado algunos años. Tendrían que haber podido disfrutar algunos años los dos *juntos*. Si Mary no hubiera cargado sobre sus espaldas la carga de los hijos de su hija con todos sus problemas asociados, habrían podido vivir juntos el ocaso de sus vidas en paz y compañía. Su Mary no era sino una baja más de la guerra llamada Cynthia Callahan. En realidad, nunca había tenido una sola oportunidad.

Capítulo ciento veintinueve

Vincent sostenía a Gabby mientras la chica lloraba y sabía que aquello no podía ser bueno ni para ella ni para el bebé. El fallecimiento de Mary la había afectado mucho, muchísimo. Ella había sido la única madre verdadera que había tenido y Vincent sabía que había mucho que agradecerle. Sin Mary y sin Jack, su Gabby se habría quedado sola en el mundo con su hija y totalmente a merced de Cynthia Callahan. Las cosas ya habían salido suficientemente mal por sí mismas y la culpabilidad que sentía por haberla abandonado estaba siempre allí. Igual que Cynthia. Daba la sensación de andar constantemente por allí echando una mano.

Todo lo que necesitaba era un par de robos para conseguir una casa decente en propiedad, comprada y pagada, y luego seguir con su negocio legal. Solo haría un trabajo de conductor al año o así. Era un plan infalible, y con él quería asegurarse de que su chica —y los niños, naturalmente— tuviera todo cuanto necesitara el resto de sus vidas. Para él era importante tenerlos a todos bien provistos.

Quería a su Gabby en una casita propia, los niños en los mejores colegios posible, y un lugar bajo el sol. Aquel había sido su sueño durante el cumplimiento de sentencia en la cárcel y ahora pensaba materializarlo.

Al carajo Greene y Warner y sus estupideces de «ten paciencia» y «espera el momento adecuado». Él era un tipo jodidamente astuto y sabía lo que se hacía. Se ocupaba de su familia, después de todo, ese era trabajo de un hombre.

Cynthia trajo una bandeja con té para ella y para Vincent y un pequeño coñac para Gabby.

—No puede tomar alcohol, está embarazada.

—Un traguito no le hará daño y la tranquilizará, la hará dormir. Tanto llanto no puede ser bueno, ni para ella ni para el bebé.

Vincent se dio cuenta de lo sensato que era aquello. Cynthia apartó a Gabby de los brazos de Vincent, la estrechó en los suyos y le dijo, amable:

—Venga, cariño, tómate esto, ¿eh? Te hará sentirte mejor.

Gabby hizo lo que le decían y se bebió el coñac. El sabor áspero le hizo toser.

—Así, esto te hará sentirte mejor, cariño. Venga, ahora pon los pies encima del diván, nena, te prepararé un poco de leche caliente con miel, como la que me preparaba mi madre cuando no me encontraba bien. Apuesto a que también te lo daba a ti, ¿eh?

Gabby sonrió algo angustiada y asintió sin decir nada. Veinte minutos más tarde se había bebido la leche y se había dormido. Cynthia miró a Vincent y suspiró.

—La ha afectado mucho, Vincent, pero era de esperar, mi mamá era más madre para ella de lo que yo lo fui nunca.

Vincent permaneció en silencio: no sabía qué contestar ante aquella declaración.

—¿Quieres que me lleve a Cherie? Puedo llevarla yo al colegio y lo de siempre... con los críos es mejor mantener una rutina.

Aquí va a haber mucho trajín preparando el funeral y todo eso. Y, bueno, mi padre no creo que vaya a ser muy útil, ¿verdad? Todo lo hacía mi madre, él no sabe ni hervir un huevo.

Era raro hablar así con Cynthia, parecía casi normal, hasta preocupada por ellos. Vincent sabía que a su hija la quería mucho, ahí no había duda. Pero era una lástima que nunca hubiera sentido lo mismo por alguno de sus propios hijos.

Como si le leyera el pensamiento, Cynthia dijo:

—Yo nunca fui una buena madre. La mayor parte del tiempo los críos me ponían de los nervios. Supongo que tener que cargar con James tampoco ayudaba, daba mucho trabajo, Vincent. Él no podía evitarlo, pero era tan débil... Yo tenía que resolverlo todo, desde las facturas hasta cocinar y lavar la ropa. Todo. Creo que lo único que yo quería era ser libre, ¿sabes? Librarme de tantas responsabilidades. Y mi madre..., bueno, mi madre quería tener a los niños todo el tiempo, así que cogí la costumbre de dejárselos a ella. —Sonrió y toda la cara se le transformó—. Supongo que de ahí es de donde heredó Gabby su instinto maternal, porque desde luego ¡de mí no!

Por primera vez en la vida Vincent sintió afecto por Cynthia, desarmado por su sinceridad.

Pero Cynthia en plena ofensiva de encantos era difícil de resistir, y muchos hombres lo habían descubierto a un alto coste. Se ocupaba de que se ablandaran ante ella. Bueno, cuando hubiera terminado con él, sería ya su mejor colega, ella se ocuparía de que así fuera. Aunque, si de ella dependía, puede que no fuera a andar demasiado tiempo por allí. Al menos así despejaría cualquier sospecha que el chico pudiera albergar contra ella. Quería que quedara convencido de que velaba de todo corazón por los intereses de Gabby, que simplemente había descubierto el instinto maternal más tarde que la mayoría de las mujeres y que siempre estaría allí dispuesta a cuidar de Gabby y de sus hijos.

Era tan fácil... Los hombres eran unos putos niños y todo lo que tenías que hacer era decirles lo que querían oír, hacer el papel de amita de su casa y ¡ya está, todo arreglado!

Capítulo ciento treinta

- **H**ace un día precioso, frío pero con sol. ¡Un día estupendo para tener un bebé! La comadrona jamaicana intentaba hacer reír a Gabby, y Gabby, por ser amable, sonrió débilmente. Pero acababa de enterrar a su abuela Mary y ahora el dolor la estaba haciendo pedazos. Sabía que merecería la pena, que su bebé nacería perfecto y que tendría una pequeña familia como Dios manda. Pero deseó que su abuela estuviera allí: sin ella todo era más duro.

Vio a Vincent entrar en la habitación y sonrió con aire trágico. Entonces le asaltó un nuevo dolor e hizo una mueca mientras el aire que se escapaba de su cuerpo sonaba como un pedo fuerte y él dijo:

—Pero, joder, Gabs, ¿por qué agujero tiene que salir esa criatura?

Y los dos rompieron a reír.

Dio a luz y sintió cómo el bebé iba saliendo, observando a Vincent absorto ante el milagro del nacimiento que se le revelaba. Confió en que no le echara para atrás toda aquella sangre. Pero, lejos de sentir repulsión, estaba como en trance. Entusiasmado de estar allí, y conforme su segundo hijo, su primer varón, se escurría hacia este mundo, Gabby solo pudo ver en su rostro alegría pura y puro asombro.

Y cuando lo vio acunar al pequeñín entre sus enormes brazos, Gabby se sintió más feliz que nunca en toda su vida. Por fin tenía lo que siempre había anhelado. Ahora tenía una familia de verdad, y era una buena sensación.

Capítulo ciento treinta y uno

Mientras Cynthia sostenía en sus brazos a Vincent Mark Dos, como lo llamaba su padre, volvió a sentirse colmada por la sensación de pertenencia que había engendrado en ella misma. Era como si fuera su hijo, sentía la misma emoción que había experimentado cuando vio por primera vez a la pequeña Cherie cinco años antes. Que su Gabriella pudiera engendrar aquellas criaturas tan perfectas con aquel memo con el que había cargado era algo asombroso en sí mismo. Pero, una vez más, aquel niño se parecía a ella. Tenía los mismos ojos y la misma forma de la cara que ella, además de aquel pelo del color de una moneda de oro —rubio con mechas pelirrojas— que a ella siempre le había hecho sobresalir entre la gente.

—Es increíble, Gabriella, absolutamente hermoso. Lo habéis hecho muy bien los dos. —Dirigió una sonrisa a Vincent y pudo ver en su cara el placer que le causaban sus palabras. ¡Como si sus genes hubieran podido por sí solos ofrecerle a ella un nieto como aquel! Llevaría su tiempo quitarle de encima los rasgos de los O’Casey, estaba segura. Pero aquel niño iba a ser alguien: banquero o médico; ahora era como un lienzo en blanco preparado para ser coloreado. Había una cosa segura: que no iba a ser un puto ladrón de bancos como su viejo, ella se ocuparía de eso. Se le ensanchó la sonrisa al pensar en lo que había hecho. Se había asegurado de que su padre no anduviera por allí para interferirse en aquella vida recién inaugurada. Era su regalo secreto para su nuevo nieto.

Sonrió una vez más a Vincent senior, consciente de que tendría que apechugar con eso al menos hasta que lo atraparan intentando robar un banco en Borough Green. La policía los vigilaba a todos, y Cynthia sabía que el cargo de conspiración para robar un banco lo mantendría alejado de sus vidas al menos siete años.

A Gabriella se le partiría el corazón, pero eso era de esperar porque, después de todo, la chica lo quería. Cynthia lo comprendía, pero le preocupaba más el hecho de que, si dejaba en manos de esas dos personas a sus nietos, nunca tendrían nada en sus vidas, al menos nada que mereciera la pena. Acabarían etiquetados como hijos de atracadores, seguirían el mismo camino que todos los hijos de ladrones y adoptarían el mismo modo de vida, el único que se les ofrecía. Así que se sintió encantada consigo misma, con lo que había hecho.

Cuando Vincent le cogió a su hijo de los brazos y contempló aquella carita perfecta, no sintió ni una pizca de vergüenza. Ella iba a salvar a aquellos niños de un destino peor que la muerte.

—Este muchachito va a ser alguien, Gabby, lo siento aquí dentro.

Cynthia se echó a reír con su hija al oír aquellas palabras, miró a Vincent y le guiñó un ojo, feliz.

Él le devolvió el guiño ignorante de que su destino, como el de su pequeña familia, estaba completa y absolutamente sellado.

Capítulo ciento treinta y dos

-¡**Q**ué jodido imbécil! ¿Pero es que no escucha a nadie?
Bertie Warner estaba encendido con la noticia de que el joven Vincent O'Casey había sido capturado cuando, junto con los hermanos Gold, estaba a punto de entrar en un banco de Kent. Los habían cogido con pistolas, pasamontañas, las herramientas. Había corrido el rumor y de algún modo la pasma se lo había olido. Cómo, no lo sabían, porque era la primera noticia que oía sobre el asunto. De hecho, parecía que nadie tenía ni idea sobre ese puto robo. Así que o bien a uno de los Gold se le había soltado la lengua, cosa muy dudosa, o Vincent se lo había mencionado a alguien. Pero eso era imposible, sabiendo lo que Bertie opinaba acerca de que no debería volver al negocio demasiado pronto, lo debía de haber mantenido en secreto. No, el soplo tenía que proceder de alguien más cercano a los implicados. Micky Gold acababa de dejar tirada a su mujer por una rubia de diecisiete años, pero ¿iba él a mencionar un asunto de trabajo a su ex mujer? Aquello era todo un enigma.

Pero el caso es que lo tenían muy crudo y se les avecinaban unos buenos cuantos años detrás de las putas rejas antes de volver a pasar otras navidades con la familia. Idiotas, jodidos idiotas. Especialmente ese chico, Vincent. Bertie había puesto tantas esperanzas en él...

Pensó en aquella chica suya. No hacía mucho que había tenido el segundo bebé —un chico precioso— y aquella noticia la destrozaría; al fin y al cabo, ya no sería la primera vez que Vincent la dejaba literalmente con la criatura colgada. Pobre putilla. Hay chicas que realmente no tienen suerte. Aun así, a lo hecho pecho, el mundo seguía girando.

Pero todo el día estuvo pensando en el joven Vincent y en cómo había desperdiciado su vida. La segunda etapa siempre era peor que la primera porque, de entrada, ya sabías lo que te esperaba. Bertie untaría unas cuantas manos, le haría las cosas más fáciles, pagaría para conseguirle una celda individual, un poco de tabaco y unos cuantos lujos. Vincent saldría algún día y Bertie quería que recordase que no se habían olvidado de él. También le proporcionaría unos cuantos billetes a aquella palomita para consolarla hasta que pudiera salir adelante. Era lo menos que podía hacer.

Capítulo ciento treinta y tres

Vincent O'Casey estaba en Brixton en prisión preventiva y escuchaba los sonidos que una vez más constituían su música de fondo. Las cárceles eran realmente ruidosas de noche. Ronquidos, discusiones, risas y con frecuencia el ruido de sollozos ahogados de hombres que echaban de menos desesperadamente a sus familias. Los pasos de los celadores arriba y abajo, escuchando el fuerte ruido deslizante de los cerrojos abriéndose y cerrándose cuando comprobaban cada celda para asegurarse de que nadie se había suicidado ni se había embarcado en cualquier clase de tontería del tipo de excavar una salida o fabricarse un pincho. Esta iba a ser de nuevo su vida, e iba a ser su vida durante años y años.

Ojalá hubiera escuchado a Bertie y a Derek, pero ya era demasiado tarde. Ahora era demasiado tarde para todo y para cualquier cosa; su chavalín crecería sin tenerlo a su lado como le había pasado a la pequeña Cherie. Su pobre Gabby quedaría abandonada con dos criaturas, y sin ningún medio de subsistencia a la vista, porque no estando él habría que vender el garaje, eso lo sabía. ¿Por qué se había obstinado tanto en hacerlo? Si hubiera escuchado a hombres mayores y más sabios que él, ahora estaría en casa con su crío en brazos y, más tarde, abrazando a su preciosa Gabby. En vez de eso lo único que tenía por delante era la nada más absoluta. O por lo menos nada que mereciera la pena. Confiaba en que Gabby estuviera bien porque al menos tenía a su madre. A Cynthia la amas o la odias, pero ella adoraba a sus críos, y no permitiría que les sucediese nada.

¡Iba a liquidar a esos putos hermanos Gold! Uno de ellos tenía que haberse ido de la lengua, porque él no le había contado a nadie, absolutamente a nadie, lo del golpe. Así que *tenía* que haber sido uno de ellos. Lo peor era que los habían trincado antes de que salieran siquiera del puto coche. ¿No era de lo más humillante?

Allí tumbado, se tapó la cara con la almohada, como tantos hombres antes que él, y lloró como un bebé; lloró por su familia, por la vida que había perdido y por la vida que ahora podría estar viviendo. Pero sobre todo lloró por Gabby y por saber que la había dejado desamparada por segunda vez en seis años. Eso era lo que realmente le dolía. Su mundo tal como ella lo conocía había desaparecido. La vida que habían planeado no iba a ser posible. Ahora tenía un bebé de menos de tres semanas y no tenía a nadie que le dijera por las noches que la quería. Eso, lo sabía, era lo más duro para ella.

Capítulo ciento treinta y cuatro

2008

Cynthia estaba cansada, pero era un cansancio agradable. A los tres años de edad, el pequeño Vincent era un auténtico regalo, y ella disfrutó tanto como el niño de su día en el zoo. Con su hermana Cherie, que bebía los vientos por él, con su abuela Cynthia, que lo trataba como un rey, era un muchachito de lo más feliz. Al meter la sillita en el armario del vestíbulo y cruzar hacia el salón, vio a los niños quitándose muy serios los abrigos y los zapatos. Eran unos niños muy buenos, hacían todo lo que ella les decía sin que tuviera que gritarles o forzarles a ello. Tan diferentes de su hijo y de su hija. El pensamiento la devolvió a Gabriella y a las noticias que le había dado ese día, más temprano. Parecía ser que «su Vincent», como se refería a él de mala gana, podía salir muy pronto en libertad condicional. Un poquito demasiado pronto para el gusto de Cynthia.

Cynthia había disfrutado de tres años de autonomía más o menos completa con los niños, pero ahora su hija, con ayuda de sus antidepressivos, estaba por fin volviendo a activarse. Se había tomado muy mal la marcha de Vincent y había perdido interés por todo y por todos..., hasta por su hijo pequeño. Tal como Cynthia comentó, aquel capullo la había dejado *dos veces* con una criatura; cualquier otra mujer se hubiera largado, pero no su Gabriella. Cynthia ignoraba convenientemente su propio papel en la detención de Vincent, hacía mucho tiempo que se había convencido a sí misma de que todo lo hacía por el bien de su hija. Gabriella nunca había comprendido que eso fuera por su bien. Se había tomado muy mal lo de quedarse sin Vincent. Los médicos lo habían achacado a la depresión postparto, y ella no se lo había discutido.

Entonces, cuando el pequeño Vincent tenía cinco meses, Gabriella sufrió una depresión nerviosa total. Tuvo que ser hospitalizada y permaneció ingresada ocho meses. Aquellos habían sido los ocho meses más felices de la vida de Cynthia. Se había mudado a una casa más cerca de la de Gabriella y se había hecho cargo de los niños. Se había construido así una pequeña y encantadora familia para sí misma y, encima de todo, ¡le habían dado subvenciones, *dinero* contante y sonante, por cuidar de ellos! La verdad es que aquel país era maravilloso, con su «estado del bienestar»; tenía más de lo que hubiera tenido su hija, con lo de la retribución por cuidados y todas las otras bicocas. Un pequeño timo legal, a decir verdad, y además fácil de aumentar: ¡si hasta le pagaban el coche! Pero, más que eso, el dinero hacía a los niños todavía más suyos porque tenía la libreta de Ayudas al Niño y *todo* a su nombre. Legalmente para ella eso valía una fortuna, porque los dejaba bajo su custodia. La posesión, ya se dice, son nueve décimas partes de la ley.

Ahora Gabriella estaba poniéndose difícil porque quería volver a llevárselos a

casa con ella. Cynthia tenía la firme intención de asegurarse de que tal cosa no sucediera; ahora esos niños eran *suyos* y lucharía hasta la muerte para conservarlos.

—¿Por qué tienes ese ceño, abuelita? —Eso lo dijo Cherie, que a sus nueve años era muy observadora.

Cynthia forzó una sonrisa y dijo en tono suave:

—Solo me estaba preguntando cómo os arreglaríais vosotros dos si tuvierais que volver con vuestra pobre madre. —Su voz sonó como si fuera inevitable y se sintió muy gratificada al ver la alarma en los ojos de la cría.

—No nos harán ir, ¿verdad, abuelita?

Cynthia se encogió de hombros como si la cosa estuviera en manos de los hados y salió de la habitación sabiendo que había dejado tras de sí a una niña muy confundida y preocupada. Era exactamente el tipo de reacción que había esperado. Si los niños no querían irse a su casa, sabía bien que su hija no era de las que los obligaría. Tampoco las asistentes sociales insistirían demasiado en el tema; se había asegurado de que estuvieran al tanto del asunto, o en todo caso de su visión del asunto. Después de todo, en la familia había enfermedades mentales, ¿no? Su hijo James estaba tan loco como una jaula de grillos y su hermana Celeste tampoco es que estuviera muy en sus cabales. Así que su hija, la madre de aquellas preciosas criaturas, no era exactamente un ejemplo deslumbrante de maternidad o normalidad. ¡Si hasta se había enganchado a las pastillas que se suponía que la tenían que aliviar! No comía, dormía ni cagaba a intervalos regulares sin tomárselas, era básicamente un desastre. Tal vez estuviera intentando salir de aquello, pero Cynthia ya les había dicho a las autoridades competentes que mientras que Gabriella podía visitar a sus hijos allí tantas veces como quisiera, ella no tenía muy claro qué sería de sus vidas si les obligaban a volver a casa de su madre a tiempo completo. Al parecer, todos estaban de acuerdo con ella. De todas formas, más les valía estarlo, porque si no ella averiguaría por qué razón no lo estaban.

A Gabriella le habían permitido tenerlos el siguiente fin de semana en período de prueba, así que Cynthia tenía hasta entonces para trazar un plan y asegurarse de que nunca más iban a dejar que su hija estuviera a menos de dos metros de esos niños en un futuro. Aquello lo hacía por el bien de los niños. Por lo menos eso se decía a sí misma. Sin ella las criaturas no serían capaces de manejarse, y Gabriella tenía que aceptar que los niños ya no le pertenecían. Cuanto antes lo aceptase, mejor. Podía formar una nueva familia con ese jodido patán de Vincent O'Casey cuando por fin lo dejaran salir a la calle, pero, por lo que respectaba a esos dos, ni hablar de que Cynthia se los devolviera.

Capítulo ciento treinta y cinco

Gabby se pasó el día limpiando y sacando brillo a la casa; había traído todas las cosas que a los críos les encantaban y les había alquilado un par de DVD de Disney. Sus habitaciones estaban preciosas, y también se había asegurado de tener una buena provisión de papel para que Cherie dibujase, porque mostraba un talento para el arte que la hacía destacar en el colegio. Por lo menos eso es lo que su madre le decía.

Al pensar en su madre, suspiró. Sabía que Cynthia adoraba a los críos —en cierto modo era su única virtud salvadora—, pero había movido cielo y tierra para impedir que Gabby, que era su madre, formase parte de sus vidas. Gabby se culpaba a sí misma, por supuesto. Después de que a Vincent lo hubieran vuelto a cazar y se hubiera visto una vez más sola y con otro niño, había tocado fondo. Todo había sucedido tan poco tiempo después de la muerte de su abuela que la había destrozado. Había necesitado tres largos años para volver a ponerse en pie y estaba decidida a asegurarse de que sus hijos volvían con ella que era donde debían estar. Le había prometido a Vincent que los recuperaría y tenía la firme intención de cumplir la promesa. Vincent la había ayudado mucho a pesar de estar tan lejos, y le había dado la confianza que necesitaba para pelear con su madre. Era muy duro luchar contra Cynthia porque Cynthia siempre, *siempre*, parecía tener la razón.

Cynthia no parecía estar especialmente preocupada por los problemas de su hija. Estaba tan liada con sus nietos que no tenía tiempo ni ganas de preocuparse de su relación con su propia hija, esa misma hija que había parido a las dos únicas personas que Cynthia amaba. Gabby apreciaba lo que había hecho su madre, pero claro, seguramente cualquier madre hubiera hecho eso por su hija. De modo que ¿por qué no podía Cynthia jugarse el todo por el todo y permitirle que volviera a tener ella a sus críos? ¿Por qué estaba tan decidida a asegurarse de que los niños mantenían el menor contacto posible con ella? Parecía algo personal, como si su madre la estuviera castigando por sus equivocaciones, reales o imaginarias.

Cuando había hablado con su psiquiatra, a Gabby algo de lo que dijo le sonó muy verdadero. «Las personalidades psicopáticas pueden emular las emociones y acciones de las personas de su entorno incluso aunque nunca hayan experimentado por sí mismas esas emociones». Estaba hablándole de su hermano, pero, por alguna razón, le había hecho pensar en su madre. Eso le había hecho sentir una profunda deslealtad porque, a fin de cuentas, la había sustituido cuando más se la necesitaba. Pero ahora ya no se la necesitaba. No era que Gabby fuera a impedir que Cynthia volviera a verlos, porque sabía lo apegados que estaban a su abuelita. Solo podía soñar con que un día a *ella* también la quisieran tanto. Pero por el momento se contentaría con formar parte de sus vidas. Quería volver a tenerlos con ella y, eventualmente, con su padre, Vincent. Aunque su madre se lo ponía todo muy difícil, y eso era lo que más le dolía.

Gabby ni siquiera podía correr el riesgo de discutir con ella, porque si lo hacía su madre le diría a las asistentes sociales que se había mostrado «agresiva», que había «asustado» a los niños, y como las asistentes sabían que los niños no estaban exactamente enamorados de Gabby, tenía que andarse con mucho cuidado. Cynthia era implacable y haría todo lo que estuviera en su poder por quedarse con los críos, tal y como demostraba a diario. Nadie sabía con precisión de qué era realmente capaz su madre, y menos que nadie aquellas pánfilas de las asistentes sociales. Ellas la encontraban maravillosa, una auténtica mártir. Bueno, era obvio que no pasaban mucho tiempo con ella porque si no ya le habrían visto la otra cara.

Gracias a Dios, Vincent estaría de vuelta muy pronto y él no le pasaría ninguna tontería ni a su madre ni a nadie. Por lo menos eso ya era algo a lo que aferrarse. Su madre le tenía respeto a su Vincent, y lo mismo debía hacer ella... no se daba cuenta de lo fuerte que era. Lo bastante fuerte por los dos, y él y ella juntos le harían bajar la cabeza de una vez por todas.

Gabby echó una mirada al reloj y dejó de limpiar. Tenía que estar a las seis en casa de su abuelo para asegurarse de que tenía algo que comer y charlar un poquito con él. Seguía echando de menos a la abuela Mary, y la chica sabía bien que sin ella en su vida muy pronto se rendiría.

Aparecería con los niños por allí... eso es lo que iba a hacer. Se podían quedar a pasar la noche del sábado, verlos le emocionaría. Al hombre le encantaba que aparecieran por allí, lo que no ocurría muy a menudo por culpa de su madre. La abuela Mary le había avisado hacía ya años de que Cynthia quería quedarse con sus niños. Y ahora Gabby deseó haberla escuchado.

Capítulo ciento treinta y seis

- **Y**o también te quiero, Vincent. Estaré ahí el fin de semana, ¿vale? —Gabby colgó el auricular y se volvió hacia Cherie y el pequeño Vince, que la miraban como si estuvieran esperando a que hiciera algo. Los había recogido una hora antes en casa de su madre y no es que se hubieran mostrado muy entusiasmados de irse con ella. Ahora los dos parecían tan incómodos en su presencia que aquello le partía el corazón.

—¿Os ha gustado hablar con vuestro papá? —Tenía la esperanza de que les hubiese encantado hablar con él.

—Estuvo bien —dijo Cherie encogiéndose de hombros.

—Volverá pronto a casa, y podréis verlo todo el tiempo.

Cherie la miró con sus grandes y separados ojos azules y la expresión que había en ellos le dijo que no era algo de lo que estuviese deseosa. Sonrió con dificultad y dijo, jovialmente:

—Entonces, ¿qué queréis hacer?

Cherie miró a su hermano y los dos dijeron al unísono:

—Irnos a casa.

Gabby se tragó la decepción: sabía que tenía que darles tiempo; una vez se dieran cuenta de que con ella podían divertirse igual que con su abuela, cambiarían de opinión. Pero notó el escozor que las lágrimas le producían en los ojos y la garganta.

—Bueno, podréis ir —casi dijo «a casa», pero rápidamente lo sustituyó— a casa de la abuela en seguida. A ver, ¿quién quiere ir en el coche? —Sabía que el pequeño Vince querría, le encantaban los coches, era algo que sin duda había heredado de su padre.

Cuando llegaron a casa del abuelo, vio que Cherie suspiraba con fuerza.

—No me gusta el bisabuelo Jack. Huele mal, y su casa también.

Gabby ya había tenido bastante y antes de poder detenerse, dijo tranquilamente pero con énfasis:

—Sabes que eso no es verdad..., eso solo es lo que dice la abuela Cynthia. Mi consejo es que ahora salgas del coche y en el futuro te guardes tus opiniones para ti misma. La verdad es que no puedo creer algunas de las cosas que dices, Cherie. Ya tienes nueve años, no cuatro. Deja de imitar a mi madre como un loro.

—No imito a nadie como un loro. Fuma, igual que tú, y eso apesta. —Torció el labio con desdén mientras hablaba.

—Tu abuela fuma —replicó Gabby enfadada.

—No, cerca de nosotros no. Sabe que es malo para nosotros respirar todos esos humos fuertes y tóxicos. —Aquello insinuaba que a Gabby no le importaba envenenarlos, porque no le importaban, y punto.

—Guárdate tus opiniones para ti misma, jovencita. Vas a entrar ahí y vas a portarte como una niña buena, ¿me oyes, señorita? Harás lo que se te dice por una

vez en tu vida.

Si hubiera levantado el brazo y pegado a la niña hasta tirarla al suelo, el efecto no habría podido ser más exagerado. Los ojos de Cherie se llenaron de lágrimas y empezó a temblar, y cuando Gabby la miró alarmada, aquello le trajo un recuerdo. Así era como se comportaba su madre cuando no conseguía lo que quería. Había visto a su padre arrugarse ante aquella actitud y sintió un escalofrío de miedo por si aquella niña estaba ya demasiado alejada de ella. Emulaba a su abuela Cynthia en todo, y la pobre creía que eso era lo correcto.

Gabby luchó contra el pánico que notaba crecer en su pecho, sacó al pequeño Vincent de la sillita del coche y dijo con tanta indiferencia como pudo:

—Ahora bajaos del coche y ni una palabra más, ¿vale?

Tenía miedo de decirles a los niños que iban a quedarse a dormir. El pequeño Vince entró en casa de su bisabuelo muy contento, pero Cherie remoloneaba detrás. Gabby pensó que había *hecho* lo que tenía que hacer; pasaba demasiado tiempo intentando agradar a los niños cuando lo que había que hacer era mostrarles quién mandaba.

Capítulo ciento treinta y siete

Cynthia se había arreglado temprano y ya estaba lista para salir. Se preguntó por un instante si no estaba llevando las cosas demasiado lejos, pero sabía que si no iba lo bastante lejos, se pasarían por alto. Gabriella se iba poniendo gradualmente a las asistentes sociales de su parte, y si eso llegaba a suceder, Cynthia se quedaría sin nada. ¿Es que no podían ver cómo aquellos niños habían florecido bajo sus cuidados? ¿Y qué, si ella era la abuela? La madre no hubiera podido hacer un trabajo mejor a la hora de criarlos. En realidad, ella había hecho de todo menos abandonarlos, y ahora Gabriella esperaba aparecer y llevárselos otra vez como si todos los esfuerzos de Cynthia fueran inútiles. La idea de que aquellos niños estuvieran encerrados en aquel sitio con Vincent y con ella le hacía hervir la sangre. Allí nunca tendrían una oportunidad de nada.

Comprendió entonces que tenía que hacer lo que había planeado. Era por el bien de los niños, y, a fin de cuentas, ellos eran los que de verdad importaban. Ella haría cualquier cosa, literalmente *cualquier cosa*, para asegurarse de que algún día los tendría con ella para siempre. Todo lo que necesitaba era una brecha, y hoy se había producido. Había recibido una llamada de teléfono de su nieta diciéndole que su madre los hacía quedarse con su bisabuelo Jack pero que ella quería volver a casa. Mientras hablaba con la niña, Cynthia comprendió que aquella era la oportunidad perfecta para demostrar la inutilidad de su hija como madre. Aquello era como un regalo de los dioses, y tenía la firme intención de aprovecharlo a tope.

Capítulo ciento treinta y ocho

Jack Callahan observaba cómo su bisnieta torcía su preciosa naricita con cada cosa que había en la casa. Por primera vez se alegraba de que Mary no estuviera allí y no fuera testigo de aquello, porque le habría roto el corazón. Cuando nació Cherie, era una cosita preciosa, pero ahora era el retoño de Cynthia, de eso no había duda. Le daba mucha pena no encontrar nada que le gustase en aquella niña; hasta su belleza era insuficiente para compensar aquel aire de superioridad sobre todos los que la rodeaban. Como Cynthia antes que ella, creía que descendía de la pata del Cid y tenía que aguantarse las ganas de cruzarle aquella cara de mimada. Lo peor de todo era ver a la pobre Gabby intentando cualquier cosa por ganarse a aquella yegüita consentida sin obtener ni un poco de respeto de la niña. Era evidente que la niña conocía bien el percal y disfrutaba haciendo que su madre pasara por el aro.

En cambio, el niño era demasiado joven para que Cynthia le hubiera hecho ya mucho daño. O eso o que el chico tenía más de su padre, y no era tan fácilmente influenciable. Jack confió en que fuera así, porque si no de ahí a pocos años iban a tener a otro chico con problemas como aquel jodido lunático de James júnior. Últimamente Jack veía muchísimo la televisión durante el día y conocía toda la charlatanería psicológica al uso y las palabras «estropeado por su madre» siempre le traían a la mente a su nieto. Cynthia era como una enfermedad, un cáncer que invadía a cuantos estaban a su alrededor hasta infectarlos con su rencor y su odio. Ahora Jack podía volver a verla reencarnada en la niña que tenía delante. No se sintió muy seguro de poder aguantar más y el ruego que le hizo le salió del corazón:

—Por favor, Cherie, ¿querrás dejar de lamentarte de una vez? Vamos a estar todos en paz.

El pequeño Vince observaba fascinado; él siempre hacía lo que quería su hermana, así era más fácil. Pero no quería ver una película de Barbie, quería ver Buzz Lightyear. Le gustaba, era divertido. Se preguntó si su hermana se saldría con la suya; normalmente lo hacía cuando se trataba de su madre. A él le gustaba su mamá, y le gustaba su bisabuelo Jack, pero sabía que a su abuela Cynthia no le gustaban, así que alguna vez podía haber dificultades. Había aprendido desde muy pequeño a no mostrar sus sentimientos; era una actitud que causaba demasiados problemas.

—Yo no quiero ver esa película, es para chicos.

Jack decidió que realmente ya había consentido bastante la actitud de aquella niña. Así que se inclinó hacia delante en la butaca y dijo con firmeza:

—Bueno, pues es lo que se llama mal asunto. Porque yo quiero ver a Buzz Lightyear, tu madre también lo quiere ver y tu hermano también lo quiere ver. Así que consulta la palabra «democracia» en tu diccionario, cariño. Significa que la gente que tiene más votos gana. Así que cierra la boca y pongamos la película.

Vincent, excitado con el giro de los acontecimientos, se subió feliz al regazo de su bisabuelo. Pero la alegría le duró poco. En cuanto empezó la película, su hermana

cogió una rabieta que fue, sin duda, la más grande y más ruidosa hasta la fecha. En resumen, se armó un verdadero infierno.

A las ocho y cinco estaban de vuelta en casa de su madre.

Capítulo ciento treinta y nueve

Cynthia estaba nerviosa pero segura de que hacía lo correcto. Llevaba todo lo que necesitaba y lo único que tenía que hacer ahora era esperar hasta que fuera lo bastante tarde para poder poner en marcha su plan. Mientras esperaba pacientemente hasta poder salir de su casa de modo seguro, fantaseó con la vida que habría podido llevar con los niños que adoraba. Y desde luego que los adoraba, especialmente a su Cherie, pero también a su pequeño Vincent, pues, aunque odiaba el nombre del niño, le había robado el corazón como solo puede hacerlo un varón. Cuando recordaba el modo en que trepaba a su regazo y le pasaba los bracitos gordezuelos por el cuello, sentía que lo que estaba haciendo por ellos era correcto, se sentía justificada. Cualquiera habría hecho lo mismo para salvar a sus nietos de una vida de miseria y degradación, de eso estaba segura.

Para empezar ¡su padre era un maldito atracador! Y, como siempre estaba indicando a la de los servicios sociales, no lo habían pillado una vez, ¡sino dos! Olvidaba muy convenientemente su propia asociación en el pasado con el mundo de la delincuencia y el papel que había desempeñado. Era buena para reescribir la historia, sabía borrar cualquier cosa que no encajara con su versión de los acontecimientos.

Pero ahora, gracias a Cherie y al entrenamiento que había recibido para informar a su abuelita de lo que hacían con su madre, Cynthia tenía la oportunidad de probar de una vez por todas a los poderes establecidos que su hija no estaba preparada para cuidar de sus propios niños.

Entonces ya serían suyos, y seguirían siéndolo. Ya podían ir Gabriella y Vincent formando una nueva familia, porque no habría manera de que recuperaran a aquellos críos. Haría lo que hiciera falta para conseguir lo que quería. Una vocecita le recordó que no iba a ser la primera vez, pero, como siempre, desechó aquellos pensamientos. Con los años se había vuelto muy buena en esa tarea.

Capítulo ciento cuarenta

- **N**o, Cherie, no puedes volver a casa de la abuela. Mira, ya has conseguido lo que querías..., hemos vuelto a mi casa, tu hermano está durmiendo en la otra habitación y yo también estoy muy cansada. Así que venga, cariñito, esta noche puedes dormir aquí conmigo.

Cherie miró a su madre y decidió que sería mejor hacer lo que le decía; después de todo, había ganado la pelea para no quedarse en casa del bisabuelo Jack. No era verdad del todo que oliese, pero lo que no le gustaba de estar allí era que su bisabuelo siempre andaba ocupándose del pequeño Vince. Antes ella era su favorita, pero cuando llegó su hermano todo cambió. Ahora apenas si se fijaba un poquito en ella, excepto para decir que era «demasiado parecida a Cynthia», y lo decía como si eso fuera una cosa *mala*. Ahora estaba tumbada en la cama con su mamá y se sentía muy cansada. Conseguir lo que quieres puede ser agotador.

—¿Puedes contarme un cuento, mami?

Gabby la apretó contra ella y dijo feliz:

—Pues claro que sí, cariño. ¿Qué cuento quieres?

—Caperucita Roja, por favor. La versión *larga*.

Gabby se rio y empezó a contarle el cuento. Cherie se quedó dormida de inmediato y, abrazando a su hija contra su cuerpo. Gabby se sintió cercana a ella por primera vez. Estaba impaciente porque aquello se convirtiera en su vida normal. Muy pronto volvería a tener otra vez a sus hijos, y también a su Vincent en casa. Le había jurado que esta vez se portaría bien, que no haría nada que pudiera alejarlo de su familia. Sabía que todo el mundo pensaba que estaba loca, pero lo amaba y tenía que creer en lo que le decía. Esta vez su marcha había sido todavía más difícil y no se lo había tomado nada bien. El pobre Vincent otra vez confinado en la isla, y sin poder hacer nada para ayudarla. Sabía lo difícil que debía de haber sido para él, pero ahora ya era agua pasada. Ella estaba mejorando y lo tendría en casa en algún momento. Lo único que podía hacer era mirar al futuro. No alejaría a los críos de su madre; después de todo, la habían tenido a su disposición mucho tiempo. Pero no pensaba perderlos por su culpa. Les demostraría a todos que *ella* era lo mejor que podía sucederle a sus niños.

Gabby se quedó dormida sonriendo, pensando en lo encantador que sería volver a tener a la familia junta. Los niños, ella y su Vincent. Esa es la materia de la que estaban hechos los sueños.

Tres horas más tarde se despertó en una habitación llena de humo.

Capítulo ciento cuarenta y uno

Cynthia se introdujo en casa de su hija y se quedó de pie en la oscuridad de la cocina mirando alrededor en medio de la negrura. Estaba limpia, eso había que concedérselo a su hija, pero seguía estando destartada. A sus ojos seguía siendo una vivienda de protección oficial. Le rompía el corazón que sus nietos se vieran obligados a vivir allí. Bueno, no por mucho tiempo.

Sabía que el mejor modo de producir el fuego era empezarlo en la puerta de entrada y después dejar que siguiera su propio curso, y eso es exactamente lo que hizo. Al ponerse manos a la obra ni se le pasó por la cabeza que estaba destruyendo todo lo que su hija poseía en el mundo: sus fotos, vestidos, todos sus efectos personales. Lo único que tenía que hacer era prender fuego y luego las estufas de butano que su hija usaba para calentarse harían la mayor parte del trabajo. Agradeció la luz que llegaba de la farola de fuera, porque no se habría atrevido a encender una luz ni hacer un solo ruido. Aquellos pisos eran como conejeras, y hasta tirar de la cadena en el piso de al lado lo oía claramente todo el mundo. Sonrió al encender la cerilla y luego se marchó tan silenciosamente como había entrado.

De vuelta a casa, llevaba puesto a ABBA en el estéreo del coche e iba cantando a voz en cuello. Aquello era realmente su Waterloo: haría hincapié en que era la peligrosa estupidez de su hija la causante. Un cigarrillo encendido podía causar daños incalculables... ¡diez encendidos simultáneamente todavía más! Calculó que el cesto de la colada lleno de ropa sería lo primero en arder, pero el cubo de la basura en la cocina también sería una buena ayuda.

Explicaría lo del petróleo alegando que era una trampa para el seguro, que su hija pretendía cobrar dinero. Tenía previstas todas las posibilidades, y ahora tendría también a aquellos niños al menos hasta que arreglaran el asunto del alojamiento y todas las otras mierdas que se montan siempre con un incendio grande. En todo caso, para ella era una situación en que solo podía ganar.

Capítulo ciento cuarenta y dos

Cherie sacudía a Gabby y le gritaba que se despertase.
—¡Mami, mami, la casa está ardiendo!

Gabby apenas podía respirar; el dormitorio estaba envuelto en humo. Saltó de la cama tosiendo. Vincent, lo único en lo que podía pensar era en su bebé, Vincent, solo y asustado en su habitación.

Telefoneó a los bomberos aterrada y luego cogió a su hija de la mano y tomó la peor decisión posible: abrió la puerta de la habitación.

Capítulo ciento cuarenta y tres

-¿**E**s usted Cynthia Callahan?

Cynthia, que se había tomado unas cuantas copas para celebrar su excursión nocturna, tenía los ojos turbios al mirar al policía y la mujer que estaban en su puerta.

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

El sargento Proctor notó un pánico creciente en su voz. La acompañó hasta la cocina, la obligó a sentarse e hizo un gesto a su compañera, que buscó por los estantes de Cynthia hasta dar con una botella de coñac. Sirvió uno bien grande y lo puso delante de la asustada mujer.

Durante todo ese tiempo, Cynthia notaba crecer el pánico en su interior. Aquello no solo tenía que ver con un incendio en una casa. Demasiado ominoso.

—¡Por favor, dígame! ¿Qué ha pasado?

El sargento Proctor le cogió la mano temblorosa y le dijo en tono amable:

—Ha habido un incendio en casa de su hija. Lamento mucho tener que decirle que su nieto Vincent O’Casey murió en él. El fuego era demasiado violento para que alguien pudiera llegar hasta él, y su hija lo intentó, créame. De hecho, ha sufrido quemaduras de tercer grado en las manos. Ella y su nieta están las dos en el Old London. Sin embargo su nieta está ilesa, solo recibe tratamiento por inhalación de humo.

Cynthia podía oír las palabras del sargento pero no lograba entender lo que le decía.

—¡Pero si no estaban en casa! ¿*Por qué* estaban en casa? Si estaban en casa de mi padre. Cherie me dijo por teléfono que iban a quedarse en casa de mi padre...

Estaba temblando de la impresión. Miró a los ojos del sargento suplicándole que le dijera que nada de aquello era verdad. Cuando se había colado dentro de la casa, allí no había nadie, la casa estaba *vacía*. ¡Sabía que era así porque se suponía que debían estar en la puta casa de su padre! Oh, ¿por qué su hija *nunca* era capaz de hacer lo que tenía que hacer? Ahora mira lo que había pasado. Si aquella chica hubiera hecho lo que se suponía que...

—Está equivocado. *Tiene* que estar equivocado. ¡Mi hija y mis nietos están en casa de mi padre! Se ha equivocado de casa, de personas... —Entonces Cynthia empezó a llorar—. Por favor... por favor, dígame que se ha equivocado de personas, por favor...

El sargento Proctor la abrazó mientras lloraba y, como diría después en la comisaría, nunca volvió a oír un llanto como aquel. Sonaba como un animal herido. Solo cuando finalmente llegó el médico y le dio un sedante, remitió su arrebató y cayó en un sueño inquieto pero profundo.

Capítulo ciento cuarenta y cuatro

- **E**s como si estuviera maldita, abuelo. La primera noche que se quedan conmigo y mi pequeño se muere abrasado. Mi madre tenía razón, no tendrían que haberme permitido tenerlos conmigo, mira lo que ha pasado. Cherie había estado riñéndome por lo de fumar, decía que no soportaba el olor. Por eso me vine a casa desde la tuya. ¿Por qué no me quedé allí?

Jack Callahan deseó por Dios poder mitigar el dolor de su nieta, pero comprendía que nadie podría lograrlo. Aun así, confió en que lo que tenía que decirle la aliviase de parte de su sentimiento de culpa.

—Escucha, Gabby, hay algo que debes saber. La policía piensa que el fuego fue iniciado deliberadamente, y creen que fue James el que lo hizo. Alguien entró en tu casa y encendió cigarrillos por todas partes. Y no fuiste tú. Quienquiera que fuera había colocado pilas de ropa debajo de las colillas y en la papelera y el cubo de la basura. Se supone que no tendría que decirte esto, no querían que lo supieras hasta que considerasen que podías soportarlo, pero tu madre cree que fue James, y lo mismo piensa ahora la bofia. Dijo que había aparecido por su casa unos pocos días antes para exigir dinero. Pocas veces estoy de acuerdo con ella, pero creo que esta vez Cynthia tiene razón. Fue James, *tiene* que haber sido él. ¿Quién más podría hacer una maldad tan jodida?

—¿James? —Pareció que a Gabby le caía un rayo encima—. ¿Pero por qué iba James a hacernos daño a mí y a mis hijos? ¡Eso no tiene sentido!

Jack se encogió de hombros.

—¿Por qué ese cabrón loco hace las cosas? —dijo—. No tiene ningún sentido ni saca nada de esto, y si tú quieres encontrárselo te volverás loca. Es un jodido tarado, siempre lo fue y siempre lo será. Así que deja de atormentarte, cariño. Le diré a la policía que te lo he dicho. ¿Me creerás más si te lo dicen también ellos?

Gabby estaba mareada; de todas las explicaciones de lo que podría haber pasado aquella noche, que su hermano fuera el culpable no era una de ellas. Pero supuso que tendría que ser cierto, que tal vez James pensó que estaban fuera.

Sintió que las lágrimas le corrían por el rostro una vez más y contempló sus manos fuertemente vendadas porque se le habían quemado hasta el hueso en sus esfuerzos por abrir la puerta del cuarto de su hijo. Su niño, su Vince, estaba muerto, y era su propio hermano quien lo había matado. Sobre eso no cabían dudas... estaban malditos, toda la familia estaba maldita.

Capítulo ciento cuarenta y cinco

Cynthia no era ella misma, y todo el mundo se daba cuenta. Durante la semana que siguió a la muerte del pequeño Vincent fue perdiendo peso y se la veía más vieja. La gente hablaba de lo buena que había sido con aquellos niños; era alabada como una abuela maravillosa que había entregado su vida para criar a los hijos de su hija. Pero ella sabía la verdad, y esa verdad la devoraba como un cáncer.

Había sido rápida sugiriendo, incluso en medio de su aflicción, que su hijo debía de ser el culpable, y aquello parecía encajar. Después de todo, eran *ellos* los que la habían informado de la amenaza de James de prenderle fuego. Acabaría volviendo a aparecer como la mala hierba y lo acusarían a él. Eso tendría algo de bueno, de todos modos: esta vez lo encerrarían y tirarían la llave. Algo que tendrían que haber hecho años antes.

Lo peor para Cynthia eran las noches. Creía oír al pequeño Vincent llamándola. Y que la llamaba a *ella*, no a su mamá, que a quien quería era a Cynthia. Notó el sudor que bañaba su cuerpo y la respiración entrecortada que siempre lo acompañaba. ¿Por qué había hecho aquello? Solo quería que pareciera que su hija pretendía engañar al seguro y obtener el chollo de vivir en una casa mejor. ¿Por qué no había revisado los dormitorios? Notó las lágrimas una vez más. Aquellas lágrimas que siempre estaban a punto de aflorar. Aquel niñito, aquel precioso y querido niñito...

Cuando llegó Cherie y se subió al regazo de la abuela, Cynthia la estrechó con fuerza, encantada con la sensación de aquel cuerpecito, y recordó al pequeño Vince cuando se acurrucaba contra ella y aquel dulce olor infantil de los polvos de talco Johnson. Y ahora se había ido, había muerto abrasado, bendito sea, aunque el bombero dijo que fue el humo el que acabó con él. Estaría tumbadito en aquella cuna, sofocándose y llamando a su abuela Cynthia. Habría estado esperando que ella apareciera y lo salvara, ella, que lo había amado y cuidado toda su vida.

Se inclinó hacia delante y dio un buen viaje a su whisky; era la única cosa que le procuraba siquiera un mínimo de paz. Lo bebía siempre que necesitaba consuelo, lo que sucedía demasiado a menudo esa última semana. Necesitaba su fuerza para que la ayudara a olvidar por unas horas lo que había hecho. Nada en el mundo podría borrarlo por completo, pero el whisky le ayudaba, y se lo bebió como si fuera agua. Lo único que le quedaba ahora era su Cherie, y no podía perderla a ella también.

Capítulo ciento cuarenta y seis

Vincent estaba destrozado pero sabía que, se sintiera como se sintiera, su Gabby se sentiría cien veces peor. El pequeño Vincent, el que llevaba su nombre, se había ido. Era difícil de creer porque en realidad casi no lo había conocido. Pero no dejaba de ser su hijo, el niño al que había visto llegar a este mundo, el niño en el que tenía puestas tantas esperanzas y sueños. Su corazón lloraba por Gabby, enfrentada a lo peor que le puede pasar en la vida a una mujer, y enfrentándose a ello sola, sin él. Era como una pesadilla.

En la trena todos se portaban fantásticamente, incluso los funcionarios habían mostrado su simpatía. Uno hasta le había llevado una botella de coñac Courvoisier, por cortesía de Bertie Warner y Derek Greene, y se lo había agradecido. Era estupendo que pensasen en él, y le habían dicho que pondrían el dinero para el funeral, cosa que les agradecía. Pero pensaba devolverles hasta el último penique: lo menos que un hombre puede hacer es enterrar a los suyos.

Le daban un día de permiso para ir al funeral de su hijo. ¡Qué jodida mierda! Pero en fin, pensaba ir para apoyar a su Gabby, y luego se pondría manos a la obra para tratar de salir de aquel agujero, y cuando lo hiciera iba a perseguir a aquel hermano chiflado, aquel jodido hombre muerto James Taylor, y lo iba a matar. Lo mataría lenta y dolorosamente; quemaría vivo a aquel bicharraco para que aprendiera cómo era eso, cómo se había sentido aquel niño asfixiándose y tosiendo, con el cuarto llenándose de humo negro y aquel mamón riéndose. Porque seguro que se había reído James, seguro, igual que al parecer había hecho cuando mató aquel jodido gatito.

Vincent se sirvió otra copa y se la bebió rápidamente. Daría diez años de su vida por estar ahora con la pobre Gabby, por abrazarla y consolarla. Le había dicho que tenía quemaduras terribles en las manos por intentar abrir el pomo de metal de la puerta, que se había quemado hasta el hueso. Era una mujer increíble. Primero había puesto a salvo a su hija y luego había vuelto a entrar a buscar al niño. Había hecho cuanto había podido por salvarlo. Vincent no pudo contener las lágrimas. Sentía que su vida era una inutilidad, que todos aquellos años que había pasado alejado de su familia eran una completa pérdida. Si hubiera usado la sesera, habría podido estar con ellos todos los días. Pero ahora era demasiado tarde para recriminaciones, y lo único que le quedaba dentro era sed de venganza.

Se arrodilló en su celda, juntó las manos y alzó una plegaria a Dios: iba a encontrar a James Taylor y lo iba a matar, eso era lo único que le mantenía cuerdo.

Capítulo ciento cuarenta y siete

Cynthia estaba despierta. Sabía que debería intentar dormir, pero mañana era el funeral del niño y no podía dejar de pensar en eso. Se preguntó si sería capaz de soportarlo. Sabía que tenía que ir, aunque no fuera más que para alejar las sospechas, pero le aterraba estar de pie ante la tumba sabiendo que aquel niño que enterraban yacía allí solo por su culpa.

Pensó en la vida y en cómo a veces te ofrecía un espejo para obligarte a verte a ti misma como te veían otros. Eso podía doler más que cualquier herida física. Si pudiera, haría cuanto estuviera en sus manos para cambiar las últimas semanas.

Siempre había sido descreída; las monjas, los curas, toda esa gente que creía en Dios no eran para ella más que unos tontos. Ahora, sin embargo, se preguntó si no se había desentendido demasiado de *Él*. Dios, solía decir su madre, castigaba sin palo ni piedra, y ella le debía a *Él* más que la mayoría de la gente.

Sabía que tenía que enfrentarse a su hija, y hacerla creer que solo estaba interesada en lo que era bueno para ella y para la criatura. Dejaría que Gabriella viera a Cherie a menudo, no podía ser más generosa. Pero después de lo que había pasado, sabía mejor que nunca que ya no podría vivir sola. Que no podría estar sin su Cherie... que era todo lo que le quedaba.

Capítulo ciento cuarenta y ocho

A Gabby le alegraba que el día estuviera gris y frío; se habría sentido muy mal teniendo que enterrar a su niño bajo el sol. Sabía que nunca más volvería a sentir calor alguno; era como si se le hubiera plantado en el pecho un bloque de hielo, y ya nunca se le iría.

Lanzó una mirada al pequeño féretro blanco y se preguntó cómo había un Dios que pudiera apartar a un niño de su madre. Lo que verdaderamente le dolía era que lo había tenido solo una noche y ahora estaba muerto. No importaba que fuera su hermano y no ella quien les hubiera prendido fuego: había sucedido bajo su custodia, como había expresado confusamente su madre.

Tal vez la madre tuviera razón. La vida de Gabby estaba destrozada en muchos aspectos, y eso se le iba haciendo cada vez más evidente en los últimos tiempos. Al único hombre al que había amado en su vida lo habían encerrado dos veces por robo a mano armada, así que no podía decirse que fuera un buen referente a ojos de los tribunales ni de nadie, en realidad. No se le permitía tener acceso a sus hijos a no ser que su madre lo juzgara adecuado, y era *ella* quien tenía la custodia legal que debería tener Gabby. La vida era injusta, y tenía que aceptar la responsabilidad de muchas de las cosas que le habían sucedido a ella y a sus niños. Había sido demasiado joven y estúpida para tener un niño ella sola la primera vez, y con el pequeño Vince el destino se había interpuesto y la había dejado colgada con el niño una vez más.

Vio a su Vincent acercarse a ella flanqueado por dos funcionarios de prisiones y esposado. Echó a andar hacia ellos: sólo verlo le había abierto las compuertas del llanto, y se oyó sollozar a sí misma como en la distancia.

Capítulo ciento cuarenta y nueve

Cynthia estaba asombrada ante la reacción de la gente en el funeral. La habían abrazado y dado el pésame personas que normalmente cambiarían de acera para evitarla.

Podía ver a Gabriella, un precioso nombre que siempre le había parecido que su hija había desaprovechado, de pie al lado de *Vincent*. Los dos funcionarios de prisiones que lo acompañaban se mostraban adecuadamente solemnes y fuera de lugar en el funeral de un niño.

Ver a Vincent O'Casey esposado la irritó: rebajaba el funeral de aquella adorable criatura al nivel de los O'Casey. También ellos estaban allí, aunque juntos y separados de todos los demás, todos con pinta de rechazados en el programa *The Jeremy Kyle Show*. Estaban allí simplemente para aprovechar la muerte del crío y volverse a ganarse el favor de Vincent. Le encantaría acercarse sin más a donde estaban, abalanzándose sobre todos y cada uno de ellos y darles puñetazos y patadas para echarlos de aquel lugar que no tenía por qué verse ensuciado por personas como ellos. Pero eso ya se lo dejaría a Vincent: su opinión sobre su propia familia era prácticamente lo único en lo que podían ponerse de acuerdo. Y no se le escapaba la ironía.

Cherie la tenía cogida de la mano con fuerza, y aunque supiera que debería obligar a la niña a ir con su padre y su madre, su astucia innata le decía que la retuviera allí. La gente vería que la cría la prefería a ella, y eso era lo más importante. Había cometido un error tremendo con el pequeño Vince y lo había pagado caro, pero eso le había hecho reforzar su determinación de no dejar que la niña se apartase de ella. Sin Cherie no tenía nada, y eso era un error; después de todo, Gabriella podía tener más hijos. Tendría que haber cuidado de los hijos que tenía, no sucumbir a las depresiones y las píldoras. No estaba preparada para cuidar a una niña tan inteligente y especial como Cherie. La niña era en todos los sentidos la niña de Cynthia y estaba decidida a que eso no cambiase nunca.

Capítulo ciento cincuenta

Mientras Vincent escuchaba sollozar a su Gabby, contemplaba a aquel mojón de mierda de Cynthia aferrando a su hija a su lado y veía al pobre viejo Jack Callahan, achacoso y hundido, juró allí mismo y en ese instante que todo aquello iba a cambiar.

Había cruzado la mirada con Cherie y la niña la había esquivado para mirar a su abuela Cynthia como pidiéndole permiso para ir junto a él. No se le escapó que estaba esposado, pero no era que la pequeña no supiera que estaba preso, porque había ido a visitarlo. Sabía que era Cynthia la que la había envenenado, pero también aceptaba que Cynthia, fuera lo que fuese, había estado allí para ocuparse de los niños cuando la pobre Gabby no podía. Y se echaba la culpa de eso a sí mismo; la había dejado dos veces tirada, dos veces colgada con un bebé, *literalmente*.

No había pasado mucho tiempo con ninguno de sus hijos, así que ¿qué tenía de extraño que la niña no corriera disparada a su encuentro? Se ponía nerviosa con él y, por lo que le había dicho Gabby, la madre los había hecho aparecer a ambos como los mayores cabrones del universo. Eso no se lo podían reprochar a la niña, pero aun así, en el fondo de su corazón, odiaba a Cynthia por la manera en la que los había manipulado a todos, incluso a él. En un momento dado había sido o Cynthia o el orfanato, y Cynthia era preferible a todas esas criaturas tuteladas por el sistema. Era una puta mierda, y era por su culpa.

Ese capullo de James siempre había sido un descerebrado, y puesto que Cynthia había sido la causa de esa tara, no le hacía gracia que tuviera tanta autoridad sobre su hija.

Se sentía impotente. Nunca se acostumbraría a aquello, aunque hacía demasiado tiempo que lo sufría. Lo único que se le ocurría al respecto era quitar de en medio a aquel cabrón de James; después todo volvería a su cauce, de eso estaba seguro. Si lo volvían a enchironar, por lo menos esta vez sería por una buena razón.

Mientras esas ideas de venganza revoloteaban por su cabeza, aferraba a su Gabby lo mejor que podía, dadas las circunstancias.

Capítulo ciento cincuenta y uno

Jack Callahan nunca se había sentido tan viejo y tan débil. No podía creerse que estuvieran enterrando a aquel chiquitín tan encantador. ¿Por qué los había dejado volver a casa aquella noche? ¿Por qué el destino había elegido aquella noche para que James sufriera uno de sus violentos ataques? ¿Y por qué la policía no lograba dar con él? Eso es lo que se preguntaba día y noche. ¿Dónde podría estar? Si Jack tuviera una pista, iría y sacaría él mismo de allí a aquel cabrón. Era como si James hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Cynthia había dicho que cuando apareció por su casa iba hasta arriba de drogas, que los acusó a todos de arruinarle la vida, y a ella de querer más a los hijos de su hermana que a los suyos propios, una verdad que debió de tocar la fibra incluso de alguien con la piel tan insensible como Cynthia.

Le echó una mirada y se preguntó cómo a alguien como ella y su hijo se les podía permitir circular por el planeta cuando un niño tan encantador había muerto. El mundo estaba equivocado.

La pobre Gabby estaba anonadada por el dolor, y Jack se alegraba de que su Mary no tuviera que asistir a aquello. Como le había dicho el propio cura, seguro que la habría matado. Era un día horrible, y en muchísimos aspectos...

Capítulo ciento cincuenta y dos

En medio del cementerio Bertie Warner asistía al acto con una adecuada expresión de respeto. Ese tipo de cosas no le gustaban nada: veía la muerte como algo inevitable, pero tenía la esperanza de que, llegada su hora, tuviese una muerte natural y no provocada por alguien. En su opinión, era preferible el cáncer a una bala en la sesera; por lo menos con el cáncer tenías oportunidad de atar cabos sueltos y despedirte de la gente.

El funeral de un niño era una putada: era la alteración del orden natural de las cosas y hacía que todos cuantos asistían se sintieran bienaventurados porque no era *su* niño el que había muerto. Había veces en que a los suyos los tiraría por la ventana, pero no se separaría de ellos por nada del mundo. Si uno de ellos moría, se quedaría destrozado, que era exactamente como estaba esa joven pareja, Vincent y Gabriella.

A decir verdad, sin embargo, era Cynthia la que interpretaba el papel de estrella en el funeral, acaparando toda la atención. Parecía sacada de alguna miniserie americana: vestido negro ajustado, zapatos de tacón alto y un sombrerito con un velito de encaje para ocultar su rostro al mundo. Todavía estaba de muy buen ver, tenía que reconocerlo, aunque desde luego él no la tocaría ni aunque ella se lo suplicase. Bueno, igual si se lo suplicaba con ganas *de verdad* le decía que sí.

Era un día triste, eso sin duda. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que había algo erróneo? —le gustaba aquella palabra, era típica de un pasmarote a la vieja usanza. Pero su detector de mierdas, y él se enorgullecía de su detector de mierdas, le decía que en todo aquello había algo raro. Oía *mal*, y aunque aquel chalado de James era capaz de una cosa tan espantosa, en su opinión todo parecía encajar de una forma demasiado oportuna.

En fin, era del dominio público que odiaba a Cynthia, que había liquidado a un amigo suyo, aunque en aquel momento no pudo culparla. Pero el odio que sentía por ella también le hacía sospechar de aquella mujer y de lo que era capaz de hacer. Aunque, por lo que podía colegir, a los niños sí que los quería, así que muy probablemente estuviese equivocado.

Aun así, le gustaba husmear de vez en cuando y tenía cantidad de polis que le debían favores. Como mínimo estaría en condiciones de mantener a Vincent convenientemente informado del asesinato de su hijo, porque aquello era un asesinato, lo mirases por donde lo mirases.

Capítulo ciento cincuenta y tres

Mientras bajaban el ataúd del pequeño Vincent a la tumba, el llanto de Cynthia se oía por encima de todos los demás, y para todos los asistentes eso bastaba para demostrar lo mucho que había querido a ese niño. Los chismosos especulaban con que el niño habría seguido vivo si hubiera estado en casa de su abuela, donde, para ser justos, había vivido la mayor parte de su vida.

Gabriella era una chica encantadora, pero había sido incapaz de cuidar como Dios manda a aquellos niños. Era como aquella Celeste, que todos sabían que le faltaba un hervor. No, el consenso general era que Cynthia, al margen de lo que se hubiera pensado de ella en el pasado, había acabado por demostrar su valía.

Cynthia sintió aquella oleada de consuelo y, reconfortada por ese calor, de pie al lado de su hija, con una mano en su brazo y su nieta agarrada de la otra, comprendió que había ganado, al menos en lo concerniente a la opinión pública.

Todos la vieron tomar a Gabby entre sus brazos y abrazarla, y todos dijeron después que cuando había que enfrentarse a algo, fuera lo que fuese, o las cosas iban mal, siempre querías tener a tu madre contigo.

Capítulo ciento cincuenta y cuatro

Hacía casi nueve meses del funeral del pequeño Vince y por fin Gabby estaba volviendo a recuperar una cierta normalidad. No había sido precisamente una buena época, y sabía que le llevaría un tiempo adquirir la fortaleza suficiente para sentir de nuevo algo parecido a la felicidad.

Vincent estaba en casa, trabajaba en un garaje del este de Londres y poco a poco iban recuperándose. Había sido duro para ellos; él no había llegado a conocer realmente a su hijo, pero lo había llorado, lo habían llorado los dos. Cherie no estaba viviendo con ellos pero la veían mucho, y por entonces a Gabby le bastaba. Como decía Vincent, era una lástima quitarle la niña a la abuela hasta que lo hubiesen recuperado todo y tuviesen una casa como es debido. Pero Gabby sabía que era porque Cherie no sentía ninguna inclinación por él. Había estado ausente demasiado tiempo de su vida y la niña ya no le conocía, así de simple. Era triste, pero así es la vida.

Volvía a estar embarazada, aunque demasiado asustada para permitirse emocionarse. Vincent sí que estaba en la gloria; consideraba que era una oportunidad para empezar de nuevo o crear la familia que siempre habían ansiado. Gabby no se permitía refugiarse demasiado en los sueños. Nunca había tenido suerte al respecto: cada vez que su vida se encarrilaba, volvía a destrozarse.

Seguía teniendo muchos problemas con las manos. No le importaba tener cicatrices, pero le resultaba difícil coger cosas pequeñas, como sellos o alfileres. Hasta agarrar un cuchillo podía resultarle difícil, pero hacía un montón de fisioterapia, y pronto le harían otro injerto de piel, y entonces las cosas serían más fáciles. Supuso que de momento aplazarían todo aquello hasta que naciera el hijo.

Confiaba en que fuera una niña; no quería sustituir al pequeño Vince con otro chico, aunque sabía que Vincent tenía la esperanza de que fuera un hijo al que llevar al parque y con el que jugar al fútbol. Quería un niño al que poder dedicar toda su energía y su tiempo. No se lo reprochaba. Vincent había sido una roca firme en la que apoyarse en muchísimos aspectos, la había ayudado a superar su pena y su mala conciencia. Porque se sentía culpable de lo que había pasado y cargaría con aquella culpa el resto de su vida.

Dolía que su propio hermano la odiase tanto como para hacerles todo aquello, que hubiese sido capaz de prenderle fuego a su hogar cuando ella fue la única que había intentado hacer lo que pudo por él. A su manera, había mantenido el contacto con él y, en consecuencia, lo había introducido en la vida de sus hijos. ¡Qué precio había pagado por su estupidez!

Era duro soportar el paso de los días, y todavía tenía momentos de angustia en los que se preguntaba qué sentido tenía el mundo y lo cuestionaba todo. ¿Por qué le había pasado aquello a ella? ¿Por qué había sido elegida para soportar tanta aflicción? No tenía respuesta. Pero eso significaba que no pensaba celebrar aquel embarazo

hasta que el bebé hubiera nacido, porque hasta entonces podría pasar cualquier cosa.

Cuando se estaba peinando su abundante melena, sonó el teléfono y lo descolgó con cuidado procurando que no se le cayese el auricular. Era la policía. Les escuchó unos momentos antes de preguntar:

—¿Se trata de James?

Confió en que lo hubieran encontrado; la idea de que anduviera por ahí fuera después de lo que había hecho era peor que cualquier otra cosa. ¿Y si volvía para rematar el trabajo? Esa era su pesadilla: su hermano volviendo a colarse en su casa para quemarlos vivos mientras dormían. Era muy capaz de asesinar, como todos sabían... mira ese Dougie, esa persona a la que había matado. Sintió un escalofrío al pensarlo. Además, si lo cazaban, Vincent no podría ponerle las manos encima. La venganza no se merecía una cadena perpetua. Su mayor miedo era que Vincent estuviera encerrado el resto de su vida. Sabía que se había pasado horas tratando de encontrar a James y había puesto precio a su cabeza. Quien tuviese información se podía llevar veinticinco de los grandes si gracias a ella lo encontraba. Era un gran incentivo y ella era consciente.

—Perdone, pero ¿están seguros? —Escuchó unos segundos más y luego dijo con voz velada—: No, se lo diré yo a mi madre. No creo que deba oír esto por teléfono.

Colocó el auricular en su soporte y se fue a la cocina. Se sentó a la mesa, mirando un rato a su alrededor, incapaz de asimilar del todo lo que acababan de contarle.

James estaba muerto. Llevaba muerto más de un año, aunque no lo habían encontrado hasta ayer mismo en un piso vacío de Leicester. Había muerto de una sobredosis de heroína y había estado allí tirado desde entonces sin que nadie lo descubriera. Habían deducido que era James por sus pertenencias, porque el cuerpo estaba en estado de descomposición. Lo confirmarían con un análisis de ADN, pero estaban casi seguros de que era él.

Si James estaba muerto, ¿quién había intentado quemarle la casa? ¿Quién había matado a su pequeño? Y, más exactamente, ¿quién había estado en casa de su madre pocos días antes del incendio? Nada de todo aquello tenía sentido. La persona que habían encontrado no podía ser James, seguro que no. Decidió llamar a Vincent. Él sabría qué hacer.

Capítulo ciento cincuenta y cinco

Cynthia estaba muy contenta, como hacía mucho que no lo estaba. Por fin iba superando la pérdida del pequeño y su terrible muerte. Seguía necesitando una copa para soportar el día —y especialmente las noches—, pero estaba empezando a sentir que lo tenía todo bajo control.

A Vincent no le había dado por su hija, y a la niña no le había dado por él, gracias a Dios. Cherie lo miraba por encima del hombro, como debía ser. Cynthia le había metido en la cabeza a la niña que podía esperar algo mejor en la vida y ella se aseguraría de que fuera así. A ella eso le había funcionado muy bien. Bueno, le había funcionado todo lo bien que se podía esperar, dadas las circunstancias. Por lo menos tenía a Cherie, que a los diez años era tan parecida a ella a esa misma edad que resultaba chocante.

Y ahora aquella vaca boba volvía a estar preñada. ¿No iba a aprender nunca? En lo referente a Vincent, la chica era una jodida imbécil. Era incapaz de ver más allá de su polla, y en eso parecía basarse la solidez de su relación. Se la follaba, le hacía una barriga y la dejaba allí. Gabriella pensaba que a la tercera iba la vencida. ¡Como si aquel zángano fuera capaz de estar fuera de la cárcel el tiempo suficiente para verlo nacer! Si al menos pudiera encontrar a James antes de que lo hiciera la policía, eso sería una garantía de que Vincent no iba a asomar las narices durante mucho, *muchísimo* tiempo. Aunque su hija *volviera* a estar preñada de él, ella estaría encantada si veía que lo encerraban definitivamente... y en especial si eso significaba que James quedaba también fuera de juego.

Había decidido que no iba a tener mucha relación con el nuevo nieto. Concluyó que, si usaba la mollera, aquella sería la oportunidad perfecta para quitarles a Cherie para siempre y quedársela ella.

Mientras se servía otro de sus «tés negros» —su eufemismo para referirse al whisky con agua—, fue cavilando cómo podría convencerlos de que la dejaran mudarse con Cherie de inmediato. No podía seguir soportando Londres: mirase donde mirase le asaltaban los recuerdos del pequeño Vince. Cada calle, cada parque y cada zoo se lo traían a la memoria y podía oír su voz preguntándole cosas, haciéndola reír. ¡Oh, y cuánto la había hecho reír, era una personita tan amorosa! Comprendió que tenía que huir tan lejos de aquellos recuerdos como le fuera posible.

Gabriella le había telefoneado para decirle que llegaría enseguida. Se preguntó de qué querría hablar con ella. Probablemente querría ayuda con el bebé que venía de camino.

Capítulo ciento cincuenta y seis

Gabby había aparcado su coche junto al nuevo Somerfield's del mercado de la calle Chrisp; necesitaba comprar algunas cosas para la cena de Vincent antes de pasar por casa de su madre. Con las manos como las tenía no podía conducir mucho rato, pero sí podía apañarse con el coche automático que Vincent le había conseguido y moverse por el barrio. Él andaba tan confuso como ella en lo referente a las noticias de James. Y le dijo que indagaría un poco por ahí para recabar más información. Iba andando con su carrito sumida en sus pensamientos cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre.

—¿Eres tú, Gabby?

Gabby miró la cara de la mujer, sin conseguir localizarla. Le sonrió antes de preguntarle de manera amistosa:

—Perdón, ¿la conozco?

La mujer sonrió; andaría por los cuarenta y muchos y tenía ojos amables y piernas gruesas.

—Soy Jeannie Proctor. Vivía en la casa de al lado de la tuya en Ilford cuando eras una mocosa.

Gabby le devolvió la sonrisa.

—Oh, ¿de veras? —dijo—. Lo siento, pero no me acuerdo.

La mujer la miró de arriba abajo y luego dijo, admirada:

—Eres la viva imagen de tu madre... por eso te he reconocido. Preciosa, igual que ella. ¿Y cómo está Cynth ahora?

Gabby estuvo a punto de decir: «Bueno, ¡no estaría muy contenta de que la llamaran "Cynth"!». Pero, en cambio, dijo:

—Está estupenda, ¡ya conoce a mi mami!

Lo había dicho con ironía, pero la mujer asintió y después dijo muy seria:

—¡Sí, conozco a Cynthia muy bien! Dile que todavía me debe la factura de la tintorería.

—¿Qué factura de la tintorería? —preguntó Gabby entre risas.

Jeannie Proctor hizo unos segundos de pausa y luego dijo en tono ingenuo:

—Fue hace mucho tiempo, así que supongo que ya no importa. Prendió fuego a la casa, para cobrar el seguro, creo. Se había gastado tanto dinero en ella que no conseguían de ningún modo recuperar lo que valía, así que le prendió fuego. Fue dejando colillas por toda la casa y abrió latas de pintura y aguarrás. Para que pareciera que estaba redecorando la casa, ¿entiendes? Era una tía muy chungueta. Piensa que por entonces podías hasta encajarles un asesinato a las compañías de seguros. Ahora ya no se puede, ahora se las saben todas.

La mujer se reía, pero Gabby notaba que se iba poniendo fría.

—Yo tenía las ventanas del dormitorio abiertas y el humo causó unos daños atroces, te lo puedes imaginar... ¡Eh! ¿Adónde vas?

Jeannie Proctor la miró alejarse de ella a toda prisa.
—Pero, bueno, ¿qué mosca le habrá picado?

Capítulo ciento cincuenta y siete

Sentada en su coche, Gabby pensó en lo que le había dicho Jeannie Proctor. De algún modo sabía que la mujer le estaba diciendo la verdad. Pero ¿significaba eso que su madre también le había incendiado la casa a *ella*? ¿Que había matado a su niño? En algún lugar muy dentro de sí comprendió que eso era lo que había pasado.

Ahora todo iba encajando. Había estado a punto de recuperar a los niños, se había puesto firme. En el fondo de su corazón tenía que haber sabido que su madre no lo habría aceptado. Su madre siempre había querido a esos niños más que ninguna otra cosa en la vida. Eso Gabby lo tenía asumido, era la virtud redentora de su madre, el amor innegable que sentía por aquellos dos mocosos. Era el amor que nunca había sentido por sus propios hijos pero que derramaba sobre sus nietos. Gabby le había estado tan agradecida, se había sentido tan en deuda con ella por todo lo que la ayudaba... Recordó lo mal que su madre se había tomado la muerte del pequeño Vince; Gabby había asumido, al igual que todos los demás, que era por lo mucho que lo quería y le importaba. Pero en realidad era el sentimiento de culpa. Aquella maldita zorra estaba consumida por la culpa.

Hasta el propio corazón de Gabby intentaba negar lo que se decía a sí misma, lo que el cerebro le decía: que era completamente imposible que su hermano hubiera iniciado el incendio. Ese hermano que su madre le había dicho que la había visitado pocos días antes y que, según ella admitió, posteriormente había amenazado con infligirles a todos muerte, dolor, tortura y destrucción ya estaba muerto y más que muerto para entonces.

Gabby recordó la desolación de su madre porque los niños tuvieran que dejarla para irse con su terrible mamá. Que no paraba de decir que Gabby no estaba preparada todavía para volver a tener a los niños, que aún necesitaba recuperarse. Era exactamente lo que había dicho de Cherie para que volviese con ella después del incendio. Gabby pensó que su madre le hacía un favor quedándose con Cherie. Cherie, que habría podido morir también si no hubiera dormido en su cama aquella noche, que habría podido estar en la misma habitación que el pequeño Vince, que se había mostrado tan decidida a marcharse de la casa de su bisabuelo por culpa de las palabras envenenadas de Cynthia.

Se daba cuenta de que Cynthia no pretendía matarlos. Cynthia creía que esa noche estaban en casa del abuelo. Cynthia le había prendido fuego a la casa creyendo que estaba vacía, pero lo había hecho para que pareciese que Gabby era incapaz de cuidar de sus hijos. Un gran incendio les haría pensarse dos veces si dejaban que los niños volvieran a casa, especialmente cuando ya no había ninguna puta casa a la que volver. Gabby casi podía oír a su madre diciéndoles a los de los servicios sociales lo irresponsable que había sido al dejarse una colilla encendida, ¡imagínense si los niños hubieran estado allí con ella!

Bueno, la verdad es que *estaban* allí con ella. Mientras Cynthia merodeaba por la

casa completamente decidida a prenderle fuego, ella estaba durmiendo arriba con sus pequeños. Ahora todo tenía pleno sentido: su madre habría tenido que quedarse con los niños por lo menos hasta que les dieran una nueva casa y empezaran de cero. Y eso llevaría meses, si no años.

Cynthia lo había hecho deliberadamente, y lo había hecho solo por conseguir lo que quería, como siempre lo conseguía. En aquel incendio Gabby no solo había perdido a su niño sino todas sus fotos, los recuerdos de toda una vida, de la vida de sus hijos, de su abuela Mary y de su demasiado breve convivencia con Vincent. Su madre, en su obstinación por quedarse con los niños, había querido dejarla sin *nada*; pero en vez de eso había matado a su pequeño Vincent.

Gabby recordó cómo su madre siempre se había asegurado de quedarse con lo que fuese o quien fuese, con lo que quería: por las buenas o por las malas. Cynthia le había quitado a Jonny a la pobre Celeste, le había quitado los niños a su propia hija y había sido la razón por la que su marido se había quitado la vida. Había matado a un hombre una vez a sangre fría para salvar a su hermana, declaró, pero lo había hecho también para salvarse a sí misma. Todo giraba siempre en torno a *ella*, a lo que *ella* quería. *Nunca* habría, nunca podría haber nadie más.

¿Y qué pasaba con el pobre James júnior? Cynthia le había acusado desde el principio. Lo había puesto en la picota con aquellas mentiras de que había rondado por allí y proferido toda clase de amenazas. ¿Es que no había nada de lo que no fuera capaz?

Gabby estaba delante del piso de su madre, con el coche aparcado correctísimamente, pero no recordaba en absoluto haber conducido hasta allí. Se bajó del coche y tuvo la sensación de ir caminando metida en el agua, tan torpes y pesadas notaba las piernas.

Capítulo ciento cincuenta y ocho

Gabby estaba vomitando en el cuarto de baño de su madre y lo único que lograba oír era la voz de Cynthia, que hablaba sin parar.

—No me siento bien, mami. Me encuentro como enferma, no estoy del todo bien.

—Bueno, ¿y de quién es la culpa? Embarazada otra vez, ¿no es eso? Y te dejará sola igual que hizo las otras dos veces. No sabe estar fuera de la cárcel, cariño, es jodidamente bueno en eso. Y ahora mismo te lo digo ya: tampoco pienso cuidar de más niños. Esta vez te las arreglas sola, señorita. Ya te lo dije cuando conociste a ese idiota de Vincent O’Casey, te dije entonces, y mantengo mis palabras, que tiene menos cerebro que un caballito de juguete y la cara de un geyperman. Pero ¿me ibas a escuchar? Mira, deberías deshacerte de esa criatura. ¿Cómo puedes tener uno más? Quiero decir, a ver, te lo pregunto, ¿cuánto tiempo va a pasar hasta que lo encierren otra vez?

Gabby estaba asustada de la espiral de odio que sentía crecer en su interior. Estaba aterrada de los sentimientos que la consumían y de los pensamientos que giraban descontrolados dentro de su cabeza. No quería hacer daño a su madre, no *debía* hacérselo, al menos todavía no, no hasta que hubiera descubierto la verdad, por dolorosa que pudiera ser. Pero tenía que saberlo.

Respiró hondo y dijo con calma:

—¿La policía ha hablado ya contigo?

Al oír eso su madre se quedó callada y luego preguntó con cautela:

—¿Hablado de qué? ¿Por qué iban a querer hablar conmigo? Más bien andarán detrás de tu hombre. ¿Adónde ha ido y qué ha hecho esta vez?

—¿*Vincent*? Mi Vincent no ha hecho nada, pero al parecer han encontrado a James. —Vio que el rostro de su madre palidecía y le entraron ganas de sonreír.

—¿Dónde? ¿Dónde lo han encontrado? ¿Lo han acusado? Ese jodido criminal.

Era buena, Gabby tenía que reconocerlo. ¿Qué era lo que había dicho el psiquiatra sobre lo de fingir las emociones? Oh, eso encajaba absolutamente con su madre.

—Bueno, ¿y dónde está? ¿Lo tienen detenido? ¿Le han echado el lazo o qué?

Gabby casi notaba físicamente el pánico que emanaba de su madre y supo entonces que disfrutaría desmontando sus embustes, que disfrutaría de cada segundo al descubrir lo mentirosa que era.

—Está en una morgue por allí arriba, en Leicester. Lleva más de un año muerto, mamá. Te das cuenta de lo que eso significa, ¿verdad? —Vio cómo Cynthia intentaba encajar lo que le acababa de decir—. Significa que es imposible que fuera él el que prendió fuego a mi casa, y significa también que es imposible que hubieras hablado con él unos pocos días antes, como declaraste. Porque entonces ya estaba muerto. Así que solo pudiste verlo a través de una jodida médium, ¡jodida zorra traidora y mentirosa!

A Cynthia le pilló de improviso la vehemencia de las acusaciones de su hija.

Sabía más que de sobra que la chica decía la verdad. Así que ahora tenía que encontrar una forma de escaparse de sus mentiras y subterfugios. ¡Quién iba a pensar que el jodido James estuviera muerto! Era típico de sus hijos, la dejaban siempre en la estacada.

—Yo sé muy bien lo que vi, y fue no mucho antes del incendio, pero puede que fuera algunas semanas antes... no sé, estaba confusa, estaba nerviosa. Joder, Gabriella. Fue una temporada terrible. ¿Qué pretendes demostrar con esto?

Gabby soltó una risa áspera. Oh, la verdad es que era muy buena. Una actuación digna de un Óscar. Retírate, gran dama de la escena Judi Dench, eres una aficionada en comparación con Cynthia Callahan.

—¿Que qué pretendo demostrar? Pretendo demostrar quién fue responsable de la muerte de mi pequeño, mamá, eso es lo que pretendo demostrar. Y, a tenor de lo que se dice, no fue mi hermano, tu hijo James, así que ¿quién más nos queda?

Cynthia se limitó a mover la cabeza como si no pudiera creérselo, tratando de ganar tiempo. Y, pensando a toda prisa intentó dar con el modo de explicarlo todo de una vez.

—No lo sé, cariño... tal vez consiguió que alguien se lo hiciera, o fue alguien que iba a por tu Vincent. Ya sabes cómo son los mafiosos; probablemente jodió a alguien en la trena, y esa puerta tuya nunca fue muy segura, ¿verdad? Un buen empujón y, ¡zas!, abierta.

Gabby se limitó a quedarse mirando a su madre, la mujer que la había llevado en su vientre y nunca en su vida había dado nada que mereciera la pena tener. La mismísima mujer que ahora estaba esforzándose cuanto podía para convencerla de que el hecho de que su casa ardiera por completo y de que su hijo muriese en el fuego obedecía a alguna especie de conspiración entre personas desconocidas, como diría la policía. Pero era *ella* la que había quemado la casa para impedir que Gabby tuviera acceso a sus propios hijos. Esa era la auténtica verdad. Cynthia lo había hecho para obtener lo que quería, tal y como siempre había conseguido lo que quería toda su vida, sin importar quien sufriera por ello. Era un acto de maldad calculada el que había causado la muerte de su hijo, asfixiado hasta morir en medio de aquel humo negro. Todavía podía oír su voz llamando a su abuelita una y otra vez, lo que lo hacía aún más insoportable. No había llamado a su mamá, solo a aquella abuela que se había asegurado de que la prefiriera a ella antes que a su propia madre. Ni siquiera Cherie la quería, ni, ya puestos, quería a su padre. Era una niña mimada, maleducada y arrogante que, si no hubiera estado tan jodidamente consentida, no les habría obligado a marcharse de casa del abuelo.

—Fue Cherie la que nos hizo volver a casa esa noche, ¿sabes? No le gustaba estar en casa de tu padre, decía que *olía mal*. Te has pasado la vida metiéndole en la cabeza que tu padre y tu madre olían mal y no eran personas agradables, y que no podían fiarse de mí para ocuparme de ellos. Así que, para complacerla, para tenerla contenta, me llevé a los niños a casa. La casa en la que murió su hermano porque su abuela

adorada intentó quemarla mientras dormíamos en nuestras camas. ¡Cómo coño puedes dormir por las noches! Sabiendo lo que hiciste, ¿cómo coño duermes ni un minuto? ¿Por eso te ha dado por beber? Porque ahora bebes cantidad, ¿verdad, mamá? ¿Eso te ayuda a olvidar que freíste vivo a tu nieto en su cunita?

Cynthia trató de no reaccionar ante el ataque: era una verdad que la reconcomía día tras día. *Tenía* que volver a tener a Gabriella de su parte.

—Qué sabré yo de iniciar un incendio, niña tonta. Estás sobreexcitada, Gabriella. Escúchate a ti misma, ¡joder! No estás bien desde que murió ese niño, y lo entiendo muy bien, nena, yo siento lo mismo...

Así que ahora era «nena»; Gabby se daba cuenta de, llegada a ese punto, estaba haciendo uso de todos sus recursos.

—No, no sientes lo mismo, mamá. Nunca te ha importado nada ni nadie en tu vida. Eres una puta sanguijuela. Chupas la sangre a todo el mundo. Finges que te importan, pero no es verdad, ni siquiera sabes lo que es eso. Si incluso le echabas la culpa al pobre James... James, al que, para empezar, volviste majara...

—No creas que vas a hacerme escuchar toda esa mierda, Gabriella. Estás equivocada, *muy* equivocada. ¡Utiliza esa maldita cabeza, muchacha! Yo quería a ese niño con toda mi alma... y, en cuanto a tu hermano... no me creo ni una palabra, deben de haberse confundido de persona.

Pero Gabby veía el miedo en los ojos de su madre y comprendió que era verdad. Hasta el último detalle.

—Hoy me encontré con una vieja amiga tuya, Jeannie. Por eso lo sé todo; me contó *todo* acerca de la casa de Ilford.

Vio cómo su madre hacía funcionar la cabeza intentando descubrir exactamente qué quería decir, casi podía oír su cerebro dando vueltas intentando encontrar una mentira para escapar de lo que ambas sabían que era la verdad.

—¿Qué demonios has tomado esta vez, eh? ¿Con qué coño te has colocado para que me salgas con esta mierda, Gabriella?

Gabby se dio cuenta de que había cogido una pesada figura de bronce, bastante grande. Un gato. Al sostenerla en las manos aún cicatrizando notó cuánto pesaba. Su madre no dejaba de hablar. El mundo según Cynthia Taylor, quien, junto al mismo Dios, era casi omnipotente respecto a las vidas de su familia y gobernaba a cuantos la rodeaban con látigo de hierro. Veía la boca de su madre moverse constantemente, pero ya no lograba oír lo que decía; de lo único que tenía conciencia era de un ruido chirriante en sus oídos. Y entonces la golpeó.

Alzó la estatuilla de bronce por encima de su cabeza y golpeó a su madre en plena cara con todas las fuerzas que pudo reunir, disfrutando de la sensación de completa venganza. Por una vez era ella la que hacía daño, y era una gran sensación. Golpeó otra y otra vez contemplando los chorros de sangre que manaban de la cabeza de su madre, gozando con el dolor de su madre, con el sufrimiento de su madre.

Sabía que aquello llevaba mucho tiempo gestándose y que era algo que tendría

que haber hecho años antes, tendría que haberlo hecho cuando era una niña. Así habría podido ahorrar muchos dolores de cabeza a muchas personas. Ahora estaba plenamente decidida, decidida a cerrarle la boca a su madre de una vez por todas. Cerrársela definitivamente.

Cynthia cayó de costado sobre el sofá de cuero blanco. Podía oír un ruido gorgoteante que resultaba casi cómico. La sangre seguía saltando por todas partes, como un pulverizador de niebla carmesí y Gabby se sentía contenta, estaba contenta de que aquella puta asesina de dos caras cerrase por fin aquella sucia boca. Confío en que estuviera experimentando tanto miedo y tanto terror como habría sentido su pequeño cuando luchaba por un último aliento con la esperanza de que lo salvara aquella mujer que de hecho era justamente la que había iniciado el incendio para poder conseguir lo que quería.

Gabby golpeó a su madre otra vez, y otra vez y otra, y cada golpe aflojaba más el nudo que tenía en su interior, cada golpe aflojaba el odio que sentía dentro hacia aquella mujer que había sido la pesadilla de toda su vida.

Contempló desde arriba el cuerpo ensangrentado y, por primera vez desde hacía años, se sintió casi en paz. La cara de su madre estaba irreconocible: era un profundo amasijo rojo que bombeaba sangre a un ritmo alarmante.

Gabby miró a la mujer a la que llevaba odiando casi toda su vida. Después se sentó en la silla con respaldo de lamas que su madre estaba convencida de que era una valiosa antigüedad, hundió la cara entre las manos ensangrentadas y lloró.

Capítulo ciento cincuenta y nueve

—¡Joder, Vince, cuando tu mujer entra en acción no se anda con bromas, eso hay que reconocerlo! —La voz de Bertie Warner tenía un toque de admiración—. ¡Igual tendría que darle un trabajo en la empresa! —Bertie se rio de su propio chiste.

Vincent echó un vistazo a la habitación y movió la cabeza, asombrado de que su Gabby hubiera sido capaz de toda aquella violencia. Pero luego, por lo que ella le había dicho, lo comprendió en parte. Durante toda su vida Cynthia había hecho cuanto estaba en sus manos para destruir a cuantos la rodeaban y daba la impresión de que ahora, finalmente, una de esas personas se había tomado la venganza por su mano, y de un modo espectacular.

Gabby seguía sentada aún en la silla de respaldo alto. Su cara, su pelo y su ropa estaban rociados de sangre, pero lo más raro de todo era que, por primera vez desde hacía años, parecía verdaderamente en paz.

—Lo hizo ella, Vince, la muy jodida mató a nuestro niño. Prendió fuego a nuestra casa para poder quedarse con nuestros hijos. Para tener su custodia. Todo el mundo tenía que ser tutelado por ella, tenía que hacer lo que ella quería; nunca estaba contenta si las cosas no eran así.

Vincent se le acercó y la abrazó cariñosamente. La notó tan frágil, su cuerpo estaba todavía tan delgado, incluso pese al embarazo, que comprendió que aquello venía cociéndose desde hacía mucho. Se culpó a sí mismo, porque sí no hubiera estado fuera tanto tiempo nada de aquello habría sucedido. Él habría estado allí para cuidarla a ella y a sus niños en vez de pudrirse en una prisión. Pero eran los riesgos que se corrían en aquel negocio, y tenías que aceptarlo porque si no te volvías loco. Su compañero de celda decía siempre que analizar las cosas en retrospectiva era una cosa maravillosa pero que lo que la gente necesitaba era poder preverlas.

Bertie miró al joven Vincent, pues seguía refiriéndose a él en esos términos y se maravilló de que un hombre pudiera permanecer tan tranquilo en medio de aquella carnicería. Gabby le había machacado literalmente la cara a su madre; aquel era un acto propio de alguien que ha tensado hasta el límite la cuerda.

Empujó el cuerpo de Cynthia con el pie y no demasiada cortesía; si lanzaba un gemido, remataría él mismo la faena. Sonrió. Justo lo que pensaba, tan muerta como el dodo del cuento. Un buen final para un mal bicho, se alegraba de que hubiera cascado. Él tenía sus propias cuentas que arreglar con ella; al fin y al cabo ella había acabado con uno de sus mejores amigos. Se aclaró la garganta sonoramente y dijo:

—Será mejor dejar esto despejado antes de que la bofia venga a meter las narices. Tú llévate a tu mujer a casa y cuídala, hijo. Yo me encargo de este trabajillo. —Suspiró teatralmente—. Y doy gracias de que viviera en el adosado de la punta, joder, ¡es más íntimo, tú ya me entiendes!

Capítulo ciento sesenta

Gabby estaba tumbada en la cama; era tal su alivio al saber que su madre ya no podría volver a inmiscuirse nunca más en su vida que se sentía ligera, suelta. Ni siquiera le importaba el dolor de las manos. Era como si le hubieran quitado de encima aquel gran peso que había arrastrado toda su vida y por tanto se sentía mejor que nunca, tanto mental como físicamente. No tenía el menor remordimiento por lo que había hecho. Gracias a Dios que Cherie iba a pasar la noche en casa de su amiga; iba allí directamente al salir del colegio, así que nadie se enteraría de la desaparición de Cynthia hasta el día siguiente, cuando no fuera a recoger a Cherie al colegio. Vincent le dijo que todo saldría bien; lo único que tenía que decir es que había pasado por allí y que su madre no estaba, así que le había dejado un mensaje en el contestador y luego había vuelto otra vez a casa.

Se tumbó sobre la espalda y estiró los brazos por encima de la cabeza. Sintió que la invadía un bienestar lujuriente, como si por fin hubiera descubierto el secreto de la eterna felicidad. Saber que Cynthia había desaparecido era como recibir el mayor regalo de su vida. Significaba que su vida iba a cambiar drásticamente en todos los sentidos. Podría hacer lo que quisiera y *cuando* quisiera, no habría ninguna Cynthia que le pusiera trabas, ninguna Cynthia que echase abajo sus esperanzas y sus aspiraciones, ninguna Cynthia que le hiciese sentir que era una inepta nunca más. Y ninguna Cynthia que matase a sus hijos prendiéndoles fuego o que los volviese en su contra.

Su abuelo Jack entró en el cuarto con dos tazas de té y ella le sonrió, soñadora.

—Se ha ido, abuelo, y yo no siento ni una pizca de remordimiento.

Jack se sentó en la cama con precaución, le tomó las manos entre las suyas con mucha suavidad y dijo, serio:

—Escúchame, querida, escúchame. Cuando todo esto se te aposente dentro te darás cuenta de la enormidad de lo que has hecho. Mira, no es que yo diga que lo que has hecho estuvo mal, pero, la quisieras o la odiaras, y yo desde luego la odiaba, no dejaba de ser tu madre, a fin de cuentas. Y a esa idea le vas a estar dando muchas vueltas.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Luego Gabby dijo, sinceramente:

—No voy a dejar que me arruine el resto de mi vida, abuelo. Ya me la ha arruinado bastante, y no puedo permitir que me arruine el resto. Me alegro de haber hecho lo que he hecho; la única pena es que no lo hiciese alguien antes porque entonces mi pequeñín seguiría vivo y yo no tendría las manos manchadas de sangre. No era una persona que tuviera el menor derecho a un trato amable o decente, ni siquiera podía aspirar a tenerlo. Era cruel, era mala de muchas maneras. Se quedaba con lo que quería de cualquiera, era despreciable y vengativa y a mí nunca me dirigió una palabra amable. Ella fue la razón por la que mi padre se mató, por la que la tía Celeste perdió la cabeza y por la que mi hermano nunca tuvo un día de felicidad en

toda su vida. No estoy arrepentida, no me siento arrepentida ni por un segundo a cuenta de esa zorra, así que no te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Estoy bien, en realidad estoy mejor de lo que he estado en mucho tiempo. Ahora Vince y yo tendremos una oportunidad, podremos ser una familia de verdad y Cherie no la tendrá a ella instilándole su veneno en los oídos a la mínima oportunidad. La verdad es que ahora veo que hay un futuro, y eso es algo que nunca he podido decir hasta hoy.

Jack tomó la taza de té de la mesilla de noche y la bebió rápidamente. Se dio cuenta de que había mucha verdad en las palabras de la muchacha.

—Me alegra oírlo, cariño; lo único que pasa es que no querría que eso se te quedase metido en la cabeza.

—Por eso no tengas miedo, abuelo. —Gabby soltó una ligera risita—. Me siento libre, *libre* de verdad por primera vez en la vida. Es como si por fin volviera a respirar. Le hice pagar por mi niño, y por todos los que había contaminado simplemente tocándoles. Así que no te preocupes por mí, hombre, nunca me había sentido tan bien.

Capítulo ciento sesenta y uno

- **N**o, agente, no la he visto ni sé nada de ella desde hace días. —El sargento Smith se rio mientras hablaba—. Eso es lo único que nos dicen todos, inspector. Es como si Cynthia Taylor hubiera desaparecido de la faz de la tierra. En su casa no hay nada, se ha largado con toda la impedimenta. Los vecinos dicen que apareció un camión de mudanzas y en media hora se fue con todo. Es como si nunca hubiera existido.

El inspector Williams asintió. La verdad es que aquel asunto era bastante raro; sabía que allí había gato encerrado, pero demostrarlo iba a ser imposible.

—Al parecer —continuó el sargento Smith— ha ido desplumando a unos cuantos hombres a lo largo de los años... tal vez quisiera escapar de alguno de ellos. Un tal David Duggan presentó una querrela criminal contra ella pero al parecer ella se la quitó de encima con facilidad. Aunque la verdad, mirándolo más de cerca, esa mujer no era lo que llamaríamos una ciudadana modelo, usted ya me entiende.

El inspector Williams movió la cabeza y contestó:

—Sé exactamente a qué se refiere, sí. Cynthia Taylor, bueno, en realidad Callahan, era capaz de armar una pelea en una casa vacía. Pero ahora la cuestión es: ¿dónde cojones está?

Entonces el sargento Smith se rio mientras contestaba:

—Yo tengo tan poca idea como usted, señor.

—¿Qué sabemos de la hija? ¿No tenía ella a sus niños en un momento dado?

El sargento asintió.

—Por lo que he podido averiguar, señor, su hija está tan perdida y despistada como nosotros. Está embarazada de muchos meses y perdió a su hijo pequeño en un incendio. Al parecer piensa que su madre se largó a la francesa. Expresión suya, no mía. No parece estar demasiado preocupada por ella, y en cuanto al padre de Cynthia Taylor, opina que ya aparecerá, por decirlo con sus propias palabras, como la falsa moneda.

El inspector Williams suspiró.

—Archívelo en personas desaparecidas, entonces, nosotros hemos hecho lo que hemos podido.

El sargento Smith asintió una vez más y abandonó el despacho de su superior. Estaba pendiente de cobrar un extra de cuarenta de los grandes por ese bonito trabajillo y estaba absolutamente encantado. Se preguntó en qué parte de la nueva M-25 estaría descansando Cynthia en aquel momento. Él apostaría a que era una vía de acceso, pero igual estaba sustentando un poste elevado. En cualquier caso, lo que sí era seguro es que sería imposible que volviera a aparecer alguna vez por allí.

Capítulo ciento sesenta y dos

Vincent recorrió con la mirada su nueva casa y puso una sonrisa de satisfacción. Era preciosa, y sabía que allí serían muy felices. Era un nuevo punto de partida para ellos, algo que necesitaban desesperadamente.

Miró la cara preciosa de Cherie y le sonrió y la niña le devolvió insegura la sonrisa.

—Puedes decorar tu habitación de la manera que quieras, cariño.

—La cría solo era feliz cuando obtenía algo, y sobre todo a su estilo. Era de la familia de Cynthia, desde luego.

—Vete a ayudar a mami con las maletas, ¿quieres?

La niña se fue a hacer lo que le decían. Desde que estaba separada de Cynthia, iba siendo más fácil de manejar, pero lo que de verdad le dejaba a uno estupefacto era el cambio de su Gabby. Ahora era como una niña pequeña, se reía, estaba a gusto consigo misma y con cuantos la rodeaban. La muerte de Cynthia había hecho aflorar a la verdadera Gabriella Tailor. Vincent confió en que siguiera así de feliz siempre, porque aunque amaba a la antigua Gabby —siempre la había amado y siempre la amaría—, ahora se sentía como si le hubieran regalado una mujer nueva a la que amar junto con la otra. Esta de ahora hacía planes, tenía ideas y estaba segura de sí misma, mientras que la de antes siempre tenía miedo de ser feliz porque la felicidad nunca le había durado. Pero ahora era fuerte, fuerte en todos los sentidos. Y él la quería con toda su alma y todo su corazón. Aquel era el principio del resto de sus vidas, unas vidas sin la carga de Cynthia Tailor y lo que llevaba aparejado.

Cogiendo en brazos a Gabby cruzó con ella el umbral de la casa y sus fuertes risas atrajeron la atención de los transeúntes que no pudieron evitar una sonrisa ante aquella absoluta y completa felicidad.

EPÍLOGO

Richard O'Casey, familiarmente conocido como Ricky, se partía de risa, y era de lo más evidente que disfrutaba de su día de vacaciones. Cherie, su hermana mayor, le sonreía, y él le sonreía también. Volvieron corriendo al lado de sus padres sin soltarse de la mano.

Richard tenía los ojos inconfundibles de los Callahan y el mismo pelo dorado. Era un niño guapo y feliz. Cherie iba creciendo y sin duda parecía mayor de lo que era, con aquella feminidad Callahan inconfundible que exudaba. Vincent la vigilaba como un halcón, lo mismo que Gabby. Cherie lo sabía muy bien y se había asegurado siempre de comportarse como ellos querían que se comportara; de ese modo tenía mucha más libertad, aunque era ya una mentirosa tremenda que les echaba el ojo a los hombres, no a los chicos, a los *hombres*. Gabby se temía que la chica tuviera demasiadas cosas de Cynthia, pero eso era de esperar; al fin y al cabo había sido su modelo de comportamiento durante mucho tiempo. Gabby sospechaba que era un caso perdido, pero estaban decididos a hacer todo lo que pudieran para que se convirtiese en una persona mejor porque, por encima de todo, la querían. Era un trabajo difícil, sin embargo... Si Vincent no estuviera tan seguro de sí mismo, haría tiempo que Cherie se habría impuesto a él. Ya sabía muy bien cómo cautivar a cualquier macho que anduviera en su vecindad.

Ricky, por su parte, era un niño maravilloso, que disfrutaba de la vida y comprendía la palabra «no». El niño miró la lápida y dijo con dulzura:

—El bisabuelo Jack está ahí debajo.

Sonrieron al oírle.

—Ahí está, sí, cariño. Está con tu bisabuela Mary, ¡tu bisabuela te habría adorado! —Gabby deseó que sus abuelos pudieran verlos a todos ahora.

Vincent tenía cogida a Gabby de la mano y se la apretó afectuosamente al verla contemplar la tumba de las dos únicas personas que se habían preocupado por ella en su vida cuando era una cría.

Cherie los miró a los dos, insegura; odiaba aquel modo que tenían de ponerse siempre de acuerdo. Y ¿cómo podía su padre cogerle la mano a su madre? Tenía unas manos horribles, todas deformadas y llenas de cicatrices. Si *ella* tuviera esas manos llevaría guantes todo el tiempo.

Miró por el cementerio para ver la tumba de su tío James. También pusieron flores, aunque no supiera muy bien por qué tenían que honrar a un chiflado como aquel. Nunca lograría entender a su familia, ni aunque viviera mil años. Desde que su abuela Cynthia había desaparecido se comportaban como si todos los días fueran Navidad. Bueno, pues *ella* sí que echaba de menos a su abuela y no podía entender por qué no se la había llevado con ella. Así que le dijo a su madre:

—Me pregunto si sabremos algo de la abuela Cynthia este año.

—Nunca se sabe —le respondió Gabby encogiéndose de hombros—, podría aparecer como caída del cielo. Conociéndola, yo no lo descartaría.

Vincent O'Casey contempló a su familia y sintió que, después de todo, estaban

por fin volviendo a tomar el rumbo. Ya había comprado otra vez su garaje, cortesía de Derek y Bertie. Preparaba ciertos motores para ciertas personas que hacían ciertos trabajos; era algo de lo más lucrativo, pero no iba a llevarle otra vez a la trena. Amaba demasiado su libertad para hacer cosas que la pusieran en peligro, y amaba demasiado a su familia para volver a dejarlos solos nunca más. Al contemplar a su esposa, porque ahora ya estaban casados, y notar la pequeña protuberancia debajo de su abrigo, se sintió inundado de felicidad. Ojalá el bebé fuera una niña. Todavía eran jóvenes y tenían toda la vida por delante.

Cynthia Callahan estaba muerta y desaparecida, enterrada sola y muy lejos de las personas a las que se suponía que debía de haber amado. Los días en los que ejerció su dictadura sobre las vidas de otros habían pasado. Ahora estaban ellos solos y eran felices, felices de verdad. Al contrario que Cynthia Callahan, ellos conocían el valor del amor y conocían el valor de la lealtad. Y estaban absolutamente decididos a ser felices a pesar de todo y de todos cuantos habían intentado destruirlos. A fin de cuentas, como siempre había dicho Mary Callahan, lo que no te mata te hace más fuerte. Tenían fe los unos en los otros y en su capacidad para vivir una vida feliz, y eso no estaba mal para empezar, ¿verdad?

—¿A quién le apetece pescado y patatas fritas?

Richard se puso a dar saltos con gran excitación, y hasta Cherie parecía contenta. Se fueron paseando juntos como una familia.

Cuando estaban cerca de las verjas del cementerio, Gabby volvió la vista hacia donde su hermano yacía enterrado solo. Y bajo aquel sol de otoño pensó durante unos escasos segundos que la había visto, que había visto a Cynthia de pie junto a su tumba. Tenía una expresión perdida, infeliz, arrepentida. Gabby comprendió que era un efecto de la luz, pero aun, y algún modo, aquello hizo que se sintiera mejor. De manera que cerró los ojos y dijo en voz baja:

—Adiós, mamá.

Después sonrió y siguió a su marido y a los niños hacia el coche.

Fin



EILIDH MARTINA COLE (1959) es una escritora británica, mujer de negocios y, ocasionalmente, presentadora de televisión.

Es uno de los grandes fenómenos literarios británicos de los últimos tiempos. Con más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, sus novelas han sido traducidas a más de treinta idiomas y algunas se han convertido en series televisivas de éxito.

Ha cosechado numerosos galardones entre los que cabe destacar el Premio al Mejor Libro Británico de Novela Negra por *The take*. Se han publicado en español: *El asesino de mujeres* (*The Ladykiller*, 1993); *Secretos de una asesina* (*Two Women*, 1999); *El jefe* (*Faces*, 2007); *Más cerca* (*Close*, 2006) y *Chicas malas* (*Hard Girls*, 2009).